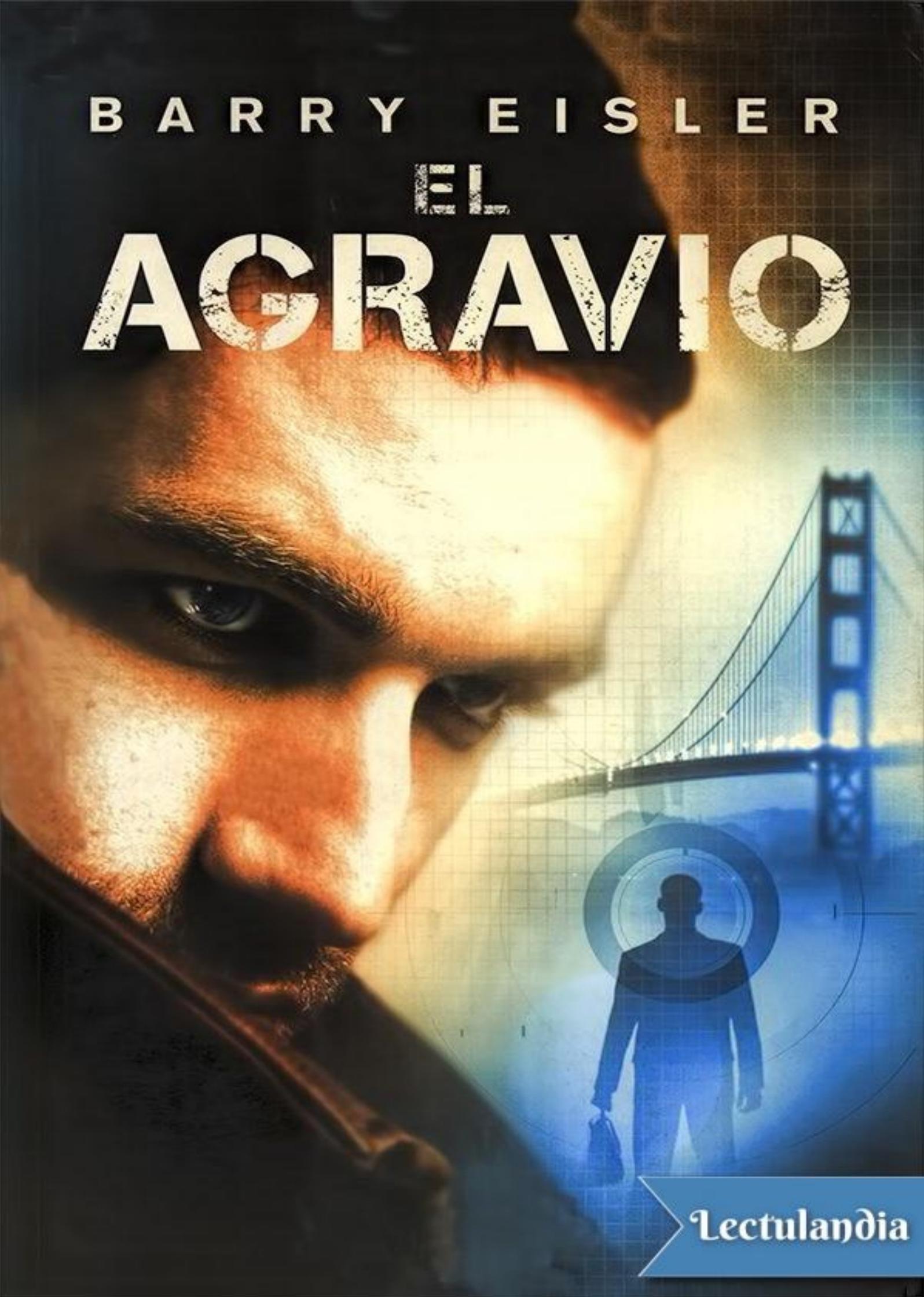


BARRY EISLER

EL

AGRAVIO



Lectulandia

«Lo último que pensó Richard Hilzoy antes de que la bala le atravesara el cerebro fue: realmente la cosa pinta bien.»

Alex Treven es un ambicioso abogado encargado de patentar un revolucionario programa informático de encriptación llamado Obsidian. Todo parece ir bien hasta que su creador aparece asesinado en Silicon Valley. Poco a poco, todos los relacionados con Obsidian mueren en extrañas circunstancias. Eso hace pensar a Alex que él será el siguiente. Pero ¿qué hacer? La policía parece no poder ayudarle y él es solo un abogado. No puede defenderse. La respuesta es su hermano Ben, agente clandestino al servicio del gobierno de EE. UU. en operaciones encubiertas, con el que no mantiene ninguna relación desde seis años antes por ciertos problemas familiares.

¿Quién está detrás de estos asesinatos? ¿Por qué tanto empeño en apoderarse de un programa? ¿Cuál es el límite para conseguirlo? El agravio es un electrizante *thriller* con una doble carga emocional y política que describe una conspiración en la que todo, absolutamente todo está, permitido para lograr el objetivo.

Lectulandia

Barry Eisler

El agravio

ePub r1.0

Titivillus 10.09.16

Título original: *Fault Line*
Barry Eisler, 2009
Traducción: Sofía Noguera
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1 - Pinta bien

Lo último que pensó Richard Hilzoy antes de que la bala le penetrara en el cerebro fue: *Realmente la cosa pinta bien.*

Se dirigía a Silicon Valley, al despacho de su abogado Alex Treven, para asistir a una reunión con Kleiner Perkins, el Midas del capital de riesgo capaz de centuplicar el valor de una compañía con sólo hablar de invertir en ella. Y Kleiner estaba considerando la idea de extenderle un cheque a él, Richard Hilzoy, genio e inventor de Obsidian, el algoritmo de codificación más avanzado del mundo y ante el cual todos los demás softwares de seguridad informática iban a quedar obsoletos. Alex ya había solicitado la patente y, si funcionaba con los inversores, Hilzoy podría alquilar una oficina, comprar equipo y contratar personal; es decir, todo lo que necesitaba para terminar de comercializar el producto y llevarlo a Internet. En pocos años la empresa cotizaría en bolsa y sus participaciones valdrían una fortuna. O seguiría siendo una compañía privada, para convertirse en el referente del software de seguridad, lo que Dolby era para el sonido, y conseguir miles de millones en concepto de licencias. O tal vez la comprara Google, que lo abarcaba todo en aquellos momentos. Lo importante era que iba a ser rico.

Y se lo merecía. Había trabajado por una miseria en uno de los laboratorios de investigación de la compañía de software Oracle, donde bebía un Red Bull detrás de otro hasta bien entrada la noche, tiritaba en el desierto aparcamiento de la compañía durante los descansos para fumarse un cigarrillo, y soportaba las burlas y risitas que sabía que tenían lugar a sus espaldas. El año anterior su mujer se había divorciado de él, y cómo se iba a arrepentir esa zorra. Si hubiera tenido dos dedos de frente, habría esperado a que él estuviera montado en el dólar para entonces tratar de exprimirlo bien. Pero nunca había creído en él, como no lo había hecho nadie por otra parte. Salvo Alex.

Entornó los ojos para protegerse del brillante sol matutino y bajó la decrepita escalera exterior del edificio San José donde vivía. Oía el estruendo propio del tráfico de la Interestatal 280 en hora punta, a sólo media manzana de distancia; el *woosh, woosh* de los turismos, el chirrido de los camiones cuando cambiaban de marcha al dejar la rampa de acceso en la calle South Tenth, también de vez en cuando los airados bocinazos. Sin embargo, por primera vez en su vida, no le importó tener que vivir allí, justo encima de la autopista. Ni siquiera le molestaron las bicicletas baratas, las barbacoas oxidadas y los sucios contenedores de plástico arrimados contra el edificio contiguo, como tampoco el tufo que la brisa otoñal arrastraba desde el abarrotado y enorme contenedor tipo *dumpster* del aparcamiento.

Porque Alex iba a sacarlo de aquella cloaca. Oracle era cliente del bufete de Alex, y Hilzoy era en la empresa el contacto de Alex para los asuntos de patentes. Al

principio el abogado no le había impresionado especialmente. Había observado el cabello rubio y los ojos verdes de Alex y lo había clasificado entre los guaperas, con padres ricos y colegio de pago, en fin, lo clásico. Pero no tardó en reconocer que Alex sabía lo que se traía entre manos. En primer lugar, no era sólo abogado, sino que había estudiado también otras carreras universitarias en Stanford, era ingeniero electrónico, al igual que Hilzoy, y contaba con un doctorado en Ciencias Informáticas. Como mínimo sabía tanto de programación como Hilzoy, tal vez más. Por consiguiente, cuando este último se armó de valor para abordarlo y pedirle que patentara Obsidian, Alex vio el potencial y se ofreció de inmediato. No sólo aplazó los honorarios, sino que le presentó a un grupo de inversores providenciales que pusieron dinero suficiente para que pudiera dejar su trabajo y comprar el equipo inicial. Y en aquellos momentos el magnate más mediático del momento estaba a punto de darle más dinero. Y todo, en el espacio de un solo año. Increíble.

Claro que había aspectos de Obsidian que tal vez no gustaran a los inversores si tuvieran conocimiento de ellos. Incluso se podrían asustar. Pero no iban a enterarse, porque no había razón para decírselo. Obsidian podía proteger redes, y no había ni una sola compañía de la lista Fortune 500 que no estuviera dispuesta a pagar una millonada por ello. Esto es lo que habían entendido los inversores. Lo demás... bien, eso sería su secretillo, una especie de póliza de seguro que sacarse de la manga si el uso previsto de Obsidian no bastaba para conseguir las cantidades adecuadas.

Consultó la hora en su reloj de pulsera. Estaba nervioso por la reunión, pero tenía tiempo de sobras para fumarse un cigarrillo, y así tranquilizarse un poco. Se detuvo al pie de la escalera y encendió uno. Dio una larga calada, y volvió a guardar el paquete y el encendedor en el bolsillo. Había una furgoneta blanca junto a su coche, un Buick Regency del 88 que había comprado tras haber vendido el Audi durante el proceso de divorcio. CONTROL DE PLAGAS, se anunciaba en la furgoneta. La había visto allí, ¿cuántas veces? ¿Tres veces durante la semana anterior? ¿Cuatro? En una ocasión vio una rata, bajo el contenedor *dumpster* del aparcamiento. Y había cucarachas. Alguien debía de haberle armado un escándalo al administrador del edificio, y ahora aquellos idiotas fingían hacer algo al respecto. Daba igual, pronto todo aquello iba a dejar de ser su problema.

Había algunos escollos en el camino, otros inventos que Alex temía que fueran un impedimento para que les concedieran la patente. Y algo relacionado con una posible orden secreta del gobierno, que podía retrasar el asunto. Pero hasta entonces Alex había encontrado la forma de ir sorteando las trabas. La patente no había sido concedida todavía, pero la solicitud había sido aceptada.

En un primer momento, a Hilzoy le había preocupado la idea de describir el código fuente en la solicitud de la patente, porque cualquiera que tuviera acceso a ella podía saber la combinación para Obsidian, pero Alex le aseguró que la Oficina de Patentes y Marcas mantenía todas las solicitudes en completo secreto durante dieciocho meses, momento en que ya sabían con certeza si una patente iba a ser

aceptada o no. Una vez registrada, ya no importaba si la gente conocía o no la combinación, pues nadie podría usarla sin pagarle un montón de dólares. Y si alguien lo intentaba, Alex ya se encargaría de demandarlos. Eso es, señores, si quieren jugar, tendrán que pagar.

Se detuvo delante del Buick y sacó las llaves. Tenía casi doscientos mil kilómetros y acusaba todos y cada uno de ellos. Era el tipo de coche que uno podía cubrir de porquería sin que nadie advirtiera la diferencia. Un Mercedes, pensó. No, no para ser el primero, mejor un BMW. Negro, descapotable. Lo repararía cuatro veces al año para que siempre estuviera como nuevo.

El tipo del control de plagas salió de la furgoneta. Iba vestido con un mono, y llevaba gorra y guantes. Saludó a Hilzoy mediante un movimiento de la cabeza tras unas gafas de sol, y siguió de largo. Hilzoy le devolvió el saludo, contento de no tener que matar ratas para ganarse la vida.

Le dio una calada al cigarrillo y lo arrojó al suelo mientras disfrutaba de la sensación de no tener que apurarlo. Soltó el humo hacia el cielo y abrió la puerta del coche. *Sí, muchacho, sí, pensó. Oh sí. Realmente la cosa pinta bien.*

2 - Sólo una bala

Alex Treven se paseaba arriba y abajo en su despacho del bufete Sullivan, Greenwald, Priest & Savage. Por la ventana se veía una gran extensión de cielo azul intenso y bajo éste las suaves curvas de las colinas de Palo Alto, pero Alex era ajeno al paisaje. Tuvo que dar cinco pasos para llegar a una pared inundada por el sol, donde se detuvo, dio media vuelta y repitió el proceso en la otra dirección. A fin de distraer su mente con trivialidades, contaba los pasos e imaginaba seguir un sendero sobre la moqueta verde.

Estaba furioso. Hilzoy, que solía ser incluso más puntual que él, había escogido precisamente aquel día para retrasarse. Tenían que ir a ver a Tim Nicholson, ¡el jodido Tim Nicholson! Y al socio de Kleiner no le iba a causar muy buena impresión que Hilzoy no fuera capaz de ser puntual ya en la primera reunión. Y además tampoco Alex iba a quedar en muy buen lugar.

Consultó su reloj de pulsera. Bien, todavía tenían media hora. Habían acordado que Hilzoy llegara una hora antes para un último repaso de los argumentos y la forma de plantearlos, aunque podían prescindir de todo esto si no había más remedio. Pero ¿dónde demonios se había metido?

Alisa, su secretaria, abrió la puerta. Alex se detuvo y se la quedó mirando fijamente, ella se estremeció.

—Le he llamado como mínimo veinte veces —informó—. Sólo sale el buzón de voz.

Alex reprimió el deseo de gritarle. Ella no tenía ninguna culpa.

—Acércate hasta su casa —ordenó—. A ver si está allí. Calle South Tenth, en San José. No recuerdo la dirección exacta, pero está en su ficha. No dejes de seguir probando mientras tanto y llámame cuando llegues. Nos queda todavía algo de tiempo antes de tener que anular la reunión y quedar como unos idiotas.

—¿Qué quieres...?

—No lo sé. De momento llámame en cuanto llegues. ¡Anda vete!

Alisa hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y cerró la puerta. Alex volvió a sus paseos por el despacho.

Dios santo, no dejes que lo eche todo a perder. ¡Con lo que me ha costado!

Alex llevaba seis años trabajando en Sullivan, Greenwald, había ascendido y era ya un miembro destacado en la empresa. Se aproximaba aquel delicado punto de «arriba o a la calle» de su carrera. No se trataba de que nadie fuera a echarlo; reunía una combinación de científico y experto en derecho de patentes que era muy poco habitual y, por consiguiente, era muy valioso para la compañía, y difícilmente se quedaría sin trabajo. No, se trataba de algo mucho más péfido: los socios de la compañía lo querían exactamente donde estaba y que siguiera así. Esto significaba

que en un año, dos como máximo, iban a empezar a hablarle de los beneficios de un cargo «de asesor», del dinero, de la antigüedad, de la flexibilidad de horarios y de la seguridad del trabajo.

Para él todo eso no eran más que chorradas. Él no quería seguridad; él quería poder. Y sabía que el poder en Sullivan, Greenwald, sólo llegaba a través de los propios clientes, de la propia cartera de clientes. Si uno no puede comerse lo que mata siempre dependerá de las migajas de las mesas ajenas. Tal vez esto conviniera a otros abogados de su categoría, pero para él nunca sería suficiente.

Y por esto Hilzoy era tan condenadamente valioso. Alex había captado el potencial de Obsidian por una vía que, estaba seguro, a pocas personas se les podía haber ocurrido; no se había limitado a estudiar la superficie del proyecto de Hilzoy, sino que había buceado más allá y había examinado el diseño fundamental. Habían hecho falta muchas maniobras, y un nivel de habilidad política que ni siquiera él mismo creía tener, para convencer a los socios tanto de aplazar los honorarios del bufete como de nombrar a Alex el abogado generador del caso. Detrás de su atuendo informal propio de la bahía de San Francisco y la política de tuteo con secretarías y pasantes, esos tipos eran todos unos tiburones. Cuando olían sangre en el agua, querían la presa para ellos.

El mentor de Alex era un socio llamado David Osborne, un abogado astuto pero sin una clara formación técnica. A lo largo de los años, la faceta estratégica del asesoramiento sobre patentes se había ido volviendo cada vez más dependiente de la sagacidad técnica de Alex. Procuraba que los incentivos bianuales que éste cobraba fueran de los más altos de la compañía, pero delante de los clientes siempre se las arreglaba para hacer suya la perspicacia de Alex. Hacía gala de una gran confianza en sí mismo, con sus botas vaqueras de marca y sus camisetas color fucsia, pero Alex sabía que, en su fuero interno, Osborne se sentía amenazado por las personas que sospechaba eran más eficaces que él. Por consiguiente, a pesar de los discursos periódicos sobre respaldar a su pupilo para convertirse en socio «cuando llegara el momento oportuno», Alex había llegado a la convicción de que ese momento nunca iba a llegar. Había comprendido que la participación en la compañía había que conquistarla, no la regalaban.

Y así, tras varias reuniones secretas con Hilzoy para asegurarse de que estaba realmente en posesión de la tecnología Obsidian, o que por lo menos nadie podía probar lo contrario, Alex respiró hondo y recorrió el trecho de pasillo, cubierto de cara moqueta, que separaba su despacho de tamaño medio, propio de un empleado destacado, de la versión gigantesca propia de un socio como era Osborne. Los dos despachos estaban en el edificio principal, una estructura maciza y circular que a los socios les gustaba llamar la Rotonda, pero que era más conocida entre los empleados como la Estrella de la Muerte. Un despacho en la Estrella de la Muerte confería más categoría que tenerlo en uno de los dos edificios satélites, algo de gran importancia para Osborne y, Alex debía reconocerlo, también para él. Además, situaba a su

ocupante en el centro geográfico de la actividad de la compañía.

Al llegar a la puerta de Osborne, se detuvo para cobrar ánimos delante de la inmensa exposición de Lucite Internacional de trofeos conmemorativos de recientes transacciones llevadas a cabo para Cisco, eBay, Google y otras muchas empresas importantes. Había también fotos enmarcadas de Osborne con varias personalidades de Silicon Valley, con el famoso presidente ejecutivo de una de las principales empresas de telefonía móvil que Osborne había conseguido recientemente como cliente tras un golpe magistral, e incluso una con el primer ministro de Tailandia, donde Osborne acudía tres o cuatro veces al año para ocuparse de la actividad que había iniciado allí, relacionada con la financiación de proyectos. Alex trató de no pensar en todo el poder e influencia que una persona ostentaba cerrando todos aquellos tratos y conociendo a todos aquellos capitostes. El truco estaba en convencerse de lo contrario; de que la persona con quien uno estaba a punto de iniciar una negociación estaba en inferioridad, que lo necesitaba a uno mucho más de lo que uno lo necesitaba a él. Y Alex sabía que el objetivo de la presencia allí de los trofeos y las fotografías, era más el de acobardar y desmoralizar al que se disponía a negociar con él, que el de fanfarronear de sus logros.

Se había preparado mentalmente, había analizado la situación y había preparado los argumentos. El equilibrio era delicado, pues debía sonar bastante interesante para que Osborne quisiera aceptarlo, pero no tan interesante que tuviera la tentación de reclamar la idea como suya. Al fin y al cabo, si el proyecto salía bien, la patente no sería más que el principio. Requeriría muchísimo trabajo corporativo, y esto era más la especialidad de Osborne que la suya.

Cuando Alex hubo terminado, Osborne se reclinó en el sillón y puso las botas vaqueras sobre el escritorio. Se rascó distraídamente la entrepierna. Aquella actitud relajada puso nervioso a Alex. Le dio la sensación de que era una estratagema. Sabía que en el fondo Osborne ya estaba haciendo sus cálculos.

—¿Qué va a decir mi cliente al respecto? —preguntó Osborne al cabo de un momento con voz nasal.

—¿Qué quieres que diga? —replicó Alex al tiempo que se encogía de hombros—. El invento no tiene nada que ver con la actividad principal de Oracle ni con las responsabilidades cotidianas de Hilzoy allí. Ya he comprobado su contrato de trabajo. Oracle no puede reclamar nada...

—¿Y qué si...?

—Lo inventó en casa, en su tiempo libre y usando su propio equipo. También estamos cubiertos desde el punto de vista ético.

—Veo que has hecho tus deberes —observó Osborne sonriendo ligeramente.

—He tenido al mejor maestro —dijo Alex para arrepentirse de inmediato por haberlo hecho. Seguramente Osborne estaba tergiversando el comentario para traducirlo en: *Me has enseñado tanto, David. Te lo debo todo.*

—Cuéntame cómo conociste a ese tipo —dijo Osborne al cabo de un momento.

—Llamó y preguntó si podría aconsejarle sobre algo en lo que estaba trabajando en casa —contestó Alex. Había repasado la mentira tantas veces que lo recordaba como si de verdad hubiera sucedido así—. Quedamos en un Starbucks y me enseñó lo que había estado haciendo. Como me pareció prometedor profundicé un poco más.

Por supuesto no era la respuesta que Osborne había esperado. Si Alex le hubiera contado la verdad, es decir que él y Hilzoy habían hablado de Obsidian por primera vez a raíz de una visita que Alex hizo a Oracle, le habría dado la posibilidad de oponer mayor resistencia. *No sé ni cómo se te ha ocurrido*. Alex había previsto la posibilidad de que su jefe cotejara discretamente su versión con Hilzoy en caso de tener la oportunidad y lo había preparado para la ocasión. Por el bien de los dos, cuanto más pareciera que el asunto se había discutido fuera de Oracle y de Sullivan, Greenwald, mejor.

—No me gusta —dijo Osborne—. El cliente dirá que conociste al tipo a través de ellos. Aunque no tengan ningún argumento legal, no voy a correr el riesgo de perder un cliente como Oracle por algo que en comparación es de poca monta.

—No me vengas con esas, David, tú sabes que todas las compañías que nacen en Silicon Valley han tenido alguna conexión con una corporación grande y establecida que era el cliente de alguien. Es así cómo funciona. Y Oracle también lo sabe. — Osborne se lo quedó mirando, parecía reflexionar. Sin duda disfrutaba de su habilidad para ganar tiempo y poner nervioso a su pupilo—. Déjame este caso, David —insistió Alex, un poco sorprendido por la firmeza de su tono.

Osborne extendió los brazos con las palmas hacia arriba, en un gesto que parecía indicar que eso estaba fuera de toda duda, que él no había estado todos y cada uno de los minutos de la conversación buscando la forma de excluir a Alex del caso.

—¡Eh! —exclamó—. ¿Quién es tu papi?

No era una respuesta, o por lo menos no una definitiva.

—¿Hilzoy es mío? —exclamó Alex—. ¿Soy el abogado nominativo?

—Parece justo.

—¿Es eso un sí?

Osborne suspiró. Retiró las botas de la mesa y se inclinó hacia delante como si fuera a volver sobre algo que Alex hubiera interrumpido con su llegada.

—Sí, es un sí.

Alex se permitió una débil sonrisa. La parte dura estaba superada. Ahora a por la realmente dura.

—Queda una cosa, nada importante —observó Alex. Osborne levantó las cejas y en su cara apareció una expresión de desconfianza—. Hilzoy... se divorció el año pasado, un mal rollo. Está sin blanca.

—¡Oh no, Alex, por todos los santos!

—No, escucha. No puede pagar nuestros honorarios. Pero si lo metemos aquí y conseguimos que la compañía invierta algo para empezar...

—Pero ¿tú sabes lo que cuesta que la junta de accionistas considere ese tipo de

inversiones especulativas?

—Claro que lo sé, pero ellos siempre aceptan tus recomendaciones, ¿no es así?

Era una táctica que Alex había aprendido a base de años negociando para clientes. Cuando la otra parte alegaba que no era decisión suya, que debía consultar con la junta, la dirección, la tía Berta o Perico de los Palotes, se ensalzaba su ego y entonces deseaba estar a la altura.

Osborne tenía demasiada experiencia para caer en la trampa.

—No siempre, no.

—Bien, pues en esta ocasión deberán hacerlo. Esta tecnología es prometedora. La he examinado personalmente y ya sabes que entiendo de esto más que la mayoría. Yo haré todo el trabajo. Y sin abandonar los casos que tengo entre manos, sino además.

—Alex, por favor, vas camino de cobrar más de tres mil horas este año. No puedes...

—Sí que puedo. Sabes que puedo. Piensa que estamos hablando de un beneficio para la compañía, y que puede ser enorme, a cambio de una inversión mínima. ¿Crees que la junta de accionistas no te va a escuchar cuando se lo propongas?

No dijo sí, sino cuándo. Osborne guardó silencio y Alex esperó no haber presionado demasiado. Tal vez se estuviera preguntando: *¿Por qué está dispuesto a sacrificar tanto por algo tan incierto? ¿No será que el asunto va a ser de mayor envergadura de lo que me está dejando entrever?*

Alex lo intentó de nuevo.

—El consejo te escucha, ¿me equivoco?

Osborne esbozó una sonrisa, tal vez maliciando con admiración lo bien que Alex había jugado sus cartas.

—A veces —contestó.

—Entonces, ¿lo vas a defender?

Osborne se frotó la barbilla y se quedó mirando a Alex como si lo único que le importara fuera su bien.

—Si tanto insistes... Pero escúchame, Alex, es el primer asunto que llevas desde el principio. —*El primero que me dejas empezar, quieres decir.*

Y si sale mal, tu reputación se verá afectada. Te criticarán tu falta de criterio.

Falta de criterio. En Sullivan, Greenwald, era la quintaesencia del insulto, y servía para todo. Cualquier cosa que fuera mal, aunque no fuera culpa del abogado, podía ser atribuida a una falta de criterio. Porque si el abogado hubiera contado con un buen criterio, habría previsto lo que se avecinaba. Y lo malo no le hubiera sucedido.

Alex no contestó y Osborne prosiguió.

—Lo que quiero decir es que para un riesgo tan grande, hace falta un margen de error, un colchón donde caer.

A Alex le molestaba la forma en que Osborne planteaba todo el asunto, haciendo ver que era su mejor amigo. Sabía que estaba esperando que dijera: *Tienes razón,*

David. Adjudícate la idea. Gracias por protegerme, amigo. Eres el mejor.

—Yo pensaba que tú eras mi colchón —observó en cambio.

—Claro que lo soy —replicó Osborne tras un ligero parpadeo.

Alex se encogió de hombros, en un gesto que indicaba que esto era decisivo.

—No puedo pedir una protección mejor —comentó.

Un sonido, medio risa, medio gruñido, salió de la garganta de Osborne. Alex dio un paso en dirección a la puerta, y añadió:

—Voy a rellenar la ficha de cliente nuevo y la de nuevo asunto, y a comprobar que no haya conflicto de intereses.

Hecho. Si Osborne pretendía pasar por encima de él, era ahora o nunca. Si no lo hacía, cada día que pasara surgirían nuevos hechos en el caso, y a Osborne le costaría cada vez más adjudicarse la autoría.

—Si no vamos a cobrar honorarios —dijo Osborne—, no tengo más remedio que someterlo a la junta.

—Lo sé. Pero estoy seguro de que te van a escuchar. —Alex miró a Osborne directamente a los ojos—. David, esto es importante para mí.

Aunque sin palabras, quedaba explícito lo siguiente: Tan importante que si me jodes, la semana que viene estaré trabajando en Weil, Gotshal, y tendrás que apañártelas para encontrar a otro que te haga parecer tan brillante entre tus clientes como lo hago yo.

Se hizo un silencio.

—No quiero que trabajes en esto solo —manifestó Osborne.

Le cogió por sorpresa y no supo cómo interpretarlo. ¿No había ganado? ¿Se habría arrepentido Osborne?

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—¡Venga lince! —exclamó Osborne tras un bufido—. ¿Cómo vas a llevar el asunto adonde quieres si no tienes a un pasante a tus órdenes?

Alex no había pensado en ello. Solía trabajar solo. Le gustaba así.

—Escucha, es un poco pronto...

—¿Cómo vamos a justificar que adquirimos una buena parte de la compañía de ese tipo si sólo vamos a destinar un abogado para ella? Queremos que sepa que será tratado de forma adecuada.

Alex no supo si echarse a reír o a llorar. Osborne le estaba diciendo prácticamente que quería controlar su tiempo. Pero si eso era lo que necesitaba Osborne para sentir que había ganado una pequeña victoria, ya le iba bien a Alex.

—Ya entiendo lo que quieres decir —declaró Alex.

—Utiliza a la chica árabe, la guapa. ¿Cómo se llama?

Alex notó que se ruborizaba y confió en que Osborne no lo notara.

—Sarah. Sarah Hosseini. Y no es árabe. Es de Irán. Persa.

—Lo que sea.

—¿Por qué ella?

—Ya has trabajado con ella antes, ¿no es así?

—Un par de veces.

—De hecho, tres veces —puntualizó Osborne mirándole fijamente.

¡Caramba! Osborne no era un genio para la técnica, pero cuando se trataba de saber quién cobraba y para qué, era un lince.

Alex se rascó la mejilla, en la esperanza de que le saliera un gesto de indolencia.

—Sí, creo que sí.

—Decías en tu informe que hacía gala de una seguridad poco corriente para estar en su primer año de pasante.

Lo cierto era que la definición se quedaba corta.

—Más o menos.

—¿Es inteligente?

—Es diplomada en Información Forense y Seguridad por Caltech.

Era consciente de que Osborne debía de considerarlo una explicación muy pobre, pero estaba tan enfadado que le daba igual.

—Está bien, ahora no tiene mucho trabajo. Que te ayude. Crea un equipo. ¿Tienes algún problema con lo que te propongo?

¿Por qué seguía presionando por ese lado? ¿Acaso un segundo abogado otorgaría a Osborne mayor poder, tal vez para supervisar el trabajo, para empezar a asumirlo, o algo así?

¿O era sólo que se estaba divirtiendo tomándole el pelo, obligándole a trabajar con Sarah porque sabía...?

—No —declaró Alex, tras cortar el hilo de sus pensamientos—. No hay problema alguno.

Como había prometido, Osborne presentó a la junta de accionistas la propuesta de apostar por Hilzoy, y la junta había dado el visto bueno. Le dijo a Alex que había encontrado oposición, pero éste sospechaba que era un farol. Por lo que había aprendido desde que estaba allí, era posible que ni siquiera hubiera necesitado convencerlos. Probablemente a los socios les encantó el trato: qué bien, un abogado que va a hacer todavía más horas, mientras que nosotros nos quedamos con los beneficios de su trabajo. Sin duda Osborne lo había planteado como un trabajo hercúleo para que Alex se sintiera en deuda con él.

No importaba. Alex no le debía nada a nadie. Había llegado donde estaba por sí mismo. Sus padres habían muerto, su hermana también, la única familia que le quedaba era el gilipollas de su hermano mayor, Ben, el culpable de todo y que había huido alistándose en el ejército cuando su padre... después de la muerte de su padre. No había vuelto a hablar con él desde el entierro de su madre, hacía ocho años. Incluso entonces, a pesar de que sólo quedaban ellos dos, Ben no dijo dónde estaba o qué estaba haciendo. Se limitó a aparecer en la ceremonia para marcharse apenas terminada, y dejó para Alex todas las gestiones pertinentes, como le había dejado solo para cuidar de la madre durante su último año y medio de vida. Una vez hubo

solucionado todos los asuntos relacionados con el testamento, solo, por supuesto, Alex le envió a Ben un correo electrónico donde le explicaba la parte del patrimonio que le correspondía, que por cierto no era poco, pues su padre había sido muy hábil y ellos eran los únicos herederos. Su hermano ni siquiera le dio las gracias, y le pidió que le enviara los documentos a una dirección de Fort Bragg, en Carolina del Norte, añadiendo que firmaría cuando pudiera. Según sabía Alex, en aquellos momentos Ben estaba en Irak o Afganistán. A veces se preguntaba si estaría aún con vida. No le importaba. Fuera como fuera, no volvería a tratarse con él.

Maldito Hilzoy. Alex detestaba necesitarlo, pero así era. Porque si Obsidian lograba siquiera la mitad del éxito que esperaba Alex, al capital inicial le seguiría una segunda, una tercera, tal vez una cuarta ronda de financiación. Después de la compra o de la oferta pública inicial, las acciones de la compañía valdrían una fortuna. Y Hilzoy no iba a olvidar jamás quién le había metido en ello. Y todo el trabajo legal posterior, así como todos los honorarios que se iban a generar, serían para Alex y sólo para él. Su nombre quedaría unido a Obsidian de forma indeleble, sería el abogado que representaba a la compañía más popular del año, tal vez de la década, y los David Osborne del mundo se pelearían por las migajas de su mesa.

A menos que Hilzoy no lo hubiera echado todo a perder. ¿Acaso no era capaz de comprender lo ocupados que estaban aquellos inversores, la cantidad de propuestas que recibían cada día y las pocas que prosperaban? Sólo había una oportunidad para captar la atención de esa gente, le había explicado Alex, sólo una oportunidad.

Si el asunto se echaba a perder por culpa de Hilzoy, lo mataría.

3 - Ideas claras

Era una tarde lluviosa y Ben Treven estaba sentado en el borde de una silla de madera en el hotel Park Istanbul. A través de unas andrajosas cortinas de gasa observaba inmóvil la calle dos plantas más abajo. La habitación era pequeña y espartana, pero tanto el tamaño como el mobiliario carecían de importancia para él. La ventana estaba abierta unos centímetros, y de vez en cuando la tranquilidad interior quedaba interrumpida por el ruido de la ciudad: las ruedas de los coches que traqueteaban por las antiguas calles adoquinadas y se hundían en los baches; las voces expertas de los vendedores de alfombras que llamaban a los turistas desde sus pequeñas tiendas; la monótona entonación de los muecines que convocaban a los fieles a la oración cinco veces al día entre el amanecer y el anochecer.

Además de dejar que entrasen los ruidos de la calle, la ventana abierta mantenía el cuarto fresco. Como cuando llegara el momento iba a tener que reaccionar deprisa, ya llevaba puestos unos guantes de cuero, un gorro de lana y una chaqueta impermeable forrada de lana. Él era rubio de nacimiento, pero la barba falsa que llevaba era negra. Con el gorro puesto, nadie se percataría de la incongruencia.

Sin duda la ropa de abrigo iba a serle útil para protegerse de la lluvia y del frío de diciembre, pero esto era sólo una de las razones. Los guantes evitaban dejar huellas. El gorro oscurecía sus rasgos. La chaqueta ocultaba una pistola Glock 17 con silenciador que llevaba en una funda colocada oblicuamente en uno de los costados.

En una mesita junto a él había una mochila que contenía ropa, dos bocadillos, una botella de agua, un botiquín de primeros auxilios, munición, documentos falsos y algún que otro artículo imprescindible. Aparte de la mochila, no había rastro del ocupante de la habitación, como tampoco quedarían señales cuando la hubiera abandonado.

Estaba allí para matar a dos científicos nucleares iraníes, Omid Safari y Alí Kazemi. Ben sabía mucho sobre estos hombres: sus nombres verdaderos, los nombres con los que viajaban, los detalles de sus itinerarios. Sabía que estaban en Estambul para reunirse con un colega ruso. Sabía que se hospedaban en el Sultanahmet Four Seasons, razón por la cual él se había alojado en el Park, justo enfrente. Tenía copias de las fotos de sus pasaportes y los reconoció de inmediato cuando tres días antes llegaron del aeropuerto en una de las limusinas BMW del hotel. Sabía que los dos hombres que no los dejaban ni a sol ni a sombra pertenecían al VAVAK, el temido servicio secreto iraní, y que los hombres del VAVAK, además de estar bien preparados, contaban con muy buenas motivaciones. Si uno de los científicos era secuestrado o asesinado, o si uno de ellos desertaba, como Alí Reza Asgan, el general iraní y ex ministro de Defensa adjunto, había hecho recientemente, la persona que lo hubiera

permitido podía darse por muerto.

Del ruso apenas sabía nada: poco más que su verdadero nombre, Rolan Vasilyev —y sin duda estaba viajando con otro diferente—, y que estaba en Estambul para reunirse con los iraníes. Washington había estado presionando a Moscú sobre la ayuda nuclear a Teherán, y presumiblemente el Kremlin había decidido que era demasiado arriesgado llevar a los iraníes a Rusia, incluso con nombres falsos. Estambul era un buen punto neutral: a medio camino geográficamente, con buenas conexiones aéreas y servicios de seguridad dedicados más a la etnia kurda que a los rusos o los iraníes.

Cada mañana desde su llegada, los iraníes y sus canguros del VAVAK se habían subido en una de las limusinas del hotel para regresar una vez anochecido. Ben imaginaba que esas excursiones tenían como finalidad reunirse con Vasilyev, y le habría gustado seguirlos para enterarse de más cosas, pero el posible riesgo era mayor que un hipotético resultado positivo. Sólo en un coche, o en una moto, habría sido bastante fácil detectarlo. Y aunque no fuera así, habría necesitado una cantidad irreal de buena suerte para sorprenderlos en un lugar que le permitiera llevar a cabo su trabajo y desaparecer sin mayores problemas. Podía haber intentado dispararles cuando llegaban o se marchaban del hotel, pero el Four Seasons estaba dotado de cámaras, tanto en el exterior como en el interior, además de porteros y personal de seguridad. No era un buen lugar para disparar, y era precisamente por eso por lo que los iraníes lo habían escogido.

Pero no importaba. Su instinto le decía que ya surgiría algo. Al fin y al cabo, los iraníes tenían previsto quedarse en la ciudad siete días. ¿Y qué significaba eso? Sin duda que esperaban haber terminado el trabajo en cuatro, o tal vez cinco días. Daba igual el país: cuando era el gobierno, la corporación o cualquier otro quien pagaba las facturas, los burócratas y otras abejas obreras bien podían calcular más tiempo del que en realidad necesitaban para las reuniones. Sobre todo cuando éstas te pagaban la estancia en un Four Seasons.

De hecho, la elección del hotel aumentaba la confianza de Ben sobre lo que iba a acontecer. Si los iraníes habían conseguido que los contables aceptaran el Four Seasons, significaba que no se había tomado en consideración el coste. De todas formas, si el dinero no era un problema, habrían podido alojarse en cualquier otro hotel de la ciudad, como el Pera Palas, el Ritz-Carlton, o incluso el segundo Four Seasons junto al Bósforo y de reciente inauguración. Ben había llevado a cabo la oportuna comprobación y en todos había habitaciones disponibles. Todos ellos ofrecían más o menos el mismo nivel de lujo y seguridad. La pregunta entonces era, ¿por qué precisamente ese hotel?

Ben creía que la respuesta era la ubicación. Todos los otros hoteles de lujo estaban en Beyoglu, la zona más moderna de la ciudad, al norte del Cuerno de Oro. Sólo el Sultanahmet Four Seasons estaba a cinco minutos a pie de las atracciones más famosas: la mezquita Azul, la iglesia de Santa Sofía, el palacio de Topkapi o el Gran

Bazar. Y si Ben estaba en lo cierto al pensar que la situación había sido el factor decisivo, confiaba en que los iraníes se tomaran un día, tal vez más, para visitar esos monumentos. Cuando salieran del hotel a pie, los seguiría. A partir de ahí, alguna oportunidad se presentaría. No tenía más que esperar.

Lo cual ya le iba bien. No le molestaba esperar. A decir verdad, le gustaba esperar, le gustaba la simplicidad del hecho. Esperar era la parte menos complicada de un trabajo que no era complicado.

Recibía órdenes de forma periódica. Éstas eran siempre escuetas y directas, y él gozaba de gran autonomía para determinar el modo de cumplirlas. Podía pedir todo el equipo que necesitara, y éste no tardaba en aparecer como por arte de magia en un lugar seguro y predeterminado. No mediaban preguntas, ni trámites burocráticos, ni descuidos.

La única limitación real en aquella ocasión era que Vasilyev estaba vedado. Durante los primeros años de la Guerra Fría hacer desaparecer del tablero una pieza del contrincante era considerado sencillamente una jugada más. Pero al final, al modo de las familias mafiosas rivales, todos decidieron que el derramamiento de sangre salía más caro de lo que se obtenía, y se estableció una especie de silenciosa relajación de la tensión. Y ya nadie quería ser responsable de dar fin a la tregua para regresar a aquellos terribles y sangrientos días.

Él trataba que las limitaciones no le sacaran de quicio. Pues no parecía que los rusos compartieran la moderación del Tío Sam. Habían matado a Victor Litvinenko en Londres con polonio. Y estaban también todos aquellos periodistas muertos, como Anna Politkovskaya, Paul Klebnikov, demasiados para enumerarlos. Ben pensaba que le sobraban argumentos para afirmar que Ivan se estaba volviendo más agresivo precisamente por el excesivo celo del Tío Sam por las reglas, pero no le pagaban para pensar toda esa mierda y, además, había pocas probabilidades de que alguien fuera a escucharle. Pero de haber podido, le habría preguntado a alguien qué había pasado con el «O estáis con nosotros o estáis con los terroristas». Imaginaba que sólo era otra frase hueca de otro político mentiroso.

En realidad eran todos unos mentirosos. La izquierda era ingenua, pensaba que uno podía fomentar las acciones buenas y al mismo tiempo combatir de forma efectiva a los fanáticos contra los cuales estaba Norteamérica. Y la derecha era hipócrita, pensaba que podía lavarse las manos y seguir ostentando la autoridad moral.

La izquierda no podía comprender la naturaleza de la lucha; la derecha no podía aceptar sus verdaderas consecuencias. Pero a Ben le importaban un bledo las buenas acciones, le importaba un bledo la autoridad moral, para él lo importante era ganar. Y uno sólo ganaba siendo el más duro, el más sucio, el peor cabrón que el enemigo pudiera imaginar en su peor pesadilla. ¡Cielos! ¿De qué servían las reglas si éstas le hacían perder a uno la batalla? Lo que a los analistas de salón no les cabía en la cabeza era que cuando la propia tribu era atacada, uno hacía lo que debía hacer para

ganar. Se vencía por todos los medios al alcance. Posteriormente el vencedor podía ser objeto de la justicia, de acuerdo, pero lo primero era la victoria.

El problema radicaba en que la mayoría de norteamericanos sólo quería la seguridad. Tal vez no siempre hubiera sido así, de hecho sospechaba que antaño las cosas fueron diferentes, pero en aquel momento Estados Unidos se había convertido en una nación de corderos. Para él era una forma muy triste de vivir, una forma para alejarse de la cual se había enrolado en el ejército; pero así eran las cosas, y alguien debía proteger a los corderos de los lobos. Entendía hasta cierto punto que esa porquería de las limitaciones y los juicios *a posteriori* estuvieran relacionados con la defensa del territorio. Sin embargo, era irritante que le hubieran obligado a temer más a la CNN que a Al Qaeda.

Un BMW 750L se detuvo frente al Four Seasons y un portero provisto de un paraguas se acercó para abrir la puerta. Ben se puso en tensión, pero no, se trataba de una pareja asiática, no eran los iraníes. Se reclinó en la silla y reemprendió la espera.

Como era de suponer, nadie le había contado quién era el cerebro de aquella operación. Pero a juzgar por la calidad de la información sobre los iraníes y la parquedad de la misma sobre los rusos, él sospechaba de un topo iraní; posiblemente un integrante de un programa nuclear del país, más probablemente de los servicios de seguridad. Un capitoste del programa nuclear debía de saber tanto los nombres como los itinerarios de los científicos. Debía incluso de estar informado sobre los guardaespaldas del VAVAK. Pero sólo alguien a cargo de la seguridad podía tener también acceso a los nombres y documentos falsos bajo los cuales iban a viajar los hombres, así como a las fotos de sus pasaportes. Además, teniendo en cuenta el destino al que los estaba condenando, una persona vinculada al programa nuclear habría tenido verdaderos escrúpulos a la hora de despachar a los científicos. Al fin y al cabo, debían de ser sus colegas, unos hombres a quienes tal vez había conocido personalmente. Traicionar al país es más fácil de racionalizar que traicionar a un amigo.

Resultaba interesante. En un momento dado, el Tío Sam había sido más propenso a entregar a los Jafaris y Kazemis del mundo a gobiernos amigos como Egipto o Arabia Saudí, donde podían ser interrogados con el rigor adecuado. Pero cuando la CIA arruinó la detención de Abu Omar en Milán, y dejó un rastro burocrático tan enorme que un magistrado italiano dio orden de busca y captura para los trece funcionarios de la CIA que había detrás del asunto, los «observadores de vuelos secretos» empezaron a desentrañar toda la red secreta involucrada en la detención. El Pentágono decidió que era preferible actuar más discreta, y más directamente. De todas formas, ya nadie volvió a tomar en serio a la CIA, sobre todo desde que habían subordinado al DCI al nuevo director de la inteligencia nacional, y la agencia había cargado con el problema de las inexistentes armas de destrucción masiva. Si en la actualidad se quería una inteligencia efectiva y si se quería que la inteligencia actuara en consecuencia, el único protagonista real era el Pentágono.

Ben sabía todo esto, pero en realidad le daba igual. No quería tener nada que ver con la política, nacional o administrativa. Demonios, los políticos ni siquiera sabían que existían hombres como él, y si lo sospechaban, preferían no hacer preguntas. Los militares no inventaron la frase: «No preguntes, no expliques». La aprendieron del Congreso.

Así pues, en conjunto la situación era satisfactoria. Había mucho trabajo, y él era muy bueno llevándolo a cabo. Lo único que hacía falta era tener las ideas claras. Si fallaba, sería rechazado, marginado y castigado. Si seguía obteniendo resultados, le dejarían en paz. Era un acuerdo con el que se sentía comodísimo. Un acuerdo del que uno conocía las reglas y las consecuencias, sin ambigüedades. No como lo que ocurrió en su familia después de lo que pasó con Katie. Y tampoco era que le importara a esas alturas de la película. Todos se habían ido, salvo Alex, aunque por él también podría haber desaparecido.

Se detuvo otro BMW. Ben se inclinó hacia delante para observar mejor a través de las cortinas y, ¡bingo! eran los iraníes la primera vez que regresaban al hotel antes del anochecer. Ahí estaba, sin lugar a dudas, la oportunidad que había estado esperando. Notó una fuerte subida de adrenalina, una sensación familiar y agradable en la nuca y las tripas. Y el corazón empezó a latirle aceleradamente.

Los iraníes se disponían a entrar en el hotel, un VAVAK delante, el otro detrás. Uno contra diez a que, en menos de una hora, dos como máximo, iban a salir de nuevo.

Se puso en pie y movió el cuello, luego se puso a hacer estiramientos y ejercicios de gimnasia. Llevaba sentado muchísimas horas, con pequeñas interrupciones para ir al lavabo. Y lo soportaba bien mientras esperaba. Pero el tiempo de espera había llegado a su fin.

4 - La sala de espera

Sonó el teléfono móvil de Alex. Comprobó el nombre que aparecía en la pantalla: Alisa.

—¿Lo has encontrado? —preguntó.

—No. Pero estoy delante de su casa, y está lleno de coches de policía. Hay un montón de gente. Dicen que ha habido un asesinato.

Alex notó que se le entumecía la parte posterior de las orejas. Oía incluso un ligero zumbido, similar al que hace una luz fluorescente.

—¡Oh, mierda! ¿Es...?

—No lo sé. Le he preguntado a uno de los policías, pero sólo me ha dicho que es el escenario de un crimen, lo que de todas formas es evidente porque el edificio está totalmente acordonado con cintas naranjas. Pero no dejan pasar a nadie y desde donde estoy no puedo ver nada.

—¿Quién dice que es un asesinato?

—Las personas que están mirando. Aunque tal vez se equivoquen. Quizá es sólo un rumor que se ha ido extendiendo.

El entumecimiento se estaba extendiendo. Oía incluso su propia respiración.

Tuvo ganas de ir hasta allí, pero sabía que no tenía sentido. Él no vería o no se enteraría de nada que Alisa no pudiera. ¿Y si todo eso no era más que una gran coincidencia? ¿Y si Hilzoy llamaba o se presentaba de pronto —*Lo siento, he tenido un pinchazo, y no te lo vas a creer, justo en una zona donde no había cobertura para llamar. ¡Qué mala pata!*— y él no estaba allí? Corría el riesgo de convertir una situación normal y corriente en una catástrofe, y todo por su falta de criterio.

No, eso no lo podía permitir.

Aspiró hondo y se forzó a espirar muy despacio. Concentrarse en la respiración le tranquilizó, un poco.

—No te muevas de ahí —ordenó—. Procura enterarte de algo y si lo consigues me llamas.

Colgó el teléfono y consultó el reloj. Veinte minutos. Con su BMW M3, y la suerte de encontrar los semáforos en verde y ningún policía, podía llegar a las oficinas de Kleiner en lo alto de Sand Hill Road en seis minutos. Es decir, le quedaban catorce minutos para darse por vencido. Haría un ridículo total anulando la reunión en el último minuto, pero era mejor que no presentarse en absoluto. ¿Podría conseguir otra reunión con esa gente después de haber fallado con la primera? Seguramente no, por lo menos sin recurrir a Osborne o algún otro socio. Y Osborne se enteraría de lo que había pasado, y le encantaría saber lo mucho que Alex necesitaba de él. Un día u otro se cobraría el favor.

¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición!

De pronto el despacho le quedó pequeñísimo. Necesitaba moverse, pensar. Salió al pasillo, donde podía aumentar el ámbito de sus paseos. Dobló una esquina, y...

Allí estaba Sarah, dirigiéndose hacia él. *¡Mierda!*

No tenía ganas de hablar con ella en ese momento, no quería darle explicaciones. No la había invitado a la reunión. A veces hablaba demasiado, y si bien apreciaba su ingenio en privado, no estaba seguro de que fuera a saber cuál era su sitio en una sala llena de personajes importantes. Hilzoy era su espectáculo, y no quería a nadie más en primer plano.

Además, si bien Sarah era correcta y formal como correspondía a una pasante en su primer año, tenía todos los números para ser una distracción. Todos los presentes se fijarían en su brillante cabello negro, su piel color caramelo, sus labios carnosos, y se preguntarían por qué Alex la había llevado a la reunión. ¿Estaban liados? ¿Pretendía él algo de ella?

Bien, pues sí, claro que pretendía algo de ella. Y no sólo porque era guapísima. Lo que en parte le ponía a cien era que ella no hacía nada para poner su belleza de relieve. Apenas se maquillaba, llevaba el pelo recogido detrás en una cola y solía vestirse con faldas que le llegaban por debajo de la rodilla. Pero Alex la veía algunas tardes a la semana en el gimnasio de la compañía, donde su atuendo consistía en conjuntos para gimnasia que ponían de relieve su cuerpo lujuriosamente largo y curvilíneo, y él debía apartar la mirada por temor a que su propio cuerpo traicionara sus pensamientos. A veces, por la noche, acostado en el dormitorio de la casa que había heredado de sus padres y donde aún vivía, cerraba los ojos, se acariciaba el pene con la mano y se imaginaba con ella, imaginaba lo que le gustaría que ella le hiciera y cómo lo haría, y más que su belleza, era la existencia de aquellas fantasías y su presencia mental prolongándose a lo largo del día siguiente lo que le volvía azorado con ella, y le hacía seguir desatinadamente el camino de un desinterés fingido, e incluso desdén, para que ella no sospechara su secreto.

Pero Sarah no parecía en absoluto interesada. Y aunque lo estuviera, ¿qué diría la gente si un abogado asociado, alguien que Dios mediante no tardaría en convertirse en socio, salía con una pasante diez años más joven que él? ¿Y qué pasaría si llegaba a ser socio? ¿Qué haría entonces? Un socio no podía liarse con una pasante, por lo menos públicamente. En Sullivan, Greenwald, había relaciones secretas, por supuesto, las suficientes para alimentar una constante rumorología, pero sus protagonistas ya eran socios, y se podían permitir el lujo de ser tachados de cerdos. Quizá cuando Alex llegara a estar por encima del rebaño también ligaría con pasantes, incluso tal vez con becarias de verano; pero ahora no, por todos los santos. Sólo le faltaba ese tipo de complicaciones. Debía centrarse.

—Alex —dijo ella, con un tono de sorpresa en la voz—. ¿Dónde está Hilzoy? Yo pensaba que ya os...

—No ha llegado. Y... no creo que venga.

—¿Y qué pasa con la reunión? —Parecía sinceramente preocupada, sin rastro de

resentimiento por haber sido excluida. Alex sintió una punzada de gratitud y cierto remordimiento. Quería decir algo, algo real, pero...—. ¿Alex? —insistió ella.

Él la miró y se preguntó si se habría ruborizado. Estaba a punto de excusarse, pero comprendió que hubiera parecido extraño. Quizá debiera ponerla al corriente sobre Hilzoy.

—¿Me puedes ayudar a matar doce minutos? —preguntó.

Volvieron a su despacho y cerraron la puerta. Le contó lo que había pasado, que Alisa estaba delante del piso de Hilzoy en aquellos momentos.

—¡Dios santo! —exclamó ella—. ¿Crees que él es...?

—No sé qué pensar. Pero tengo un mal presentimiento.

Sus palabras le sorprendieron. Nunca hablaba de sus sentimientos, o de nada mínimamente privado, con nadie del despacho, y mucho menos con Sarah. Bien, ahora estaba bajo presión. Ese asunto de Hilzoy. —*¡Oh, no! ¡Dios por favor, no!*—. le traía malos recuerdos, eso era todo.

Siguieron hablando. Algo en Sarah, cierto indicio de comprensión en sus ojos marrones, aliviaron su tensión. Era algo tan... reconfortante que le miraran a uno de aquella manera, que alguien le hiciera sentir que le comprendía y estaba completamente de su parte. Tuvo la sensación de que ella habría sabido lo que se sentía al estar durante horas mirando fijamente las puertas batientes de una sala de espera, desesperado por tener noticias y al mismo tiempo aterrorizado ante lo que esas noticias pudieran significar.

Se aclaró la garganta y miró el reloj. La reunión empezaba en cinco minutos. Aunque Hilzoy apareciese ahora sería demasiado tarde.

Pero Hilzoy no iba a aparecer. Ni entonces, ni nunca. Alex lo presentía, un peso desagradable y enfermizo en la boca del estómago. Conocía esa sensación. La recordaba.

—Será mejor que llame a los inversores —comentó.

5 - ¡Uf!

Ben se guarecía de la lluvia bajo uno de los elegantes soportales de la Mezquita Azul; estaba rodeado de una veintena de turistas parlanchines y vigilaba por el rabillo del ojo la salida de la mezquita, a unos quince metros de distancia. Los iraníes habían entrado hacía diez minutos después de haber ido caminando desde el hotel, tal como Ben había previsto. Como sabía por un reconocimiento previo de la zona que había sólo una salida, no les había seguido adentro.

La gente que lo rodeaba consultaba las guías en doce idiomas diferentes y no paraba de hacer fotos de los elevados minaretes, las inmensas semicúpulas y las filas de fuentes para las abluciones. Ben llevaba el gorro bien calado, se había subido la cremallera de la chaqueta hasta la barbilla y delante de él su aliento se convertía en niebla. No era el sitio ideal para hacer el trabajo, pues era demasiado abierto, había demasiados testigos posibles, y estaba demasiado cerca de donde se había alojado, pero si se presentaba la oportunidad, la iba a aprovechar, por lo que no quería que pudieran reconocerle luego en las fotos de algún turista idiota.

Durante el paseo desde el hotel hasta la mezquita, los científicos no parecían ser conscientes de la seguridad que les rodeaba. En cambio, los tipos del VAVAK se comportaban de forma bastante alerta. Se habían situado uno delante y el otro detrás de los científicos, sin dejar en ningún momento que el hueco entre sus posiciones fuera menor de unos ocho metros. Disparar a uno de ellos a quemarropa significaba tener que alcanzar al otro a cierta distancia, lo que permitiría que los científicos aprovecharan para darse a la fuga. Abordar primero a los científicos habría significado dar a los chicos del VAVAK un segundo extra para reaccionar y darles la oportunidad de disparar desde dos direcciones diferentes. Lo ideal era cargarse a los cuatro casi al instante y luego alejarse libre de obstáculos, y los guardaespaldas estaban tratando precisamente de dificultar algo así.

Además de colocarse en una posición táctica, era evidente que no dejaban de mantener los ojos bien abiertos; sin embargo estaban en una situación de desventaja. Como Ben estaba casi seguro de cuáles iban a ser sus siguientes destinos, las atracciones más importantes del Sultanahmet y de Seraglio Point, y el camino que iban a seguir, podía sin problema perder contacto visual de vez en cuando. Además, la zona estaba abarrotada de turistas, que caminaban de un punto al siguiente en el mismo orden que seguían los iraníes. Bajo estas circunstancias, no tenía nada de extraño ver a la misma persona más de una vez. Y lo mejor de todo, que la cincuentena de personas que pululaban por la zona se encogían bajo paraguas negros y agachaban la cabeza para protegerse del frío y de la lluvia, al igual que Ben, lo que hacía casi imposible reconocer a una persona determinada.

Pero también Ben operaba bajo una desventaja significativa: iba solo, mientras que la gente que utilizaba para ocultarse lo hacía en pareja o grupos. Por ello, de vez en cuando se ponía a consultar su guía con fascinación estudiada, tomaba notas sobre los seis minaretes, las cúpulas con sus torrecillas en los lados y la entrada especial del sultán, sacaba fotos y procuraba mezclarse al máximo con los turistas que le rodeaban.

Cuando salieron los iraníes, uno de los científicos y uno de los acompañantes bajaron la escalera y doblaron a la izquierda, mientras que los otros dos se quedaron bajo el pórtico. Ben comprendió de inmediato por qué se habían separado: el científico tenía una necesidad imperiosa. Había estado en el lavabo que se disponían a usar, y habría sido un lugar ideal: pequeño, retirado, al final de un tramo de escaleras, y en el extremo del sótano de la mezquita. Pero si algo salía mal, corría el riesgo de salir de allí con la mitad del trabajo hecho, tal vez menos. No, mejor esperar el momento adecuado, cuando estuvieran todos juntos.

El científico y el hombre del VAVAK regresaron al cabo de unos minutos, y Ben los siguió hasta la iglesia de Santa Sofía, donde esperó cerca de la salida mientras ellos la visitaban. La siguiente parada fue en el palacio de Topkapi y en esta ocasión uno de los dos esbirros esperó fuera. Esto confirmó la más que fundada sospecha de Ben, que los del VAVAK iban armados. El palacio albergaba una colección valiosísima de espadas, coronas y tronos otomanos incrustados de joyas, y había un detector de metales en la entrada, a fin de evitar que nadie pudiera acceder provisto de equipo para robar. Ben imaginó que el tipo que estaba esperando guardaba las dos armas mientras el otro acompañaba a los científicos. Estuvo medio tentado de esconder la Glock en algún lugar y seguirlos, pero enfrentarse a los tres con las manos vacías era un gran riesgo. Por no hablar de las cámaras, de un solo punto de salida y de los guardias con metralletas. No, habría una oportunidad mejor. Esperó fuera de las enormes puertas del palacio, regateando con los tenderos, haciendo fotos y echando ojeadas a la entrada para estar seguro de que el guardaespaldas seguía allí. También observaba con atención a la gente que iba y venía por si había alguna unidad de contravigilancia. El cerebro no lo había mencionado, pero podía no saberlo y había que andarse con cuidado. No vio nada que le pareciera sospechoso.

Después de Topkapi, cuando ya empezaba a caer la tarde, los iraníes se dirigieron hacia el oeste. Ben creyó saber adónde se dirigían: o al Gran Bazar o al Bazar de las Especias. Si estaba en lo cierto, su oportunidad no estaba lejos.

Fueron deambulando por las callejuelas adoquinadas a través de combinaciones alternativas de penumbra y claridad, conforme el sonido de sus pasos resonaba en las paredes de piedra de uno y otro lado y se mezclaba con la conversación y las risas de los compradores y transeúntes. Lo que se veía del cielo era gris, un gris triste y pálido. Había dejado de llover, pero hacía mucha humedad y mucho frío, y a causa del vaho brillaban las fachadas desconchadas de las tiendas de recuerdos, las de alfombras y los puestos de comida, todas apiñadas unas junto a otras bajo unos toldos

combados y unas oxidadas marquesinas. Ben se mantenía a distancia, se detenía cuando los iraníes se detenían, se ponía en movimiento cuando ellos lo hacían, tranquilo, paciente, seguro de que surgiría la ocasión.

De pronto los sonidos que los rodeaban se vieron amortiguados por la salmodia del muecín que llamaba a la oración, el *adhan*. Ben no sabía tanto árabe como persa, pero comprendía lo que decía:

Alá es el más grande.

Doy testimonio de que no hay más dios que Alá.

Doy testimonio de que Mahoma es el mensajero de Alá.

Apresuraos hacia la plegaria.

Apresuraos hacia el bienestar.

Alá es el más grande.

No hay más dios que Alá.

Los iraníes se detuvieron ante un edificio mediocre y pequeño situado en una esquina y que sólo un minarete junto a la entrada dejaba ver que se trataba de una mezquita. Los científicos se descalzaron y entraron, acompañados de uno de los guardaespaldas. El otro se quedó esperando fuera. Ben sonrió. Quizá estaban dispuestos a entregar su fe a Dios, pero no su seguridad. Se retiró un poco y esperó.

Salieron un cuarto de hora más tarde y continuaron hacia el noroeste. *¡Venga!*, pensó Ben. *El Bazar de las Especies. Lo estáis deseando.*

Prosiguieron por Marpuccular Cad, la calle que delimitaba el lado sudoeste del bazar, luego se metieron en Tahtakale Cad, siempre hacia el noroeste. Se detenían de vez en cuando para examinar los artículos de alguna que otra tienda, pero no entraron en ninguna. Los acompañantes mantenían sus posiciones tácticas. *¡Venga!*, pensó Ben. *¡Venga!* A pesar del frío que hacía, notaba que estaba sudando.

Los siguió por Uzunçarşi Cad, conforme se le iba acelerando la respiración. Ya se había hecho completamente de noche. Había temido que fueran directos al puente Galata, pero ahora la cosa tenía buena pinta, parecía que el destino era en efecto el Bazar de las Especies. Tensó los cordones de la mochila y con la mano izquierda apretó el reconfortante bulto que era la Glock enfundada.

Siguió tras ellos cuando doblaron a la derecha para meterse en Hasircilar Cad, la calle principal del Bazar de las Especies. Perfecto. Esto era lo que había estado esperando.

Se volvió y empezó a bajar con paso apresurado por la calzada de Tahtakale Cad para seguir un camino paralelo al que estaban haciendo los iraníes. Fue sorteando coches y camiones para no tener que pasar por las aceras y evitar los densos grupos de peatones. La mochila estaba segura. El peso de la Glock caía en el lugar adecuado.

Dobló a la izquierda en Yeni Cami Cad, luego de nuevo a la izquierda en Çiçek Sok, ahora en un rumbo de colisión con los iraníes. Como había tanta gente, tuvo que

aminorar la marcha. Pasó por delante de puestos repletos de enormes montones de especias, cuyos colores amarillos, naranjas, rojos y verdes resplandecían bajo las luces incandescentes que pendían sobre ellas. Había mesas con inmensas pilas de golosinas y pasteles y frutas bañados en miel. La mezcla de aromas de especias, café y humo de tabaco llenaba el aire. Unos vendedores ambulantes anunciaban su mercancía a voz en grito por encima del estruendo, al tiempo que trataban de pasar con sus carros entre los muchos compradores que iban de acá para allá.

En la esquina de Tahmis Cad y Hasircilar Cad, vio que se dirigían hacia él, a unos doce metros. El corazón le latía ahora violentamente. Miró en torno a él y no advirtió nada fuera de lugar.

Se volvió a la izquierda y se detuvo frente a uno de los escaparates en ángulo del Kurukahveci Mehmet Efendi, una de las tiendas de café más antiguas de la ciudad. Ben había estado allí media docena de veces durante sus rondas de reconocimiento, y siempre había como mínimo diez personas haciendo cola ante sus dos ventanas en ángulo para comprar el café en grano tostado que había hecho famoso al establecimiento. Era una parada lógica para los iraníes. Aunque no se detuvieran allí, iban a pasar justo por delante. Podría verlos a través de los escaparates de la tienda.

Retrocedió unos pasos, y fingió estar observando los variopintos utensilios de cocina que había en el puesto adyacente a la cafetería. Se caló bien el gorro y se bajó la cremallera de la chaqueta. El corazón le latía aceleradamente.

Un minuto después, apareció el primer chico del VAVAK a través del escaparate contiguo en ángulo. Dio un giro y se detuvo a menos de tres metros de donde estaba Ben. Los científicos se hallaban ahora delante del escaparate contiguo, y se habían puesto a hacer cola junto con otras diez personas para comprar el famoso café de Kurukahveci. No veía al otro acompañante, pero no hacía falta ser muy listo para adivinar que estaba a corta distancia detrás de ellos.

Ben cerró los ojos un momento, luego aspiró hondo y dejó salir el aire. Otra vez. Y de nuevo.

Sacó la guía que llevaba en uno de los bolsillos y, haciendo ver que la consultaba, pasó despacio delante del esbirro. No pensaba en lo que estaba a punto de hacer. Se concentraba en el libro.

En la esquina delante de la tienda de café, miró a la izquierda. Allí estaba el segundo chico del VAVAK, como había esperado, a unos diez metros por detrás de los científicos.

Miró adelante, luego a la derecha, como cualquier turista despistado tratando de orientarse. No detectó problema alguno.

Volvió a guardar la guía en el bolsillo y regresó donde se hallaba el primer guardaespaldas. Pasó por delante de él sin mirarle directamente. Vio de reojo que le estaba mirando. No importaba. Era demasiado tarde.

Pasó por el lado izquierdo del tipo. Conforme lo hacía, deslizó su mano derecha dentro de la chaqueta abierta. Cuando estuvo a tres pasos del tipo, la Glock ya estaba

fuera. Se dio la vuelta en el sentido de las agujas del reloj, se quedó apoyado sobre el pie derecho y apuntó a dos metros de distancia.

El miembro del VAVAK sólo tuvo tiempo de abrir los ojos de par en par. Ben apretó el gatillo. Se oyó un suave *pffft* y en la frente del aquél apareció un limpio agujero negro. La cabeza dio una violenta sacudida y un espasmo recorrió el cuerpo. Luego se le doblaron las rodillas y se desplomó. Ben ya se había alejado de él y doblaba la esquina.

Los científicos estaban ahora en el escaparate. El segundo guardaespaldas vio que Ben pasaba por delante de ellos con la Glock en ristre y que se acercaba con intenciones inequívocas. Alguien gritó al otro lado de la esquina.

El segundo tipo reaccionó al instante y metió la mano en su chaqueta, pero no tuvo más que un instante y no fue suficiente. Ben estaba demasiado lejos para asegurar otro tiro en la cabeza. Levantó la Glock, la sujetó con las dos manos, apuntó al pecho del miembro del VAVAK y apretó el gatillo. *Pffft*. El tipo dio una sacudida hacia atrás. Ben siguió caminando recto hacia él. Volvió a disparar, a quemarropa, y el hombre se tambaleó. Ben ajustó la puntería y el tercer disparo le voló al tipo el ojo izquierdo.

Se oyeron más gritos. La gente empezaba a dispersarse. Los científicos se volvieron con expresión confusa, sin entender lo que estaba pasando y buscando el origen de todo aquel jaleo. El primero ni siquiera vio que Ben se dirigía a él desde una distancia de unos cinco metros. Le disparó en la cabeza. El segundo apenas tuvo tiempo de levantar las manos, no se sabe si para defenderse o pedir clemencia. Ben le metió una sola bala justo entre los ojos y, cuando el cuerpo cayó al suelo, él ya se había alejado.

Iba mirando a derecha e izquierda mientras caminaba. La gente gritaba y huía de allí. No vio a ningún héroe. Nadie se fijaba en él. Todo el mundo estaba intentado alejarse de allí lo antes posible. Él iba con la cabeza gacha, la mirada al frente y la Glock pegada al costado.

De pronto notó algo fuera de lugar, alguien que no encajaba en aquel caos de gente motivado por el pánico. Prestó atención y vio a un tipo fornido de aspecto eslavo que estaba quieto y le miraba fijamente. Ben se detuvo en seco. Se cruzaron las miradas. No había duda de que el eslavo era un profesional. Se veía en su cara, en su postura, en su actitud tranquila.

Estuvieron así durante un tenso segundo, cada uno tratando de adivinar las intenciones del otro. Fue el eslavo quien hizo el primer movimiento. Se volvió un poco a la izquierda conforme metía la mano en la chaqueta. Sin pensárselo dos veces, Ben levantó la Glock con las dos manos. Disparó tres veces, a cada *pffft* iba avanzando. El eslavo cayó al suelo. Consiguió sacar el arma, demasiado tarde. Ben le atravesó la cabeza desde un metro de distancia.

Bastante tocado, con la cabeza dándole vueltas y sin entender cómo había pasado aquello, Ben se alejó y se metió en un callejón. ¡Cristo, no había visto al tipo! El

jodido había estado allí como un fantasma mientras todo aquello tenía lugar. Si el gentío no lo hubiera dejado encallado como una madera a la deriva en la marea baja, Ben no lo habría visto nunca. Y joder, si el tío hubiera tenido la presencia de ánimo de sacar el arma un segundo antes...

Puso un cargador nuevo en la Glock y siguió caminando. Conocía aquellas calles de los reconocimientos previos y procuró mantenerse en las más oscuras hasta que estuvo bien lejos del Bazar de las Especias. En el camino, se arrancó la barba postiza y la arrojó a un contenedor rebosante de basura. Se deshizo del gorro negro y se puso uno rojo. La chaqueta era reversible. Se la quitó, le dio la vuelta y al cabo de un momento era amarilla en lugar de azul. Se libraría del arma más tarde, cuando estuviera seguro de estar a salvo.

Dio un rodeo y se encaminó al puente Galata, de nuevo entre una muchedumbre para él felizmente ignorante. La idea era cruzarlo, tomar un taxi hasta la estación Haydarpaşa y de allí un tren a Ankara, que no sólo había sido su punto de llegada, sino que además le iba a permitir abandonar la zona con mayor seguridad.

Oyó sirenas en la distancia. Iban en la dirección contraria a la suya. Respiró hondo y dejó escapar un largo suspiro. Todo iba bien. No le seguía nadie y nadie le podía relacionar con lo que acababa de pasar. Estambul era una ciudad de más de diez millones de habitantes. Él era una aguja en un pajar, una gota en el océano. Siguió caminando, volvía a ser un turista cualquiera.

Pero ¡maldita sea! ¿Quién era aquel tipo? El bastardo había estado a punto de acabar con él, no cabía duda.

Bien. No lo había conseguido. Algunos días uno se comía al oso, y otros días el oso le devoraba a uno.

El oso.

Se detuvo. Vaya mierda, ¿no era ruso ese tipo?

Desde luego tenía pinta de ruso. Bien, no era Vasilyev, estaba seguro de ello. El tipo era un profesional, no cabía duda, no era ni científico ni civil. Aunque tal vez alguien conectado con Vasilyev. Sí, ¿qué otra persona podía haber estado espionando a los iraníes? ¿Y por qué el tipo había vacilado tanto antes de sacar el arma? Quizá porque pensaba que él no era un objetivo. O tal vez porque creía que era inmune. Por lo menos hasta que vio la mirada de Ben. Al fin y al cabo, nadie se iba a atrever a cargarse a un agente ruso. Había que estar loco.

Hijo de puta. Quizá no hubiera matado al ruso, pero tenía la sensación de que acababa de matar a *un* ruso.

Pensó ¡uf! y tras la vertiginosa carga de adrenalina, la idea resultó incluso divertida. Se puso el dorso de la mano sobre la boca y lanzó una carcajada silenciosa.

Confiaba en que los *capos* no se enfadaran demasiado.

6 - Inexpugnable

Una vez anulada la reunión, Alex se tranquilizó un poco. Era una sensación similar a cuando se llega tarde para tomar un avión; mientras se tiene la esperanza de llegar a tiempo, la tensión va en aumento, pero cuando se sabe que ya no tiene remedio, que el avión ha salido, uno se puede relajar, aceptarlo y ponerse a buscar una alternativa.

Salvo que no había alternativa a Hilzoy. Era sólo un billete de ida.

Se puso a trabajar en otros asuntos, pero no podía sacarse a Hilzoy de la cabeza. Se preguntaba qué pasaría con la solicitud de patente si Hilzoy había... desaparecido. Sin duda pasaría a formar parte de sus propiedades y lo heredarían sus descendientes o beneficiarios. Pero ¿quiénes eran? Alex no sabía nada sobre la familia de Hilzoy, aparte de que estaba divorciado y no tenía hijos. ¿Había alguna forma de recuperar el asunto sin Hilzoy, sólo con la patente?

Sonó el móvil. Comprobó la pantalla. Era un «número privado», pero como estaba tan ansioso por tener noticias, contestó.

—Alex Treven.

—Señor Treven, soy el agente Gámez de la Policía de San José. ¿Tiene usted un minuto?

A Alex le dio un vuelco el corazón.

—Sí, sí, no hay problema... ¿Se trata de... Richard Hilzoy?

Hubo una pausa al otro lado de la línea, y Alex se dijo que tal vez no hubiera debido decir nada.

—Ha habido un crimen —empezó a decir Gámez—, y nos gustaría que se acercara a la jefatura para contestar a unas preguntas.

—Claro —contestó Alex—. ¿Cuándo?

—Si pudiera ser ahora mismo, mejor.

—Por supuesto —repitió Alex—. Dígame la dirección.

—Calle West Mission número 202. Entre por la puerta principal y pregunte por el agente Gámez.

—Supongo que llegaré dentro de media hora más o menos. ¿Le puedo preguntar...?

—Ya hablaremos cuando esté aquí —replicó Gámez—. Media hora más o menos, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo —dijo Alex antes de que se interrumpiera la conexión.

Empezó a ordenar unos papeles del escritorio, luego se dio cuenta de que era ridículo. Temía la noticia que le iban a dar, eso era todo, y buscaba una razón para aplazarla. O quizá trataba de imponer cierto orden en el universo ordenando su mesa. *Por favor.* Salió del despacho.

—Me acaba de llamar la policía —le explicó a Alisa conforme se marchaba—. Tengo que ir a la central.

—¿Es por Hilzoy? —preguntó ella a su espalda.

—A ver qué me dicen.

Introdujo la dirección en el navegador del M3 y, siguiendo sus instrucciones, se dirigió por Page Mill Road hacia la 280. Mientras cruzaba la Foothill Expressway, recordó haber leído aproximadamente un año atrás que un ciclista había muerto en ese punto. Un accidente imprevisto, desnucado. El recuerdo acrecentó la certidumbre de que realmente a Hilzoy le había pasado algo. Sabía que la vida era así, lo sabía por experiencia propia. Justo cuando todo iba bien, cuando no podía ir mejor, el destino se dejaba ver para recordarle a uno lo insignificantes que somos.

Se preguntó por qué le había llamado Gámez. Debía de ser por Hilzoy. ¿Pero cómo se le había ocurrido a la policía llamarlo a él? ¿Y de dónde habían sacado el número de su teléfono móvil?

Entonces lo comprendió. El móvil de Hilzoy. La cita con Alex y los inversores debía estar en el calendario electrónico. Además él le había llamado, ¿cuántas? ¿veinte veces aquella mañana? Y todas aquellas llamadas debían de haber quedado registradas.

Trató de imaginar lo que pensaría la policía de la cita y de todas aquellas llamadas perdidas. Se preguntó si sospecharían de él.

El cuartel general de la policía de San José era una verdadera fortaleza, formada por bloques de cemento, ángulos de noventa grados y cristales negros reflectantes. Los dos bancos que había delante estaban clavados al cemento del suelo y no ayudaban a suavizar la atmósfera pesada de la plaza. Incluso los árboles y las plantas parecían más un camuflaje que una decoración.

Alex respiró hondo, subió las escaleras de cemento y entró en el vestíbulo. Lo de siempre: cristal antibalas, cámaras de vigilancia, pesadas puertas metálicas con aspecto de alta tecnología. Había dos hileras de sillas metálicas y, sentadas, cinco o seis personas esperando, todas ellas con la expresión propia de quien está a punto de que le llamen para sacarle una muela.

Salas de espera. Las detestaba.

Detrás de un cristal blindado había una mujer que parecía estar allí para informar. Alex se acercó y dijo en el intercomunicador:

—Buenas tardes, soy Alex Treven. He quedado con el agente Gámez. Creo que me está esperando.

—¿Treven? —preguntó ella, y cuando él asintió con la cabeza, añadió—: Voy a decirle que está usted aquí.

Al cabo de veinte minutos, durante los cuales Alex no pudo sentirse más incómodo, de la puerta interior salió un hombre que miró alrededor de la sala. Iba vestido con una americana gris y una corbata oscura. Debía de medir un metro ochenta, su aspecto era atlético, tenía el pelo negro pelado casi al cero y, a juzgar por

el tono de su piel y por el nombre, Alex imaginó que era latino.

Alex se levantó y lo miró. El hombre dijo:

—¿Alex Treven?

Este asintió con un gesto de la cabeza y se acercó.

—Hola... Usted debe de ser el... inspector Gámez.

—En efecto. —El hombre no le alargó la mano para saludarlo—. Siento haberle hecho esperar, pero estamos recibiendo mucha información sobre este caso y vamos de cabeza. Entremos, estaremos más tranquilos.

Alex lo siguió. Tenía ganas de preguntar por el caso, pero decidió que cuanto menos hablara mejor. Además, imaginaba que no iba a tardar en saberlo, para bien o para mal.

Subieron en ascensor hasta la segunda planta, donde recorrieron un pasillo no muy largo. Aunque no sabía muy bien la razón, a Alex aquel sitio le dio la sensación de ser muy burocrático. Tal vez era la decoración funcional. Luces de neón en el techo, falsos techos, baldosas lisas en el vestíbulo. Pasaron por delante de algunas puertas abiertas, y el sonido producido por las conversaciones en su interior era apagado, grave, dando la impresión de que la gente que estaba dentro se concentraba mucho en su trabajo. A Alex le impresionó el tamaño de las instalaciones, la cantidad de personal y los recursos que evidentemente el gobierno podía aportar a un determinado problema si así lo deseaba. Había algo... implacable que se respiraba en el lugar, y se sintió intimidado.

Doblaron a la derecha por una puerta. Había un letrero encima, algo como UNIDAD DE INVESTIGACIÓN CRIMINAL. Alex no lo vio bien cuando pasaron por debajo. Dentro había una enorme zona enmoquetada y dividida en unos doce cubículos. Alex vio a algunas personas trabajando, pero nadie levantó la vista.

Gámez le condujo a la derecha a una pequeña sala, de unos cuatro por tres metros. El techo era bajo. Una mesa, tres sillas, y unas desnudas y chillonas luces fluorescentes. Una vez dentro, desapareció todo el ruido exterior y Alex imaginó que debía de estar insonorizado.

Gámez cerró la puerta y se sentaron uno frente al otro. Sacó una libreta del bolsillo y se quedó mirando a Alex fijamente a los ojos.

—Cuando le he llamado, usted me ha preguntado si se trataba de Richard Hilzoy. ¿Por qué me lo ha preguntado?

La brusquedad del policía desconcertó a Alex.

—Esta mañana teníamos una reunión muy importante pero no ha aparecido. Le he llamado un montón de veces, y luego le he dicho a mi secretaria que se acercara hasta su casa para ver si podía encontrarlo. Ella me ha explicado que el lugar estaba lleno de policías, y que alguien le había dicho que habían asesinado a alguien. He tenido miedo de que fuera Richard. ¿Hay alguna razón para que no me explique lo que pasa? Soy su abogado y estoy muy preocupado.

Gámez se lo quedó mirando con detenimiento. Al cabo de un momento, dijo:

—Richard Hilzoy ha muerto asesinado esta mañana en el aparcamiento del edificio donde vivía.

Asesinado. Si bien había sospechado lo peor, y creía estar preparado para ello, la noticia dejó a Alex anonadado.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¿Qué... ha pasado?

—Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas —fue la respuesta de Gámez—. Su reunión de esta mañana. ¿Con quién era? ¿Para qué era?

Alex contestó a las preguntas del policía. Éste fue tomando notas en una libreta. De vez en cuando le pedía alguna aclaración a su interrogado. En algún momento volvía sobre algo que Alex había dicho con anterioridad. Confirmó que la cita estaba en la agenda de Hilzoy, y que habían sido las múltiples llamadas perdidas lo que les había llevado hasta Alex. Éste advirtió que Gámez no sólo buscaba información general, sino que de hecho sospechaba de él, y aunque sabía que no tenía de qué preocuparse, resultaba desconcertante estar sentado delante de ese policía que pensaba que tal vez unas horas antes había asesinado a alguien.

En un cierto punto, Gámez le preguntó si estaba al corriente de que el muerto consumiera o comerciara con drogas.

—No —contestó Alex—. Me refiero a que, si bien no lo conocía mucho, nunca le vi... ni vi indicio alguno de que tomara drogas. Y no parecía el tipo de persona que traficara con ellas. ¿Puedo saber por qué lo pregunta?

Gámez frunció los labios. Se le inflaron las mejillas y espiró larga y lentamente.

—Hemos encontrado una cantidad sustancial de heroína escondida en el coche de Hilzoy.

—¿Heroína? ¿Habla en serio?

Gámez lo miró. Su mirada decía: ¿Tengo pinta de no hablar en serio?

Alex, mientras tanto, iba tratando de procesar toda aquella información.

—¿Cree... que lo mataron porque era un camello?

—Es posible.

—Sí, pero... me pregunto, ¿por qué quien lo mató no se llevó la droga?

Apenas lo hubo dicho, Alex se arrepintió de ello. Él no era policía, y tampoco quería que Gámez pensara que pretendía darle lecciones.

Pero éste se limitó a encogerse de hombros.

—Alguien registró su piso, seguramente en busca de la droga. Por la forma en que estaba escondida en el vehículo se les habría podido pasar por alto. ¿Y enemigos? ¿Tenía Hilzoy enemigos?

—No, que yo sepa. Se divorció el año pasado y andaba un poco despistado, pero no sé nada más de él.

Tras una hora de interrogatorio, Gámez cerró la libreta.

—Le agradezco su cooperación —dijo—. Sólo una pregunta más, en realidad es un favor porque nos ayudará a descartar cosas y nos ahorrará tiempo. ¿Le importaría que le tomáramos una muestra de ADN antes de marcharse?

Alex abrió los ojos de par en par. Una de las preguntas anteriores había sido si había estado en el coche o el piso de Hilzoy. La respuesta había sido no, gracias a Dios, y en aquellos momentos Alex comprendió el sentido de aquella pregunta.

Gámez volvía a mirarle con atención. Alex fue consciente repentinamente de que aquel hombre interrogaba cada día a mucha gente, tal vez a más de diez personas. Sin duda, sólo aquella mañana había escuchado más mentiras, y además expresadas por profesionales, de las que Alex había oído en toda su vida. Se encogió de hombros.

—No, no me importa, si eso puede ayudar. ¿Qué debo hacer?

En realidad no fue nada. Un formulario de consentimiento, un algodón húmedo frotado en el interior de la mejilla, y ya estaba. Gámez lo acompañó hasta el vestíbulo. Le dio una tarjeta de visita.

—Si se le ocurre algo más, llámeme por favor —dijo. Luego alargó la mano—. Y siento lo de su cliente.

Alex presintió por el gesto y las palabras de Gámez que estaba prácticamente descartado. Estrechó su mano.

—Espero que cojan al que lo hizo.

—Lo cogeremos —afirmó Gámez antes de alejarse.

¿Hilzoy traficaba con drogas? ¿A un nivel tan alto como para ser asesinado? A Alex le costaba creerlo.

Por otra parte, Hilzoy iba justo de dinero por el divorcio. Quizá estaba muy desesperado. Pero ¿cómo podía haber sido tan estúpido?

O tal vez se había puesto nervioso. Esto solía ocurrirle a ciertas personas cuando estaban muy cerca del objetivo susceptible de convertir sus sueños en realidad.

Una vez sentado al volante, miró el edificio de la policía por el espejo retrovisor. Parecía tan inexpugnable para el entendimiento como lo era para el ataque.

Pensó en el tono frío que empleó Gámez para decir: *Lo cogeremos*. La seguridad del policía habría debido producirle alivio. En cambio le resultaba más bien escalofriante.

7 - A condición de que nos teman

Ben se quedó tres días en Ankara. No tenía prisa y además no quería cruzar una frontera hasta estar seguro de que no había peligro desde Estambul. La noticia no dejaba de aparecer en los noticiarios de televisión y en los diarios de habla inglesa. Los iraníes habían sido identificados como tales, pero no se hablaba de sus afiliaciones más allá de sus fronteras. El quinto hombre era un total desconocido. Ben suponía que había estado actuando en blanco, sin pasaporte u otro documento de identificación y, si nadie lo reclamaba, se iba a convertir, por lo menos para el público, en el equivalente turco de un «desaparecido».

Se había puesto de inmediato en contacto con el comandante del JSOC, el Mando Supremo de Operaciones Especiales del Ejército, un afroamericano llamado Scott «Hort» Horton. Era una leyenda en la comunidad de operaciones encubiertas, un veterano de innumerables campañas tanto públicas como secretas, un aventurero que había cabalgado con los mujaidines en Afganistán, luchado con los Contras en Nicaragua, y había dirigido personalmente, con pequeñas unidades, persecuciones clandestinas de Bin Laden en las regiones noroccidentales de Pakistán, un hombre de impecables credenciales patrióticas que podía trazar su árbol genealógico militar hasta el 4.º Regimiento de Infantería de Tropas de Color de los EE. UU., que luchó con el ejército de James de la Unión al mando del general Edward Ord en la decisiva batalla de Appomattox Court House. Horton era coronel y Ben sólo un brigada, pero a pesar de la diferencia de edad, de rango y servicio, y a pesar de que Ben sentía por ese hombre algo cercano a la reverencia, le llamaba Hort. Los miembros de la unidad se llamaban entre ellos por el nombre de pila o apodos al margen del rango. Tampoco mediaban saludos u otro comportamiento normal entre los militares. No lo necesitaban. Eran demasiado pocos, demasiado irregulares y demasiado especializados para la disciplina férrea y el espíritu corporativo que creaban cohesión en el ejército regular. Y si bien ellos no lo habrían dicho con estas palabras, eran también demasiado elitistas.

Todos los miembros de la unidad habían pasado por el mismo sistema de iniciación: Aerotransportados, Rangers, Fuerzas Especiales y Delta, o los equivalentes de los marines. El candidato necesitaba una recomendación personal de alguien de la unidad antes de ser invitado a pasar las pruebas correspondientes, y tener en su haber como mínimo tres muertos en combate. La mayoría, al igual que Ben, que había sido herido en Mogadiscio, contaban con mucho más que eso. Una vez seleccionados, los candidatos hacían el MOTC, el Curso de Entrenamiento de Operaciones Militares de la CIA; luego pasaban una serie de duras pruebas físicas y psíquicas, que culminaban con algo llamado «la final», cuya idea original se atribuía a Hort, y que consistía en que se drogaba al candidato, se le vendaban los ojos y se le

metía en un avión para dejarlo sin dinero en un país del tercer mundo que jamás había visitado y cuyo idioma desconocía. Sin pasaporte ni cualquier otra cosa aparte de algo de ropa en su mochila. El objetivo era llevar a cabo un determinado acto clandestino, que le valdría la cárcel en caso de ser descubierto, y regresar a Estados Unidos sin haber sido descubierto. Sólo se aceptaba en la unidad a los hombres que habían pasado todas las pruebas, incluida la última. Había tres áreas de especialización: inteligencia de información, inteligencia humana y los tiradores. Todos dominaban las tres facetas y podían intercambiarse, por supuesto, pero Ben era principalmente un tirador.

La unidad había conocido varios nombres: Grupo de Operaciones Extranjeras, Actividad de Ayuda a la Inteligencia, Centra Spike, Zorro Gris, y unos cuantos más. Los frecuentes cambios de nombre formaban parte de los incesantes esfuerzos del JSOC, el Joint Special Operations Command, para convencer a los contables del gobierno de que se estaban llevando a cabo cambios en la unidad tras la investigación del último asesinato u otra operación secreta en marcha. Si un embajador protestaba por no haber sido informado, alguien del selecto Comité de Inteligencia del Senado, o del Comité de Servicios Armados preguntaba qué estaba pasando, y el Pentágono le decía al JSOC que a ver si se comportaban mejor, y éste contestaba que perdón y le ponía otro nombre a la unidad. Los egos se crecían, se salvaban las caras y las conciencias quedaban limpias. Pero el propio programa nunca cambiaba. Porque lo cierto era que, cuanto más limitaba el Congreso a las unidades de operaciones especiales «blancas» como los Boinas Verdes, mayor era la necesidad de las unidades «encubiertas» como la de Ben. Era un problema de demanda, y gracias a Dios había gente que siempre encontraba la forma de crear el necesario abastecimiento.

Ben informó a Hort de todo lo que había pasado en Estambul, para ello utilizó un teléfono público y un dispositivo portátil de transmisión en clave que colocaba sobre el micrófono del auricular. Le contó lo del ruso.

—¿Estás seguro de que era ruso? —preguntó Hort con su voz de barítono y su culto acento sureño.

—Completamente seguro —contestó Ben—. Tenía los pómulos de un eslavo, la piel clara, y esa expresión tan sosa que tienen, ya sabes a qué me refiero. Además estaba allí plantado como si fuera intocable.

—Hasta que le tocaste tú.

—Iba a sacar el arma.

—No te preocupes, hijo, te creo. ¿No hay posibilidad de que fuera israelí? A esos les habría encantado acabar con los dos que mandaste al Valhalla.

Ben reflexionó sobre el comentario. En cierto momento se había preguntado si no habría alguien que hubiera considerado la idea de traspasar esto al Mossad. Tal vez alguien lo había hecho, pero como tenían una buena inteligencia dentro de Irán, los israelíes debían de haber descubierto quién era el topo, y nadie había estado dispuesto a correr ese riesgo, incluso con uno de los más estrechos aliados de Estados Unidos

en la temida guerra global del terror. Además, siempre había alguien en el JSOC haciendo presión para hacer uso de los recursos de nuestro país. Habían invertido muchísimo entrenando, de hecho creando, a Ben y a unos cuantos como él, ¿y para qué servía tener un perro de ataque si de vez en cuando no se le soltaba la correa?

—Creo que era del FSB —sugirió Ben.

El FSB era el Federalnaya Sluzhba Bezopasnosti, el sucesor ruso del KGB.

—Espero que no —dijo Hort—. Esos tipos son como la mafia. Qué digo, con todos esos antiguos *siloviki* del KGB en activo, son la mafia.

—¿Qué quieres que haga?

—Voy a ver qué puedo descubrir. Pero no te preocupes, aunque fuese del FSB, no será obvio quién lo hizo. Los otros dos tenían muchos enemigos.

Los enemigos de los iraníes a quien se refería su jefe eran los israelíes.

De hecho, mientras estuvo en Estambul, Ben estuvo comiendo alimentos llevados directamente desde Israel. Si la operación fallaba y le mataban, o si le capturaban y él hacía uso de la píldora de cianuro que llevaba consigo, habría una autopsia y sería analizado el contenido de su estómago. Era preferible que todo apuntara en dirección a Israel. El JSOC había dejado también algunas otras pistas falsas, nada demasiado comprometedor. No era muy bonito hacerle esa jugarreta a un amigo, pero los israelíes eran realistas y comprenderían. Además, ¿qué podía hacerle Rusia realmente a Israel que no estuviese haciendo ya? ¿Vender armas a Damasco? ¿Suministrar carburante nuclear a Teherán? ¿Y qué podía hacer Irán? ¿Hezbollah otra vez? ¿Volar otra sinagoga argentina? Sí, si algo tenían de bueno los israelíes era la transparencia. Sus enemigos no podían odiarlos más de lo que ya lo hacían. A Ben le habría gustado que Estados Unidos fuera igualmente claro. ¿Qué decía Calígula? *Oderint dum metuant*. Que nos odien, a condición de que nos teman.

Regresó a su habitación a esperar. No salía mucho. Había períodos de su vida en que se pasaba días sin hablar, en que su mundo se reducía a las dimensiones de las paredes que lo rodeaban. A veces se encerraba tanto en sí mismo que lo único que le hacía reaccionar era el zumbido de su localizador.

Pensó en el odio. Al otro lado del océano, odiaban a Estados Unidos, cierto, pero también lo comprendían bastante bien. De hecho, pensaba que los extranjeros comprendían mejor a los norteamericanos de lo que ellos se entendían a sí mismos. Sus compatriotas se creían un pueblo benevolente, amante de la paz. Pero la gente benévola y amante de la paz no cruza océanos para ir a nuevos continentes, exterminar a los nativos, expulsar a otras potencias extranjeras, conquistar territorios soberanos, ganar guerras mundiales y, menos de dos siglos después de su nacimiento, ponerse a horcajadas sobre el planeta. Los benévolos amantes de la paz eran la causa de que pasara todo aquello.

Lo que volvía peligrosos a los estadounidenses era la combinación de la imagen amable de sí mismos y la brutal verdad. Porque si uno agredía a personas así, que se consideraban inocentes, la encarnación de todo lo que era bueno en el mundo, ellas

podían reaccionar no sólo con furia sino con la cólera moral al estilo del Viejo Testamento. Cualquiera que fuera tan depravado para atacar a esos pobres ángeles, está reclamando a gritos justicia y reciprocidad, y ya puede ir pidiendo una clemencia elemental.

Sí, los extranjeros odiaban la hipocresía de los norteamericanos. Y eso estaba bien, siempre y cuando también la temieran. *Oderint dum metuant*.

Cierto, el miedo tenía sus inconvenientes. Después de que Estados Unidos apresara a Saddam Hussein, todos nuestros enemigos de tercera categoría se dieron cuenta de que necesitaban una póliza de seguro. Porque si Saddam hubiera tenido unas cuantas armas nucleares y hubiera revelado la más mínima intención de usarlas si le atacaban —¿y quién hubiera apostado por un tipo que había ejecutado a su propia gente en cámaras de gas?—, los Estados Unidos seguro que habrían abandonado. Los iraníes lo entendían. Era en parte la razón por la cual ponían tanto empeño en tener sus propias armas nucleares.

Sonrió. Bien, pero en los últimos meses habían sufrido algunos reveses.

Matar a los científicos era sobre todo para ganar tiempo. Estados Unidos era el país más rico, mejor comunicado, más tecnológicamente avanzado del mundo, y con una superioridad militar sin parangón. Las armas nucleares podían bastar para poner a prueba un poder semejante, pero esto no significaba que los enemigos de Estados Unidos no fueran también a buscar un punto débil. Los chinos eran expertos en tecnología antisatélite, y buscaban la forma de evitar los ojos de Estados Unidos en el espacio. En cuanto a los rusos, lo suyo era la guerra cibernética, como se demostró cuando dejó aislada a Estonia. Los iraníes y otros poderes de tercer nivel... ¿quién sabía? En miles de garajes, sótanos y laboratorios secretos en todo el mundo, había hombres motivados que investigaban para encontrar el punto flaco. Cuando lo encontraran, lo iban a explotar.

Por suerte, había cientos de personas en las entrañas del Pentágono cuyo trabajo consistía en valorar todas las posibilidades, imaginar, predecir, supervisar y contrarrestar. Claro que también había habido gente asignada para descubrir la forma de proteger a Estados Unidos de amenazas asimétricas antes del 11-S. Pero ahora había más, y estaban más motivados. El Departamento de Defensa incluso había formalizado algunas, convirtiendo la Octava Fuerza Aérea en algo llamado Ciber Comando, encargado de entrenar y equipar fuerzas para llevar a cabo la defensa, el ataque y la explotación de la red. Ben esperaba que estuvieran haciendo bien su trabajo.

Él hacía el suyo. Se sentía orgulloso de ello. Si sus padres vivieran, quizá también ellos se sintieran orgullosos.

Aunque tal vez no. Siempre había sido la oveja negra de la familia. Le caracterizaba una tranquilidad interior que a sus padres les parecía vagamente incómoda y que los otros niños confundían con una especie de frialdad. Aquella sangre fría le había hecho popular, y esta popularidad inconsciente acompañada del

éxito social con chicos y chicas habían compensado la frialdad y, en cierto sentido, la habían ocultado.

Su padre era ingeniero en IBM, y la familia se había mudado tres veces siendo Ben un niño; primero Yorktown Heights en Nueva York; luego Austin, Texas; y al final Portola Valley, en el Silicon Valley de California, a un tiro de piedra de la falla de San Andrés. Ben estaba muy dotado para el fútbol y la lucha libre, y los deportes siempre habían sido una buena vía para ser aceptado rápidamente en un colegio nuevo. Su hermana pequeña, Katie, tampoco tuvo nunca problemas. Era una niña guapa con una sonrisa radiante y sólo buena voluntad en su corazón, con lo que aceptaba a todo el mundo de forma natural y, en contraprestación, todo el mundo parecía apreciarla.

Alex, el menor de los tres, era el problema. Era tímido y retraído, en todas partes menos en el colegio, donde era el predilecto del profesor, tenía una respuesta para todas las preguntas y nunca se equivocaba. La constante necesidad que tenía Alex de hacer alarde de su inteligencia atraía invariablemente a los matones, y luego era a Ben a quien le tocaba ponerlos a raya. Éste solía tener un hermano mayor y éste, a su vez, siempre tenía amigos. Por regla general, hacían falta entre tres y cuatro peleas a puñetazo limpio para que Ben dejara claro que, aunque su hermano pequeño era un cretino integral, eso no era motivo para que los niños pudieran ponerle la mano encima. En estas ocasiones, cuando Ben se veía obligado a dejar las cosas claras, solían expulsarle temporalmente del colegio. Sus padres no entendían nada. Pedían explicaciones, pero ¿qué iba a contarles? Alex, como tenía aquella aptitud innata para la ciencia y los estudios en general, era el preferido de su padre, y el pobre hombre, ya mayor, no iba a comprender que eran precisamente los continuos alardes de Alex en clase lo que le creaba problemas. En alguna que otra ocasión, Alex le había dado las gracias a Ben después de que éste hubiera hecho uso de la violencia en su favor, pero él no quería su agradecimiento, sólo que dejara de provocar a los demás actuando como si fuera más inteligente que nadie. Ben se lo decía, pero Alex no le escuchaba. Y así siguió el asunto, Ben enfadado con Alex, los padres enfadados con Ben, éste, como consecuencia, todavía más furioso con Alex, y éste, atemorizado por su hermano mayor, confundido y resentido ante su desapego e irritación. La única dúctil era Katie. Ella calmaba a Ben, consolaba a Alex y explicaba a los padres, y si bien Martin y Judith Treven nunca pudieron aceptar que Ben adoptara la violencia como solución, nadie podía estar enfadado por mucho tiempo cuando Katie abogaba por la paz.

Entonces no lo había sabido, pero la familia es algo muy frágil. Como una torre de naipes. Sin duda, había algunas cartas que se podían retirar sin que ello afectara demasiado al conjunto de la estructura. Otras, cuando se sacaban, causaban una sacudida y a continuación se caía otra carta, luego dos más, hasta que se derrumbaba toda la torre. Todo a causa de un simple error, de una cartita perdida.

Pero aquello ya no importaba. Lo pasado, pasado estaba, y ahora, mirando atrás,

todo parecía irremediable, en absoluto una serie de acontecimientos fortuitos sino más bien la obra insidiosa e inevitable del propio destino. A veces se preguntaba si esa idea del destino no sería una trampa, un narcótico que ofrecía la mente para anestesiar remordimientos y pesares. Al fin y al cabo, si sencillamente hubiese sido algo que tenía que suceder, no sería culpa suya. El destino era como un tren de carga, ¿y quién demonios podía detenerlo? Los trenes se limitaban a dirigirse allí adonde les llevaban las vías. En su momento, ese destino había parecido ser un coche, sí. Pero no lo era. En realidad era un tren.

8 - El sabor de la comida

Sarah había vuelto a su despacho para que Alex pudiera llamar a los inversores y anular la reunión. El pobre chico parecía destrozado. Bueno, ¿quién no lo estaría en su lugar? Él nunca hablaba de ello, pero ella sabía que si la tecnología Obsidian resultaba ser tan buena como parecía, Hilzoy se iba a convertir en un cliente muy importante de la compañía. Y para un abogado con seis años de antigüedad y a punto de convertirse en socio, atraer a un cliente como ese debía de ser una gran oportunidad.

Se pasó dos horas analizando unas actuaciones previas para uno de los abogados asociados. No hubo interrupciones, y estaba encantada, pues todavía no se había acostumbrado a organizar su tiempo en fracciones tarifarias de seis minutos, y dedicar largos ratos a un solo asunto permitía seguir mejor el hilo. Anotó el tiempo y consideró la idea de ir a comer algo.

Se puso en pie y ajustó las persianas. A mediodía el sol estaba alto y en el despacho hacía demasiado calor. Claro que un exceso de luz solar no era algo de lo cual uno debiera quejarse. Fuera, estaban jugando un partido de fútbol en un campo que había estado abandonado hasta hacía poco, cuando la Administración lo convirtió en lo que era ahora. Entreabrió un poco las persianas y se quedó observando. Como la insonorización de la ventana era impresionante, no podía oír el juego, pero imaginaba que los jugadores se reían.

No, a decir verdad, no podía quejarse de nada. Un despacho con vistas a un sitio precioso, bonito mobiliario, una secretaria. El trabajo era bastante interesante y ella lo hacía bien. Aunque esto no lo habría dicho ni loca en voz alta, el cargo confería cierta categoría. Y como era de suponer estaba ganando una cantidad obscena de dinero para una chica de veintiséis años. Sin embargo, a veces le molestaba la sensación de que había cometido un error con todo aquello. ¿Era suficiente razón para hacer algo que uno lo hiciera bien y estuviera bien remunerado?

Sus padres se habrían reído ante la pregunta, y de hecho lo solían hacer antes de que ella hubiera aprendido a guardarse las dudas para sí misma. Pero claro, pertenecían a una generación diferente. Se habían conocido siendo estudiantes universitarios en Estados Unidos, donde habían acudido a estudiar y a perfeccionar su inglés, como era costumbre entre los hijos e hijas de las familias iraníes acomodadas de la época. Su padre, Emaan, estudiaba medicina y tenía previsto convertirse en oftalmólogo. Su madre, Ashraf, estudiaba literatura inglesa del siglo diecinueve y quería ser profesora. Se casaron estando todavía en la universidad. Sus padres aprobaron la unión, y el futuro parecía brillar ante ellos.

Entonces llegó la revolución, y el ataque a la embajada estadounidense. En medio de rumores de guerra, el presidente Carter congeló los activos de los iraníes. Sus

familias lo perdieron todo. Hubo que olvidarse de seguir estudiando, no les quedaba más remedio si querían encontrar la forma de pagarse la comida y el alquiler. Ashraf se puso a hacer de camarera. Emaan vendía gafas en una óptica. Trabajaron duramente y ahorraron dinero compartiendo un piso de dos dormitorios con otra pareja iraní que se había visto más o menos afectada de la misma forma. Al final consiguieron reunir lo suficiente para comprar una óptica. Ahora eran propietarios de cinco ópticas en la zona de la bahía de San Francisco, así como también algunas propiedades inmobiliarias más. Y estaban orgullosísimos de ello. En una ocasión, cuando Sarah le dijo a su padre que quería trabajar en algo que aportara alguna recompensa moral, él se rió y le dijo:

—¡Chiquilla tonta! ¿No sabes que una recompensa económica es una recompensa moral?

Entendía lo que quería decir. Pero ella tenía más oportunidades de las que tuvieron sus padres, buenas oportunidades que ellos le habían dado. ¿No sería un error desaprovecharlas? ¿No debía construir sobre los cimientos que ellos le habían proporcionado?

Y, además, creía haber advertido tristeza detrás de la risa de su padre.

Trataba de evitarlo, pero no podía librarse de la sensación de que había algo más para ella; ojalá pudiera descubrirlo.

Y ahí radicaba el problema: todos sus sueños estaban en estado embrionario. No sabía lo que quería. En su interior ardía un deseo vivo, pero no lograba darle forma. Era terrible, sentir con tanta fuerza que había algo ahí, pero ser incapaz de expresarlo o identificarlo. Se preguntaba qué era peor: si traicionar un sueño o ser demasiado superficial para siquiera tener uno.

Y luego se decía que era una tonta. Esperaba demasiado, ahí radicaba el problema. Debía contentarse con todas las cosas buenas que tenía.

A veces deseaba haber tenido una hermana en quien confiar. Pero cuando ella nació los tiempos eran muy duros, y sus padres no creyeron poder hacer frente a un segundo hijo, y para cuando pudieron, ella tenía ya diez años. No quisieron empezar de nuevo.

Lo que realmente le interesaba era la política. Leía todo lo que aparecía de tema político: periódicos, revistas y libros. *Blogs* especialmente. Había algunos estupendos, y su diversidad y espontaneidad le daban mucha más confianza que los medios de comunicación tradicionales, que estaban controlados por corporaciones o se movían sólo por el hambre de acceder a quien hubiera en el poder, o las dos cosas. La afición voraz a la lectura había surgido durante la época del instituto y se había ido intensificando con la edad. Pero ¿de qué iba a servirle? Sólo había que ver como los contrincantes de Obama habían intentado difamarlo mediante la falsa sugerencia de que era musulmán. O la forma en que habían destruido al industrial iraní-estadounidense Alex Latifi, con un proceso malicioso en Alabama que salía incluso en los libros de texto. ¿Qué haría la gente con una mujer iraní-estadounidense que era

realmente musulmana, que de hecho consideraba que en el Corán había pasajes increíblemente hermosos? Su nombre de pila era Shaghayegh, que es una flor persa. Sarah no era más que un apodo. Shaghayegh Hosseini, votad por mí... A decir verdad, tenía más posibilidades de ir a parar a Guantánamo que de ser elegida presidenta.

Cuando los aviones se estrellaron contra el Pentágono y las Torres Gemelas, ella estaba en el primer curso del Instituto Tecnológico de California. Después, la abordaron con intención de reclutarla todas las agencias federales: FBI, NSA, CIA y el recientemente creado Departamento de Seguridad Nacional. Todos buscaban desesperadamente gente que hablara los idiomas del mundo musulmán, y Sarah, que dominaba el persa, aparecía en todas las listas de sus ordenadores. Le intrigaba la idea de tener una acreditación de seguridad altamente confidencial, la posibilidad de combatir el fanatismo que estaba envenenando la cultura de la que procedía. Pero sus padres no la dejaron. Como habían padecido la revolución y todo lo que sobrevino después, tenían mucho miedo a otra reacción violenta. Los Hosseini ahora eran estadounidenses, y no querían mover un dedo para atraer la atención sobre sus orígenes. La educación era la clave del éxito en Estados Unidos, le aseguraban sus padres. Hacía tiempo que habían aceptado que no quisiera ser médico, pero tenía gran aptitud para la ciencia; en el instituto había hecho cursos avanzados preuniversitarios y había tenido muy pronto acceso al programa de seguridad en la información en Caltech. ¿Por qué no licenciarse en Derecho? Con esa combinación, podría llegar a donde quisiera. Y así había nacido una especie de compromiso.

Quería a sus padres y quería satisfacerlos, pero a una parte de ella le molestaba mucho la obsesión que tenían por la educación y la categoría social, la forma en que la utilizaban como vehículo para conseguir sus propios sueños truncados. Esa semilla de resentimiento la llevó a su primer acto de rebelión: un amigo estadounidense de la cabeza a los pies llamado Josh Marshall, con quien empezó a salir estando ella en el segundo curso de la carrera y él en el tercero, y con quien perdió la virginidad aquel mismo año. Josh era un buen chico, de una buena familia y buenas perspectivas, pero no era iraní, y aunque era poco lo que podían hacer sus padres para impedirselo, ella sabía que estaban escandalizados. Y eso era bueno. Por fin perseguía algo que ella quería.

El romance duró hasta que Josh acabó la carrera y se fue a Tucson para trabajar en Raytheon en el diseño de sistemas de misiles. Se volvieron a ver alguna que otra vez aquel verano, pero cuando empezó el semestre de otoño de su último año en la universidad, Sarah le dijo que estaba demasiado ocupada para poder seguir aquella relación. Fingió sentirlo enormemente, pero lo cierto era que ya estaba cansada. Aunque por regla general era un chico seguro de sí mismo, desde el principio se había sentido intimidado por ella y mostraba poco aplomo. Parecía que no acabara de creerse que se la merecía, como si ella le estuviera haciendo un favor saliendo con él. Siempre había sido consciente de que era ella quien llevaba la voz cantante, y quien

controlaba la situación; al final se había demostrado que tenía razón.

La misma pauta siguió en el Boalt Hall de Berkeley. Llevaba en la facultad de Derecho menos de un mes cuando empezó a salir con un chico de segundo curso, otro anglo-americano, este llamado John Cole. Y después, cuando John se graduó y se fue a Washington para trabajar en el Departamento de Justicia, Sarah, que se había cansado de esta relación de forma similar a como le había ocurrido con la anterior, volvió a aprovechar la ocasión como excusa para ponerle fin. Posteriormente, se preguntó por sus motivaciones. Los dos habían sido lo que se llama unos buenos novios, por lo menos desde un punto de vista formal. Pero con los dos tenía garantizado el rechazo de sus padres, y los dos habían llegado con una fecha de caducidad. ¿Se estaba echando piedras sobre su propio tejado? ¿Y por qué lo hacía?

¿Los había amado? A ellos así se lo había dicho, después de que se hubieran atrevido finalmente a declararle su amor. Pero, aunque sentía un profundo cariño, en especial por Josh, que al fin y al cabo había sido el primero, no sabía si a eso lo podía llamar realmente amor. Se preguntaba si no sólo había sido la fecha de caducidad lo que la había motivado, sino también una cierta insustancialidad en el sabor de la comida. Tal vez tuviera miedo a probar algo susceptible de encender algún apetito latente, un apetito que notaba en su interior pero que por alguna razón desconocida se empeñaba en negar.

Pero el sexo había estado bien. O en cualquier caso bastante bien. Ciertamente no había llegado al orgasmo con ninguno de los dos, pero eso no importaba mucho. El solo contacto ya era bueno, y le gustaba tener a alguien con quien dormir. Y cuando necesitaba desahogarse realmente, tenía siempre la alternativa de cerrar la puerta del baño, introducirse en un baño caliente, cerrar los ojos y tocarse en la forma que le satisfacía. En sus fantasías, se encontraba al fondo de una sala de conferencias, o rodeada de un montón de gente en un bar o una fiesta, o sobre una pila de libros en una biblioteca ya cerrada. Siempre había un hombre cuyo rostro era indefinido, pero que ella sabía la estaba mirando, y en su mirada se leía admiración y arrogancia a la vez. Ella lo provocaba, quería saber quién era, qué se creía que estaba mirando. Él sonreía y decía: *Sé lo que quieres*. Ella se reía de su presunción y replicaba algo como: *¿Ah sí?* Se suponía que esa risa iba a desanimarlo, pero no era así, y él sonreía todavía más, y ella presentía que él se burlaba de ella por dentro. *No sabes nada de mí*, decía ella a continuación. Él se acercaba más y, en voz baja, replicaba que por supuesto que sabía cosas de ella, y que se lo podía demostrar. Ella se enfurecía ante tanta insolencia y le preguntaba: *¿Demostrarlo cómo?* Él entonces se acercaba mucho más y ella trataba de alejarse de él, pero siempre había algo que se lo impedía, y entonces él apretaba su cuerpo contra el suyo y ponía la boca en su oído para luego susurrar: *Sé cómo te gusta que te toquen... así, y así, y así...*

Sacudió la cabeza y dejó caer las cortinas. Necesitaba comer algo. Tal vez se lo propusiera a Alex. Sentía curiosidad por saber si había tenido noticias de Hilzoy. Y además parecía que un poco de compañía no iba a sentarle mal.

Era un hombre atractivo, y a veces pensaba en él. Pero seguramente no tardaría en ser socio y si se liaba con él no tendrían más remedio que romper llegado el momento. Se rió entre dientes. Sí, estaba totalmente en su línea. Otro chico guapo, estadounidense hasta las trancas, con el mismo currículum adecuado y una fecha de caducidad marcada. Perfecto.

Pero él no parecía interesado; si bien debía admitir que esto formaba parte de su atractivo. Estaba acostumbrada a gustar a los hombres. No sabían ocultarlo demasiado bien, y la mayoría ni siquiera lo intentaba. Y resultaba divertido, porque ella de niña era bastante extraña físicamente hablando, tenía unos ojos demasiado grandes y unos labios demasiado carnosos para su rostro, y sus rasgos no se habían fusionado hasta los últimos años de instituto. Lo agradecía. Si hubiera nacido guapa, habría sido como haber nacido rica. Todo habría sido demasiado fácil. Porque ahora su aspecto siempre le parecía algo improbable, un regalo inesperado, algo que había acaecido por casualidad, no algo que le había sido dado por derecho.

A decir verdad, era ridículo que le interesara el único hombre de la empresa que no parecía estar interesado en ella. Pero tenía cualidades que le gustaban. Para empezar, daba gusto trabajar con él. Siempre explicaba las cosas con claridad y, a diferencia de varios abogados con los que había trabajado, a él no le intimidaban sus conocimientos técnicos. Y no cabía duda de que era una persona seria. Incluso demasiado seria: siempre estaba en el despacho, por muy pronto que llegara o tarde que se fuera ella, y no parecía tener otra vida fuera de la empresa. Creía detectar una extraña... tristeza detrás de la seriedad, y eso la intrigaba. Imaginaba cómo reaccionaría si él daba un primer paso, pero luego se echaba a reír ante la idea. Él no estaba en absoluto interesado en ella, y tal vez fuera mejor así.

Pero no había nada malo en preguntarle si quería comer con ella. Al fin y al cabo ella iba a ir de todas formas, iría a pedir noticias sobre Hilzoy y luego mencionaría de pasada que iba a comer alguna cosilla, al Straits Cafe pensaba, el restaurante de comidas de Singapur, y si le apetecía...

Recorrió el pasillo hasta su despacho y asomó la cabeza, pero él no estaba. Alisa, su secretaria, la vio y dijo:

—Ha tenido que ir a la jefatura de policía.

Sarah arqueó las cejas.

—¿A la policía? ¿Es por Hilzoy?

—No ha dicho nada —contestó Alisa tras sacudir la cabeza.

Sarah asintió con un gesto de la cabeza y replicó:

—De todas formas nunca lo hace.

Luego se alejó al tiempo que pensaba que lo mejor sería tomar algo en la cafetería de la empresa. Sí, eso era lo mejor.

9 - Tristeza eterna

Al día siguiente, Alex llegó al despacho a las seis de la mañana. No había dormido bien, pero por lo menos había dado con una línea de actuación. Lo primero era hacer averiguaciones en la Oficina de Patentes y Marcas. El jefe de grupo del Centro de Tecnología 2130, el grupo de examen responsable de la criptografía y seguridad informáticas, era un licenciado de Stanford llamado Hank Shiffman, con quien Alex había trabado amistad cuando los dos estudiaban allí. Era una verdadera suerte tener a un amigo como Hank allá dentro; en primer lugar era muy inteligente y captó perfectamente qué era Obsidian y, además, conocía el extraño funcionamiento interior de la oficina de patentes. Hank y el 2130 todavía no habían recibido oficialmente la solicitud, pero aquél había ido informando a Alex de forma extraoficial de su progreso desde que había llegado a la Oficina de Examen Inicial de Patentes (OIPE). Lo último que había sabido Alex era que la solicitud había sido llevada al Departamento de Defensa para una revisión de seguridad nacional. La revisión de seguridad era pura rutina para un invento relacionado con criptografía y, a menos que el mencionado departamento decidiera declararlo asunto secreto, un duro golpe, pero gracias a Dios poco probable, no tardarían en dar el visto bueno a la solicitud antes de pasarla a un perito del grupo de Hank.

Eran las nueve en Virginia, donde estaba ubicada la Oficina de Patentes y Marcas. Alex llamó a Hank y le salió el buzón de voz.

¡Maldita sea! Hank siempre estaba en su despacho temprano. Bien, debía de haber ido al lavabo o algo así.

El mensaje decía: «Apretar cero para hablar con una operadora». Al cabo de un momento, una mujer preguntó:

—¿En qué puedo ayudarle?

—Estoy intentando contactar con Hank Shiffman.

Hubo una pausa. Luego la mujer dijo:

—Ah, ¿le importa esperar un momento?

Alex esperó, mientras se preguntaba por qué el tono de voz de la mujer había sonado tan inseguro tratándose de algo tan trivial.

Un momento después se oyó la voz de otra mujer, más gutural que la primera y con un tono más profesional.

—Hola, soy la directora Jane Hamsher, de Seguridad en Arquitectura, Software e Información Informática. ¿Puedo saber con quién estoy hablando?

Alex reflexionó un momento. La información que le había estado proporcionando Hank era extraoficial. No quería crear problemas a su amigo.

—Soy Alex Treven —contestó—. Soy un amigo de Hank, de Stanford.

—Ya veo —dijo la mujer tras una pausa—. Entonces siento tener que ser yo

quien le diga que Hank falleció ayer.

Durante un largo momento, Alex estuvo seguro de haber oído mal. Volvió a pronunciar las palabras de la mujer en su cabeza, en un intento de llegar a una construcción que tuviera sentido. Nada. Al final, logró balbucir:

—¿Qué... qué ha pasado? ¿Cómo...?

—Según parece fue un ataque al corazón.

Alex pensó en Hank, vegetariano y un loco de la pista de *squash*.

—Pero... Hank estaba sanísimo. Me refiero a que no creo haber conocido a nadie más sano.

—Lo sé, todos estamos conmocionados. Parece que era algo congénito, pero están tratando de descubrir qué ha sido. Vamos a echarlo mucho de menos. Era un buen hombre y muy competente.

Estaba tomando confianza. Alex pensó: Bien, puesto que está muerto ya no debo protegerlo, *y dijo:*

—El caso es que Hank estaba... me estaba asesorando sobre una solicitud de aplicación criptográfica para un cliente.

—¿Hank era el perito del expediente? —preguntó la mujer tras una breve pausa y en tono de duda.

—No, la solicitud todavía no había sido asignada a un grupo determinado. Según tengo entendido, está todavía en la OIPE, sujeta a la revisión del Departamento de Defensa...

—Bien, en ese caso, en cuanto haya pasado la revisión, la OIPE la asignará a un grupo tecnológico, probablemente al 2130 según la información que me está dando. Llegado el momento nos pondremos en contacto con usted.

Maldita sea, muy lejos de la reacción compasiva que él creía que se merecía un amigo desconsolado.

—De acuerdo, gracias —se limitó a decir.

—De nada. Y de nuevo, lo siento mucho.

Alex colgó. Había llegado el momento del Plan B. El problema era que, muerto Hilzoy, ya estaba en el Plan B. Y no parecía ir sobre ruedas precisamente.

Primero Hilzoy, luego Hank. Increíble. Parecía que Obsidian estuviera maldito.

Reflexionó sobre qué hacer a continuación. Debía enterarse de quién heredaría los derechos de la patente si la concedían, o cuando la concedieran. También debía ponerse las pilas y estudiar concienzudamente los beneficios, las limitaciones y todas las aplicaciones posibles de la tecnología en varios mercados posibles. Hasta aquel momento, Hilzoy había sido el mejor vendedor para Obsidian, la persona perfecta para convencer de la posibilidad de crear una compañía basada en el proyecto. Sin Hilzoy, él iba a tener que hacer uso de su labia.

Examinó el expediente de Hilzoy y no le sorprendió no encontrar información sobre su familia. Bien, le encargaría a Alisa que trabajara en ello. Que contactara con la ex mujer y se informara de quiénes eran sus parientes más próximos; los posibles

beneficiarios en caso de existir un testamento, o las personas probables que heredarían si Hilzoy había muerto sin testar.

Y, por último, la propia tecnología. Cada vez que Hilzoy acudía a la oficina, le dejaba a Alisa una copia de seguridad en DVD de la última versión. Alex salió, la recuperó y la introdujo en el lector de su ordenador portátil. Cuando se hubo cargado el programa, le sorprendió escuchar música procedente de los diminutos altavoces del portátil. No reconoció la melodía, algo instrumental. Escuchó por espacio de un minuto, luego encontró el mando y lo apagó. Era espantoso imaginar a Hilzoy escuchándola mientras trabajaba en Obsidian. Tal vez fuera una de sus melodías preferidas.

Se puso a ensayar la forma de presentar las distintas aplicaciones. Las describía fingiendo que se dirigía a unos posibles inversores.

—¿Han visto con qué velocidad ha codificado Obsidian un archivo de vídeo de cinco gigabytes? Y puede ser mayor. Lo hemos probado hasta con cinco terabytes y creemos que todavía puede ir más lejos. Y no sólo vídeos, por supuesto. Todo tipo de información. Todo tipo de plataformas. Y el proceso de decodificación es igualmente rápido. Fíjense en esto...

Estuvo una hora ocupado «en esto», inmerso, ajeno al mundo exterior. Tenía que poder hacerlo. Tenía que hacerlo.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —gritó.

Se abrió la puerta y entró Sarah.

—¡Hola! —saludó, y ni su tono ni su expresión sugerían que estuviera muy contenta.

—¿Qué pasa? —preguntó Alex, sobresaltado al verla, estando como estaba su mente casi por completo ocupada por Obsidian.

Ella se sentó y se lo quedó mirando.

—¿No se te ha ocurrido que puede haber otras personas preocupadas por lo que le pasó a Hilzoy?

Alex frunció el ceño. ¿Por qué no podía comportarse como se suponía debía hacerlo una pasante en su primer año? No podía irrumpir así, dejarse caer en una silla como si aquel despacho fuera su segunda casa y empezar a interrogarlo.

—Escucha... —empezó a decir.

—Ayer saliste corriendo de aquí —le interrumpió ella según se inclinaba hacia delante y plantaba los codos sobre el escritorio—, y fuiste a la policía. ¿Qué ha pasado?

Alex hizo un esfuerzo para no bajar la vista al seductor trocito de escote que presentía en su visión periférica. De acuerdo, tal vez ella tuviera algo de razón.

—Fue asesinado —explicó.

—¡Cielo santo, no puedo creerlo! —exclamó ella con una expresión ya más suavizada.

Él pensó que ahora debía decirle que estaba ocupado. Expresarle su descontento por la falta de respeto con que lo trataba. Él siempre fue respetuoso cuando estaba en su primer año. ¿Por qué se comportaba así? En cambio, dijo:

—Había un paquete de heroína en el maletero de su coche. Creen que ha sido un asunto de drogas.

—¿Heroína? ¿Hilzoy? ¡Pero si era un *freaky* de la informática! ¡No tiene ningún sentido!

—Supongo que nunca se puede decir.

Ella se reclinó en la silla, sin intención alguna de marcharse.

—¿La policía te llamó porque... pensaba que sabías algo?

Alex tuvo un momento de vacilación, pero luego se rindió. Hilzoy, luego Hank... era tan extraño, que necesitaba hablar con alguien. Le contó lo de las llamadas perdidas que habían llevado hasta él a la policía, lo del interrogatorio en la jefatura, incluso lo de la prueba del ADN. No tenía previsto contar tanto; de hecho, no había previsto decir nada. Tenía la sensación de que al hacerlo estaba corriendo un riesgo, un riesgo que no llegaba a entender del todo y que, no hacía falta decirlo, era incapaz de controlar. Esta sensación le hizo sentir un cierto mareo, casi náuseas.

—¿Se lo has contado a Osborne? —preguntó ella cuando él hubo terminado su relato.

—No. Está en Bangkok. No regresa hasta mañana, se lo contaré entonces.

—¿No crees que le gustaría estar enterado antes? Podrías mandarle un correo electrónico.

—¡Como no era su cliente, a Osborne le importará un bledo! —exclamó Alex después de lanzar una risita—. ¡Puedes estar segura!

No había terminado de expresar estas palabras cuando ya se estaba arrepintiendo de haberlas dicho. Siempre sabía mantener la boca cerrada con ese tipo de asuntos, pues uno nunca sabía si algo inofensivo podía tergiversarse y amplificarse al contarlo a terceros. Detestaba que ella pudiera aprovecharse de ello. Pero Sarah se limitó a esbozar una sonrisa comprensiva.

—Y entonces, ¿qué va a pasar con la patente? —preguntó.

—Estoy en ello —contestó Alex al tiempo que se pasaba los dedos por el cabello y suspiraba.

—¿Estabas trabajando en eso? —quiso saber ella después de echar una mirada al portátil de Alex.

—Un poco, sí. Le estoy haciendo un examen de conducir a Obsidian. Quiero ver cómo lo hace sin Hilzoy detrás del volante.

—Pues —empezó a decir ella tras hacer un gesto de asentimiento con la cabeza—, si quieres un copiloto, cuenta conmigo.

Él se la quedó mirando, en un intento de interpretar su expresión. ¿Qué significaba exactamente el ofrecimiento? Era sólo para el trabajo, o...

Notó que le subían los colores a las mejillas. ¡Maldita sea!

—Gracias —se limitó a decir—. Ya te diré algo.

Ella sonrió y se puso en pie.

—Perdona que haya irrumpido así. Es que sentía mucha curiosidad, ¿comprendes?

Alex asintió y se obligó a permanecer sentado. No iba a acompañarla a la puerta como si fuera uno de los socios.

Le volvió a dedicar aquella maravillosa sonrisa y salió cerrando la puerta tras ella. Alex lanzó un profundo suspiro. Al cabo de un minuto, abrió el ordenador y volvió a hacer pruebas con Obsidian. Pero no pudo volver a concentrarse. Todo aquello... le estaba avivando recuerdos.

Alex estaba haciendo el primer curso en el instituto Menlo Atherton la noche que murió Katie. Estaba en casa durmiendo y el timbre del teléfono le despertó a medias. Se preguntó sin más quién podía llamar a esas horas, y luego empezó a darse media vuelta pues sabía que fuera lo que fuera, ya se ocuparían sus padres. Pero entonces, al cabo de un momento, el sonido más terrible que jamás había oído le hizo recobrar plena conciencia. No era un sonido fuerte, pero le hizo incorporarse de golpe, y un temblor se apoderó de sus manos y el calor abandonó repentinamente su cuerpo.

El sonido provenía de su madre. Siete palabras, todas pronunciadas con una voz alta, temblorosa y antinatural, quedando las propias palabras eclipsadas y siendo irrelevantes ante el puro terror que contenía la entonación.

Oh no. Por favor, no, Dios mío.

Alex se quedó paralizado sentado en la cama. Apretaba las sábanas contra él, más asustado de lo que había estado en toda su vida. ¿Qué podía pasar para que la voz de su madre sonara de aquella forma? ¿Quién había llamado?

Un momento después, apareció su padre en la puerta. Encendió la luz y, con una voz tranquila y autoritaria que no le había oído antes, le dijo:

—Alex, vístete. Tenemos que ir al hospital.

Alex sacudió la cabeza, sin comprender. ¿El hospital? ¿Quién estaba enfermo?

—Papá.

—¡Enseguida! —ordenó su padre.

Se metieron en el coche, su madre en el asiento del copiloto, Alex confuso y asustado en el asiento trasero. Salieron chirriando marcha atrás por el camino de acceso a la casa. Apenas pisaron la calzada, su padre dio un giro al volante, luego un frenazo y Alex se precipitó hacia delante. Ni siquiera se había puesto el cinturón de seguridad. Entonces su padre aceleró y él volvió a caer hacia atrás. Acababa de abrocharse el cinturón con manos temblorosas cuando su padre giró bruscamente al final de la calle y Alex por poco se golpea contra la puerta.

Su padre siguió conduciendo como un loco y su madre, que no tenía pelos en la lengua a la hora de opinar sobre la forma de conducir de su marido, sobre todo cuando consideraba que cometía imprudencias, no abrió la boca. Alex cayó de pronto en la cuenta de que tenía ganas de hacer pipí. Estaba tan asustado y habían salido de

casa con tanta precipitación que ni se le había ocurrido ir al lavabo.

—Se trata de Katie —explicó su padre como si recordara por primera vez que su hijo ni siquiera sabía lo que estaba pasando. Aminoró la marcha en un semáforo en rojo, volvió la cabeza para comprobar el tráfico y siguió—. Ha tenido un accidente.

Alex notó que le brotaban las lágrimas e hizo un esfuerzo para contenerlas. Oía en su cabeza el eco de la voz de su madre y supo que ese sonido iba a resonar dentro de él para siempre.

Oh no. Por favor, no, Dios mío.

—No lo entiendo —dijo su madre, y Alex oyó que estaba llorando—. ¿Dónde está Ben? Pensaba que le ibas a decir...

—Se lo dije —replicó el padre—. Se suponía que él debía traer a Katie a casa. Se lo dije expresamente.

Alex trataba de comprender de qué estaban hablando. Aquel mismo día toda la familia había regresado de una estancia de dos días en Bakersfield, para asistir al Campeonato de Lucha Libre Olímpica del Estado de California, donde Ben había ganado en la categoría de 77 kilos de peso. Éste se había mostrado tan entusiasmado, tan feliz, que había sorprendido incluso a Alex al abrazarlo delante de todo el mundo en las Gracias. Algunos amigos le habían organizado una fiesta. Como era para jóvenes y mayores, habían ido los dos, Ben y Katie. Nadie le había contado a Alex más que esto. Nunca le contaban mucho.

—Quizá la acompañaba Wally —sugirió Alex en voz baja y en un intento de ser de alguna ayuda.

Wally Farquhar era el amiguito de Katie. Era mayor de edad y tenía un lujoso Mustang negro. Nunca daba muestras de saber siquiera que Alex existía, y a éste le desagradaba el tipo. Tenía la impresión de que a sus padres tampoco les caía demasiado bien.

Se hizo un largo silencio y Alex se preguntó si no habría metido la pata. Al cabo de un momento, habló su padre, con una voz torva impropia de él.

—Conducía Wally.

Ninguno volvió a hablar el resto del camino. Parecía que el hecho de que Wally hubiera sido el que condujera implicara algo, algo terrible e irremediable a la vez.

Alex quería tener más detalles, pero no se atrevía a preguntar. ¿Katie iba en un coche que había tenido un accidente...? Pero estaba bien, ¿no? ¿Y por qué no la había acompañado Ben? Sus padres habían dicho que habían quedado así. No era capaz de articular el sentimiento, pero estaba casi convencido de que Ben había hecho algo malo y que, fuera lo que fuera, si Ben no lo hubiera hecho, nada de todo aquello estaría pasando.

Pero tal vez no estuviera pasando. Quizá estaba todavía durmiendo en casa. Quizá el dolor que sentía en la vejiga, la forma temeraria de conducir de su padre, el alarido de su madre, toda aquella nauseabunda sacudida de sus vidas, tal vez todo fuera solamente un mal sueño.

Su padre se detuvo frente a la puerta del Servicio de Urgencias del Centro Médico de Stanford y paró el motor. Sus padres salieron corriendo después de dar un portazo a las respectivas puertas, y Alex comprendió que no iban a ir a ningún aparcamiento, que iban a dejar el coche allí. ¿Cómo podía saberlo él? Nadie le había dicho nada, y tuvo la sensación de que lo iban a abandonar allí.

Salió del coche. Era una noche fría y tranquila y vio el vaho de su respiración, así como los conos giratorios de vapor bajo las luces de sodio situadas delante del edificio. La fachada del hospital parecía brillar en la oscuridad que la rodeaba y se perdía en las esquinas. Se le agudizó la sensación de que aquello podía ser un sueño.

Corrió adentro y alcanzó a sus padres. Su padre hablaba con una mujer negra que estaba detrás de un mostrador, una enfermera o recepcionista.

—Katie Treven —decía—. Somos sus padres. ¿Dónde está?

—Está en quirófano —contestó la mujer después de haber consultado unas fichas que tenía delante.

Quirófano. En la cabeza de Alex aparecieron visiones de médicos con máscaras y batas ensangrentadas, luces incandescentes sobre la mesa de operaciones, bandejas llenas de brillante instrumental metálico, y se imaginó a Katie en medio de todo aquello, allí, ahora...

—Tenemos que verla —dijo la madre de Alex en un tono asustado y firme a la vez—. ¿Dónde está?

La mujer miró a la madre de Alex y, si bien su expresión no carecía de humanidad, Alex reconoció algo inamovible en ella. Se daba cuenta de que la mujer había vivido aquella escena muchísimas veces, que estaba acostumbrada a enfrentarse con la situación.

—Señora —empezó a decir—, entiendo su preocupación, pero no pueden entrar en el quirófano. Es un entorno estéril y si entran no le harán ningún bien a su hija, al contrario. Les ruego que aguarden en la sala de espera. El médico no tardará en salir.

Alex vio desplomarse los hombros de sus padres, que se fueron alejando despacio, sumisos, asustados y abatidos. Se preguntó cómo era posible que él hubiera sabido *a priori* la reacción de la enfermera. Aquella capacidad para intuir era nueva para él, y en cierta forma nada bienvenida.

La sala de espera era pequeña y rectangular, albergaba unas filas de sillas tapizadas y un televisor parpadeaba en la esquina. Olía a antiséptico y toda ella desprendía algo así como una tristeza eterna. El sonido del televisor estaba demasiado bajo y Alex se preguntó para qué estaba entonces, pero luego lo comprendió: estaba para recordar a la gente que aquella sala no era todo el mundo, que cualquiera que fuese el horror que los había reunido allí, aún había vida fuera. Le impresionó aquel pensamiento, el fondo adulto que contenía, nuevo para él, como la perspicacia de que había hecho gala con la enfermera, y sin saber por qué, le asustó el hecho de ser capaz repentinamente de entender semejantes cosas.

Buscaron tres sillas contiguas y se sentaron. Alex echó un vistazo a su alrededor.

Había unas doce personas. Nadie prestó la más mínima atención a él y a su familia. Una mujer latina mecía en su regazo a una niña pequeña según la iba arrullando en voz baja. Un niño pequeño que Alex imaginó era el hijo de la señora dormitaba con la cabeza apoyada en el hombro de aquélla. Un hombre mayor con una camisa de franela iba gimiendo para sí mismo y apretaba en los brazos un andrajo manchado de sangre. Todos daban la impresión de haber estado allí siempre, y él se preguntó si su familia no daba también la misma sensación.

Tuvo ganas de tomar la mano de su madre, pero como vio que ella y su padre no se tocaban, pensó que tal vez no había que hacerlo.

—Tengo... necesito ir al baño —anunció Alex.

Su madre se limitó a hacerle un ligero gesto de asentimiento por toda respuesta, y Alex se sintió culpable por pensar en sí mismo. Cuando volvió, su padre se había puesto en pie y caminaba arriba y abajo. Su madre seguía tan quieta que se podía haber pensado que estaba tallada en mármol. Y además su rostro estaba tan blanco como aquél.

Alex se sentó y se quedó mirando las puertas batientes que suponía daban al interior del hospital. Trató de no pensar en Katie, en lo que le debían de estar haciendo. Pero seguro que le habían puesto anestesia. Por lo menos no sufría.

Cada cuarto de hora más o menos, su padre se dirigía al teléfono público que había en el pasillo y llamaba a casa. Al cuarto intento, volvió y dijo:

—Por fin he conseguido dar con Ben. Está de camino.

—¿Dónde estaba? —preguntó la madre mirando a su marido.

—No lo sé —contestó el padre moviendo la cabeza—. No quería ponerme a discutir. Sólo quería que viniera aquí.

Menos de diez minutos después, Ben entró como un rayo en la sala de espera y Alex sintió un ramalazo de alivio al ver a su hermano mayor, con aquella pinta de matón y las espaldas anchas. Por lo menos ahora estaban todos juntos. Era difícil hablar con Ben, y Alex sabía que no le tenía especial aprecio, pero su hermano siempre le había protegido. Alex tuvo la sensación de que también le iba a proteger ahora, que les iba a proteger a todos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ben—. ¿Cómo está Katie?

—¿Dónde estabas? —preguntó su madre conforme se ponía en pie y se acercaba a él—. ¡Eras tú quien debía llevarla a casa!

—¿Cómo? —exclamó Ben.

Su padre se acercó también y agarró a Ben del brazo.

—Te dije que debías acompañarla a casa después de la fiesta.

—No es así —replicó Ben, al tiempo que sacudía la cabeza—. Me dijiste que Katie debía estar en casa a las doce.

—¿Pues a qué te crees que me refería? —espetó el padre en voz alta—. ¡Debías traerla tú!

Alex miró en torno a él. Las adormecidas personas de la sala de espera se habían

espabilado y observaban el drama que se estaba desarrollando.

—Yo creía... yo pensaba que te referías a que debía estar en casa a cierta hora — balbuceó Ben—. Porque es más pequeña. Y como Wally dijo que la llevaba él, yo pensé... —Reinó el silencio en la sala un momento—. ¿Dónde está Wally?

—Él conducía —contestó el padre—. Está muerto.

Un escalofrío de terror recorrió el cuerpo de Alex al oír estas palabras, por la descarnada realidad que implicaban. Comprendió que quien hubiera llamado antes se lo debía de haber contado a sus padres. Pero... ¿cómo podía estar muerto Wally? Alex lo había visto hacía cuánto... ¿tres días?

Ben tenía el aspecto de haber recibido un puñetazo en el estómago.

—Katie... Katie ha dicho que no le importaba.

—¡Creo que dejé bien claro que tú tenías que acompañar a tu hermana a casa, Ben! —gritó el padre—. ¡Tú!

Ben dejó caer los brazos y dio un paso atrás. Miró a su padre, luego a su madre.

—¿Me estás diciendo que ha sido culpa mía? ¿Me estás echando la culpa a mí?

—¡Se suponía que ella no debía ir en el coche de Wally! —exclamó su madre, y a continuación estalló en sollozos.

Todos se quedaron inmóviles durante un largo y embarazoso momento. Luego Ben se dio media vuelta y se marchó.

—¡Ben! —le llamó su padre, pero el chico ni siquiera volvió la cabeza—. ¡Ben!

El padre se disponía a ir tras él cuando Alex oyó que se abrían las puertas batientes y levantó la vista. Vio salir a un hombre vestido con una bata verde de cirujano.

—¿La familia de Katie Treven? —preguntó.

Los padres de Alex se precipitaron hacia él. Ben se dio media vuelta y regresó a la sala. Alex, presa del pánico, hizo un esfuerzo para ponerse en pie.

—Somos los padres de Katie —dijo el padre de Alex, en voz baja, casi sin mover la mandíbula. ¿Cómo está?

—Está en el postoperatorio —explicó el médico, y la madre de Alex se llevó las manos a la boca en un intento de reprimir un sollozo. Se apoyó pesadamente contra el padre. Éste respiraba como una locomotora y por su rostro empezaron a resbalar lágrimas—. Soy el doctor Rosen —prosiguió el hombre—. Vayamos a un sitio adonde podamos hablar. —Y les condujo a una salita junto a la sala de espera. Había sillas, pero nadie se sentó—. Su hija ha sufrido un trauma severo en la cabeza —empezó a explicar el doctor—. Sangraba mucho y hemos tenido que operar para tratar de aliviar la presión.

La madre de Alex tenía un puño tan apretado contra la boca que le temblaba el brazo.

—¿Está...? —empezó a preguntar el padre de Alex, pero no pudo terminar.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido —prosiguió el doctor Rosen—. Pero debo advertirles que en estos momentos no soy muy optimista en cuanto a las

posibilidades de Katie. Tienen que estar preparados para lo peor.

Un ruido agudo, parecido al hipo, escapó de la garganta de la madre de Alex. Se retorció el puño con rabia contra los labios.

Alex notó que las lágrimas pugnaban por salir de nuevo y en esta ocasión no pudo contenerlas. Miró a Ben. La boca de su hermano se había convertido en una línea delgada y pálida. De los cuatro, era el único que no lloraba.

—¿Podemos verla? —preguntó el padre en un susurro.

—Claro —contestó el doctor Rosen—. Pero está inconsciente. Está vendada y con hematomas. También está intubada... un tubo en la boca.

Alex comprendió que el doctor Rosen les estaba explicando todo aquello para prepararlos. Agradeció el aviso. Quería ser fuerte. Quizá no pudiera ser tan fuerte como Ben, pero quería intentarlo y sabía que cualquier cosa podía ayudarle.

El médico les condujo por un pasillo hasta una habitación privada. Ben iba detrás de los padres; Alex, asustado e inseguro, cerraba la comitiva.

Por espacio de un segundo, pensó que debía de haber un error, que el doctor Rosen se había equivocado de sala. La persona que había en la cama de hospital era irreconocible; la cabeza envuelta en vendas, la boca abierta con esparadrapos y tubos de plástico alrededor, los párpados morados e hinchados.

Y entonces, más allá de las vendas, los morados y la piel maltrecha, reconoció a Katie. *Katie*. En esta ocasión, las lágrimas no sólo brotaron, sino que empezaron a salir a borbotones de sus ojos.

La madre se arrodilló junto a la cama y tomó la mano de Katie.

—¡Oh mi niña! —susurró—. Mi querida niña. Mi niñita.

El padre rodeó la cama y le tomó a Katie la otra mano. No habló. Katie no se movió.

Alex notó que estaba sudando. ¿Por qué mantenían aquella habitación tan caliente? Su respiración empezó a acelerarse, y no parecía que pudiera hacer nada para reducir su ritmo.

Ben se volvió y lo miró. Le puso un brazo alrededor del hombro y, con delicadeza, lo llevó fuera del cuarto.

Se quedaron en el pasillo, sin hablar. Alex advirtió que estaba hipersensible y que no podía dejar de llorar. Los ojos de Ben seguían secos.

—¿Estás bien? —preguntó Ben mientras le revolvía el pelo.

Alex asintió con la cabeza, pero la compasión explícita en el gesto y la voz de su hermano le hicieron llorar todavía más. Al cabo de un par de minutos, lo tenía prácticamente controlado. El truco estaba en no pensar en Katie tal y como la había visto en la cama. Qué indefensa y vulnerable. Qué... ausente.

Alex se limpió la cara con la manga.

—¿Por qué no la has acompañado tú? —preguntó, pues fue lo único que se le ocurrió decir.

Y de repente vio que Ben se encaraba con él.

—¡Yo... no... he... hecho... nada malo! ¿Entiendes? —exclamó en un tono cercano al grito.

Alex empezó a llorar otra vez. Ben se alejó a grandes zancadas.

Al cabo de un rato, sonó una alarma en el cuarto de Katie. Apareció todo un equipo de médicos y enfermeras, y los padres tuvieron que salir. Alex estaba demasiado asustado para preguntar lo que estaba pasando. Intuía que lo sabía de todas formas y no quería que nadie le dijera que estaba en lo cierto.

Ben volvió y todos se pusieron a caminar arriba y abajo en silencio.

Alex tenía ganas de que alguien le tocara como había hecho Ben al conducirlo fuera de la habitación, pero todos se mantenían alejados del resto. Su padre pasaba los dedos por la pared, dando la sensación de intentar anclarse a algo. La madre hundía los nudillos en el cabello y parecía a punto de arrancárselo a puñados. De vez en cuando crujía un zapato en el suelo de linóleo, pero aparte de esto, en el pasillo reinaba un silencio aterrador.

Alex perdió la noción del tiempo. Al cabo de un rato, salió el doctor Rosen. Alex se fijó en su cara y lo supo de inmediato, otro desagradable descubrimiento adulto.

—Lo siento muchísimo —dijo—. Hemos hecho todo lo que hemos podido. Lo siento de veras.

Alex vio que la fuerza abandonaba las piernas de su madre, y Ben se agachó para sujetarla. Su padre repetía: *Dios mío no, no, por favor*. El médico les estaba diciendo algo sobre la donación de órganos, y que lamentaba presionarlos así, pero que Katie podía hacer el regalo de la vida a otros, y había que tomar una decisión rápida. Alex trató de no pensar en lo que suponía quitarle los órganos a Katie, pero no podía impedir imaginárselo.

Los padres entraron en la habitación a despedirse. Ben titubeó un momento, y Alex pensó que tal vez no quisiera dejarlo solo, pero luego le dio la espalda y acompañó a sus padres dentro. Alex se preguntó si era porque estaba furioso por su comentario. Pero ¿por qué no había acompañado a Katie? Se suponía que debía hacerlo. Su padre se lo había dicho. ¿Por qué?

Alex se quedó fuera. No tenía valor para entrar de nuevo. Imposible. No quería ver a su hermana muerta. Deseó no haber entrado antes. No podía apartar la imagen de su mente.

Lo que Alex recordaba del resto de la noche era, afortunadamente, muy vago. Se acordaba de que sus padres se habían peleado por lo de los órganos de Katie. Su padre decía que eso es lo que hubiera querido Katie, y que cómo se habrían sentido si hubiera sido ella quien necesitara un trasplante. Su madre gritaba que nadie iba a cortar en pedazos a su hijita. Al final, no firmaron la autorización. Alex se sintió secretamente aliviado.

Hubo más peleas durante los días siguientes y, aunque la mayoría de ellas tenían lugar detrás de la puerta del dormitorio matrimonial, Alex las oía a la perfección. Las disposiciones del funeral. Dónde iba a ser enterrada Katie. Más sobre los órganos,

aunque ya habría sido demasiado tarde para cambiar de opinión. Y en particular, sobre Ben y que no la había acompañado a casa y si el padre de Alex no le había dicho nada.

Como Alex nunca había oído a sus padres pelearse de esta forma, estaba muy asustado. Se preguntaba si llegarían incluso a divorciarse. Tenía amigos cuyos padres estaban divorciados, pero él nunca había creído que pudiera pasarle a él. Parecía que sus padres se querían mucho.

El funeral fue en la Ladera Community Church, el entierro en el Alta Mesa Memorial Park de Palo Alto. Más de quinientas personas acudieron al funeral: profesores, vecinos, amigos de Ben, amigos de Alex, toda la clase de Katie. Todo el mundo quería a Katie.

¡Venga ya! Déjalo. Concéntrate.

Pero le costaba concentrarse. Lo cierto era que los malos recuerdos jamás morían. No, como mucho se quedaban latentes a la espera del momento adecuado para salir a la superficie como una diabólica caja de sorpresas y decir: *¿Me echabas de menos? No te preocupes, ¡ya estoy aquí de nuevo! Y tampoco pienso irme a ninguna parte. Jamás, jamás.*

Se preguntó si a las demás personas les pasaba lo mismo. ¿Todo el mundo se enfrentaba a esa mierda cuando estaba estresado?

Pensó un momento en Ben, si alguna vez le atormentaba todo aquello. Qué va. La ironía del asunto era asombrosa, porque el causante de todo, incluido lo que sucedió posteriormente, debía de dormir como un bebé por las noches.

10 - El rey del mundo

Ben empezaba a aburrirse en Ankara. Esperar al objetivo era una cosa; para ello tenía una paciencia de francotirador. Pero esperar información era diferente. Hort aún no había podido enterarse de quién era el ruso, suponiendo que el tipo lo fuera, y le había dicho que se quedara tranquilo hasta que lo esclareciesen. Por consiguiente, leía, hacía ejercicio dos veces al día y visitaba algún que otro monumento arqueológico.

La ciudadela de Ankara era impresionante, debía reconocerlo. Un día tuvo el capricho y fue a visitarla a primera hora de la mañana. Estaba situada en una colina de un kilómetro de altura y, a causa de la niebla, no era posible ver la ciudad abajo. Pensó en toda la gente que había contribuido a su construcción, que si bien hacía tiempo que había desaparecido, había dedicado toda su vida a hacer aquel monumento en la montaña.

Pensó en sus padres: *¿Lo veis, viejos? Estoy haciendo un poco de cultura. Ya os dije que algún día lo haría.*

Sonrió. La idea que ellos tenían de la cultura siempre había diferido de la suya. Se opusieron enérgicamente al ejército ya la primera vez que les habló de ello estando en el instituto. Su padre quería que Ben, que no mostraba la aptitud de Alex por las ciencias, fuera abogado. A Ben esta idea le ponía la piel de gallina.

Su padre le presionó para que se matriculara en la universidad.

—¿Por qué no te dejas puertas abiertas? —Argumentaba el hombre—. Date una oportunidad. Si vas a una buena universidad no será una pérdida de tiempo. Y después siempre podrás ingresar en el ejército, y en calidad de oficial. Y tendrías todas las ventajas y las oportunidades de una carrera universitaria más la militar.

Ben sabía lo que su padre pensaba realmente: *Cuando termines la carrera, ya se te habrán pasado esas tonterías.* Lo que pretendía era mantener a Ben en el «buen» camino el tiempo suficiente para que acabara quedándose en el redil.

Había reclutadores en los partidos de fútbol americano y los combates de lucha libre olímpica donde participaba, y en Stanford, Berkeley, Michigan, Penn y alguna que otra universidad se interesaban por él para la práctica de los deportes mencionados. Pero sus notas no eran tan buenas para poder ingresar en ninguna de ellas. Se le ocurrió que podía presentarse en algunas para apaciguar a su padre, pero como luego no lo aceptarían en ninguna, podría decir: eh, lo he intentado, pero no ha sido posible. Hola, ejército.

Casi funcionó. Pero el padre formaba parte del Consejo de Administración de Stanford, que además resultaba ser la universidad más interesada en la destreza de Ben en fútbol americano, y tiró de algunos hilos. Ben fue aceptado. Luego su padre empezó con nuevos argumentos: *Stanford será estupendo. Allí podrás jugar, mientras*

que en una de las universidades de categoría superior te habrían dejado sin jugar el primer año. Además la preparación es de las mejores, te será muy útil cuando seas oficial del ejército.

Ben sabía que su padre tenía algo de razón, pero no quería ir a una universidad tan próxima a casa. De hecho, quería estar lejos de casa, tan lejos como en otro país. No sabía explicar exactamente la razón. No se trataba de que no quisiera a su familia, y la zona de la bahía de San Francisco era un buen sitio para vivir, y Stanford estaba bien como universidad, y sí, allí también podría jugar al fútbol americano y hacer lucha libre, pero... quería algo más suyo, algo fresco, algo para lo que él creyera que tenía madera, y de lo que no fuera capaz su padre y, mucho menos, Alex. Presentía que dentro de él había algo especial, y que era una equivocación estar en una universidad a cuatro kilómetros de la casa donde había nacido y se había criado... Habría sido algo parecido a traicionarse a sí mismo, de una forma que apenas podía entender, por no decir explicárselo a su padre.

Al cuerno. Decidió que no pensaba ir ni a Stanford ni a ningún otro sitio; era su vida y se iba a alistar en el ejército. Había hablado con un reclutador, que le había dicho que podía tener una plaza garantizada en las tropas aerotransportadas, que eran la «cantera» del Batallón Ranger y a su vez conducía a las Fuerzas Especiales. Todo lo que siempre había soñado, todo aquello donde sabía que podría destacar. Aprender idiomas, adiestrar fuerzas autóctonas, tener unas aventuras que las personas normales y corrientes apenas podían imaginar. Decidió que iba a anunciárselo a sus padres justo después del campeonato. Se iba a enfrentar allí con los mejores luchadores de California y no podía permitirse ninguna distracción.

Ocupaba el octavo lugar, lo que significaba que en la primera ronda se iba a enfrentar con lo mejorcito, un tipo imbatible llamado Musamano que tenía una constitución de toro, y nadie imaginaba que Ben fuera a llegar siquiera a las semifinales. Pero Ben había reflexionado mucho sobre lo que sus contrincantes sabían de él, lo que se esperaban. Era conocido como un luchador de una sola muñeca y media llave, efectivo, pero fácil de comérselo. Un poco predecible. Empezó a considerar qué pasaría si le hacía dar unas cuantas volteretas a Musamano.

Imaginó qué haría él para bloquear a alguien que luchara como él lo hacía. Mantener los brazos rígidos, pensó. Palmas en la esterilla, cabeza alta. Esto impide la posibilidad tanto de la sola muñeca como de la media llave.

Pero defenderse en esta postura crea nuevas vulnerabilidades, ¿no es cierto? Cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba de que podía sorprender a la gente atacando con una llave cuna, bien desde cerca o desde lejos, daba igual. Con las manos plantadas y la cabeza alta, sobrecompensando contra el esperado ataque de media llave y muñeca, serían vulnerables.

Como no quería que nadie supiera lo que estaba haciendo, practicaba nuevos movimientos en casa, con su padre y con Alex. Su padre no tenía mucha paciencia para ello, pero intentaba ser un buen deportista. Alex era demasiado pequeño y no

tenía experiencia, pero Ben podía usarlo como un maniquí de entrenamiento. Le decía lo que tenía que hacer y cómo moverse, que tratara de escapar y que resistiera de esta o aquella manera. Alex se quejaba de los golpes que se daba al caer sobre la esterilla, pero había que reconocer en su favor que nunca se negaba. Y así, cuando llegó el primer día de torneo, Ben se sentía preparado.

Musamano lo derribó inmediatamente en la primera ronda y lo dominó por el resto de ésta. Pero Ben se puso encima al principio de la segunda, y Musamano se preparó para el ataque de Ben exactamente como había esperado éste. Golpeó en un *crossface* con su mano izquierda y dejó caer la derecha hasta la parte interna del muslo derecho de Musamano, dando una voltereta en el sentido de las agujas del reloj sobre la cabeza de su contrincante, con lo que lo sorprendió y pudo lanzarlo por los aires. El brazo derecho de Musamano se desmoronó y desapareció un cuarto de su estabilidad. Ben oyó un rugido procedente del público y algo se revolvió en su interior: *¡Estaba funcionando!* Pero apartó la excitación. Aún no se había acabado.

Salió disparado de forma todavía más agresiva, dio al *crossface* todavía más efecto y atacó tan salvajemente que notó los dientes de Musamano en su antebrazo derecho a través de su mejilla. Musamano gruñó y estiró el brazo derecho para prepararse, y ahí estaba, era ahora o nunca. Ben introdujo su mano derecha detrás de la rodilla derecha de Musamano y cambió las direcciones, saltando sobre la espalda de Musamano y aterrizando junto a él a su derecha. Lanzó la mano derecha más para abajo y se apoderó de su muñeca izquierda, arremetió con la cabeza en la sien derecha de Musamano, e intentó rodar a la derecha. Notó que su contrincante le agarraba fuerte en la otra dirección y por un segundo Ben pensó que había perdido la ventaja, que iba a perder el control. Pero entonces Musamano se movió, se arqueó sobre Ben y luego cayó sobre la esterilla, los hombros hundidos, el *cradle* en su sitio. Ben oyó otro rugido del público, más fuerte en esta ocasión, y Musamano cargó y se arqueó pero Ben hundió más el *cradle*, formando un ángulo con el hombro de Musamano en el suelo, apretando con todo lo que tenía.

Encajó una rodilla bajo los riñones de Musamano y le rechinaron los dientes, al tiempo que apretaba y apretaba. El sonido del público se había convertido en un verdadero rugido; no eran solamente vítores sino el estrépito de miles de pies pateando que resonaba a través del suelo y de las paredes, si bien él sólo era consciente de ello a medias. Tal vez oyera un pitido, pero no significó nada para él, que seguía trabajando los hombros de Musamano contra el suelo, lo asfixiaba, intentaba inmovilizarlo o matarlo, le daba igual el qué. Entonces notó unas fuertes manos que tiraban de él, le apartaban y fue entonces cuando comprendió que lo había conseguido, había inmovilizado a Musamano. Se había acabado, había ganado.

Soltó a su contrincante y se puso en pie. Le temblaban los brazos. El público armaba un jaleo tremendo. Miró a su alrededor y vio que incluso sus normalmente comedidos padres se habían levantado y alzaban los puños cerrados sobre sus cabezas al tiempo que gritaban a todo pulmón. Alex y Katie daban brincos y lanzaban vítores.

Sonrió y miró a Musamano. El luchador se estaba poniendo en pie lentamente. Parecía asombrado. Parecía vencido.

El árbitro tomó a cada uno de la muñeca y los condujo al centro del cuadrilátero, luego levantó el brazo de Ben. El público volvía a estar excitadísimo. Ben no podía dejar de sonreír. Lo había conseguido. Había vencido a Musamano. Se sentía el rey del mundo.

Tras esta primera ronda tan inesperada y definitiva, sus contrincantes llegaron con la moral minada. Lo veía en su mirada y su postura apenas subían al cuadrilátero. Era el tipo que había logrado inmovilizar a Musamano, ¡por todos los santos!, y aunque había aprendido en una de las primeras clases que *Si A puede vencer a B y B puede vencer a C, A puede vencer a C*, es una pura falacia, él notaba que la gente así lo veía. Siguió ganando hasta el final del torneo. Estaba imparable.

Fueron los dos mejores días de su vida.

Pero luego...

Ahuyentó el pensamiento. Por lo menos sus padres habían mostrado buena voluntad. Pero el cabrón de Alex, pensó, nunca había dicho, «Tranquilo, Ben», «No fue tu culpa, Ben», o «Imagino cuánto debes de sufrir tú también, hermano».

Bien, al diablo con él. La última vez que había tenido noticias suyas, estaba estudiando Derecho. Antes, estaba en algo así como un curso de doctorado en informática. Todas aquellas carreras, ¿y qué ha logrado en definitiva? Nunca fue a ninguna parte, en realidad nunca se marchó de casa. Ahora debía de ser un rico abogado, el tipo de *yuppie* ignorante y amargado que nunca se había ensuciado las manos y miraba a los soldados por encima del hombro. Era lo único bueno con respecto a sus padres y Katie, haberse ido. Ya no tenían que aguantar a Alex. Y él tampoco.

11 - La casa maldita

Alex había dedicado tanto tiempo a Obsidian aquella tarde que tuvo que quedarse en el despacho hasta casi medianoche para ponerse al día con otros asuntos pendientes. En cuanto llegó a casa se fue directamente a la cama, pero no pudo conciliar el sueño. Después de haber estado revolviéndose y dando vueltas por espacio de una hora, ni siquiera se sentía adormecido. Al final pensó que al cuerno y decidió darse un baño. A veces le había ayudado.

Como entraba un poco de luz de luna por las ventanas, no encendió las luces. Abrió el grifo, se metió en la bañera y se sentó, mientras apretaba los dientes y hacía muecas a medida que el agua caliente le iba cubriendo las piernas y luego el estómago.

Cerró el grifo y en el cuarto reinó de pronto el silencio, sólo roto por las últimas gotas que caían del grifo sobre el agua a modo de metrónomo agonizante.

Echó un poco de agua caliente sobre la porcelana detrás de él para calentarla y se recostó. Luego se dejó caer hasta que la barbilla tocó el agua y cerró los ojos mientras pensaba que había sido una buena idea y que era precisamente lo que necesitaba. Al cabo de un momento, incluso el goteo cesó y se hizo un silencio absoluto.

Era curioso pensar que era la misma bañera donde su madre los bañaba cuando eran pequeños. Algunas personas dirían que resultaba raro que viviera todavía en la casa donde había nacido, y suponía que no les faltaría razón. Ni siquiera se había marchado de la ciudad para estudiar ninguna de las carreras, y las únicas otras direcciones que había tenido desde que era un adolescente eran unas cuantas residencias de estudiantes, que visto en retrospectiva consideraba simplemente interrupciones, vacaciones de ésta, su única casa de verdad. A veces pensaba que hubiera debido aprovechar más, explorar alguna que otra posibilidad, pero después de lo que pasó con su padre, y cuando luego su madre enfermó, ¿qué ocasiones se suponía que iba a tener? Y lo de vivir en aquella casa, bien, sí, se podía decir que era una alternativa práctica. Pero por otra parte, después de todo lo que había ocurrido allí, había que tener mucho valor.

Después del entierro de Katie, él y Ben volvieron a ir al colegio. Alex se concentró en los estudios, Ben se quedaba todos los días después de clase para entrenar. La ausencia de Katie era enorme, una fuerza opresiva, constante, casi física, un vacío que afectaba a todos los ámbitos de sus vidas. La chaqueta de Katie colgada en el perchero, y que poco a poco se iba llenando de polvo. El champú de Katie en la ducha, cuyo nivel de líquido ámbar no variaba. La silla vacía de Katie, que los miraba cuando cenaban. Alex pensaba que ahí estaba el origen de los fantasmas, eso es lo que significaba vivir en una casa maldita.

Algunas de las peleas que Alex escuchaba tenían relación con los enseres de

Katie, qué hacer con ellos. Un día llegó a casa y la habitación de ella estaba vacía; una mesa, una silla, un colchón y la cama. Alex entró, cerró la puerta detrás de él y abrió el armario, los cajones. No quedaba nada. Daba la sensación de que Katie se hubiera... esfumado.

Desconcertado, miró en torno a él. Recordó una vez cuando, siendo pequeño, rompió el brazo a uno de los muñecos G. I. Joe de Ben, que éste le tenía tajantemente prohibido siquiera tocar. Aterrorizado, acudió a Katie. Ella había sonreído, le había secado las lágrimas y le había ayudado a pegar el brazo. Y no, por supuesto que no iba a contárselo a nadie, ni siquiera a papá y mamá, y entrelazó los dedos meñiques a modo de promesa. Y cuando a pesar de todo Ben lo notó y se encaró con Alex, la hermana dijo que había sido culpa suya, que lo había hecho ella. Alex se preguntaba si Ben había adivinado la verdad, ¿qué iba a estar haciendo Katie con un G. L Joe? Pero Ben no podía estar enfadado cuando Katie estaba de por medio. Ella era como una fuerza de la naturaleza contra enfados, odios y acusaciones.

Se arrojó de rodillas junto a la cama, hundió la cabeza en el colchón desnudo y se puso a llorar desesperadamente según iba diciendo el nombre de su hermana. ¿Dónde estaba? ¿Cómo era posible que se hubiera ido, sin dejar siquiera una señal de que hubiera estado allí? Era imposible. No le cabía en la cabeza.

Lloró y lloró hasta que se quedó ronco y empezó a dolerle la espalda, hasta que estuvo tan agotado y consumido que ya no era capaz de sentir nada. Entonces se incorporó y volvió a recorrer lentamente la habitación con la mirada.

Katie se había ido. Y si algo así podía sucederle a Katie, que era la persona más alegre, buena y vital que Alex hubiera conocido jamás, que quería a todo el mundo, se reía de todo y no tenía un solo enemigo, entonces lo mejor que uno podía decir sobre el universo era que éste es un puro azar.

Pero el azar era sólo una posibilidad lógica. Lo que Alex sentía en lo más profundo de su ser era diferente. En las entrañas y en los huesos, sabía que el universo no era fortuito o indiferente, y en ningún caso benigno.

El mundo era hostil. Nadie podía nada contra eso. Y Alex no lo olvidó nunca.

Permaneció en la bañera unos veinte minutos y estaba pensando que ya estaba bien, que ya podría conciliar el sueño, cuando oyó algo abajo. Dio la impresión de ser la ranura del buzón en la puerta principal. En aquella época nunca estaba en casa cuando llegaba el correo, pero conocía muy bien el sonido de cuando era pequeño. En esta ocasión sonaba más suave de lo que recordaba, ¿más sigiloso?, pero lo reconoció igualmente.

Se sentó y el agua empezó a correrle por la espalda. Bah, venga. Nadie iba a ponerse a mirar por la ranura del buzón a las dos de la madrugada. Lo único que pasaba es que estaba muy nervioso, y además era precisamente por eso que estaba en la bañera.

Claro. Se estaba poniendo paranoico. Sin embargo permaneció sentado muy quieto durante un rato, al tiempo que respiraba en silencio por la boca y, con la

cabeza ladeada, se concentraba en escuchar.

No pasaba nada. Pura paranoia.

Cerró los ojos y se reclinó en la bañera. Decidió quedarse un ratito más en el agua.

Oyó un suave chasquido procedente del piso inferior.

Contuvo la respiración. Se incorporó y escuchó.

Pasaron unos segundos. No pasó nada.

La casa es vieja. El suelo cruje, las juntas chirrían. ¿Cuántas veces estás despierto a las dos de la madrugada para oír nada? Son sonidos propios de la casa a altas horas de la noche.

Respiró profundamente. Cielos, estaba realmente crispado. A ese paso, iba a tener que quedarse en la bañera toda la noche.

Oyó otro ruido. Una suave rascada, el sonido de un burlete de goma sobre un borde de metal. *La puerta de la casa que se abría.*

De pronto el corazón le empezó a latir con tal fuerza que casi podía oír su eco en los oídos. Estuvo a punto de gritar: *¿Quién hay?* Pero logró contenerse. *¿Quién crees tú que está ahí?*, pensó conforme luchaba contra el pánico.

Un ladrón. No había otra explicación. Si gritaba, tal vez se asustara y se marchara. Pero si no era así...

Sin mayor reflexión, colocó una mano temblorosa en el borde de la bañera y salió sigilosamente. Estaba chorreando y se puso a temblar. Iba pensando con angustia qué podía usar como arma. Cuchillos en la cocina. Palos de golf en el garaje.

Aquí, maldita sea. Algo aquí.

El corazón le resonaba como un tambor. Hizo un esfuerzo para controlar la respiración.

En el armario de debajo del lavabo había productos de limpieza. No sabía cuáles exactamente; los que solía utilizar la asistenta. Pero debía de haber algo. Si pudiera no hacer ruido...

Oyó de nuevo el sonido del burlete sobre metal. La puerta principal, que ahora se cerraba.

Cerró la puerta y echó el pestillo con sumo cuidado. Incluso mientras lo hacía sabía que carecía de sentido. No era siquiera un cerrojo, sino un simple pestillo pensado para tener intimidad, pero que se podía hacer saltar sin problema. Le daba igual. Quería una barrera, cualquier tipo de barrera. No se atrevía a encender la luz, pues ésta podía filtrarse por debajo de la puerta y tal vez incluso por los laterales.

Se arrodilló delante del armarito y lo abrió. Estaba oscuro dentro. Con manos temblorosas, fue rebuscando a tientas. Papel higiénico. Una barra de jabón. Una botella de plástico.

Sacó esta última y la fue girando hasta que pudo ver la etiqueta. Limpiador de WC.

La dejó de lado al tiempo que pensaba: *Vamos, vamos...*

Otra botella. El mismo tipo de producto para fregar.

Volvió a buscar, y ahora le temblaban tanto las manos que tuvo terror de volcar algo y dar a conocer así su posición.

Limpiador de moho. Eso era lejía, ¿no? Intentó leer la etiqueta pero no le fue posible descifrar la letra pequeña en la oscuridad. Desenroscó el tapón y olió. Apartó de golpe la cabeza y tuvo que contener un ataque de tos. Olía a lejía pura.

Se levantó y buscó algo donde ponerla. Nada. Ni siquiera un vaso. Sólo utilizaba aquel cuarto de baño para bañarse.

Por debajo de la puerta brilló una luz. La luz de una linterna deslizándose por la oscuridad. Comprendió que cerrar la puerta había sido una estupidez. Delataba donde estaba.

Se quedó paralizado. No podía pensar.

Por favor, pensó. Por favor...

Volvió a agacharse y buscó dentro del armario. Un cepillo de fregar. Más papel higiénico...

Sus dedos tocaron algo frío y duro. Lo sacó. Una taza, una taza alta de cerámica para café. La chica debía de haberla puesto allí como parte de sus enseres de limpieza, o para aclarar el lavabo o algo así.

Oyó girar el pomo de la puerta.

¡Oh Dios, oh Dios...!

Se echó hacia atrás temblando de pies a cabeza y a pesar de ello consiguió verter una buena cantidad de lejía en la taza. Posó el envase vacío lo más silenciosamente que pudo y se apoyó en el tabique que separaba la bañera del retrete. Asió la taza con la mano derecha a la altura de la cintura y apretó los dientes para evitar que chirriaran.

Pasó un segundo. Diez. Diez más.

Quizá se ha ido. Quizá, cuando ha descubierto que había alguien en la casa...

El pestillo saltó. La puerta se abrió de golpe y fue a chocar contra la pared. Entró una figura oscura. Alex vio una linterna y tal vez un arma, y luego la luz cegándole en los ojos. Lanzó un grito furioso y arrojó el contenido de la taza en dirección a la cabeza de la figura. Un chorro de líquido atravesó el haz de luz de la linterna. El hombre chilló y dio un traspié hacia atrás. Alex dio un salto hacia él, se lanzó con el hombro por delante y lo derribó al suelo, donde quedó tumbado de espaldas. Alex saltó por encima de él y bajó las escaleras saltando los peldaños de seis en seis. Tomó las llaves que había en la mesa del vestíbulo, abrió la puerta de un tirón y se dirigió al enlosado camino de acceso donde tenía el coche aparcado. A todo esto seguía descalzo, desnudo y todavía chorreaba agua del baño. Sin saber cómo, había tenido la presencia de ánimo de apretar el botón de apertura del coche mientras salía. Prácticamente se zambulló en el coche, cerró la portezuela detrás de él y puso el seguro. Temblaba tanto que tuvo que ayudarse con las dos manos para introducir la llave en el contacto. Apretó el embrague y dio vuelta a la llave. El motor cobró vida.

Metió la marcha atrás y puso en funcionamiento cada gramo de pensamiento racional que todavía le quedaba para obligarse a soltar el embrague despacio. Llegó a la calle, puso la primera y no pensó en volver a cambiar hasta que, al llegar a la primera esquina, advirtió que iba a sesenta y que el ruido del motor era tan fuerte que parecía que iba a salir despedido por el capó.

Tomó la calle 280 y, a casi doscientos por hora, llegó a la jefatura de policía de San José en menos de quince minutos. Para entonces se había tranquilizado un poco y podía pensar. Fue curioso, pero lo que más agradeció fue llevar la ropa de gimnasia en el maletero. De no haber sido así, ¿qué demonios habría hecho? ¿Irrumpir en la comisaría desnudo y en mitad de la noche?

El aparcamiento que estaba lleno el día anterior aparecía vado en aquellos momentos, por lo que pudo esconderse tras el maletero del coche y vestirse sin que nadie lo viera. No debía de hacer más de cinco grados y la respiración formaba vaho ante su boca. Cuando llegó a las puertas del vestíbulo, le castañeteaban los dientes y tenía la piel de gallina.

Al tiempo que se frotaba con energía brazos y hombros con las palmas de las manos, se dirigió a la ventanilla de información.

—Quiero denunciar un robo —informó—. Alguien ha entrado en mi casa.

—¿Dónde vive, señor? —preguntó la mujer detrás de la ventanilla. Alex le dio la dirección de Ladera—. Señor eso está en San Mateo. Debe usted dirigirse a la oficina del *sheriff* del condado de San Mateo.

¡Jesús! ¿En qué había pensado? San José había acudido a su mente porque había estado allí hacía poco; ni siquiera había pensado en la jurisdicción.

—Sí, es verdad —convino—. Mire, he sorprendido a una persona en mi casa. Llevaba una pistola y yo he salido corriendo. Me he puesto nervioso.

¿No podría usted...? Yo no sé qué hacer. ¿Podría usted llamar a la policía de San Mateo?

La mujer hizo un gesto de asentimiento y tomó un teléfono. Le pasó la información sobre Alex a alguien y colgó.

—Señor, la oficina del *sheriff* manda un coche patrulla a la dirección que usted me ha dado ahora mismo. Le esperarán fuera de la casa y le acompañarán dentro cuando usted llegue. Se asegurarán de que el lugar esté fuera de peligro, le tomarán declaración y recogerán cualquier prueba posible.

Alex le dio las gracias y volvió al coche. Cuando llegó a casa, había un coche de policía esperando delante. Aparcó en el camino de acceso y se dirigió a ellos. Salieron dos policías uniformados, uno alto y delgado y el otro con unos hombros anchos como una nevera.

—¿Alex Treven? —preguntó el flaco.

—Sí, soy Alex. Gracias por haber venido.

—Ningún problema. Yo soy el agente Randol, y él el agente Tibaldi. Hemos entendido que esta madrugada un intruso ha entrado en la casa.

Esta madrugada... sí, técnicamente era la madrugada.

—Sí, así es. Creo que tenía una pistola, pero no lo he visto muy bien.

—De acuerdo. Quisiéramos que esperara aquí mientras entramos y nos aseguramos de que no hay peligro alguno. Hecho esto, le tomaremos declaración dentro.

—Oh, sí, claro, por supuesto.

Alex se quedó esperando mientras Randol y Tibaldi subían el sendero hasta la puerta de entrada, que, según pudo advertir Alex por primera vez, estaba cerrada. Le sorprendió ver que sacaban las armas, pero luego comprendió que, naturalmente, ellos debían protegerse por si había alguien dentro todavía, por poco probable que pudiera ser.

Tibaldi trató de abrir la puerta, luego llamó a Alex.

—Va a tener que abrirla.

Alex se acercó y le dio vuelta a la llave. El agente abrió la puerta, esperó un momento, luego entró, seguido de Randol.

Como no era una casa inmensa, en cinco minutos habían encendido todas las luces, abierto todos los armarios y mirado bajo todas las camas. No había nadie.

Alex les contó con precisión lo que había ocurrido. Les mostró el cuarto de baño. La bañera estaba aún llena. Ellos examinaron la puerta y el pestillo, pero no había señal de que lo hubieran hecho saltar. Apestaba a lejía y tanto paredes como suelo estaban llenos de salpicaduras.

—Vamos a echar un vistazo a la puerta de entrada —dijo Randol—. ¿Por qué no se da una vuelta por la casa y mira si falta algo?

Así lo hizo Alex. No faltaba nada, y no había nada fuera de lugar. Incluso su cartera y su teléfono móvil estaban donde solía dejarlos cuando llegaba a casa, sobre la mesa del recibidor. Estaba tan cagado de miedo cuando salió corriendo, que sólo había tomado las llaves, y nada más.

—La puerta está intacta —le informó Randol—. No hay señales de que haya sido forzada.

—Pues alguien entró aquí —replicó Alex, sintiéndose estúpido.

—Yo le digo lo que veo. ¿Falta algo?

Alex sacudió la cabeza.

—¿Tiene usted enemigos, señor?

—¿Enemigos?

—Ya sabe, ¿ha hecho usted algo que haya enfurecido a un marido celoso? ¿O tal vez se ha apoderado usted de algo que se supone pertenecía a otra persona?

—No, nada parecido. Nada. ¿Está usted diciendo que el tipo venía a por mí?

—La mayoría de ladrones son muy ineptos —explicó Randol tras haberse encogido de hombros—. Y los que son profesionales y por consiguiente capaces de entrar en una casa sin hacer ruido y sin dejar rastro son demasiado inteligentes para llevar un arma. Aumenta las penas si los pescan.

—Bien, del arma no estoy muy seguro. Ya se lo he dicho, no lo he visto bien. Estaba oscuro, me ha deslumbrado con la linterna, y además tenía un miedo atroz.

—Está bien. Si no hay arma, entonces supongo que ha entrado con la esperanza de robar, pero cuando usted lo ha sorprendido, se ha apresurado a huir.

—¿Y ha cerrado la puerta al marcharse? —preguntó Alex.

—Claro —dijo Tibaldi—. Se quedaría de piedra si supiera las cosas raras que hacen los cacos. Es probable que pensara que si cerraba la puerta, nadie advertiría que había estado dentro.

Alex no estaba convencido. Si el tipo se había largado tan deprisa que había dejado la cartera al pasar por delante de ella en su camino a la salida, ¿cómo se le había ocurrido tomarse el tiempo de cerrar la puerta?

—¿Por qué iba a querer entrar si sabía que había alguien en la casa? —preguntó Alex.

—¿Cómo iba a saber que usted estaba en casa? —replicó Tibaldi.

—Estaba mi coche en la entrada.

—He observado que hay varios periódicos al final del camino de acceso —observó Tibaldi después de haber hecho un gesto de asentimiento con la cabeza—. El ladrón piensa: este tipo no está en casa, se ha ido en taxi al aeropuerto. O algo por el estilo. El hecho es que piensa que los periódicos son más elocuentes que el coche. Hay que ponerse en el lugar de los delincuentes. Miran este tipo de cosas. Diarios en la entrada, correo en el buzón, paquetes delante de la puerta.

—¿Por qué entonces forzar la puerta del baño? Para entonces ya sabía que había alguien en la casa.

—Al llegar a ese punto, —empezó a explicar Tibaldi con un encogimiento de hombros— ya está metido en el lío. Ya ha tomado una decisión, ya ha cometido un delito. Algunos prefieren jugársela que retroceder. Mire, hay que aceptar que en todos los delitos, hay un cierto elemento fortuito. Es por esto que a los teóricos de la conspiración les gusta el asesinato de JFK y el 11-S. No siempre se pueden atar todos los cabos. Siempre hay algo que no tiene sentido.

—¿Se ha fijado en él? —preguntó Randol—. ¿Nos lo podría describir o reconocer en una rueda de identificación?

Alex trató de imaginar lo que había visto.

—Estaba oscuro. Yo...

¿Qué había visto? De pronto todo eran inseguridades. Se sentía agotado e inútil.

—¿Negro? ¿Blanco?

—No lo sé —contestó Alex conforme sacudía la cabeza.

—Bien, por lo menos le ha hecho huir asustado —dijo Tibaldi—. Buena idea lo de la lejía. Y no le ha robado nada.

Alex se los quedó mirando.

—¿Entonces creen ustedes que no ha sido más que un intento de robo fortuito?

Randol no contestó, y Alex comprendió que estaba calculando su propia

confianza en sus respuestas. Al cabo de un momento asintió y dijo:

—Si el tipo no iba armado y usted no tiene enemigos, esto es lo que parece. Creo que lo que ha pasado es que ese delincuente deambulaba por el vecindario, ha visto los diarios, se ha fijado un poco más, ha visto que la puerta sólo tiene una cerradura —ni siquiera un cerrojo— que parece tener, qué, unos cuarenta años, supongo.

—Sí —convino Alex—. Supongo que es muy vieja.

—Fíjese en esto —dijo Randol.

Salió y cerró la puerta detrás de él. Desde el otro lado, Alex oyó un ruido de raspado, luego un chasquido, y la puerta se abrió.

—¡Caramba! —exclamó Alex—. ¿Cómo lo ha hecho?

Randol le entregó un trozo delgado de plástico, duro pero flexible, de cinco por cinco centímetros.

—Colóquela entre la puerta y la jamba, eche hacia atrás el mecanismo y estará dentro en menos tiempo que haciendo uso de la llave. Haga poner cerrojos. Haga que refuercen las jambas y los marcos. Póngaselo difícil al delincuente.

A Alex no le gustó la reprimenda implícita detrás de las palabras, pero el hombre tenía razón.

Se frotó la cara con una mano. Sentía una mezcla de nerviosismo y agotamiento.

—Bien, muchas gracias por haber venido en mitad de la noche, o la madrugada, creo —dijo.

—Ningún problema, señor —dijo Randol—. Y nos alegra que no le haya pasado nada.

Alex dejó todas las luces encendidas cuando se hubieron marchado. Sabía que era ridículo, pero no dejaba de pensar: *¿Y si vuelve?*

¡Venga ya! ¿Un ladrón que vuelve a la misma casa donde le han sorprendido y de donde ha tenido que huir unas horas antes?

Ridículo.

Sin embargo, la forma en que Randol había abierto la puerta... era increíble. El milagro no era que a Alex no le hubiera pasado nada aquella noche, era que nadie hubiera tratado de robarle hasta entonces.

No creía que el tío fuera a volver. Pero si lo hacía, Alex no iba a poder detenerlo. Se podía decir que la puerta carecía de cerradura, y él no tenía armas.

Recordó el ruido que había hecho la puerta al abrirse sigilosamente. Lo aterrorizado y vulnerable que se había sentido en la bañera.

¡Al cuerno! Se iba al hotel Four Seasons de Palo Alto. Había celebrado muchas comidas de negocios en el restaurante Quattro del hotel. Podía muy bien dormir allí aquella noche. Si se quedaba en la casa, no podría pegar ojo durante el resto de la noche, imaginaría que cualquier junta que crujiere era un paso, cada zumbido de la caldera de la calefacción el ruido de la puerta otra vez.

Preparó un poco de ropa y, antes de atreverse a salir, estuvo largo rato observando por la ventana que daba a la calle.

12 - Emergencia

Alex durmió en el hotel algunas horas, aunque no de un tirón. Cuando se despertó, el luminoso sol de la bahía de San Francisco se filtraba por las ventanas y se proyectaba en la ropa blanca de la cama. Se frotó el rostro y se puso a pensar en la noche anterior. En aquel momento, se había asustado y aturdido. Había pensado que se trataba simplemente de un robo. Pero ahora se inclinaba a pensar que se le había escapado algo evidente.

El inventor asesinado, el contacto de Alex en la oficina de patentes muerto, y alguien que había entrado en su casa... ¿Y todo en el espacio de, cuánto, treinta y seis horas? No hacía falta ser un experto en conspiraciones para creer que las coincidencias no se producían así.

¿Cómo se llamaban aquellos juegos de la revista *Highlights* que tanto le gustaban cuando era pequeño? ¿Qué tienen estos objetos en común? Había un grupo de dibujos aparentemente dispares, pero si se miraba bien, si uno se fijaba con atención, se daba cuenta de que todos tenían ángulos rectos, o que todos empezaban con la letra A, o cualquier otra cosa.

Alex, Hilzoy y Hank tenían algo en común. Obsidian. La coincidencia era evidente. La pregunta era, ¿por qué? ¿Qué había detrás de Obsidian para que hubiera gente dispuesta a matar por ello?

No, carecía de sentido. Las compañías que querían comprar una tecnología prometedora, o neutralizar una susceptible de ser una amenaza, pagaban y basta. Era fácil, y era legal. ¡Cielos! A Hilzoy habrían podido comprarlo por menos de siete ceros. Y esto no suponía siquiera un error de redondeo para los grandes del sector de la seguridad informática.

Pero quienquiera que estuviera detrás de todo esto, ¿cómo se habían enterado de la existencia de la tecnología en cuestión? La solicitud de patente era secreta.

Bien, se podía haber filtrado algo. ¿Cómo podía saber con quién había hablado Hilzoy? ¿Cómo podía saber quién lo había visto en la oficina de patentes? Y, además, en Sullivan, Greenwald, él no era el único en estar al corriente de Obsidian. Para empezar estaba Osborne, y por supuesto Sarah.

Se dijo que tal vez era una tontería, pero era mejor prevenir que curar. Llamó al agente Gámez al teléfono móvil que aparecía en su tarjeta de visita. Le explicó lo del supuesto ladrón en su casa. Le dijo que parecía una locura, pero... ¿Y si Hank no hubiera muerto de un ataque al corazón? ¿Acaso estaban completamente seguros de ello? Era una extraña coincidencia que el inventor y el perito... ¿no? Para su asombro, Gámez no lo trató de pirado. Le dijo que iba a investigar y que luego lo llamaría.

Alex se fue a trabajar. Lo primero era llamar a un cerrajero. Le iba a costar dormir

en aquella casa después de lo que había pasado. Resultaría más fácil si la convertía en una fortaleza. Luego llamó a una tienda de armas. Según parecía, podía comprar un arma, pero debía esperar diez días para el certificado de penales antes de recogerla. ¡Mierda! Siempre había pensado que los certificados de penales eran una buena idea. Pero necesitaba algo de inmediato.

Le llamó Gámez.

—Bien —empezó a decirle—, he hablado con la policía de Arlington. Ya le han hecho la autopsia a Shiffman. Fue la familia quien lo quiso, porque como era joven y sano, les preocupaba que pudiera haber alguna predisposición que pudiera afectar a otros miembros de la misma.

—Bueno, ¿y cuál ha sido el resultado de la autopsia?

—No concluyente. Creen que pueda tratarse de algo llamado síndrome de Brugada.

—¿Qué es eso?

—Parece ser que es una enfermedad genética que produce muerte súbita en hombres normalmente sanos, la mayoría alrededor de los treinta años, y a menudo mientras duermen. No se crea que ellos mismos lo entiendan muy bien.

Alex pensó que sonaba a que se lo hubiera inventado alguien para que los médicos no tuvieran que decirle a los desconsolados familiares: *Lo sentimos, pero no tenemos ni idea de lo que ha sido.*

—¿Es posible... que lleguen a tener alguna explicación definitiva?

—Están llevando a cabo pruebas genéticas y el historial de la familia. Pero ¿quiere usted saber mi opinión? Nunca lo sabremos con exactitud. A veces hay gente que se desploma así sin más, y no hay explicación. Pasa.

—¿Cree usted entonces que fue un simple... infarto?

—He estado hablando con el teniente de homicidios en Arlington. Examinaron el piso de Shiffman, rutina en una muerte así. No había indicios de que hubieran forzado la puerta. Ningún rastro de pelea. Y en el cuerpo no había marcas de ningún tipo. Si ha sido un asesinato, me gustaría saber cómo se hizo.

—¿Cree que me estoy volviendo paranoico?

—No, no lo creo. Es una triste coincidencia, de eso no hay duda.

—No sé qué hacer.

—Aparte del allanamiento de morada, ¿ha notado usted algo inusual? ¿Alguien que merodeara cerca de su coche en el aparcamiento de su despacho, alguien que le siguiera mientras conducía, alguien fuera de su casa cuando usted ha salido para ir a trabajar?

—No. Nada.

—Bien, tiene mi número de teléfono. Esté alerta, y si ve algo raro, llámeme.

—Gracias.

—De nada, faltaría más.

Alex colgó y se quedó mirando el teléfono un momento. El hecho de que Gámez

estuviera tan seguro de que Hank había muerto de un infarto volvía a ponerle los pelos de punta. Porque lo cierto era que nadie lo sabía con certeza.

¿Y si todo aquello no era una coincidencia? Si iban a por él, sabían dónde vivía. Supieron dónde vivía Hilzoy. Llegaron hasta Hank. Debían de saber dónde trabajaba él. Debían de saber cómo era... cielos, su foto y su currículum profesional estaban en la página web de Sullivan, Greenwald, a disposición de cualquiera, en cualquier momento. Entonces, ¿qué debía hacer? ¿Dejar de vivir en su casa? ¿Dejar de ir a trabajar? Pensó que la otra noche se había sentido desnudo en el cuarto de baño, pero que en aquellos momentos se sentía aún más expuesto.

Una idea trataba de abrirse paso desde algún lugar profundo de su ser. Parecía más un instinto, un reflejo, que una idea. Una sola palabra, monosílaba, y era...

Ben.

No. Katie, luego su padre... ¿Y cuántas veces había ido a casa, dos tal vez, mientras un cáncer consumía a su madre? Al final estuvo en coma por espacio de tres días, y Ben ni siquiera se pudo organizar para volver y estar con ella entonces. Estaba demasiado ocupado jugando al soldadito para estar con su madre moribunda. ¿En el ejército no tenían permisos por razones familiares? Jesús, fue un milagro que el bastardo se dignara siquiera a aparecer para el entierro.

Lanzó un largo suspiro. El inútil de su hermano. Héroe del fútbol americano. Estrella de la lucha libre. Un G. I. Joe. Pero cuando las cosas iban mal dadas, él se volvía invisible. ¿Y ahora Alex se iba a arrastrar delante de él, le iba a rogar que lo ayudara?

Además, ¿ayudar cómo? ¿Qué podía hacer Ben?

Alex sabía que había recibido muy buen entrenamiento. Había estado en los Rangers en la batalla de Mogadiscio y ganó un montón de medallas. Alex había visto la película *Black Hawk* y no pudo imaginar a Ben, por muy duro que fuera, haciendo todo aquello, pero aparentemente lo había hecho. Después había sido Boina Verde o algo así. ¡Por el amor de Dios! Si alguien podía ayudarlo...

El caso era que no sabía cómo contactar con Ben. Había tenido una dirección de correo en Fort Bragg, pero desde hacía cuatro o cinco años le devolvían intactos los documentos oficiales que le había estado enviando allí. Sin duda Ben había cambiado de dirección de correo y no se había preocupado de comunicárselo a Alex. Y éste se había guardado mucho de andar indagando.

¿Estaba Ben todavía en el ejército? Parecía gustarle; resultaba difícil imaginar que lo hubiera dejado. Pero...

Abrió la página web del ejército y fue siguiendo los *links* hasta algo llamado *localizadormilitar.com*, que según parecía servía para encontrar a todos los soldados, fuera cual fuera su rama de las Fuerzas Armadas. Había que registrarse para tener acceso a él. Empezó a escribir su nombre y su dirección de correo electrónico, luego vaciló. Tal vez estuviera obsesionado, pero era mejor ser prudente. Escribió John Smith, con una dirección de correo inventada. Apareció una ficha de búsqueda:

nombre de pila, apellido, rama del servicio. Introdujo *Ben Treven. Ejército* y apretó la tecla de retorno. Apareció una nueva pantalla: *Ben Treven. Ejército, servicio activo. E-8. CV, no disponible. Conflictos y operaciones, no disponible. Intereses, no disponible. Afiliaciones de unidad, no disponible.*

Bien, dos cosas parecían claras. Primero, Ben seguía en el ejército. Segundo, éste no estaba muy predispuesto a explicar lo que estuviera haciendo.

Había un número de teléfono 800 para información. Apretó sobre él y esperó. Al cabo de un solo timbrado, contestó una mujer.

—Cherine Nelson, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, me llamo Alex Treven —contestó, algo titubeante—. Estoy intentando localizar a mi hermano, Ben. Está en el ejército, pero no sé cómo puedo contactar con él. Se trata de una emergencia.

Cherine le dio un número 800 del Centro de Recursos Humanos, y él llamó. Un hombre le dijo que él no tenía información precisa sobre el paradero de Ben, pero que podía intentar mandarle un mensaje.

—Si no sabe dónde está, ¿cómo va a enviarle un mensaje? —preguntó Alex.

—Señor, ¿quiere dejar un mensaje o no? —replicó el hombre, duro como una piedra.

Alex colgó. En todo caso, ya volvería a llamar.

Había otra posibilidad. Ben tenía una dirección de correo electrónico, que su madre usaba para estar en contacto con él. Y él también la había utilizado, para informarle sobre el empeoramiento de la madre, y sobre asuntos hereditarios una vez fallecida. Habían pasado más de seis años, y aunque fuera todavía una cuenta activa, faltaba que él la consultara; y si lo hacía, ¿cada cuánto? Pero valía la pena probar.

Abrió «Nuevo mensaje» y tecleó la dirección Yahoo de Ben en la casilla «Para». Pensó un momento, luego escribió «Emergencia» en la línea de asunto. Situó el cursor abajo y escribió:

Ben, anoche alguien entró en nuestra casa e intentó matarme. Dos personas con las que estaba relacionado también han muerto. No estoy paranoico y no me lo estoy inventando. Necesito tu ayuda. Por favor llámame en cuanto puedas. Alex.

Añadió el número de su teléfono móvil, y dio la orden de enviar. Esperó un momento, y comprobó si entraba algún correo. No había sido devuelto. Bien, la cuenta seguía activa. Pero ¿cuándo la consultaría Ben? ¿Y lo llamaría aunque lo hiciera?

13 - Un maldito *déjà vu*

Ben estaba mirando la CNN en su habitación del hotel de Ankara donde se hospedaba, cuando sonó el teléfono móvil. Miró la pantallita, esperando un mensaje de Hort. En cambio, era un correo electrónico. De... ¿Alex?

Frunció el ceño conforme se preguntaba qué querría. Ni siquiera recordaba la última vez que tuvo noticias de su hermano. Hacía tiempo que habían terminado con el papeleo de la herencia. No se le ocurría ninguna razón por la que tuvieran que estar en contacto. Había unos primos, una tía... ¿habría muerto alguien?

Abrió el correo y leyó el mensaje, y lo volvió a leer. Cerró la tapa del teléfono y sacudió la cabeza.

Era la misma mierda que en el instituto, la misma. Alex había hecho algo que hubiera sido preferible que no hiciera, y ahora necesitaba al hermano mayor para sacarle las castañas del fuego. Increíble. Un maldito *déjà vu*.

O, lo más probable, no había nada de nada. En opinión de Ben, si Alex afirmaba que no estaba paranoico, era una prueba de todo lo contrario.

Al cuerno con él. Si Alex necesitaba ayuda de verdad, habría debido enviar un mensaje diferente, algo como, «Hola Ben, perdona que haya sido un gilipollas engreído toda mi vida. No tenía derecho a echarte la culpa de todo lo que pasó en la familia. Ah sí, y además soy un desagradecido».

Se puso en pie y se quedó mirando el teléfono.

—¿Has oído esto? —exclamó en voz alta—. Aquí tienes una lección de vida, hermanito. No muerdas la mano de quien te da de comer.

Se puso a caminar por el cuarto. ¿Y quién se creía que era ese pequeño egoísta? ¿Ni una palabra en seis años y de pronto mandaba un correo para pedir un favor? Ni siquiera un *Hola, espero estés bien, Ben*, sino directamente *Necesito tu ayuda, así que llámame*. ¿Qué era Ben, un sirviente? ¿Una especie de ama de llaves, siempre a punto para poner orden después de las travesuras que hacía el capullo de su hermanito?

—Te voy a decir algo —continuó en voz alta—. Voy a ayudarte. Pero me vas a pagar por ello. Eso, me pagas. A los criados se les paga, ¿no es así? ¿O acaso crees que soy tu esclavo? ¿Crees que ahora soy tu esclavo? —Dejó de caminar—. ¡Ah! Y lo de *nuestra casa* —prosiguió al tiempo que se daba media vuelta y se quedaba mirando el teléfono—. ¿Así que sigue siendo nuestra casa? Sí, lo es cuando me quieres sacar algo. ¿Te crees que soy estúpido, Alex? ¿Eso es lo que piensas?

Empezó a respirar fuerte y a sentir aquellas ganas locas y excitantes de pelearse con alguien, aquel impulso que tantos castigos le habían valido por su brutalidad innecesaria durante su estancia en Stanford, y que sólo las conexiones de su padre con el Consejo de Administración habían conseguido que no le expulsaran del equipo.

No recordaba la última vez que había tenido una pelea, y suponía que eso era bueno. Pelearse era la antítesis del anonimato. Sobretudo habiendo una cámara e incluso un vídeo en casi todos los teléfonos móviles. Pero aparte de esto, ya no se atrevería a pelearse. No estaba seguro de que fuera a acordarse de cómo se hacía. Pelearse era esencialmente consensual. Había reglas implícitas, límites tácitos. Pero en aquellos momentos, Ben estaba tan condicionado a la letalidad que, frente a una violencia incluso de aficionados, tenía miedo a hacer lo que solía hacer en aquella época, sin detenerse a pensar hasta después.

No era una constatación positiva. Pelearse había sido una buena salida para él y, de una forma malsana, le gustaba. Le daba la sensación de que, al no ser ya capaz, había perdido una parte de sí mismo, una parte que, visto en retrospectiva, parecía hartamente inocente. Quizá porque la mayor parte de sus peleas habían tenido lugar en el instituto, tal vez porque el instituto fue sobre todo anterior a la muerte de Katie.

Aquella noche él había estado en una fiesta, organizada por las dos chicas más populares de su clase, Roberta y Molly Jones. Las hermanas Jones vivían en un chalé de Atherton que tenía un enorme jardín detrás de la casa, y unos padres tolerantes que permitían a sus hijas el capricho periódico de organizar un guateque con los del instituto. Aquella fiesta no la había planeado nadie, pero después del torneo, se convirtió en una fiesta informal para celebrar la victoria de Ben.

Como es de suponer, el alcohol estaba prohibido. Y, como es de suponer, los chicos siempre encontraban la forma de que hubiera bebida.

Ben bebió un par de cervezas, pero se estaba controlando. No había bebido una gota desde hacía cuatro meses, cuando había empezado la temporada de lucha libre; había tenido que adelgazar unos cuatro kilos para concursar en la categoría de 77 kilos; y por muy excitado que estuviera, acusaba el cansancio del torneo. Con una combinación semejante, un par de cervezas bebidas a morro era todo lo que según él podía aguantar. Además, había muchas chicas que le iban detrás, y prefería ligar que emborracharse hasta caer redondo.

En un momento dado, una de las tías más buenas, Larissa Lee, le contó a Ben que acababa de cortar con Dave Bean, el chico con el que salía desde siempre. Las cosas habían cambiado desde entonces, dijo ella. Estaba contenta. Necesitaba aires nuevos. El único problema era que ya no tenía a nadie que la acompañara a casa, a menos que...

—Oh, oh, claro —le dijo Ben—. Dime sólo cuándo quieres que nos marchemos.

—¿Qué te parece ahora mismo? —sugirió ella conforme lo miraba a los ojos.

¡Bien!

Estaban llegando al coche cuando recordó: su padre le había dicho que debía llevar a Katie a casa antes de la medianoche.

Pero eso no significaba que debía literalmente acompañarla, ¿no? Él era mayor, podía quedarse hasta más tarde. Y era su gran noche, que se volvía mejor por minutos. Lo único que tenía que hacer era asegurarse de que Katie llegara a casa a la

hora, eso era todo.

Le dijo a Larissa que volvía en un momento y volvió a la fiesta para buscar a Katie. La vio, sentada con una de sus amigas, y riéndose de alguna cosa. Ben se acercó y le preguntó si podía hablar con ella un segundo. Katie se levantó y lo siguió unos metros más allá.

—¿Dónde está Wally? —le preguntó conforme miraba en torno a él.

—No lo sé —contestó ella, sonriendo con cierta complicidad—. Estará por ahí.
¿Qué pasa?

—Papá me ha dicho que te lleve a casa antes de las doce, pero estaba pensando...

—Estabas pensando que preferirías llevar a Larissa a su casa —replicó ella riéndose.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ben, al tiempo que trataba de mantener una expresión neutra.

—Todo el mundo sabe que acaba de romper con Bean. Y que bebe los vientos por ti.

Hubo una pausa. Lo cierto era que Ben había estado con bastantes chicas de su clase, y también con algunas de la clase de Katie. Algunas estaban ennoviadas, pero nadie descubrió nunca nada porque Ben jamás soltaba prenda. No quería arruinar la reputación de ninguna chica. Tampoco quería arruinar la posibilidad de seguir haciendo lo mismo.

—Bueno —empezó a decir encogiéndose de hombros—, creo que sólo quiere que la acompañe.

—¡Sí, seguro! —exclamó Katie riéndose de nuevo.

Ben miró en torno a él, luego a Katie.

—No se lo digas a nadie, ¿de acuerdo?

—¿Acaso he hablado alguna vez? —replicó ella sonriendo.

Ben no pudo evitar sonreír a su vez. Katie era inteligente, quizá tan inteligente como Alex. Sin embargo ella nunca ofendía a nadie, nunca hacía que la gente se sintiera inferior o se mostraba condescendiente. Tuviera lo que tuviera Katie, siempre se tenía la sensación de que iba a usarlo para ayudar, de que estaba siempre de parte de uno.

—Oye, entonces, ¿crees que Wally podrá acompañarte?

—Claro.

—¡Genial!

Se volvió para marcharse, pero luego miró hacia atrás por encima del hombro.

—Oye, ¿no habrá bebido?

—No, es un tío tranquilo.

Por espacio de un segundo, Ben pensó que tal vez debiera cerciorarse, comprobarlo personalmente con Wally. No era un mal tipo, pero le gustaba mucho la fiesta.

Entonces se acordó de Larissa. Bueno, Katie y Wally eran responsables. Ella era

una chica lista.

—Bien entonces. Nos vemos.

Y siguió su camino al encuentro de Larissa, mientras Katie seguía sonriendo, con complicidad, con indulgencia, con todo aquel calor y bondad que siempre la había caracterizado.

Bien entonces. Nos vemos.

Lo curioso era que, de no haberse producido el accidente, seguramente ni siquiera hubiera recordado aquella apresurada conversación, ni que la sonrisa de Katie persistió en su mente mientras se alejaba. Hubiera carecido de sentido. Nadie hubiera puesto en tela de juicio su decisión de dejar que Wally la acompañara a casa. ¿Por qué hubieran debido hacerlo? Él no había hecho nada malo. O, de haberlo hecho, habría sido como mucho un fallo por su parte. Un descuido. Un incidente sin mayores consecuencias, nada trascendente.

Pero se produjo. Y aquella conversación resultó ser la última. Y había aprendido con el tiempo que todo lo último está siempre imbuido de un significado del que carecía completamente en su momento. Era probable que hubiera llegado a pensar que todo funcionaba así. Todo era significativo, pero se escondía bajo la banalidad hasta que algo terrible desgarraba esta banalidad, como arrancar la piel y dejar al descubierto los llamativos nervios en carne viva que uno ni siquiera sabía que estaban allí.

Llevó a Larissa a casa. Estuvieron charlando por el camino, pero no recordaba de qué. Lo que recordaba era la suavidad de su piel, la forma enloquecedora de sus pechos bajo el fino jersey, el suave olor de su perfume dentro del coche. Sobre todo, recordaba la forma en que ella lo estaba observando cada vez que él miraba en su dirección, una mirada que le decía que podía tener lo que quisiera y que ella deseaba lo mismo.

—Mis padres ya deben de estar durmiendo —dijo ella—, pero si no haces nada de ruido, puedes entrar. Oirán la puerta y pensarán simplemente que ya he llegado. No se levantarán.

—Puedo ser muy silencioso —observó Ben.

Y había cumplido con su palabra, de hecho, mucho más que Larissa, a quien había tenido que tapar la boca no una vez, sino dos veces mientras le susurraba *shhhht, shhhht* cuando lo estaban haciendo en el suelo de su habitación. Se había apuntado un tanto excitándola hasta el punto de abandonarse de aquella forma, tanto que hubiera sido capaz de gritar a menos de seis metros de donde dormían sus padres, ajenos a todo.

Luego, mientras conducía de regreso a casa, no podía dejar de sonreír. Ella se lo había pasado bomba, se había entregado completamente. Daba la impresión de que Ben no la hubiera satisfecho. Se medio preguntaba si ella había gritado porque quería que él le tapara la boca, porque le gustaba, y aunque se había corrido dos veces, la sola idea le volvió a poner cachondo. ¡Joder! No podía haber habido un final

más perfecto para un día tan perfecto.

Cuando se introdujo en el camino de acceso a la casa, lo primero que advirtió fue que había muchas luces encendidas. Miró la hora en el reloj digital del coche. Eran casi las dos de la madrugada. No tenía sentido.

Entonces se dio cuenta de que no estaba el coche de su padre. Ay, ay. ¿No había llegado Katie a la hora? ¿Había tenido que ir su padre a buscarla? Si era así, se las iba a cargar.

Entró y subió sigilosamente la escalera. Las puertas de los dormitorios estaban abiertas. En los de Alex y sus padres las luces estaban encendidas.

—¡Eh! ¿Dónde estáis todos? —gritó.

No obtuvo respuesta. Se asomó al cuarto de Alex. Vacío. Sin embargo la cama estaba deshecha. Y como era muy maniático con la cama y siempre se la hacía, debía de haber estado durmiendo hasta...

—¿No hay nadie en casa? —volvió a llamar.

Se dirigía ya al dormitorio de sus padres. Estaba igual que el de Alex, las luces encendidas, la cama deshecha.

—¿Qué demonios está pasando? —dijo en voz alta, ya nervioso pero diciéndose al mismo tiempo que no había razón para estarlo.

Recorrió el pasillo hasta el cuarto de Katie y encendió la luz. La cama estaba hecha.

Mierda, Katie no había vuelto a casa.

No, eso no lo sabía, por lo menos con certeza. De lo que sí estaba seguro era de que Katie no se había acostado antes...

¿Antes de qué? ¿Antes de que todos se metieran en el coche del padre y salieran pitando en medio de la noche?

Pero, si Katie había llamado para que fueran a buscarla, ¿por qué se habían marchado todos?

De pronto tuvo la certeza de que estaba pasando algo grave.

Se dirigió a la cocina. Ninguna nota, nada de nada. Todo limpio, la cocina recogida. Sin saber por qué aquella pulcritud, aquel orden, le puso nervioso. Agudizaba lo incongruente de la ausencia de toda la familia.

—¡Joder! —exclamó. No sabía qué hacer.

Sonó el teléfono. Ben dio un respingo y se lo quedó mirando un momento. Comprendió que le daba miedo contestar.

Volvió a sonar.

Titubeó, con la sensación de estar atrapado en un precario punto intermedio, en un lado su vida y los supuestos seguros de ésta, en el otro el final de todo ello. Al otro lado de aquel teléfono.

Sonó por tercera vez.

¡Venga ya, levanta ese maldito teléfono!

Pero no lo hizo.

Volvió a sonar.

Pensó: *¿Y si cuelgan?*

Desapareció la parálisis. Dio un par de pasos y agarró el auricular.

—Sí, diga —dijo con la boca seca.

—Ben. —Era su padre—. ¡Por fin! Tienes que venir enseguida al Centro Médico de Stanford, a urgencias, Katie ha tenido un accidente.

Le recorrió un escalofrío. Trató de tragar pero no pudo.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—¡Limítate a venir de inmediato! ¿Has comprendido?

—Sí. Ahora mismo salgo.

—Conduce con cuidado —añadió su padre, y detrás de estas tres simples palabras Ben notó un amargo reproche.

Del resto de la noche tenía una imagen borrosa. Los días siguientes fueron una pesadilla. Sus padres le culparon a él abiertamente. La mirada silenciosa y acusatoria de Alex fue peor.

Lo peor de todo fue la mañana del entierro. El dolor, la culpa y el remordimiento ya le tenían bastante abatido. Estaba sentado frente al escritorio de su cuarto y, con la vista fija en la pared, volvía a repasar una y otra vez la noche fatídica e imaginaba docenas de cosas diferentes que hubieran podido pasar, docenas de cosas diferentes que hubiera podido, debido hacer.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos.

—Adelante —dijo en un tono apático.

Eran sus padres. ¿Cuánto hacía que había muerto Katie, cuarenta y ocho horas? Tenían el aspecto de no haber dormido un minuto desde entonces. Parecía que algo dentro de ellos se hubiera... roto.

Se sentaron en el borde de la cama frente a él.

—Ben —empezó a decir su padre—, lo que te dijimos la otra noche... no estuvo bien. No fue... correcto.

Por miedo a hablar, Ben se limitó a sacudir la cabeza.

—Estábamos... deshechos, cariño, ya lo sabes —intervino la madre. Empezó a llorar pero consiguió contenerse—. Cuando pasa algo así, se tiende a echar la culpa a alguien, incluso a personas allegadas. Porque si se echa la culpa a alguien, resulta más fácil creer que alguien hubiera podido controlar lo que ha sucedido, que podía haber sido evitado. —Empezó a temblarle la voz y se interrumpió, luego respiró hondo—. Pero no es justo —prosiguió, en un tono más agudo—. No todo se puede controlar. Los accidentes... pasan a veces, hijo, pero tú no tienes la culpa.

El llanto se había convertido en sollozo, al tiempo que sus ojos le suplicaban a través de las lágrimas.

—Si hay que echar la culpa a alguien, es a mí —intervino el padre—. No me expresé con la debida claridad cuando te dije lo de volver a casa. No has cometido ningún error, Ben, y fuimos nosotros los que nos equivocamos al sugerir que así fue.

Ben se los quedó mirando. Comprendía lo que pretendían. Imaginaba incluso la conversación que les había llevado a esa decisión: *Debemos protegerlo del sentido de culpabilidad. No podemos dejar que cargue con esto, al margen de cuál sea la verdad. Es demasiado joven.*

El problema era que aquel intento de protegerlo hacía que la culpa fuese cien veces mayor. Sus recriminaciones anteriores le habían enfurecido y la rabia era como mínimo algo protectora. Ahora, eliminadas las recriminaciones, disipada su furia, la verdad brillaba a través de una nueva y espeluznante claridad.

Porque en su fuero interno, él sabía lo que su padre había querido realmente. El pobre padre no se fiaba de Wally y quería estar seguro de que Ben, en persona, iba a llevar a Katie a casa sana y salva. Tal vez no lo expresara con todo detalle porque no quería parecer autoritario y excesivamente protector, pero lo que pretendía estaba claro. Pero Ben quiso hacerse el loco, eso fue todo, porque era su noche, era el héroe conquistador y además Larissa Lee quería tirárselo. Lo había sabido, pero fingió lo contrario.

Ben tuvo ganas de decirles que no, que no había sido culpa de ellos, que su padre había sido claro, que Ben lo había entendido muy bien pero no había querido escuchar. Lo correcto era admitirlo, reconocerlo, por muy duro que fuera.

Estuvo a punto de decir algo, pero... no lo hizo. Quizá tuvo miedo de hablar, miedo de perder el control si lo hacía. O de decir algo incorrecto y empeorar la situación. En cambio no dijo nada. Sus padres seguían llorando. Al final, la madre se levantó y salió, y el padre la siguió.

Una parte de él comprendía que necesitaban tener el resto de la conversación en aquel momento, pues en caso contrario no lo tendrían nunca. Pero otra parte le susurraba que sus padres ya estaban soportando más de lo que podían; que debía dejarlos en paz por un tiempo. Ya tendría él otras ocasiones para admitir su culpabilidad, algún día en el futuro, cuando pudieran hablar del asunto con menos confusión y dolor.

Y escuchó a la segunda voz. De la misma forma que cuando Katie le dijo: *No, es un tío tranquilo.* Había oído lo que había querido escuchar.

¡Cielos! Dos momentos decisivos en dos días. Y él se había equivocado en los dos.

¿Por qué esos instantes decisivos no estaban marcados? Curva letal. Precaución. Algo parecido. Algo que le pusiera a uno en guardia: Ay, ¿era la misma decisión recurrente a la que estaba a punto de enfrentarse? Está claro que su maldita vida era así.

Ben suspiró y sacudió la cabeza. Luego salió para buscar un cibercafé donde hubiera un teléfono público.

14 - Defensa propia

Llamaron a la puerta de Alex, y se asomó Wanda, la recepcionista.

—Alex, tengo una llamada de alguien que pregunta por ti pero que no quiere identificarse, e insiste en que venga a buscarte personalmente y vayas a recepción para atender la llamada desde allí. ¿Qué quieres que haga?

Alex pensó: *¿Qué demonios?* Y luego: *Ben.*

Pero ¿por qué llamaba al teléfono del despacho? ¿Cómo había sabido el número?

—Tranquila, voy a cogerlo allí —dijo como si fuera la cosa más natural del mundo.

Se dirigió a la centralita de Wanda, ésta apretó un botón y le pasó el auricular.

—Aquí Alex —dijo.

—He recibido tu mensaje. —La voz de Ben.

Hubo una pausa, luego Alex preguntó:

—¿Cómo has sabido...?

—Dame un número para volverte a llamar, alguno que no se pueda vincular contigo. La telefonista, ¿tiene un teléfono móvil? Dile que te lo deje.

Alex le preguntó a Wanda si le podía prestar su teléfono un momento. Ella le dio el número y él se lo pasó a Ben.

—Vuelvo a llamarte —le informó Ben antes de que la línea se interrumpiera.

Alex sonrió a Wanda cuando ésta la dio su teléfono.

—Un cliente paranoico. Nueva tecnología. Hace cosas así cada vez que quiere hablar conmigo. Voy un momento a la sala de reuniones. Vuelvo enseguida.

Wanda le lanzó un lento gesto de asentimiento. El teléfono de ella sonaba ya cuando Alex entraba en la sala y cerraba la puerta detrás de él. Abrió la tapa del teléfono y dijo:

—¿Cómo sabías que me localizarías aquí?

—No estás en tu despacho, espero.

—No, estoy en medio de una sala de reuniones vacía. ¿Cómo sabías que estaría aquí?

—Allí es media mañana. ¿Dónde ibas a estar?

—Me refiero a cómo sabías que trabajo aquí.

—Tu dirección de correo electrónico tiene el dominio *sullivangreenwald*. He metido los nombres en Google.

Ah, hubiera debido imaginárselo.

—Pero ¿por qué te has tomado tantas molestias? Te puse el número de mi móvil. ¿Qué significa todo esto?

—No sé en qué lío te has metido. O con quién. El correo electrónico no es seguro. Y las señales del teléfono móvil pueden ser interceptadas. En tu despacho puede

haber micrófonos, tu línea puede estar pinchada. Es menos probable que alguien pinche la línea general de tu despacho porque no es la línea por la que tú hablarías. No era perfecto, pero no tenía un modo mejor de contestar a tu correo. ¿De acuerdo?

Alex se sintió inquieto y tranquilizado a la vez. Inquieto por la facilidad con que alguien podía dar con su paradero. Tranquilizado porque era evidente que Ben era un entendido en la materia. Por encima de las dos sensaciones, le molestó la conferencia sobre seguridad. Contuvo lo que sentía y contó lo que había pasado.

—Así pues —dijo Ben cuando hubo acabado—, estás diciendo que han asesinado al inventor, al perito de patentes, y que a ti estuvieron a punto de eliminarte a causa de esa nueva tecnología.

—¿Te parece una locura?

—Depende.

—¿De qué?

—De muchas cosas. Pero tres incidentes en treinta y seis horas... son mucha coincidencia para tragárselo.

—Es lo que pienso yo.

—¿Has hablado con la policía?

—Claro. Ellos piensan que se trata de una serie de sucesos fortuitos. No parece que vayan a hacer gran cosa.

—¿Entonces? ¿Qué vas a hacer?

¿Para qué demonios te crees que te he buscado?, tuvo ganas de gritar. *No sé qué hacer.*

Estuvo un momento echando chispas antes de contestar:

—No lo sé.

—¿Tienes algo para escribir? —dijo Ben tras un largo silencio.

—Sí —contestó Alex conforme tomaba un bloc de notas y un bolígrafo de la mesa de reunión.

—Desconecta tu teléfono móvil y déjalo apagado. Puedes consultar tu buzón de voz desde algún teléfono público. Aléjate de casa por unos días. Ve al banco, al tuyo no, y saca bastante efectivo. No vayas a los sitios que sueles frecuentar y no sigas las rutas habituales cuando vayas en coche. Instálate en un hotel. Págallo todo en efectivo, no uses las tarjetas de crédito, no uses tu nombre. No te pasees por lugares solitarios. Deja de ser educado y empieza a ser suspicaz.

Alex escribía deprisa.

—Tengo que venir a trabajar...

—¿Qué harías si tuvieras la gripe?

—Vendría igualmente.

—Yo también habría apostado que lo harías. ¿Nunca has faltado un día por estar enfermo?

—Nunca.

—Mejor, así el jefe no te dará la lata. Ponte muy enfermo con la gripe unos días.

Diles que trabajas desde casa. Si te llaman al móvil y no contestas, supondrán que estás durmiendo.

—¿Para qué servirá todo esto? No tengo más que...

—No tengo ni idea a qué te estás enfrentando —continuó Ben—, asumiendo que te estés enfrentando a algo. Pero lo inteligente es actuar como si...

—¿Actuar como si qué?

—¿Sigues apuntando?

Dios, detestaba que Ben le cortara de aquella manera. Daba la impresión de que los dos segundos de más que podía emplear en escuchar fueran una enorme pérdida de su valioso tiempo.

—Sí, sigo tomando notas.

—Apenas tengas ocasión, entra en la web. Nononsenseselfdefense.com. Una sola palabra. Llévate una taza de café, estarás un buen rato. Necesitas aprender a prestar atención a tu entorno y a pensar como tus enemigos. Esta web es un buen sitio para iniciarte en cómo no ser un objetivo fácil.

—Perfecto, entro en la web. Y tengo la gripe durante unos días. ¿Y luego qué?

—Para entonces ya habré llegado.

—¿Vas a venir? —exclamó Alex sorprendido.

—¿No acabo de decir que voy a estar?

—Pero si tengo el teléfono móvil apagado, ¿cómo vas a...?

—Te encontraré.

Y la línea quedó interrumpida.

Alex se quedó un momento mirando el teléfono, estaba furioso. Era consciente de que esperaba conseguir que Ben acudiera, pero sobre todo sin tener que pedírselo expresamente. Y lo había conseguido, salvo que a juzgar por la forma en que Ben lo había dicho, parecía que supiera exactamente lo que pretendía su hermano, pero hubiera decidido seguirle la corriente de todas formas.

Y además la forma en que le había colgado. Como si todo el asunto fuera un engorro tan grande para él que no pudiera molestarse siquiera en despedirse.

Eso, o sólo quería cortar antes de que Alex tuviera la oportunidad de dar las gracias.

Bien, al cuerno entonces, no pensaba dárselas.

15 - Discutir por discutir

Si bien pensaba que todo aquello era una exageración, al final Alex decidió hacer caso a Ben. Se fue a casa porque había quedado con el cerrajero pero, una vez solucionado el problema de la puerta, regresó al Four Seasons. Llamó a Alisa y le dijo que estaba con la gripe, que trabajaría desde casa y que suponía que sería cosa de un par de días. Y mandó un correo electrónico a Osborne, donde le explicaba lo que había ocurrido con Hilzoy y le decía que le contaría el resto cuando volviera al despacho.

No estaba mal quedarse en el hotel. Era lujoso, se comía bien y le gustaba el gimnasio con que contaban las instalaciones. Además, pocas veces se había tomado unas vacaciones de verdad, y aquello era lo más parecido a lo que iba a poder tener. Se metió en nonenseselfdefense.com, y Ben tenía razón. Había muchísima información y, aunque el tema le era bastante ajeno, parecía contener buenos consejos.

El problema era que todo lo ocurrido en los últimos días empezaba a parecer... extraño, improbable, como si esa sensación rara pudiera disiparse si volvía a su vida normal. Le sorprendía con qué fuerza deseaba ir al despacho, ver a la gente que solía frecuentar, hacer las llamadas habituales, volver a casa al final de la jornada. Era como si le hubieran dicho que no se rascara una costra y el picor le estuviera enloqueciendo.

Empezó a preguntarse si no había sacado las cosas de quicio. ¿Tan difícil era creer que Hilzoy hubiera estado traficando con drogas? Y Hank... Por muy triste que fuera, ocurría a veces que personas jóvenes sufrían ataques cardíacos. Y no cabía duda de que la policía parecía pensar que la intrusión en su casa había sido un hecho fortuito. Quizá todo no había sido más que una gigantesca coincidencia. Si a eso se añadía una gran dosis de lógico nerviosismo, no era de extrañar que el conjunto hubiera empezado a oler a conspiración.

Estaba cenando solo en el restaurante del hotel la segunda noche cuando, al levantar la vista, vio que Ben se dirigía hacia él. Incluso antes de vislumbrarle la cara supo que era él por su modo de caminar. Era un andar típico de luchador, algo patizambo, pero sobre todo seguro y relajado, la forma de andar propia de quien no sólo piensa que el lugar le pertenece, sino que probablemente no le falte razón. Alex siempre había tenido envidia de esa forma de caminar. Cuando eran niños, trataba de imitarlo en secreto.

Se puso en pie y pensó en algo que decir, pero todo lo que le salió fue:

—Ben.

Éste iba vestido con vaqueros, botas, una camisa oscura y una chaqueta de lana. Y una bolsa de cuero en bandolera. No parecía mucho mayor. Seguía teniendo el físico

de un defensa de fútbol americano, el aire de estar siempre a punto y de «No te metas conmigo». Llevaba el pelo largo y una barba de varios días; esto era nuevo. Iba mirando por todo el restaurante a modo de inspección, y por lo que había leído en la web *nonenseselfdefense*, Alex comprendió que su hermano estaba examinando el lugar de forma táctica. Así que estas cosas se hacían realmente. Hasta entonces, Alex casi había llegado a sospechar que se trataba de puro teatro.

Ben dirigió la mirada hacia Alex y lo repasó de arriba abajo.

—¿Cómo estás, Alex?

—Bien, ¿y tú? —contestó Alex, que tuvo ganas de darle un apretón de manos pero no lo hizo.

—Estabas sentado con la espalda a la pared —comentó Ben tras hacer un gesto de asentimiento con la cabeza—. ¿Has visto la página web?

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Te dije que daría contigo.

—¿Cómo?

—En Palo Alto y Menlo Park —empezó a explicar Ben conforme echaba otra ojeada en torno—, debe haber tres hoteles buenos, ¿no es así? Y este es el más nuevo y el mejor. Ha sido el primero al que he llamado. Te has registrado con tu nombre. Te dije que no lo hicieras.

—Es que ya estaba registrado...

—Y tu coche está estacionado en el aparcamiento general.

—¿Y?

—Deberás decirle al portero que te lo traiga hasta la puerta. Esperarte en un coche aparcado cerca del tuyo sería la mejor manera de dar contigo.

—¿Cómo sabes cuál es mi coche?

—Lo único que hay que hacer es acceder al Departamento de Vehículos de California. Pero quien sea que te está causando problemas, ni siquiera necesitaría esto, pueden haberte observado entrando y saliendo de él en otro lugar. Peinar el aparcamiento, mirar las matrículas y... *bam*. Por cierto, un precioso M3.

Tal y como lo exponía Ben, todo sonaba evidente, pero ¿cómo iba él a saberlo? Deseó tener la oportunidad de ponerle a prueba, por ejemplo que tuviera que decidir qué imágenes adjuntar con la solicitud de patente, o codificar en C++, o un montón de cosas más. También él se sentiría estúpido.

—Otra cosa —prosiguió Ben—. Estás aparcado al final de la pendiente, fuera del aparcamiento propiamente dicho. Aquello está desierto. ¿Por qué quieres ponerles las cosas tan fáciles a los malos? Por lo menos habrías podido aparcar arriba, cerca de los edificios de oficinas, donde hay movimiento de gente.

—¡El aparcamiento estaba lleno cuando he llegado! —replicó Alex, a quien empezaban a molestarle, y mucho, aquellos sermones—. No cabía ni un alfiler. Era horario de oficina. Por la noche se debe de vaciar.

Pensó: *Y ahora va a decirme que hubiera debido pensar en ello.*

—Me gustaría comer algo —dijo Ben en cambio—. ¿Te importa que cambiemos de asiento?

Alex se levantó y Ben ocupó su silla. Este tomó el plato medio comido de Alex y lo puso al otro lado de la mesa.

—¿Quieres la carta? —preguntó Alex.

—No hace falta, tomaré lo mismo que tú.

Se acercó un camarero y Alex le dijo:

—Otros raviolis de setas silvestres al queso Taleggio. Y otro vaso de vino Sophie's Rows.

—No, nada de vino —intervino Ben.

—Muy bien —dijo el camarero antes de alejarse.

—¿No te gusta el vino? —preguntó Alex, consciente de que era una tontería, pero viviéndolo al mismo tiempo como una ofensa personal.

—No, no mucho. Y menos después de un viaje largo.

—¿De dónde vienes?

—De Europa.

—¿Sabes que Europa es un continente? —replicó Alex, en un tono lleno de sarcasmo. Ben lo miró pero no dijo nada, y Alex se alegró de haberle dejado sin habla—. Me refiero a que es lo mismo que si dijeras «vengo de algún lugar de la tierra».

Ben seguía mirándolo.

—Si quiero que sepas más —dijo—, ya te lo diré.

—Ya, pues esperaré sentado...

—Es lo más inteligente que has dicho desde que he llegado.

Alex apartó la vista, cabreado. Con Ben por ser tan gilipollas y todavía más consigo mismo por haberlo llamado. Dios, ¿tan desesperado estaba?

Desgraciadamente, así era.

Después de cenar, subieron a la habitación de Alex. Éste advirtió que su hermano caminaba de forma rara. Se movía despacio, tomándose su tiempo, y no dejaba de mover la cabeza adelante y atrás. Y dejaba un amplio margen cuando doblaban las esquinas, a fin de darse más tiempo y espacio para ver lo que había al otro lado de ellas. No había nada ostentoso en todo ello; de hecho, resultaba sutil, y Alex reconoció que no habría notado nada si Ben no le hubiera dicho que se documentara al respecto.

Alex abrió la puerta y entró primero. Ben se quedó rezagado y, por un momento, Alex se sintió un poco desconcertado ante la deferencia de esperar. Pero luego entró y se puso a examinar toda la habitación, el armario, el lavabo, debajo de la cama, y Alex comprendió que la espera había sido sólo una táctica, una forma de dejar que Alex, caso de que hubiera algún problema dentro, fuera el primero en enfrentarse a él. Y antes de que Alex tuviera la ocasión de digerir lo que significaba todo aquello, Ben había vuelto a adoptar su actitud habitual. Como si fuera Alex el visitante, y no él, se dejó caer sobre una elegante butaca tapizada desde la que se veía la carretera 101.

—Bien —empezó a decir—, ¿ha pasado algo más?

Alex se tragó la confusión y la rabia, y apartó la silla del escritorio para sentarse y quedar así uno frente al otro.

—No.

—¿Cómo te sientes?

—¿Qué quieres decir?

Ben se encogió de hombros.

—Un intruso que entra en casa, en plena noche... aunque sea algo fortuito, resulta inquietante.

—Pues sí, estoy preocupado.

Hubo un momento de silencio. Fue Ben quien lo rompió.

—Tuviste una gran presencia de ánimo, eso de improvisar un arma.

Alex hizo un gesto de asentimiento con la cabeza al tiempo que lo miraba.

—Mañana, me gustaría ver la casa e ir a tu despacho. Ahora...

—¿No habías dicho que me mantuviera alejado de los lugares habituales?

—Y así tiene que ser. Mañana yo estaré contigo, es diferente. Ahora quiero que me cuentes más sobre esa tecnología. ¿Obsidian, se llama?

Alex se lo contó. Cuando terminó, Ben dijo:

—Me pregunto, ¿por qué la persona interesada no se ha limitado a comprar esa cosa? ¿Por qué esa persona iba a matar al inventor, al perito de patentes y al abogado que se ocupa de la solicitud de esa patente?

—Porque... no quiere que nadie conozca siquiera Obsidian.

—Por lo que me has contado —observó Ben tras lanzar un bostezo—, eso parece.

—Aún así, sigue sin tener sentido. No es algo de doble uso, que tenga un uso nuclear, o algo así. Es un algoritmo de seguridad. Sólo una forma mejorada de proteger la red. Es como si alguien intentara matar a alguien por inventar, no sé, una cerradura mejor.

—Bien, ¿y quién está en contra de las cerraduras mejores?

Alex pensó un momento, luego contestó:

—Los ladrones.

—Ahí está. Quizá nos las tenemos que ver con alguien que ahora puede entrar en las casas fácilmente. No quiere cerraduras mejores. O quiere ser el único propietario de una cerradura tan buena como ésta, y los ladrones dejarán de ser su problema. O quizá hay un uso que tú no conoces, algo que ha descubierto otra persona.

—¿Entonces tú crees que puede ser algo así?

Ben empezó a hacer ejercicios con la cabeza, y acabaron crujiéndole las articulaciones del cuello.

—Quizá sí, quizá no. Parece que el inventor traficaba con heroína. Eso es una profesión de alto riesgo. El perito de patentes tenía una insuficiencia cardíaca...

—Ya, pero ¿se puede fingir algo así? Quiero decir, que alguien lo matara y lo hiciera parecer un ataque al corazón.

—Estas cosas son más fáciles de hacer en las películas que en la vida real. Según parece, una vez hubo un tipo, japonés o medio japonés, que lo podía lograr de forma fiable, pero yo pienso que es un mito. De todas formas, dicen que se ha retirado.

—¿Y si no fuera así? Pongamos por caso que el perito fuera asesinado, pongamos por caso que quien entró en casa lo hizo con la intención de matarme.

—De acuerdo, pongamos por caso. El tipo de las patentes fue asesinado. Pero el tipo que entró en casa no lo hizo para matarte.

—¿Qué quieres decir? ¿Para qué...?

—Se me ocurren varias razones, pero la de matarte, por lo menos en aquel momento, no está entre ellas.

—Me estoy perdiendo.

—Alex, sabe dónde vives. Si sabe dónde vives, sabe dónde trabajas. Tú vas temprano al trabajo, ¿verdad?

—¿Por qué piensas eso?

—No me hace falta ser tu hermano para saber que eres el tipo de persona que entra pronto a trabajar. ¿El aparcamiento está casi vacío cuando llegas?

—Por regla general, sí, supongo.

—Pues ya lo tenemos. Te espera en el desierto aparcamiento del despacho, un disparo en la cabeza, y a echar a correr.

—¡Jesús!

—Con un blanco tan fácil como tú... si alguien hubiera querido matarte, habrías muerto ya una docena de veces. Entrar en tu casa supondría un riesgo innecesario, y además complicado.

—¿Por qué, entonces?

—Soledad —contestó Ben conforme se encogía de hombros—. Para interrogarte.

—¿Torturarme, quieres decir?

—Llámalo como quieras. Has dicho que tu coche estaba en el camino de acceso, por consiguiente él sabía que estabas en casa. Te quería tener en un entorno controlado y privado donde pudiera tomarse su tiempo. Una vez hecho, seguramente te habría matado.

—¿Así, sin más?

Alex pretendía que su pregunta fuera sarcástica, una respuesta indolente para ocultar su desasosiego. Pero vio que la mirada de su hermano iba hacia arriba y a la izquierda, un gesto evidente de que estaba reflexionando, y muy en serio.

—Así, sin más, no. Sin duda te hubiera obligado a que lo llevaras a algún sitio donde pudiera hacerlo y deshacerse de tu cuerpo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Nadie habría podido relacionar todos los elementos de la historia. Después, yo habría llevado el coche hasta alguna estación de tren o autobús. Colocado tal vez algunas señales de heroína. Puesto alguna que otra pista. La historia entonces se convierte en «Abogado metido en asuntos de drogas se asusta cuando la policía le

interroga sobre la muerte de su diente, también un traficante de droga. Desaparece porque teme ser descubierto, o ser el siguiente objetivo». Sí, no carecería de sentido. La policía tiene mucho trabajo, no iban a profundizar más allá, y menos sin cadáver.

—¿Cómo te desharías del cuerpo?

—Mejor que no te lo cuente.

Alex se imaginaba muerto, y un tipo sin rostro que se inclinaba sobre él con un hacha en ristre; o envuelto en una bolsa de plástico arrojado a un pozo; o colgado de unas cadenas y arrojado a unas aguas frías y turbias, mientras, a causa de la presión increíble, la luz del mundo iba desapareciendo encima de él...

—¿Cómo sabes estas cosas? —quiso saber—. Me refiero a que eres un verdadero experto, ¿verdad?

Ben se puso en pie y se acercó a la ventana. Se quedó allí, mirando el silencioso tráfico abajo. Al cabo de un momento, dijo:

—Empecemos por quién conocía el invento. ¿Era de conocimiento público?

Alex notó que un escalofrío recorría su espalda.

—No —dijo, al cabo de un momento—. La solicitud de patente es secreta por espacio de dieciocho meses, y luego, si no hay objeción, se publica.

—¿Y como estabais dentro de los dieciocho meses, la solicitud era secreta?

—Exacto. La presentamos hace un año.

—Pero había gente que estaba enterada del asunto. ¿Quién?

—Mucha gente. Los de la OPM, para empezar.

—¿Quién?

—La Oficina de Patentes y Marcas. También algunas personas del bufete. Y los inversores y los capitalistas de riesgo que contacté para que participaran. Y... supongo que cualquiera a quien Hilzoy se lo hubiera contado.

Ben se dirigió al otro extremo de la ventana.

—Tres objetivos: tú, el inventor y el perito. Mucha gente podía conocer a alguno de vosotros y vuestra conexión con el invento. Pero había alguien que os conocía a los tres. Aquí tenemos un cuello de botella. ¿Quién podía conocer al tipo de las patentes?

—En realidad, nadie. Esta patente ni siquiera había sido asignada a su grupo, yo lo conocía de la universidad. Me ayudaba extraoficialmente, me informaba sobre el progreso de la solicitud, esas cosas.

—¿Su nombre no aparece entonces en ninguna documentación?

—No, en absoluto. Sólo algunas llamadas y correos electrónicos extraoficiales.

—Pues alguien sabía que estaba implicado.

—¿Cómo?

—No lo sé. Podría ser algo tan simple como un pinchazo en tu teléfono o un micrófono en tu despacho. O en el suyo.

Permanecieron en silencio un momento.

—Necesito dormir un poco —dijo por fin Ben al tiempo que bostezaba—.

Mañana seguiremos con las elucubraciones.

Alex se sintió violento. No quería que Ben pagara por una habitación. Ya se había pagado el billete de avión.

—¿Tienes habitación aquí? O...

—Dormiré en el sofá, ¿de acuerdo?

Uno de los juegucitos de Ben. Actuar como si estuviera ofendido, siempre con cuidado de no aceptar nada que pudiera salirse de lo normal.

—Que duermas bien entonces —dijo Alex—. Has hecho un viaje muy largo, ¿no? Desde donde sea.

16 - Karma sincronizado

Cuando Alex se despertó a la mañana siguiente lo primero que oyó fue el ruido de la ducha. Se sentó y miró el reloj que había sobre la mesilla de noche. Las seis y media. Parecía que iban a madrugar. Le sorprendió no haber oído a Ben levantarse. Por regla general tenía el sueño ligero.

Se dirigió en calzoncillos al cuarto de baño y trató de abrir la puerta. Estaba echado el cerrojo. Joder, tenía que hacer pipí. Llamó.

—¡Ben, date prisa!

Le sorprendió de repente lo extraño de la situación. Cuando eran pequeños siempre habían compartido cuarto de baño, a menudo objeto de disputa, y ahora volvían a hacerlo.

Descorrió las cortinas y miró fuera. El sol estaba saliendo y por el cielo se deslizaban unas largas nubes de color rosado. Permaneció un momento observando, al tiempo que se frotaba los hombros desnudos. Se sentía desorientado. Debería estar en su casa, preparándose para ir a trabajar. La *necesidad* de ir al despacho, de volver a su vida era imperiosa.

Dejó de oírse la ducha. Alex se volvió y pasó por delante del sofá para dirigirse al baño. La bolsa de Ben estaba abierta. Alex vio ropa, un libro en rústica...

¿Eso era una pistola?

Miró más detenidamente. Era una pistola, pequeña y negra. ¡Jesucristo! ¿Ben tenía un arma? ¿Y la llevaba encima?

Se abrió la puerta del baño y salió Ben, con una toalla enrollada a la cintura y un bulto de ropa bajo el brazo.

—Todo tuyo —dijo.

—¿Tienes una pistola?

—Pues claro —replicó Ben según pasaba por delante de su hermano sin apenas mirarlo.

—¿Y la llevas encima?

—¿Dónde quieres que la lleve si no?

¡Dios santo! Parecía aquel tipo que, a la pregunta de *¿Por qué robas bancos?* contesta *Porque es ahí donde está el dinero*.

—Me refiero a que... —empezó Alex, luego se lo pensó mejor—: ya verás. Si se supone que la tienes que llevar encima, ¿por qué no te la has llevado al cuarto de baño?

Ben dejó caer la ropa que llevaba bajo el brazo sobre el sofá y, a modo de truco de magia, se quedó blandiendo otra pistola, ésta mayor que la que había visto Alex un momento antes.

—La otra es de reserva —explicó—. La llevo en los riñones. Normalmente no me

llevo las dos al baño.

—¿Puedes viajar con ellas? ¿En los aviones?

—A veces. Cuando no puedo, hago que me las lleven adonde voy.

Alex tenía ganas de preguntar más, *cómo que te las lleven, y quién*, pero decidió no hacerlo. No podía asimilar la idea de que su hermano llevase un arma. ¡Y no hablemos de dos! Claro que, en teoría, tenía sentido. Ben era una especie de soldado secreto. Pero aún así.

Hizo uso del retrete, se lavó los dientes, se duchó y se vistió. Ben se detuvo justo antes de abrir la puerta del cuarto.

—Te explico lo que quiero que hagamos. Le das al portero este resguardo y le dices que te acerque mi coche de alquiler. Yo voy a dar una vuelta por donde está tu coche y a echar un vistazo por los sitios donde yo esperaría si quisiera tenderte una trampa. Si hay alguien esperando y él o ellos no me dan buena espina, tal vez convenza a uno de ellos para que venga a dar una vuelta con nosotros.

—¿Convencerlos?

—¿Te tengo que hacer un dibujo, Alex? Tú lleva el coche de alquiler hasta allí. Si estoy solo, recógeme. En caso contrario, abres el maletero desde dentro. Si le haces a la persona adecuada la pregunta adecuada de la forma adecuada, descubrirás de dónde vienen tus problemas, y por qué. ¿No es eso lo que quieres?

—Sí, pero...

—Pero ¿qué?

—Escucha, no quiero verme metido en...

—Ya estás metido en ello. Y lo que quieres es salir.

—¿Qué estás diciendo? ¿Pretendes ayudarme... secuestrando a un tipo? ¿En el aparcamiento del hotel Four Seasons de Palo Alto?

—No, ¿qué estás diciendo tú? ¿Esperas que te haga el trabajo sucio? ¿Es eso?

—Yo no...

No prosiguió, no sabía qué decir. Todo estaba sucediendo tan deprisa. ¿Ben estaba realmente proponiendo que raptaran a alguien?

—Eres igualito que los políticos, Alex —prosiguió Ben riéndose—. Quieres que se haga una cosa, pero no quieres que se haga bien. ¿Crees que puedes coger un cagarro por el extremo limpio? No funciona así.

—Esto no es lo que yo...

—Sí, sí lo es. Estoy harto de los liberales que jamás han visto un arma, por no decir usado una bajo la presión de la adrenalina, que crucifican a los polis por no limitarse a disparar sobre la mano del malo que empuña el puñal. Que juzgan a los soldados que le meten a Ahmed una bala extra cuando ya se ha desplomado, sin ni siquiera ocurrírseles pensar que ha sido esa bala de más lo que ha evitado que el cabrón detone el chaleco explosivo. Si queréis podéis vivir en este mundo de fantasía, pero ¿qué te parece un poco de gratitud para la gente que lo hace por ti? ¿Quién hace todo el trabajo sucio para que podáis fingir que estáis limpios?

—¿Qué quieres, una flamante medalla de oro? —espetó Alex, en un tono más alto de lo que había pretendido—. Tú te ofreciste para hacer lo que haces, ¿no es así? ¿Acaso no te pagan un sueldo? Por supuesto yo estoy contento de que haya gente que se aliste en el ejército para no tener que hacerlo yo, pero podría decir lo mismo con respecto a los mineros de carbón. ¿Por qué merecéis vosotros una dispensa especial?

—Pero tú no les dices a los mineros cómo deben extraer el carbón —replicó Ben tras sacudir la cabeza—. No les dices que lo hagan sin que se les meta carbón bajo las uñas. Entonces, ¿cómo sabes tantísimo de mi trabajo? Ya tengo que aguantar esa mierda en la CNN continuamente y no pienso aguantarlo de ti.

Se quedaron un momento mirándose. A Alex se le ocurrieron algunas réplicas, pero todas le sonaban infantiles y, además, ¿para qué?

Ben consultó su reloj, y el gesto recordó el de alguien que estuviera deseando estar en otro lugar.

—Ahora voy a ir caminando hasta tu coche —empezó a decir—, por si hubiera alguien esperándote para matarte. También comprobaré el vestíbulo. Espera un minuto antes de salir tú, para que no nos vean juntos. —Acto seguido entregó a Alex el resguardo para el portero, echó un vistazo por la mirilla y salió.

Alex esperó un momento durante el cual tuvo que reprimir el deseo de romper algo, luego salió. Bajó al vestíbulo en el ascensor y, al salir, miró en torno a él con cautela. Estaba vacío. ¡Cielos! ¿Es así como iba a ser a partir de entonces? Siempre preguntándose si aquel tipo detrás del diario en un vestíbulo estaba allí para acabar con él. No le cabía en la cabeza vivir de aquella forma.

Le dio el resguardo al portero. El hombre se alejó para regresar al cabo de diez minutos con un Taunus gris. *Aspecto anónimo*, pensó Alex. *Así vive Ben*.

Se subió en el coche y dobló la esquina. Ben estaba solo cerca del M3. Alex se detuvo para que su hermano subiera.

—Llévame a tu despacho —ordenó Ben—. Toma hacia el sur por Page Mill, para no hacer el camino que sueles hacer desde casa.

Alex estuvo a punto de preguntarle cómo sabía dónde estaba su despacho, pero recordó: había estado indagando en la web. Y además conocía el terreno. También él había nacido y crecido allí.

Circularon en silencio. Cuando llegaron al aparcamiento de Sullivan, Greenwald, Ben dijo:

—Pasa por donde sueles aparcar pero no te pares. A ver qué vemos.

Alex obedeció. Eran poco más de las siete, y no había muchos coches.

—¿Ves aquél de allí? —preguntó Ben—. El Jaguar. ¿Ves que el techo y las ventanas están cubiertas de rocío? Lleva ahí toda la noche. Nadie podría ver nada desde dentro. Para nosotros significa seguridad.

—Parece lógico.

—Lo que estamos buscando es un coche que haya sido utilizado esta mañana. Y lo más obvio, uno que esté en marcha para que sus ocupantes no tengan frío y que las

ventanillas no se empañen. Pero no veo nada semejante.

—Pero la mayoría de estos coches no están cubiertos de rocío.

—Exacto. Sus dueños, madrugadores como tú, han venido con ellos a trabajar. Lo importante es que no hay nadie dentro. Hasta ahora, todo bien. Ahora rodea el edificio un par de veces más para que yo pueda ver el perímetro, luego aparca donde no suelas hacerlo, y entremos por donde no lo hagas normalmente.

Después de aparcar, entraron en el edificio. Ben se movía con cautela, como lo había hecho en el hotel. Se iba parando y mirando alrededor como si estuviera estudiando algo.

—Tarjetas de acceso —observó, y Alex no supo si se dirigía a él o hablaba solo—. Esto es un obstáculo. Además, si uno no trabaja aquí, ¿dónde meterse? Como la gente va y viene, se corre el riesgo de ser descubierto tanto por la mañana temprano como por la tarde, y por consiguiente no se puede controlar el entorno. Así pues, el aparcamiento es el mejor sitio para esperar. Hay muchísima gente que llega y se marcha, es cierto, pero por regla general el objetivo resuelve ese problema al aparcar siempre en el mismo sitio. Sí, no cabe duda, yo optaría por el aparcamiento.

Subieron un tramo de escaleras en el edificio Estrella de la Muerte.

—No digas nada cuando lleguemos a tu despacho hasta que yo te diga que no hay peligro.

—¿Peligro de...?

—Tú límitate a no abrir la boca.

Recorrieron el largo pasillo enmoquetado de verde. Había luz en el despacho de Osborne y, cuando pasaron por delante, Alex miró adentro. ¡Maldita sea! Osborne estaba allí, y levantó la vista al oír los pasos.

—¡Alex! —llamó Osborne—. No esperaba verte. ¿Cómo te encuentras?

—Oh, mejor —contestó Alex—. ¿Qué haces aquí tan temprano? ¿Ya has vuelto de Tailandia?

—Siempre llego temprano —replicó Osborne para luego hacer un gesto en dirección a Ben—. ¿Y él es...?

—Mi hermano, Ben.

Osborne se puso en pie y se acercó a ellos caminando despacio con sus botas de vaquero.

—No sabía que Alex tuviera un hermano —dijo conforme alargaba la mano.

Ben esperó más de un segundo para estrechársela.

—No vengo mucho por California últimamente —dijo.

—¿No? ¿Dónde vives?

—Trabajo de voluntario en las misiones de África.

Osborne parecía sorprendido. Alex pensó: *¿Qué demonios?*

—África —observó Osborne—. Hmm.

—Sí, proporcionamos comida, ropa, cobijo, nuevas fuentes de agua limpia, medicina, atención pastoral, educación...

Osborne parecía más atónito de lo que Alex lo había visto nunca.

—¡Caramba! —exclamó.

—Bienaventurados sean los niños... —prosiguió Ben sonriendo—, para ellos será el Reino de los Cielos. Mateo 19.14. ¿Estás de acuerdo?

—No hay nada más importante que los niños —dijo Osborne—. Bien, no os entretengo más. —Les dedicó una sonrisa forzada y regresó a su escritorio.

Alex y Ben prosiguieron pasillo abajo, el primero echando chispas. ¿Qué demonios era todo eso? Osborne iba a pensar que tenía una especie de pirado religioso por hermano. Tenía ganas de decir algo, pero ya estaban llegando a su despacho y su hermano le había dicho que no hablara.

Entraron. Ben se llevó un dedo a los labios, luego señaló la puerta y giró la mano como si estuviera dando vueltas a una llave. De acuerdo. Alex cerró la puerta y echó la llave. Ben dejó su bolsa sobre el escritorio y sacó algo que parecía una radio. Le conectó una varita unida a un cable y se puso a caminar por todo el despacho al tiempo que apuntaba la varita aquí y allá. Alex comprendió: *Joder, está comprobando si hay micrófonos.*

Al cabo de unos minutos, Ben volvió su atención al teléfono de Alex. Examinó el auricular, la línea y el propio aparato.

Ben dejó el detector sobre el escritorio. Se quedó mirando por la ventana un momento, luego bajó las persianas.

—Tu despacho está limpio —declaró.

Alex advirtió que la luz roja indicadora de la unidad estaba todavía encendida.

—¿La dejas encendida? —preguntó Alex.

—Por si hubiera un micrófono que hubiera estado apagado mientras yo hacía la comprobación, y que han conectado luego.

—¿Piensas de verdad que alguien haya podido poner micrófonos en mi despacho?

—Recuerda que estamos haciendo cosas por si acaso —explicó Ben encogiéndose de hombros.

—¿Llevas este equipo siempre contigo?

—¿Adónde quieres ir a parar?

—No sé... —murmuró Alex conforme sacudía la cabeza—, no sé cómo puedes vivir así.

—Estaría muerto si no lo hiciera.

—Supongo que debe de ser agotador.

—Te lo parece a ti porque no sabes qué buscar. No tienes motivos en tu vida normal.

—¿Qué estabas mirando por la ventana?

—Un sitio donde se pudiera instalar un láser para leer las conversaciones a través del cristal de la ventana.

—¡No hablarás en serio! ¿Se puede realmente hacer una cosa así?

—No es fácil, pero se puede hacer. No cuesta nada evitar riesgos.

Alex se sentó en su sillón, contento de que Ben no se le hubiera adelantado. De no haber estado jugando con su equipo, sin duda ya lo habría hecho.

—¿Por qué le has contado a Osborne todo ese cuento de que eres misionero?

Ben se echó a reír con una risa carente de alegría y tomó asiento en una de las sillas al otro lado del escritorio.

—No me ha gustado el olor de ese tipo. No me apetecía hablar con él. Es tu jefe, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé.

—Sí, y una razón de peso para que no crea que mi hermano es un fanático.

—Era lo mejor que podía decirle para cortar la conversación. Los peces gordos que se pasan el día cobrando quinientos dólares la hora para mover papeles de un lado al otro no les gusta la gente que trabaja en obras benéficas. Les hace sentir que sus vidas son superficiales.

—¿Crees que mi vida es superficial?

Ben se quedó contemplando la oficina a su alrededor.

—Has estado fuera un par de días, ¿no? ¿Te parece que hay algo fuera de lugar?

Alex no iba a dejar que fingiese que no lo había oído.

—Te he preguntado si crees que mi vida es superficial.

Hubo una pausa.

—Da igual lo que yo piense —comentó luego Ben.

—No, yo lo quiero saber.

—No estoy seguro, Alex. Sigues viviendo en la misma casa, trabajas en una oficina que está a menos de diez kilómetros de distancia, hiciste todos tus estudios universitarios en el mismo sitio, aquí... Me pregunto si has hecho alguna vez algo diferente. ¿Has corrido algún riesgo alguna vez?

Alex notó que le ardían las orejas.

—¿Y qué? Stanford era lo mejor. ¿Y sabes cuánto pagas de plusvalía en California cuando vendes una casa? —Conforme lo iba diciendo ya sonaba lamentable. Pero al cuerno con Ben, la vida no consistía sólo en correr riesgos—. Te crees un gran temerario —añadió—. Pero ¿quieres saber lo que pienso?

—La verdad, no —contestó Ben tras apartar la vista con gesto aburrido.

—Fallaste en el instituto, abandonaste la universidad y aquí en el Valley no habrías podido abrirte camino. Fuiste a parar al único sitio donde parece que sirves y desde entonces has hecho de la necesidad una virtud. No ejerces tu profesión porque sea respetable e importante. Lo haces porque no sabes hacer otra cosa.

Ben desenvolvió un chicle y se lo metió en la boca. Le alargó el paquete a su hermano. Este tuvo ganas de tirárselo de la mano.

—¿Ves aquí algo fuera de lugar?

Alex se lo quedó mirando un momento, luego decidió dejarlo estar.

—Déjame ver —dijo.

Lo advirtió apenas empezó a mirar. Sobre la mesita auxiliar tenía ocho montones de documentos dentro de sus respectivas carpetas. Ahora faltaba uno. El de Hilzoy.

—¡No puede ser! —exclamó.

Acto seguido se puso a rebuscar entre las pilas, sólo para confirmar lo que ya sabía. Daba toda la sensación de que la carpeta de Hilzoy había... desaparecido.

—¿Qué pasa? —quiso saber Ben.

—El expediente de Hilzoy. Obsidian. No está.

—¿Estás seguro?

—Estaba aquí sobre esta mesa. Es donde pongo todos los asuntos en curso. — Revisó el archivador—. Nada, no está.

Se sentó y llamó a Osborne.

—Oye, David, ¿te has llevado por casualidad una carpeta de mi despacho?

—¿Por qué, falta algo?

—David, ¿podrías hacer el favor de contestar directamente y dejarte de circunloquios?

Lo estaba diciendo y no se lo creía. Incluso Ben le estaba mirando con expresión sorprendida. Hubo una pausa.

—No, no he tocado ninguna carpeta de tu despacho —acabó contestando Osborne, y colgó.

—Yo de ti no me preocuparía de que pensara que tienes un hermano pirado — comentó Ben—. Parece que tú solito te bastas y te sobras para mandarlo todo a la mierda.

Alex no contestó. Le había sentado bien hablarle tan bruscamente a Osborne. También había esperado impresionar a Ben... salvo que éste ahora le estaba criticando, o burlándose de él. Vale, no importaba. Tenía motivos para estar irritado. Y ya se estaba hartando de comer mierda.

—¿Hay alguien más que hubiera podido llevarse la carpeta? —quiso saber Ben.

—Bien, está Alisa, mi secretaria, pero cuando se lleva algo lo vuelve a dejar en su sitio antes de marcharse.

—¿Por qué no echas una ojeada a su mesa para asegurarte?

Alex se levantó y fue a ver. Ningún documento sobre la mesa. Regresó, se sentó y empezó a mover la cabeza.

—¿Alguien más? —volvió a preguntar Ben.

—Sarah, supongo —contestó Alex tras reflexionar un momento—. Es la pasante que me estaba ayudando en este asunto. Pero ella no se habría llevado algo de mi despacho. O si lo hubiera hecho, me habría dejado una nota o un mensaje, o algo así.

—Compruébalo de todas formas.

Alex llamó a Sarah a su teléfono móvil.

—Hola —dijo—. Perdona que te moleste tan temprano.

—No pasa nada. Estoy entrando en el aparcamiento. ¿Qué pasa?

Había pocos empleados que llegaran a la oficina más pronto que Sarah. Alex era

uno de ellos.

—No encuentro una de mis carpetas de Hilzoy. ¿Tú te has llevado algo?

—Claro que no. Te lo habría dicho de haberlo hecho.

—Sí, ya me lo imaginaba, sólo quería estar seguro. Gracias.

Apagó y movió la cabeza en dirección a Ben.

—¿Seguimos haciéndolo todo por si acaso...? —sugirió este último.

Alex tragó saliva. Primero su casa, luego su despacho... ¿qué significaba todo aquello?

—No —contestó—. Aquí está pasando algo.

—¿Qué habrán conseguido llevándose esa carpeta?

—Nada —contestó Alex al cabo de un momento—. Tenemos los archivos cronológicos, están las copias de seguridad... y además, seguramente podré imprimir mucho de lo que falta de la correspondencia por correo electrónico, si llegase el caso.

—¿Has comprobado tu correo?

Alex encendió el ordenador y repasó la correspondencia.

—¡Dios santo! —exclamó—. Ha desaparecido todo. Todos mis archivos sobre el código fuente de Obsidian.

Salió para comprobar el archivo cronológico. No pudo encontrarlo. Volvió a mirar, cruzó las referencias. Nada. Obsidian había desaparecido.

Volvió a su despacho.

—Alguien se lo ha llevado todo —informó a su hermano—. Todo. No queda nada.

—¿Y la copia de seguridad?

—Eso no sé cómo comprobarlo. Tendré que preguntárselo a alguien de informática, cuando lleguen.

—Créeme, la copia de seguridad también ha desaparecido —afirmó Ben.

—¿Cómo lo sabes?

—Alguien ha estado aquí las últimas noches y ha llevado a cabo un trabajo muy profesional. Han hecho bien los deberes. Han sabido borrar los archivos de tu ordenador, los cronológicos y la correspondencia del correo electrónico. ¿Tú crees que habrán descuidado algo tan obvio como una copia de seguridad?

Alex seguía sentado en silencio, no daba crédito a lo que estaba pasando. No tenía ni idea de lo que debía hacer.

—Pues aquí está la pregunta —empezó a decir Ben mirándole—. ¿Por qué te estás librando tú?

—¿A qué te refieres?

—Han matado a dos personas, una en cada punta del país. Una, aparentemente, mediante un sofisticado sistema para que pareciese un ataque cardíaco. Habrán tenido montones de ocasiones para matarte. ¿Por qué no lo han hecho?

—¡No sabes lo que daría por saberlo!

—Creo que han cometido un error —dijo Ben al tiempo que tamborileaba con los

dedos sobre el muslo.

—¿Qué quieres decir?

—La perfección es el enemigo de lo bueno. Y ellos han intentado ser perfectos.

—¡Eh, Ben! ¿De qué estás hablando?

—Hay alguien que quiere ese invento. No, no es la forma correcta de exponerlo. No quieren que nadie más lo tenga, y por consiguiente no quieren que nadie más lo conozca. Ahora ponte en su lugar. Tu objetivo es hacer desaparecer el invento. ¿Qué harías?

—Pues, no se puede, es demasiado...

—Si no tuvieras más remedio que hacerlo. ¿Qué es lo primero que harías?

—El inventor —contestó Alex tras un momento de reflexión.

—Exacto. En la secuencia que tenemos entre manos, ¿quién fue el primero en morir?

—El inventor.

—¿Qué sería lo siguiente?

—Supongo que dudaría entre la oficina de patentes y el abogado que ha solicitado la patente.

—Se cargaron al tipo de las patentes antes que a ti. Quizá fueron a hablar con él antes de matarlo. También querían hablar contigo.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó Alex.

—Pero tú te largaste —prosiguió Ben sin hacerle caso—. Te estaban vigilando y, de pronto, no apareces ni por el trabajo ni por tu casa. ¿A qué conclusión llegan? Que has estado atando cabos. Y cuando comprenden esto, cambian las prioridades. ¿Qué habrías hecho en su lugar?

—No sé... los papeles supongo. El expediente.

—Ya lo tienes.

—Pero ¿qué van a conseguir? Ahora las solicitudes de patentes son electrónicas, toda la fórmula está en un sistema de recuperación de la información de las solicitudes llamado PAIR de la Oficina de Patentes y Marcas. Para acceder a él, hace falta un certificado digital y una contraseña. Me refiero a que es...

—Pruébalo.

Alex abrió la página web de PAIR, e introdujo el número de la solicitud. No había nada con aquel número.

—¿Qué demonios pasa? —se preguntó.

—¿No está?

Alex volvió a probar, en esta ocasión mediante el número de expediente, y luego con el número de cliente. Nada. Miró a Ben y movió la cabeza en silencio.

—¿Lo ves? —dijo Ben—. Iban a por las personas antes de ir a por los documentos. Como tú interrumpiste la secuencia de su operación, cambiaron las prioridades. Y el hecho de que fueran capaces de eliminar la documentación demuestra que estaban preparados para ello; aunque, de haber sido posible, hubieran

preferido eliminarte primero a ti. ¿Lo pescas? Es como poner orden en un cuarto que está hecho un asco, si hay tantos obstáculos que no puedes llegar a uno de los extremos, te ocupas de un lado para llegar al fondo más tarde.

—Esa chica, Sarah —prosiguió—. Has dicho que te ayudaba en el caso.

—Mierda, sí. No creerás...

—¿Se la menciona en la solicitud de patente? ¿Se puede saber de alguna otra manera que ella estaba involucrada?

—Sí, a las dos preguntas.

—¿Aparece un abogado responsable o algo parecido en una solicitud de patente?

—Sí, y ése sería yo.

—Bien, si saben que ella es una pasante, significa que como objetivo es secundario.

—Quieres decir...

—Todos los elementos de una operación conllevan posibles repercusiones, cosas que pueden salir mal y abortar la operación. Por eso se empieza con los objetivos más críticos. Como has dicho antes, primero el inventor, luego el perito, luego tú. No es hasta que se han eliminado los objetivos primarios que uno se arriesga a tener complicaciones atacando a la pasante que ha ayudado a solicitar la patente. ¿Comprendes?

—Sí. Piensas que ella está ahora en peligro.

—Lo estaría si yo fuese ellos.

—Pues tenemos que avisarla.

—¿«Tenemos», hombre blanco?

—Yo no entiendo de todo esto. Parecerá que he perdido el juicio. No me escuchará. Es... tozuda.

—Eso es cosa suya.

—Joder, por lo menos ayúdame a hablar con ella. ¿Cómo te sentirás si le pasa algo?

—No sentiré nada ni en un caso ni en el otro. No es mi problema.

Alex no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¡Uau! ¿Cómo te has vuelto tan frío?

—¿Has dado dinero para beneficencia últimamente, hermano?

—¿Qué tiene eso que ver...?

—¿Conoces el Tren de las Sonrisas, para niños con labio leporino? ¿No más Malaria? ¿*Care.org* para la desnutrición infantil? ¿Y qué me dices de *SaveDarfur.org*? Con sólo unos pocos dólares al día, Alex, menos de lo que te gastas en cafés cada día, podrías salvar cientos de vidas.

—No es lo mismo.

—En eso tienes razón. Porque lo que me estás pidiendo implica un posible peligro para mí. Lo que tú te niegas a hacer con tus propias manos ni siquiera te causaría molestias.

—¿Cómo sabes tanto sobre esas organizaciones?

—Me las aprendo para poner de relieve la hipocresía cuando encuentro a gente como tú.

Alex comprendió que estaba a punto de enterarse de algo y no iba a dejarlo escapar.

—Les das dinero, ¿verdad?

—¿Y qué si lo hago?

—¿Por qué? ¿Para compensar otras cosas que haces? ¿Para reajustar las cuentas cósmicas?

—Pareces un niño pequeño que intenta comprender la vida adulta —observó Ben riéndose—. Pero vuelve a tus juguetes y deja la carga de la vida real a los mayores.

—Ya me gustaría poder hacerlo, Ben, salvo que a uno de esos mayores se le ha metido en la cabeza acabar conmigo. Pero, es verdad, no es tu problema. Perdona que te haya molestado.

—Así es, no es mi problema. No eres más que otra de mis obras de beneficencia.

Alex, atónito, se lo quedó mirando. Sin embargo lo realmente asombroso era que, después de todo el tiempo transcurrido, siguiera asombrándole su crueldad. ¿Y por qué iba a cambiar? ¿Cuándo había movido Ben un dedo por alguien?

—Déjame ver si lo he comprendido. Das dinero a organizaciones benéficas en beneficio de personas lejanas que jamás conocerás o tocarás. Pero cuando alguien frente a ti necesita tu ayuda, te importa un bledo. ¿Es así como funciona?

Se miraron un buen rato. *¡Al cuerno con todo eso!*, pensó Alex para luego levantar el auricular y marcar la extensión de Sarah.

—Sarah, ¿puedes venir a mi despacho cuanto antes?

—Es extraño, no encuentro...

—Ven enseguida. Hablaremos de eso. —Colgó y miró a Ben—. Ahora viene. Y si te importa un bledo siquiera hablar con ella, mejor que te vayas ahora; a menos que quieras primero usar mi ordenador para hacer una donación a una de esas organizaciones que tanto te gustan. Ya sabes... así tu *karma* seguirá sincronizado.

Ben no replicó. Miraba a Alex y mascaba el chicle, al tiempo que se le iban hinchando los músculos de las mejillas.

17 - Te lo dije

Era extrañísimo. Como Alex le había preguntado por la carpeta de Hilzoy, a Sarah se le ocurrió comprobar también la suya. Y había desaparecido. Estaba a punto de llamarle cuando él se le adelantó.

Tomó la taza de café y se dirigió al despacho de Alex. Dio unos golpecitos en la puerta y se dispuso a entrar. Estaba cerrada. Qué raro, sobre todo porque Alex acababa de decirle que fuera.

—¡Está cerrado! —gritó.

—Perdona —replicó Alex desde dentro.

Al cabo de un segundo abrió la puerta. Sarah entró y, según él cerraba la puerta detrás de ella, advirtió la presencia de un hombre apoyado contra la pared.

—¡Oh! —exclamó sobresaltándose.

El hombre parecía una versión más alta y fuerte de Alex. El mismo cabello rubio, los mismos atractivos ojos verdes. Mascaba chicle y la miraba. Y algo en su aspecto resultaba inquietante, y la hizo sentir incómoda.

—Sarah, te presento a mi hermano, Ben —dijo Alex—. Alex, ella es Sarah Hosseini.

Su hermano. Claro, habría debido adivinarlo de inmediato dado el gran parecido. Pero ¿por qué la miraba de aquella manera? Parecía que la estuviera... evaluando. Pero no, sexualmente no, pensó. Su mirada carecía de pasión para que fuera así. Controlada en exceso.

—¿Hosseini? —comentó Ben conforme levantaba las cejas.

—Pues sí —replicó Sarah mirándole directamente, y sin haberle gustado el tono empleado por él. Sonaba a complicidad... incluso a acusación.

—*Famileh shoma az shomaleh iran hastand? Man ye zamani yek khanevadeh hosseini mi shenakhtam ke az mashhad bodand.*

La sorpresa de ella fue mayúscula. Acababa de preguntarle en perfecto persa si su familia procedía de Masshad, una ciudad del norte. Explicó que en una ocasión había conocido a un Hosseini de Masshad.

—*Na famileh man tehrani hastand. Namantor ke khodet midoni hosseini esmeh rayeji ast* — le contestó ella. No, mi familia es de Teherán. Hosseini es un apellido muy corriente. Supongo que ya lo sabes.

—¿Estás...? ¿Eso es persa? —preguntó Alex.

—Sí —dijo ella, sin apartar la mirada de Ben.

—¿Cuándo has aprendido el persa? —quiso saber Alex dirigiéndose a Ben.

—Un curso por correspondencia —contestó sin dejar de mirar a Sarah.

—Tu hermano habla como un nativo —observó ella—. No creo que lo haya aprendido con un curso por correspondencia. Está tratando de hacerse el simpático y

no sé por qué. De hecho resulta algo grosero acabándonos de conocer.

Maldito, cómo la estaba mirando. No pensaba parpadear.

—Sí, a veces lo hace —intervino Alex—. No te habría obligado a aguantarlo si no fuera realmente importante.

Ben sonrió ante este comentario, pasó por delante de ella y fue a sentarse en una de las sillas. La sonrisa decía: *Vale, te dejo que ganes nuestro concursito de miradas. Enhorabuena.* Una actitud exasperante.

De acuerdo, se dijo ella, dejémoslo estar. Se sentó junto a Ben.

—Por teléfono —dijo Alex—, has empezado a decirme que habías perdido algo.

—Sí, mi carpeta sobre Hilzoy. Ha sido extraño, porque tú acababas de decirme que no encontrabas la tuya. ¿Qué pasa?

—¡Oh, no! —exclamó Alex mirando a Ben.

—¿Hay algo de lo que deba preocuparme? —quiso saber ella.

Notaba que Ben la estaba mirando.

—Depende de lo inteligente que seas —dijo éste último.

—Supongamos que soy más inteligente que tú —replicó ella mirándole a su vez.

—En ese caso, deberías estar muy preocupada —afirmó él, acompañando sus palabras de un encogimiento de hombros.

—Sarah —intervino Alex—, es posible que tú y yo estemos en peligro.

Alex se puso a hablar y Sarah, reprimiendo las ganas de interrumpirle con preguntas, escuchaba. Era difícil saber qué pensar. No ponía en duda que fuera cierto lo que había sucedido. Como es lógico, estaba al corriente de lo de Hilzoy, y no le costaría confirmar el resto. Tampoco dudaba de que Alex creyera realmente que existía una especie de conspiración. Pero en su opinión, tenía que haber una explicación lógica. La gente no se dedicaba a matar por unos inventos en el soleado y civilizado Silicon Valley. Se compraba, se vendía, a veces se ponían pleitos, pero ¿asesinar?

—¿Qué tienes tú que ver con todo esto? —preguntó Sarah mirando a Ben una vez Alex hubo terminado con su exposición.

—A decir verdad, nada —contestó Ben, moviendo la cabeza en sentido negativo.

—Ben está en el ejército —explicó Alex—. Sabe de estas cosas.

—¿El ejército? —exclamó Sarah mirando a Ben—. Debes de saber mucho.

Apareció un leve movimiento en las comisuras de los labios de Ben, como si ella le hiciera muchísima grada y apenas pudiera ocultarlo.

—Algo sé —dijo.

—Oh, me encanta. Cuéntame. —En esta ocasión él ladeó la cabeza y sonrió. Ella no había visto jamás una expresión más condescendiente—. Bah, por favor —siguió presionando ella—. Por lo menos dame una idea de cómo se conduce un tanque, o se dispara un rifle, o se requisaba material, o lo que tú hagas, y te cualifique para saber de estas cosas.

Ben entornó los ojos, y le lanzó una mirada tan disuasoria como tranquila, y

Sarah tuvo la sensación de entrever una tremenda presión y un tremendo control dentro de una precaria estabilidad. Aquel tipo tenía un aura peligrosa y se dio cuenta de que era una estúpida al presionarlo. Pero al mismo tiempo, toda aquella fachada de control excesivo y la condescendencia que hasta aquel momento era lo único que le había permitido atisbar... no, no podía dejarlo correr.

—No conduzco tanques —observó él al cabo de un momento—. Hace un montón de tiempo que no me echo un rifle al hombro. Y no requiso mucho material.

—En ese caso debes de ser muy especial.

¡Dios! ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué se empeñaba en... qué? ¿Provocarlo? ¿Ponerle nervioso? ¿Cogerle en falta? ¿Agrietar la tan cuidadosamente construida fachada de condescendencia?

—Oh, la verdad es que no soy nada especial. Nada comparable a, por ejemplo, un abogado. Vosotros, chicos, sois los especiales. Lo más de lo más en la cadena alimenticia. Los tipos como yo, no somos más que humildes servidores.

—Chicos... —empezó a decir Alex, pero Sarah le cortó.

—Cuéntame entonces —dijo—. ¿Qué trabajo llevas a cabo?

—Me limito a proteger a personas como tú, eso es todo. En realidad, nada importante.

Ella pescó esto último. O sea que protegerla a ella no era importante.

—¿Cómo? —dijo—. Hasta ahora sólo me has dicho lo que no haces.

Él consideró la respuesta antes de hablar.

—Neutralizo amenazas para que los abogados puedan seguir ganando mucha pasta y beberse cafés a precios exorbitantes. Es un trabajo sucio, pero alguien debe hacerlo.

Ella advirtió que él no sólo estaba haciendo gala de condescendencia, sino que la estaba mostrando de forma intencionada. Debajo de esto, implícito, había toda una visión del mundo donde las personas como Ben eran mártires y la gente como Sarah una manada de *yuppies* desagradecidos, o algo por el estilo. *Juega esta baza*, se dijo, consciente de que su actitud era inmadura y tal vez peligrosamente estúpida, pero tenía demasiadas ganas de ver adónde iba a desembocar todo aquello para parar.

—¡Qué noble por tu parte! Pero ¿qué tipo de amenazas? ¿Y cómo las neutralizas? Todo esto debe de ser muy peligroso —manifestó, sin ocultar el desprecio que sentía.

—Varias —replicó Ben. Su expresión seguía siendo neutra, incluso aburrida, pero algo que brillaba en sus ojos, ¿compromiso?, ¿resentimiento?, ¿ira?, le hizo pensar que estaba a punto de ganar la partida—. En su mayoría del tipo Eje del Mal. Iraquíes, hace algún tiempo ya. Norcoreanos. —Una pausa, luego—: Iraníes.

—Iraníes —repitió ella, conforme notaba que le subía el calor al rostro—. Deben de ser los peores de todos.

—Poco de fiar —dijo él sin dejar de mascar chicle—. Nunca sabes lo que están tramando.

—Bien, me alegro de que hayáis hecho tan buenas migas —intervino Alex—. Así

será más fácil trabajar conjuntamente para mantenernos con vida un día más.

Maldita sea, tenía razón. Estaban jugando a un juego idiota.

—Espera un momento —dijo—. ¿Te queda algún documento sobre el código fuente de Obsidian?

—No creo —contestó Alex moviendo la cabeza de un lado al otro—. Lo han hecho desaparecer todo, incluso la solicitud en PAIR.

—¡Mierda! —exclamó ella.

—¿Qué pasa? —quiso saber Ben.

—Si tuviéramos el código fuente —explicó ella—, podríamos publicarlo.

—Claro —dijo Alex—. SourceForge, o Slashdot...

—No sólo en estas páginas técnicas —prosiguió Sarah—. Habríamos podido escribirlo en todos los blogs políticos, como Talking Points Memo, Unclaimed Territory, No Comment, Balloon Juice, Hullabaloo, Daily Dish, Firedoglake. Habríamos podido informar sobre las personas que han muerto, el asalto a tu casa...

—Es por eso que se han movido tan deprisa después de haber fallado con Alex —comentó Ben. Tenían que eliminar toda posibilidad de que pudierais hacerlo público. Todo esto es para que el invento siga siendo secreto.

—Esto es lo que hace el gobierno —dijo Sarah—. Guardar secretos. La información quiere ser libre. El gobierno quiere controlarla.

—Ya, bien, pero sin el código fuente no podemos publicar nada —observó Alex—. Pareceríamos un par de chiflados difundiendo una teoría conspirativa.

—Exacto —confirmó Ben—. Y luego al final, cuando de todas formas aparecierais muertos, en el supuesto de que alguien advirtiera que eso había sucedido, no habría pruebas. Sin pruebas, no hay historia. Lo principal es que el invento seguiría siendo secreto.

Permanecieron en silencio un momento. Ben miró a Alex.

—Tú tienes que saber algo —dijo—. En caso contrario, se habrían limitado a matarte y a eliminar después toda la documentación. Pero no lo hicieron. Primero querían sacarte información. ¿Qué es?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿Qué sabes? ¿Qué pueden ellos haber sospechado que sabes?

—No lo sé.

—Piensa. Lo sabían todo sobre el sistema de archivo de la compañía, sobre la copia electrónica y la de seguridad. Sabían qué abogados trabajaban en el caso. Sabían lo de PAIR, y la forma de acceder a él. Todas estas cosas son cuantificables y de procedimiento. Cosas formales. Sistemas. Lo que les habría desconcertado es la posibilidad de algo idiosincrásico, algo fuera del sistema, algo difícil de predecir. ¿Qué podría ser? ¿Qué es lo que puede preocuparles si lo descuidan? ¿Un ordenador portátil? ¿Una copia de seguridad no oficial? ¿Tienes algo de esto?

—¡Sí! —exclamó Alex—. Cada vez que venía aquí, Hilzoy le dejaba una copia de seguridad de la última versión a mi secretaria. Un seguro de catástrofe, tener una

copia en un lugar lejano. Ahora está en mi portátil. He estado trabajando en ello.

—Esto es exactamente el tipo de cosas que temían poder dejarse —observó Ben—. Era por esto que querían interrogarte. ¿Contiene el código fuente?

—No, es sólo un fichero ejecutable. Es como un programa de software que puedes comprar en la tienda. Y las notas de Hilzoy.

—Bien, ¿se puede aplicar un proceso de retroingeniería?

—No —contestó Sarah—. Quiero decir que, en teoría, tal vez se pudiera, pero en la práctica, no.

—¿No hay copias de seguridad del código fuente? —preguntó Ben.

Alex sacudió la cabeza.

—Se las han llevado todas.

—Vale, ¿y qué pasaría si publicarais la versión ejecutable?

—No creo que nos diese mucha credibilidad —contestó Alex con un encogimiento de hombros—. En la superficie, no es más que una ingeniosa manera de codificar datos. Desde que murió Hilzoy, he estado experimentando con él y no encuentro nada que pudiera explicar su asesinato. Por consiguiente, presentándolo como prueba de una conspiración, todo lo que conseguiríamos sería algún que otro bostezo.

Guardaron silencio un momento.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —quiso saber Sarah rompiendo el silencio.

—Yo veo tres posibilidades —contestó Ben.

Alex y Sarah se lo quedaron mirando.

—Primero, podéis no hacer nada. Es posible que quienquiera que esté detrás de todo esto considere que la relación riesgo/resultado haya cambiado. Han hecho desaparecer el código fuente. Han borrado el invento del PAIR. Han eliminado al inventor y al tipo de la patente. Y, si bien era una posibilidad que trataban de evitar, no saben lo de la copia de seguridad. Es posible que en estos momentos se sientan bastante seguros y se retiren.

—¿En qué medida es esto probable? —preguntó Alex.

—Yo diría que poco —dijo Ben—. Empezaron esta operación persiguiendo a personas. Al hacerlo, hizo falta mucha logística y mucho riesgo. Esto significa que para ellos las personas son importantes dentro de la operación. Lo que hiciste en tu casa les obligó a cambiar la secuencia de la operación, pero eso no cambia el valor de los objetivos.

—Y ahora he tenido tiempo de descubrir la desaparición de los archivos, y de todo lo demás —observó Alex—. De juntar las piezas. De pensar si hay algún tipo de copia de seguridad que ellos hayan descuidado...

Ben asintió y volvió la cabeza hacia Sarah.

—Exacto. Asimismo, es posible que pensaran que no merecía la pena matarla. Pero ahora deben de imaginar que la has puesto sobre aviso de lo que está pasando. Ahora ella sabe más que antes. Y, por consiguiente, es posible que hayan

reconsiderado el grado de amenaza que supone.

Sarah trataba de controlar su irritación. ¡Vaya forma de comentar que su vida estaba amenazada! Como si ni siquiera estuviera en la habitación.

—Bien, la posibilidad uno no suena muy prometedora —manifestó—. ¿Cuál es la segunda?

—La segunda posibilidad es que descubráis, con una explicación convincente, por qué Obsidian es tan valioso que hasta merece la pena matar por él. Aquí, habríais avanzado un paso para saber quién es el asesino.

—Yo lo he intentado —contestó Alex—. No he encontrado nada.

—¿Quién se puede sentir amenazado? —prosiguió Ben—. ¿O quién puede ganar? ¿Las compañías de software de seguridad?

—¿Quieres decir que las compañías de software se dedican a matar a la gente? —dijo Sarah al tiempo que lanzaba una risa ahogada—. ¡Por favor!

—¿Por favor, qué? —replicó Ben mirándola—. ¿Por favor no me digas nada que pueda salvar mi vida a costa de pinchar mi burbujita de ingenuidad?

—Venga, Ben —intervino Alex—. Las empresas no van por ahí matando gente.

—¿En qué pruebas basas esa conclusión?

—¿Y qué me decís del gobierno? —sugirió Sarah—. Quizá la NSA, la Agencia de Seguridad Nacional, no quiere que haya redes más seguras que las suyas.

Ahora fue Ben quien se rió.

—De verdad no creo que la NSA...

—¿Cómo? ¿No crees que la NSA sea capaz de asesinar? ¿Y soy yo la que vivo en una burbuja? Apuesto a que no crees que el presidente sea capaz de detener a un ciudadano estadounidense dentro de nuestras fronteras, retenerlo sin acceso a un abogado, acusarlo de un delito o recurriendo a cualquier tecnicismo constitucional. Apuesto a que tampoco crees que el gobierno pueda pinchar el teléfono a un compatriota sin una orden. Apuesto a que no crees...

—Tú no tienes la más jodida idea de lo que yo creo.

—... que el gobierno se invente información para iniciar una guerra. Apuesto a que no crees que el gobierno está dirigido por personas que han llegado adonde han llegado en el mundo de la política aprendiendo a racionalizar todo tipo de corrupción, en nombre del mayor de los dioses. ¿Quieres decirme que estas cosas no pasan cada día?

Se detuvo, con la respiración entrecortada. No había tenido intención de hacer un discurso. Pero había logrado romper sus defensas. Aquella descarga no formaba parte del programa de autocontrol, ¿verdad?

—¿Sabes qué te digo? —dijo él—. Si hace falta saltarse algunas leyes para salvar vidas, se saltan. Es así como funciona.

—¿Ah sí? ¿Y quién determina qué leyes se modifican? ¿Y hasta qué punto? Si uno puede quebrantar algunas leyes, ¿por qué no los demás? ¿Dónde está el límite? ¿Qué significa siquiera la ley?

—Voy a darte una idea —sugirió él conforme mascaba indolentemente el chicle—. En lugar de echarle la culpa a Estados Unidos por todo lo que te fastidia, ¿por qué no consideras otras posibilidades? Si no es demasiado esfuerzo, claro.

—¿Como qué?

—¿Qué te parece los *mulás* de Teherán, para empezar? No te imaginas de lo que son capaces.

Sarah sabía que la estaba acosando de nuevo y trató de mantener la calma. Tenía ganas de decir: *Yo soy norteamericana, racista de mierda, y odio a los mulás*, pero sabía que esto era lo que él quería, enfurecerla. Y una vez conseguido, le diría que se estaba comportando emocionalmente, con lo que añadiría el sexismo a la lista de cualidades por las que ya le estaba detestando.

—Por supuesto —se limitó a decir, reemplazando la rabia por sarcasmo—. No dejemos a Irán fuera de la lista. Al fin y al cabo, cualquier país con un PIB similar al de Finlandia supone una amenaza grave para nuestra seguridad nacional. Por ejemplo, ¿no lo has visto en la televisión? La semana pasada fueron asesinados dos científicos nucleares iraníes en Estambul.

—¿Ah sí? —dijo Ben—. Pues no lo he visto.

—Pues sí, y también sus guardaespaldas. A pesar de que tenemos una ley, la Orden Ejecutiva 12333, que prohíbe el asesinato.

—¿Y qué podemos hacer? Irán tiene muchos enemigos —comentó Ben, tras encogerse de hombros.

—Desde luego, y es posible que subcontratáramos el trabajo a uno de ellos, de la misma forma que solíamos subcontratar el trabajo de tortura para no tener que infringir nuestras propias leyes. Hasta que empezamos a hacerlo nosotros mismos. ¿Ves lo que pasa cuando se puede modificar un poco la ley? Se empieza a quebrantar completamente.

—Admiro tu idealismo —dijo Ben, acompañado de una sonrisa tan paternalista que ella tuvo ganas de darle un puñetazo.

—Has hablado de una tercera posibilidad —intervino Alex—. ¿Cuál es?

Transcurrió un momento durante el cual Ben se entretuvo examinándose una uña.

—Ésta no os va a gustar —empezó a decir—. Es una que no tiene un final feliz. Y, por ahora, parece la más probable. Os veo a los dos ocultándoos hasta que alguien os vuela el culo de un disparo.

¿Cómo podía hablar de aquella manera tratándose de su propio hermano? ¿Cómo podía importarle tan poco? ¿Era teatro? Al fin y al cabo, estaba allí, y eso bien debía significar algo.

—¿Y qué me dices de la policía? —preguntó Sarah.

—¿Qué pasa con ella? —replicó Ben mirándola.

—Les podríamos contar lo de los archivos desaparecidos.

—Claro que podéis. ¿Qué esperáis que hagan al respecto?

—No lo sé. Que reconozcan que aquí está pasando algo grave, como nosotros.

Que dediquen más recursos. Tal vez que nos protejan.

—Sí, claro, pues adelante —dijo Ben, encogiéndose de hombros.

Se lo quedó mirando fijamente. Tuvo ganas de borrarle de la cara aquella total despreocupación.

—Está bien —concedió, despotricando para sus adentros—, dime lo que se me está escapando.

Ben suspiró.

—No miras el asunto desde la perspectiva del bando contrario. Aquí, el otro bando es la policía. Alex ya les contó su teoría de la conspiración, ¿no es así, Alex?

—Bien, no fue exactamente así —observó Alex—. Y, en cualquier caso, fue antes.

—¿Antes de qué? ¿Antes de afirmar que te han desaparecido unos cuantos archivos? Pensarán que es un montaje. Pensarán que estás buscando la forma de que te tomen en serio. Y empezarán a prestarte una atención muy diferente de la que esperabas.

—Pero también han desaparecido mis archivos —replicó Sarah.

—Sí, pero pensarán que ha sido Alex quien los ha cogido para que tú corrobore su declaración.

—¡Cómo van a pensar una cosa así! —exclamó, y en el mismo instante advirtió que sonaba petulante. Lo único que no quería era darle la razón.

—¿Cuántos policías conoces? —preguntó Ben—. ¿Sabes lo que hacen todo el día, qué visión tienen del mundo? Deja que te diga a qué se dedica un agente de homicidios en San José. Adolescentes muertos por heridas de bala. Testigos que tienen miedo de cooperar. Intentan controlar todo esto. Ése es su mundo. ¿La mierda que tú has mencionado? Eso es lo que ven en las películas. Y para ellos es real en la medida en que piensan que esas cosas existen. Y pongamos por caso que os crean, ¿qué harán? ¿Piensas que la policía de San José os va a proporcionar una protección completa?

Joder, tenía razón. Pero...

—Hay alguien que se ha llevado esos archivos de mi despacho —dijo Sarah—. ¿Cómo han entrado?

—Se me ocurren varias formas —contestó Ben—. ¿Por qué?

Alex se inclinó hacia delante.

—Claro, las tarjetas de acceso. Todas contienen un código personal. Si se quiere, se puede saber quién entra y sale, y cuándo.

—Aunque tuvieran ayuda dentro —replicó Ben con un encogimiento de hombros—, no vais a descubrir de quién era la tarjeta.

—¿Por qué no? —quiso saber Sarah.

—Hasta el momento han hecho un trabajo realmente profesional. No iban a cometer un error tan obvio.

—¿Cómo ha podido alguien entrar y salir por la noche? —preguntó Sarah.

—Escucha, no hace falta ser un Houdini para colarse ante las narices del conserje durante las horas de oficina y luego esconderse en un cuarto de baño, por ejemplo, hasta que todo el mundo se haya marchado. No quedaría prueba electrónica alguna de ello.

—Pero sabían a qué despachos debían ir —observó Sarah.

—Están vuestros nombres fuera junto a la puerta. Aunque no creo que eso les hiciera falta. Todo esto no ha sido planeado en un día. Han estudiado el sistema de archivo de la empresa, os han estado vigilando, desde hace meses.

—A pesar de todo, creo que debemos avisar a seguridad —sugirió Alex.

—No —dijo Ben.

—¿Por qué no?

—Primero porque, como ya he dicho, es una pérdida de tiempo. En segundo lugar, ya me conoce demasiada gente aquí. Prefiero pasar desapercibido.

Sarah estaba fuera de sí, empezó a decir: *Perdón por crearte problemas, pero* logró contenerse.

—¿Te fías de tu jefe? —preguntó Ben—. El vaquero.

Alex tuvo ganas de decir: *No me fío de nadie.*

—¿Por qué? —dijo en cambio—. ¿Piensas que pueda estar involucrado?

—Estaba aquí esta mañana temprano —comentó Ben tras encogerse de hombros.

—Hace horarios extraños. De todas formas, ¿por qué iba a hacerlo?

—¡Y yo qué sé! Es tu jefe.

—Gana una fortuna. No creo que tenga motivos económicos para meterse en líos.

—Ya sabes que nunca es suficiente —dijo Ben riéndose.

Reinó por un momento el silencio en el despacho.

—De acuerdo pues —dijo Sarah a continuación—, la opción dos. ¿De qué estamos hablando exactamente?

Ben miró a Alex.

—¿Puedes trabajar con esa copia de seguridad?

—Claro.

—Entonces adelante. Tómate unos días libres, busca un sitio seguro donde esconderte, olvídate de todo y descubre eso tan especial que tiene esa tecnología.

—No suena muy definitivo —observó Sarah.

—Y no lo es. Pero evita que Alex se quede esperando a que alguien le meta una bala en el cogote.

Ella advirtió que él sólo había hablado de Alex en cuanto a esconderse. ¿Qué se suponía que debía de hacer ella? Habían muerto dos personas. Alguien había robado en su propio despacho. Habían violado el sistema de PAIR, habían entrado en la casa de Alex. Le asustaba la idea de que desaparecieran las dos únicas personas en el mundo que entendían lo que estaba pasando.

—De acuerdo —convino Alex—. ¿Y qué sugieres que haga Sarah?

Sarah se sintió tan agradecida que tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreírle.

—Lo mismo que tú —dijo Ben—. Esconderte. Esperar a que tú descubras lo que da realmente de sí esa tecnología.

—Lo podré encontrar más deprisa con Sarah que solo.

Sarah parpadeó. ¿Había salido de la boca de Alex Treven?

Ben sacudió la cabeza.

—Creo que sería más seguro que...

—¿Qué? —replicó Alex—. ¿Que nos separemos? No veo la razón. Y tú mismo lo has dicho: lo que a fin de cuentas nos dará más seguridad es saber por qué hay alguien que es capaz de matar para poseer esa tecnología.

—De acuerdo —aceptó Ben al tiempo que se rascaba la mejilla—. Tú mismo.

—¿Puedes desaparecer por algunos días? —le preguntó Alex a Sarah.

—Tal vez si... —empezó a contestar Sarah tras lanzar un suspiro—, me pongo enferma... tú has estado enfermo, ¿no? ¿Era la gripe?

—Por lo menos hasta esta mañana —dijo Alex—. Osborne me ha visto cuando llegaba.

—Supongo que me podrías haber contagiado —sugirió Sarah tratando de sonreír—. Y tú puedes haber recaído.

—¿Y tú? —le preguntó Alex a Ben.

—¿Yo qué?

—¿Puedes dedicar más tiempo a esto? —preguntó Alex tras lanzar un suspiro—. ¿Quedarte un poco más con Sarah y conmigo?

—No creo que me sigáis necesitando.

Alex descansó las palmas sobre el escritorio, parecía buscar apoyo, o tal vez tratara de calmarse.

—Sí, Ben, sí que te necesitamos. Como habrás observado, no somos más que dos abogados. Fíjate lo deprisa que me encontraste cuando intenté esconderme por mi cuenta. Alguien podría haber hecho lo mismo que tú. Necesitamos permanecer unidos.

Ben miró por la ventana. Apretó un puño. Se destacaron los nudillos.

—Permanecer unidos —susurró.

—Exactamente —dijo Alex mirándole.

—De acuerdo —convino Ben según asentía con la cabeza—. Pero vosotros dos haréis vuestro trabajo, y yo el mío. El vuestro es estudiar la tecnología. El mío todo lo demás. Mando yo, y no quiero ni preguntas ni sermones. Haréis lo que yo diga. A partir de ahora estaréis en mi mundo, no en el vuestro. ¿Comprendido?

—Me parece bien —contestó Alex.

Ben miró a Sarah. Ésta le devolvió la mirada, ¡*maldito freaky del control!*, pero no dijo nada.

—¿Comprendido? —repitió él.

—Te he entendido —dijo ella.

—Sí —dijo él—. Yo también te entiendo. Dejadme echar un vistazo a vuestros

teléfonos móviles.

Sarah pensó: *¿Ahora esto?* Pero no dijo nada y le alargó el teléfono. Alex hizo lo mismo.

Ben apagó los dos y los metió en la bolsa de piel que había sobre la mesa.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber Sarah.

—Nada de preguntas —fue la respuesta de Ben.

—Pregunto porque me acabas de coger el teléfono. Y, además, el hecho de que yo no pueda preguntar no significa que no puedas bajar del burro de vez en cuando, y darnos alguna explicación.

Ben lanzó una risa ahogada. Ella le habría abofeteado.

—Sé que cuesta aceptarlo —empezó a explicar—, pero hay alguien que se ha metido de lleno en vuestras vidas. Vuestras casas y vuestros trabajos. Los coches que conducís. Los sitios que frecuentáis. Las cosas que hacéis. ¿Lo vas captando ahora? Te puedo asegurar que, si fuera yo vuestro cazador, estaría pegado a las señales de vuestros teléfonos, a menos que me proporcionaríais algo más fácil para seguir. ¿Tenéis alguno de los dos algún seguro de asistencia en carretera o estáis suscritos a algún servicio de emergencia, además del GPS del coche?

Sarah hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y vio que Alex hacía lo mismo. Aquella palabra que había usado con tanta indiferencia —«cazador»—, le había puesto la piel de gallina.

—¡Bingo! Me ocuparé también de esto. Decís que podéis desaparecer un tiempo, pero no sabéis cómo hacerlo. No creáis que vaya a ser fácil. Vais a tener que renunciar a algunas comodidades. ¿De acuerdo? ¿Necesitáis alguna explicación más, o está bien por ahora?

Permanecieron un momento en silencio. Sarah comprendía que en el fondo lo que decía Ben tenía su lógica, pero seguía ofendida por la forma empleada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Alex.

Ben miró a Sarah.

—Exactamente lo que os he dicho.

18 - Más suerte la próxima vez

Se dirigieron al Four Seasons en el coche de alquiler de Ben; Alex conducía, Sarah ocupaba el asiento de al lado y Ben iba detrás. Este último andaba cabreado. Hacía ¿cuánto? ¿doce horas? que estaba de vuelta, y ya había perdido el control de la situación.

No se fiaba de la chica. Era evidente que le apasionaba la política y no era imposible que tuviera un tío o un primo en uno de los servicios de seguridad. Le habría resultado facilísimo hacer una llamada: *eh, tío Ahmad, debieras echarle una ojeada a esa tecnología que estoy patentando. Es de ese tipo de cosas que me dijiste tuviera en cuenta.* Sí, tal vez no fuera así, pero él sabía que la vinculación de los iraníes con la guerra electrónica era real.

Y alguien se había llevado aquellos documentos del despacho de Alex. Alguien que sabía adónde dirigirse, o que había recibido una información muy precisa. Tenía que ser alguien de dentro. ¿Quién más estaba involucrado? ¿Y quién más habría tenido el motivo? El hecho de que, según ella, también le hubieran robado documentos, a sus ojos sólo la hacía más sospechosa.

Seguir con ella suponía un gran riesgo, pero no tenía otra elección. Se había fijado en cómo la miraba Alex, y estaba seguro de que el idiota andaba medio enamorado. Bien, tampoco podía criticarlo, tenía que confesar que era atractiva. Pero cielos, suponía un problema. Él no hubiera debido decir nada sobre Irán; podía haberla puesto sobre aviso. Pero las personas moralistas e ingenuas le ponían fuera de sí.

Y tampoco le había gustado el comentario sobre el incidente en Estambul. Sí, era cierto que había salido en todos los noticiarios. Ella, como iraní y aficionada a la política, era lógico que se fijara. Pero aun así.

En cualquier caso, iba a sacar a Alex de su último lío. Este no se lo merecía, no, pero iba a hacerlo igualmente porque, aunque Alex no lo reconociera, él era así. Y encima su hermano había dejado claro que aquello era un paquete: debía ayudar también a la muchacha. Cristo, habría debido sospecharlo. Era típico de Alex: rogarle, comprometerlo y luego decirle *Oh, sólo otra cosita...*

En general, pronosticaba un fracaso casi total para la situación, pero había un diminuto resquicio de esperanza. Si realmente la chica trabajaba para el otro bando, podía utilizarla para la transmisión de información falsa, a modo de involuntario agente doble. Debería ser concienzudo en extremo, porque ella también contaba con mucha información que pasar, por ejemplo su ubicación actual, pero si él era capaz de controlar este obstáculo, podría usarla para que su gente cayera en una emboscada. Empezó a pensar en la manera de hacerlo.

Hizo que Alex les llevara al gran almacén Wal-Mart de Showers Drive en

Mountain View. Ben compró gorros de lana. Sarah quiso saber la razón.

—Pretendo que cueste un poco más reconocernos, y un poco más recordarnos. Por si acaso. ¿Algo que objetar?

—Sólo preguntaba —replicó ella—. ¿O debo obedecer sin hacer preguntas?

Ben le caló un gorro.

—Tú límitate a obedecer.

Pagó los gorros y compró un teléfono prepago. Mientras salían, introdujo el número en su marcador rápido. Luego le dio el aparato a Alex.

—Esto es por si necesitáis llamarme, y para llamaros yo. Ningún otro uso, ninguna otra llamada. ¿Entendido?

Entendieron.

Cuando dejaron la carretera 101 por la salida de la University Avenue que les llevaría al hotel, Ben dijo:

—No te metas por el aparcamiento del hotel. Toma la siguiente a la derecha, Manhattan Avenue, y aparca allí.

—¿Por qué? —quiso saber Alex.

—Tanto tu coche como el de ella son problemáticos. No quiero...

—Me llamo Sarah —interrumpió ella, volviéndose para mirarlo—. Úsalo, y deja de hablar como si yo no estuviera aquí. Es una grosería.

¡Por Dios!

—Bien, no pretendía ser grosero.

—Un cuerno, claro que pretendes ser grosero, en caso contrario no lo serías. Y es por eso que te digo que pares ya.

—Como usted mande, señora.

Ella movió con disgusto la cabeza, luego se volvió de nuevo hacia delante. De acuerdo, tal vez había sido demasiado duro con ella. Ni siquiera sabía exactamente por qué. En el supuesto de que ella estuviera jugando en el equipo contrario, no le iba a ayudar mucho ponérsela en contra. Ella sólo lo estaba provocando. Ya llevaba el peso de Alex, y no necesitaba cargar además con ella sobre sus espaldas.

—Tanto tu coche como el de Sarah son problemáticos —repitió Ben—. Quiero estar seguro de que éste sigue limpio.

Sarah miró hacia atrás en su dirección.

—¿Crees que habrá alguien en el hotel?

—Lo dudo. Pero como ha dicho Alex, yo lo encontré aquí. Así que alguien más habría podido hacer lo mismo. De ser así, lo lógico sería que estuviera esperando junto al coche de Alex. No puede uno rondar por el vestíbulo de un hotel mucho rato sin levantar sospechas. Así que por el momento nos mantendremos alejados del coche de Alex y entraremos con cuidado, por si acaso. ¿Entendido?

Ella asintió con la cabeza y se puso a mirar hacia delante.

—¿Qué has querido decir con «por el momento»? —preguntó.

—Cada cosa a su tiempo —fue la respuesta de Ben mientras abría la bolsa de

Wal-Mart—. Poneos los gorros.

Los tres se pusieron los gorros. Ben se calzó sus guantes. Cuando hacía frío, siempre resultaba más fácil vestirse para una operación.

Salieron del coche y echaron a andar; tuvieron que entornar los ojos para protegerse de los fragmentos de sol matutino que se colaban a través de los espacios entre los edificios por donde pasaban. La Manhattan Avenue tenía un nombre muy poco apropiado: de hecho, era una tranquila calle flanqueada de árboles con unos cuantos edificios bajos de pisos y una lavandería automática; reliquias de lo que había sido el barrio antes de que se hubieran construido el rimbombante hotel y el complejo de oficinas. Ben se abrió camino hasta la entrada principal y luego al interior del hotel, sin dejar de vigilarlo todo según iba caminando. No detectó problemas.

Un hombre de cabello gris plateado y vestido con un traje gris marengo que estaba junto a la recepción se dirigió a Alex.

—Hola Alex. Me alegro de verte. ¿Has venido a desayunar?

—Hola Tracy, no, me quedo aquí por unos días. Estoy haciendo algunas obras en casa.

—Me alegro de tenerte con nosotros —dijo el tipo sonriendo.

Siguieron caminando. Ben no daba crédito a lo que había visto.

—¿Quién demonios es ése?

—Tracy Mercer. El director.

—¿El director te conoce?

—Vengo aquí a menudo para comidas de trabajo.

Ben se preguntó cómo alguien tan inteligente podía, al mismo tiempo, ser tan galácticamente estúpido.

—¿No te dije que fueras a un lugar donde no te conocieran?

—Bueno, sí, pero...

—Olvídalo —se rindió Ben, al tiempo que sacudía la cabeza de un lado al otro. ¿Estaba tarado ese hermano suyo? ¿Tenía ganas de morir?

Fueron al cuarto de Alex y, mientras éste recogía sus cosas, Ben se puso a mirar por la ventana la autopista, debajo, y la enorme tienda Ikea al otro lado. Cuando él era pequeño, no había nada de todo aquello. El lado este de Palo Alto era entonces una zona prohibida, a menos que uno quisiera comprar hierba y nunca por la noche. Los tiempos habían cambiado. Le asombraba que Alex pudiera permitirse un lugar como aquél. El hotel debía de costar como mínimo cuatrocientos dólares la noche, y Alex lo usaba como un lugar seguro sin detenerse a pensar un segundo en la cuenta. Resultaba casi cómico, en los diferentes niveles económicos en que se movían. Era cierto que la mitad de la herencia paterna había sido muy sustanciosa, pero él no había tocado aún ese dinero. Para él, sólo existía como una póliza de seguro en caso de apuro, por si la mierda en la que se movía cada día le salpicaba de lleno.

Habían llegado al vestíbulo cuando Sarah dijo:

—Tengo que ir al baño.

Una luz de alarma se encendió en la cabeza de Ben.

—No.

—¿No? —replicó ella mirándolo.

—Ahora no. No estamos seguros aquí. Debemos seguir. Vas a tener que aguantarte.

—¿Por cuánto tiempo? —dijo ella con la cabeza ladeada y los ojos fijos en él.

Ben tuvo ganas de decirle: *¡Hasta que a mí me pase por los huevos!*

—Diez minutos —dijo en cambio. ¿Podrás aguantar?

Ella no contestó, y él lo tomó por una afirmación. ¡Cielos! Casi podía ver el humo que le salía por las orejas.

Una buena mierda. Iban a pasar otra vez junto al coche de Alex y lo último que le hacía falta era que ella se fuera al lavabo, pidiera prestado un teléfono móvil e informara a alguien de los últimos acontecimientos.

Alex pagó la cuenta, y en esta ocasión ni rastro del director, y se dirigieron al coche de Ben; éste no dejaba de vigilar por si surgiera un posible peligro.

—Coge tú el coche, Alex. Hay un Starbucks justo al otro lado de la 101. Sarah puede ir allí al baño. Luego vuelves y, una vez en el aparcamiento del hotel, pasas por delante de tu coche. Yo estaré allí porque quiero echarle un vistazo.

Para cuando llegaran al Starbucks, ya no importaría que la chica llamara por teléfono.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —preguntó Alex.

—Dudo que haya alguien allí —le tranquilizó Ben.

Pero sabía que, tarde o temprano, alguien iba a aparecer por allí. En el coche de Alex, en el despacho, o en la casa. O en el coche de la muchacha. O en la casa de ésta. Y todos aquellos puntos para una emboscada podían convertirse también en un lugar para contraemboscar.

Alex y Sarah se marcharon en el coche. Ben se caló más el gorro y regresó al aparcamiento del hotel. Sin dejar de mirar a derecha e izquierda y examinando todos los sitios que él mismo habría utilizado, pasó por delante de la entrada del hotel.

Por el garaje del hotel se dirigió a la zona donde estaba el coche de Alex, en el aparcamiento exterior. Si había alguien allí, aquel atajo les daría menos tiempo para reaccionar. Dobló la esquina y bingo, había un fornido hombre blanco, con la cabeza rapada, apoyado contra el muro del garaje apenas a tres metros del coche de Alex. El tipo era blanco, tenía la cabeza rapada, llevaba gafas de sol y estaba fumando. Iba con una chaqueta de cuero negro que le llegaba por debajo de la cintura.

Si bien su mente lo captó todo en una especie de foto instantánea más que de forma consciente, Ben advirtió todo lo que no encajaba en el marco. Como estaban en la parte occidental del garaje, a aquella hora temprana de la mañana allí no había sol y, por consiguiente, las gafas no hacían ninguna falta. Además, era demasiado temprano para que fuera un empleado de alguna oficina tomando su primera dosis de nicotina y, admitiendo que así fuera, ¿para qué iba a bajar hasta allí para fumar? Y la

longitud de la chaqueta era perfecta para ocultar un bulto bajo el brazo, en la cintura o sobre la cadera.

Ben, cuyo ritmo cardíaco empezaba a acelerarse, se encaminó hacia él con actitud indolente. Miró alrededor y no vio a nadie más, pero había algunos coches aparcados en fila y no alcanzaba a ver su interior. No podía estar seguro de que el tipo estuviera solo. No pensó en lo que estaba a punto de hacer. Había aprendido en la Granja que no hay que limitarse a interpretar un papel; hay que vivirlo, hay que creer en el rol. Así pues, en su mente, se había convertido en un hombre de negocios normal y corriente que se dirigía temprano a su coche para emprender un viaje. Sin embargo, desde sus entrañas, tan independiente que no iba a aflorar y delatarse en su expresión o actitud, no perdía de vista las manos del tipo calvo, y habría sacado su arma, la habitual Glock 17 metida en la pistolera de la cintura, si las manos desaparecían de su campo de visión.

—Perdona —dijo Ben desde cierta distancia. Juntó el pulgar y el índice e hizo copa con la mano como si tuviera un cigarrillo en ella—. ¿Tienes fuego?

El tipo calvo lo miró pero no contestó. Ben se alegró de haber pasado por el garaje y haber llegado adonde había aparcado Alex desde abajo. El hecho de que el hombre siguiera apoyado contra la pared indicaba que había sido cogido por sorpresa. Un buen profesional jamás se habría colocado así ante una posible amenaza. Tal y como estaba, si quería atacar, primero tendría que apartarse de la pared mediante un impulso. Mucho tiempo. De hecho, el resto de su vida.

—¿No te había visto antes por aquí? —preguntó Ben conforme se detenía a un par de metros del tipo—. Y me conozco a casi todos los fumadores de las oficinas porque en la República Popular de Palo Alto no se puede fumar cerca de la entrada de los edificios. ¿Te imaginas?

Ninguna respuesta. Tal vez el hombre no hablara inglés. Quizá sí, y no quería que nadie oyera o recordara su acento. Por muchas razones, no siendo el ruido y un posible testigo las menos importantes, Ben no quería recurrir a las armas. Si se acercaba un poquito más, podría derribarlo silenciosamente con las manos.

—¿Pasa algo? —insistió—. ¿No hablas inglés?

Hubo una pausa, y luego el tipo dijo con una voz profunda y grave:

—Sí que hablo inglés.

Era un acento fuerte. Ruso.

La parte sumergida de la mente de Ben que estaba en modo táctico lanzó un sonoro lamento de *¡Oh mierda, otra vez no!*

Durante un largo y tenso momento, se miraron el uno al otro. De pronto el mundo se había vuelto silencioso, todo pasaba de largo salvo la tensión entre ellos. Ben notó que se estaba destapando, emergiendo de debajo de la fachada velada e inocente tras la cual se había escondido para poder acercarse. Sabía que el calvo estaba comprendiendo lo que pasaba. Permanecía completamente inmóvil, pero presintió que en su cuerpo empezaba a manifestarse algo, una intención de moverse, un estado

de máxima alerta que no existía un instante antes.

Ben se preparó para abalanzarse en el mismo instante en que el tipo se apartaba de la pared mediante un impulso con el pie y dirigía el brazo derecho hacia la parte izquierda de su chaqueta. Ben dio un salto hacia delante, golpeó al tipo con su propio cuerpo y le apuntó el brazo derecho. Fue en busca de la muñeca de su adversario y para ello lanzó el codo izquierdo contra la sien derecha del tipo. El golpe produjo un satisfactorio *crack* y el cigarrillo salió volando por los aires. Ben agarró la muñeca, le dio otro violento codazo y el hombre se tambaleó para luego intentar liberar la mano, bien porque así podía acceder al arma o sólo para proteger su expuesto costado derecho. Ben no sabía cuál de las dos posibilidades, pero no iba a soltarlo para saberlo. Forcejearon un poco, el tipo estaba ahora entre Ben y la pared. Este último retrocedió medio paso y le dio un cabezazo en plena cara, luego lanzó su hombro derecho, junto con sus casi noventa kilos de peso, contra el esternón de su contrincante, y le golpeó como solía hacerlo con los muñecos que le bloqueaban y los *quarterbacks* que daban marcha atrás, luego lo empotró contra la pared y lo dejó sin aliento. Le dio otro codazo, y otro. El tipo de pronto empezó a pesar mucho, y Ben comprendió que sólo él y la pared lo estaban sosteniendo. Le salía sangre de la nariz y tenía los ojos desorbitados.

Por si acaso, Ben le separó al tipo el brazo derecho del cuerpo y, con cuidado, dio un paso atrás. El hombre se desplomó como esos hoteles de Las Vegas que derriban explosionándolos. El silencio seguía siendo total; un efecto que Ben conocía y se llamaba exclusión auditiva y era causado por la adrenalina. Ésta ocasionaba también otro tipo de exclusión, ésta visual, producida en parte por una concentración excesiva en la amenaza existente. El reflejo adquirido con la experiencia consistía en examinar el entorno, y así lo hizo Ben. Y fue cuando vio a otro tipo con una chaqueta oscura que salía de un sedán marrón aparcado dos coches más allá del de Alex. El hombre también llevaba gafas de sol y era como mínimo tan fornido como el primero. Su brazo ya estaba saliendo de dentro de la chaqueta y Ben pensó, *¡Mierda, mierda, mierda...!*

Apareció el arma del segundo tipo. Ben se apartó a la izquierda y se quedó en cuclillas, pero mientras se agachaba ya había alargado la mano hacia la Glock. La bala del tipo pasó por encima. Ben le metió tres balas en el pecho antes de que pudiera disparar de nuevo. El hombre se desplomó. Ben detectó movimiento a su derecha, el primer tipo. Se volvió y le disparó tres balas a la cabeza. Miró a la izquierda de nuevo y vio al segundo tipo de espaldas, todavía moviéndose y con la pistola en el suelo a unos centímetros de su mano. Ben le apuntó y se acercó. Ya había hecho bastante ruido. Calculó que le quedaba medio minuto antes de poner pies en polvorosa.

—*Kto vy?* —preguntó, en ruso. ¿Quién eres?

El tipo no contestó. Se le habían caído las gafas y miraba a Ben con una expresión de sorpresa y reproche a la vez, parecía que no pudiera entender cómo había sucedido

todo aquello. Ben le dio una patada a la pistola para alejarla.

—*Kto vy?* —volvió a preguntar.

Nada. La sangre se iba extendiendo por el suelo de cemento bajo el pecho del tipo. Ben oyó que éste respiraba ruidosamente y comprendió que tenía una herida torácica que le estaba ahogando.

—Dime quién eres y llamaré a una ambulancia —prometió Ben.

El hombre quiso lanzar una risita, pero ésta se convirtió en una tos convulsiva.

Sí, ya. Nunca había sido un buen mentiroso en esas situaciones. Miró en torno a él. No había nadie.

—*Do svidaniya* —murmuró Ben antes de meterle la última bala en la frente.

El cuerpo del hombre se sacudió como si se hubiera sobresaltado, y luego llegó la rigidez. Acababan de desaparecer la cohesión y la coherencia humanas, dejando atrás un bulto inerte donde un momento antes había habido una persona.

Ben se agachó y registró los bolsillos del tipo. Hijo de la gran puta: un billetero. Se lo quedó, pensando: *Aleluya*. Examinó al otro y también tenía uno. *Caramba, tío, qué suerte...*

Metió la cabeza dentro de su coche. No había llave en el contacto, y entendió la razón: estaba forzado. Habían robado el coche y le habían hecho un puente. Inteligente. No serviría de nada una descripción del coche o de la matrícula.

Nada más. Ni jeringuillas, ni anestesia, nada. Por consiguiente, no estaban allí para llevarse a Alex. Iban a llenarlo de balas y luego marcharse. Cualquiera que lo hubiera visto, habría descrito a dos tipos con gafas de sol y un coche irrelevante. Un asesinato sin resolver, que seguramente la policía habría relacionado con drogas, porque mira lo que le había pasado al inventor un par de días antes. Ben miró los dos cadáveres y pensó: *Más suerte la próxima vez, gilipollas*.

Enfundó la Glock y se dirigió a la entrada de servicio que daba acceso a Manhattan Avenue. La protegía una reja, pero él la saltó. Luego sacó el teléfono móvil sin dejar de caminar. Alex lo atendió de inmediato.

—Soy yo. No volváis al hotel. Yo estoy caminando dirección norte por West Bayshore, paralela a la autopista. ¿Sabes dónde estoy?

—¡Claro!

—Bien. Regresa por Woodland hasta Euclid, de ahí a West Bayshore. Conduce con normalidad.

—¿Por qué no iba a conducir con normalidad? ¿Qué pasa?

—No pasa nada, tú límitate a hacer lo que te he dicho.

Colgó. Al cabo de dos minutos, oyó que se acercaba un coche por detrás. Se volvió, pronto a sacar la Glock, pero se trataba de Alex. Éste se detuvo junto a él y, apenas estuvo dentro, antes siquiera que la portezuela se hubiera cerrado, Ben dijo:

—¡Vamos!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alex.

—Tú conduce. Bien y despacio. Pasa por Menlo, luego por la 280. Mientras, os lo

cuento.

Sarah se volvió y lo miró.

—Tienes sangre en la cara —observó. Mierda, debió de haber sido cuando le dio el cabezazo al Ivan. Se miró en el espejo retrovisor y se limpió con un poco de saliva—. No será sangre tuya...

Ben sonrió, al tiempo que notaba que empezaba a marearse, consciente de que le quedaban unos diez segundos hasta que le entraran los temblores.

—Eres muy amable —dijo.

—¿Qué diablos ha pasado? —volvió a preguntar Alex.

Se acercaban a un tren de lavado automático en Oak Grove.

—Métete ahí y abre el maletero. Necesito algo de dentro.

Alex se introdujo en una de las plataformas. Ben salió y sacó las verdaderas matrículas del coche. Reemplazó las que había robado y colocado en el coche antes de reunirse con Alex en el Four Seasons. Metió el juego robado en su bolsa y sacó una pistola sin usar, otra Glock 17. Más tarde, cuando no estuviera la muchacha delante, se desharía de la pistola manchada y de las placas.

Subió al coche y Alex arrancó.

—¿Has cambiado las placas de la matrícula? —preguntó Sarah.

—No había más remedio. Los vecinos habrán oído los disparos. Estoy seguro de que muchos de ellos miraban por las ventanas. Aunque estábamos a varias manzanas de donde se produjo el tiroteo, alguno puede haber visto que me recogíais. Es posible incluso que alguno haya apuntado el número de la matrícula. No hay razón para que corramos un riesgo semejante.

—¿Un tiroteo? —exclamó Alex—. ¡Jesús, Ben!

—¿De dónde sacaste las placas? —quiso saber Sarah.

—Me las prestaron.

Alex se volvió a mirarlo. Tenía los ojos abiertos de par en par.

—¿Has...? Quiero decir, ¿le has disparado a alguien?

—Los ojos en la carretera, Alex. Haz tu trabajo y deja que yo haga el mío.

—No me lo puedo creer —declaró Alex ya con la vista al frente—. No me puedo creer que esto esté pasando.

—Eran dos, amigo —informó Ben—. Esperaban en un coche robado aparcado cerca del tuyo. ¿Crees que estaban allí para felicitarte el cumpleaños?

—Pero sólo porque estaban allí, cómo podías saber...

—Alex. Calla la boca y conduce, maldita sea.

Esto le hizo callar. El gilipollas. Ni siquiera un indicio de que fuera a decir algo parecido a: *Jo, Ben, gracias por ocuparte de esos dos tipos, porque de no haber estado tú aquí ya me habrían matado. Te lo agradezco.*

—¿A dónde vamos? —preguntó Sarah.

—A la ciudad —contestó Ben—. Nos vamos a quedar en un hotel por unos días. Vosotros dos os vais a dedicar a esa tecnología. Y yo voy a seguir la pista de lo que

acabo de descubrir.

—¿Y qué es lo que acabas de descubrir? —preguntó Sarah.

Ben titubeó. Seguía sin confiar en ella. No le parecía que los rusos fueran del gobierno. Alguien del gobierno no habría andado por ahí con las carteras encima, habrían operado sin dejar rastro. Y habrían sido más avispados en su puesto de vigilancia cerca del coche de Alex. No habrían dejado que Ben se acercara como lo había hecho.

Su hipótesis era que se trataba de la mafia rusa. Lo que significaba que o bien iban detrás de la tecnología o, más probable, un tercero los estuviera usando como tapadera. No sería la primera vez. Sin ir más lejos, la CIA había utilizado a la mafia para perseguir a Castro en la década de los sesenta. No era para nada impensable que el gobierno iraní hubiera encargado un trabajito a *gangsters* rusos. Los dos países solían trabajar juntos en secreto. Lo acababa de comprobar personalmente en Estambul.

Y ahora tenía también otro problema en el que hubiera debido pensar antes. La muchacha, a la que ni siquiera conocía, y cuya presencia le había impuesto Alex, se había convertido en un testigo material de un doble homicidio. Ciertamente, no le había visto apretar el gatillo, y se había guardado de sumarse a las alegaciones históricas de Alex, pero la información con la que contaba podría ser muy perjudicial.

Pero algo tenía que contarles. En caso contrario, iban a andar a tientas cuando trataran de profundizar en la tecnología. Y quería que la muchacha supiera que la amenaza que se cernía sobre ella no era algo de lo que la policía pudiera protegerla. Debía disuadirla de caer en la tentación, cosa que en su opinión iba a producirse con frecuencia en los días siguientes, de abogar por un comportamiento bueno y civilizado, implicándole a él en ello.

—Les he oído hablar —empezó a explicar Ben—. Eran rusos. ¿Se os ocurre alguna razón para que los rusos quieran Obsidian?

—¿Rusos? ¿Hay rusos metidos en esto?

—Parece que vosotros dos atraéis a todos los malos —observó, Ben tras hacer un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alex.

—Veo dos posibilidades. Una, eran del FSB, es decir el nuevo KGB. Lo que significaría que quien os quiere ver muertos es el gobierno ruso.

—¿Y la otra posibilidad? —quiso saber Sarah volviendo la cabeza hacia él.

—Eran de la mafia rusa.

—¡Bravo! —observó Alex, que sacudió la cabeza pero no apartó la mirada de la carretera—. Los que nos quieren ver muertos o son de la KGB o de la mafia rusa.

—Dudo que vuestro problema tenga relación directa con la mafia rusa —puntualizó Ben—. En mi opinión, alguien les ha contratado. Pudiera ser el FSB. Pudiera ser cualquier otro. Así pues, os vuelvo a preguntar, ¿se os ocurre alguna razón para que el gobierno ruso quiera Obsidian?

Permanecieron en silencio un momento.

—Nada especial con Rusia —dijo Alex finalmente.

—Bien, no perdáis de vista la conexión, como punto de referencia. Yo voy a investigar con mi gente para ver si puedo enterarme de con quién trabajaban. O para quién.

19 - El Ritual

Prosiguieron por Menlo Park, luego Sand Hill Road para desembocar en la 280. Iban en silencio, y Ben observaba al pasar las verdes laderas y, sobre ellas, el intenso azul del cielo salpicado de unas nubes brillantes y blancas. Era surrealista.

Rara vez debía enfrentarse a las secuelas de un trabajo. Por regla general se limitaba a alejarse y desconectaba de inmediato con lo que había dejado atrás. Pero en aquella ocasión... con todo aquello encima. Lo increíble era que una parte de él estaba disfrutando. Tal vez fuera por los vertiginosos efectos secundarios de lo que acababa de pasar, pero la situación en su conjunto era un desafío del carajo y, hasta el momento, estaba saliendo bastante bien parado.

Pasaron Crystal Spring Reservoir, un trecho de azul resplandeciente. Ben había decidido tomar la 280 en lugar de la 101 porque como era más accidentada tendría más tiempo para pensar mientras se dirigían a la ciudad. Pero ahora se alegraba de poder disfrutar de aquel paisaje. Había olvidado lo bonita que era aquella carretera. Incluso cuando, siendo un niño, era un lugar espantoso: un trecho interminable de letreros, vallas publicitarias y naves industriales pegadas al mismísimo borde de la carretera.

—¿Por qué en el centro? —quiso saber Sarah—. ¿Por qué no un hotel del aeropuerto? Sería anónimo, ¿no? Y hay docenas arriba y abajo de la carretera 101.

—Tú misma te has contestado —le dijo Ben.

—¿Porque es el primer sitio en el que he pensado?

—Correcto. Es el primer sitio adonde apuntarían ellos si amplían el radio de búsqueda.

Había una segunda razón, más importante, pero Ben no la mencionó. En San Francisco podría probar mejor a la chica y sorprender a quien actuase en base a la información que él le iba a dar.

—No sé vosotros —intervino Alex—, pero yo necesito desayunar algo. ¿Podemos pararnos en algún sitio para tomar un café, y tal vez una pasta?

—Como quieras —concedió Ben.

—Conozco un sitio —dijo Sarah—. El Ritual Coffee Roasters, en Valencia, en la Misión. Toma la salida de la avenida San José, luego gira a la izquierda en...

—Ya sé cómo se va a la Misión —la interrumpió Alex—. Dime solamente entre qué calles.

—Entre la veintiuno y la veintidós.

A Ben no le hizo gracia que fuera Sarah quien hubiera decidido el sitio adonde iban a ir, pero no se le ocurrió ninguna razón táctica para objetar. No llevaba teléfono móvil. No podía avisar a nadie de nada. Por consiguiente, al menos que el Ritual Coffee Roasters fuera en realidad la fachada de alguna organización diabólica de la

que Sarah tuviera un número secreto, parecía un lugar adecuado.

Por un rato.

Ben reconoció el sitio por el gentío que había delante; una cola de más de seis metros de largo fuera del establecimiento, compuesta en su mayoría por veinteañeros con pantalones de cintura baja, barba incipiente o *piercings*, o los dos. Encima había un letrero rojo donde aparecía la silueta blanca de una taza de café con una estrella sobre ella, y que a Ben le recordó vagamente la bandera de la China comunista. Tardaron diez minutos en encontrar un sitio para aparcar porque la calle estaba muy concurrida, y Ben se negó en redondo a que Alex aparicara en un sitio prohibido, aunque fuera para poco rato. Antes se comería una bala que correr el riesgo de que un aburrido policía municipal les pusiera una multa donde quedaría registrada la hora y el lugar.

Mientras hacían cola, Ben inspeccionó el entorno. Parecía un barrio de moda: edificios de dos y tres plantas con fachadas de color verde, amarillo y rosa; tiendas con nombres como Lost Weekend Video, Aquarius Records y Beadissimo; restaurantes étnicos y bares uno junto al otro, un taller de reparación de coches de importación, una lavandería automática y una tintorería «respetuosa con el medio ambiente», fuera lo que fuera lo que esto significara.

—Espero que nos den un buen café —gruñó Ben.

—Vale la pena tomarse la molestia de venir —afirmó Sarah—. Ya verás.

La cola se movía más deprisa de lo que habían esperado. Dentro había mucho jaleo: una música con un ritmo trepidante que retumbaba a través de unos altavoces que había en el techo; el murmullo de cincuenta conversaciones procedentes de las mesas y sillones diseminados por el local y de los taburetes junto a la barra; el ruido del vapor de la máquina de café accionada a mano. Una de cada tres personas estaba utilizando un ordenador portátil, todos Macs, y los cabellos eran de muchos colores diferentes, entre ellos fucsia y magenta. Era un local de aquellos en la onda y, en su conjunto, no demasiado del gusto de Ben, pero éste tuvo que reconocer que el ambiente no era afectado y que el olor a café recién molido compensaba los defectos que pudiera achacarle al local.

Uno de los camareros, un chico blanco de veinte y pico años con barba y un sombrero Panamá, les sonrió.

—¡Hola, Sarah! —exclamó, y Ben pensó: *Maldita sea, ¿la conocen?*

—Hola Gabe —le contestó Sarah—. Lo de siempre para mí.

—Será el segundo de hoy. No habrá quien te aguante —comentó Gabe para luego mirar a Ben y Alex—. ¿Amigos tuyos...?

Alex pidió un café con leche y un bollo; Ben, haciendo esfuerzos para contener su ira, pidió una cosa llamada Guatemala Cup of Excellence. Alex sacó la cartera y él vigiló que pagara en efectivo.

Se quedaron esperando al extremo de la barra.

—¿No os he dicho hace un rato que no debéis ir a sitios donde os conocen? —

dijo Ben—. Primero el director del Four Seasons, ahora esto... desde luego chicos sois increíbles.

Sarah se llevó una mano al oído y luego señaló el techo, refiriéndose a la música.

—¿Qué decías?

Él acercó la boca a la oreja de ella, y repitió lo que había dicho.

—Jo, mierda. Lo siento, tienes razón.

Por todos los santos, pensó él. ¿Cómo podía la gente ser tan estúpida?

Siguieron esperando. El camarero puso los cafés sobre la barra. Ben alargó el brazo por delante de Sarah para alcanzar el suyo, y ella se estremeció. Ben lo comprendió todo.

Le tenía miedo. Ella podía acusarlo ante la policía de un doble homicidio y tenía miedo de lo que él pudiera hacer. Los había llevado allí para tener testigos.

Se sintió a la vez impresionado ante la ocurrencia y horrorizado por lo que significaba: haber llegado al punto de que una muchacha, alguien que con toda probabilidad no había hecho nada malo, lo mirase y temiera por su vida...

Un soldado Delta que había conocido en Mogadiscio le dijo en una ocasión que podías decir el tipo de guerrero que eras por la forma en que la gente que se supone debes proteger reacciona ante ti. ¿Les tranquiliza tu presencia? ¿O te tienen miedo?

¡Jesús!

Tomó un sorbo de café e hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Es bueno.

—Sí.

Él hizo un movimiento vago con la mano.

—Y tú, ¿vives por aquí?

—Es mi barrio —contestó ella conforme se echaba azúcar en el café.

Claro, está clarísimo.

—¿No te molesta tener que hacer un recorrido tan largo para ir a trabajar?

Ella lo miró, y Ben comprendió que estaba decidiendo si ser cauta o no.

—No es tan grave —contestó finalmente—. Tomo la 280 y es un momento. Y compensa vivir en San Francisco. ¿Vosotros no nacisteis aquí?

—No en la ciudad —contestó él según echaba una ojeada alrededor. Era muy poco probable que alguien supiera dónde tomaba ella el café y estuviera vigilando el lugar. Pero no quería descartarlo—. En Península, Portola Valley.

—Vale, pero eso también forma parte de San Francisco, ¿no?

—Hace mucho tiempo que no venía por aquí —explicó, para luego apartar la mirada.

Lo cierto era que, si bien no podía explicar la razón, se sentía incómodo estando en la ciudad. No se trataba de nada físico, evidente... era otra cosa. Apartó aquella sensación y se dijo que ya la examinaría más adelante.

Se sentaron en la parte de atrás, donde la música no sonaba tan fuerte, en unos sillones de cuero negro junto a unos sacos de arpillera que contenían unos sesenta

kilos de café y una gigantesca máquina tostadora. Había una puerta trasera, abierta, y Ben se asomó antes de sentarse. Daba a un patio donde había unas bicicletas, seguramente de los empleados, unas macetas con plantas y algún que otro objeto curioso, y todo rodeado por una valla. Como se podía saltar la valla sin problema, tanto para entrar como para salir, se dijo que mejor estar pendiente de ella.

—¿Dónde vamos a ir? —quiso saber Alex.

Ben había estado reflexionando sobre ello. Quería un lugar lo bastante grande para pasar desapercibidos, pero tampoco aquel tipo de hotel grandioso donde el vestíbulo siempre está lleno de congresistas y, por consiguiente, un lugar perfecto para tenderles una emboscada. Lo más probable es que no llegara el caso, pero había aprendido, tanto en el entrenamiento como en el duro combate, que una buena defensa siempre está planificada.

El otro requisito era que quería estar en una parte de la ciudad que él conociera. Esto limitaba el área a más o menos North Beach, un barrio que se componía sobre todo de edificios bajos pintados con brillantes colores y cuya construcción se remontaba a 1906, cuando, tras el devastador terremoto y el subsiguiente incendio de aquel año, hubo que reconstruir gran parte de la ciudad. De hecho, antaño, la zona había sido una playa, pero hacía tiempo que la ciudad se había extendido hacia el noreste de la bahía, y ahora sólo el nombre servía para recordar lo que había sido en el pasado. Era allí adonde acudían él y sus amigos los fines de semana en la época del instituto; se colaban en los bares de Little Italy, que eran poco estrictos con la edad, se ponían las botas de comida china en la adyacente Chinatown, y se lo pasaban en grande curioseando en los locales de chicas y en las librerías para adultos. Seguramente el barrio había cambiado mucho desde entonces, pero por lo menos tenía una idea de la zona. Una ventaja para él.

—¿Os acordáis de un sitio en North Beach? —preguntó—. En la esquina de Broadway y Columbus. Se llamaba algo así como Motor Inn. No sé si existirá todavía. Era un edificio azul, con mucho cristal.

—No estarás hablando en serio —replicó Sarah.

—¿Qué tiene de malo?

—Es cutre total, eso es lo que tiene de malo. Hay que estar realmente desesperado para ir allí.

—¿No has aprendido la lección? Estáis desesperados.

—Yo no estoy desesperada.

—¿Qué me dices del otro Four Seasons? —sugirió Alex.

Ben no sabía siquiera que hubiera un Four Seasons en la ciudad. Debía de ser nuevo.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Al sur de Market.

Ben movió la cabeza en sentido negativo. Estaba demasiado lejos para lo que él quería.

—No es buena idea. Ya has estado en un Four Seasons. No quiero repeticiones.

—Está bien —aceptó Alex—. El Ritz-Carlton.

—Cielo santo, ¡tenéis gustos realmente caros vosotros dos! Deberíais escribir un libro: *La vida en un hotel de cinco estrellas*. ¿No conocerás al director también allí?

—No, nunca he estado.

De hecho, el Ritz-Carlton podía ser una buena opción. Estaba en el límite de Chinatown, a unos quinientos metros del corazón de North Beach.

Allí se dirigieron. Mientras Alex y Sarah esperaban en el vestíbulo, de suelo de mármol cubierto de diseminadas alfombras orientales, Ben presentó una tarjeta de crédito a nombre de uno de sus alias con los que viajaba, y pidió dos habitaciones comunicadas en el cuarto piso. Solicitó dos tarjetas de acceso por habitación, pero a Sarah le dio sólo una.

—Te devolveré el dinero —le dijo Alex.

—Claro que lo harás.

Las habitaciones eran de superlujo: techos altos, cortinajes suntuosos, moqueta estampada, muebles elegantes. También preciosas vistas sobre Coit Tower y la bahía.

—Os explico cómo vamos a funcionar —empezó a ordenar Ben—. Alex y yo nos quedamos en esta habitación. Sarah, tú ocuparás la contigua. Yo voy a salir a comprar algunas cosas y a investigar sobre la identidad de los rusos. Vosotros dos poneos con lo de Obsidian.

—Tarde o temprano voy a necesitar algo de ropa —dijo Sarah.

—Nos ocuparemos de eso más tarde. —Replicó Ben—. Veamos cuánto adelantamos hoy.

—Dadme diez minutos —le dijo Sarah a Alex, antes de dirigirse a su habitación por la puerta de comunicación.

—No me fío de ella —afirmó Ben apenas la puerta se hubo cerrado.

—¿Qué?

—Alguien sabía dónde estaban los archivos desaparecidos.

—Sí, pero tú mismo has dicho...

—Es una cuestión de probabilidades. Mucho cuidado con ella.

—Ben, eres un... paranoico.

—Gracias por el cumplido. Escucha, voy a echar un vistazo por la zona. Mientras yo esté fuera, ten la puerta cerrada y cuelga en la parte exterior de la puerta el letrero de no molestar. Si llaman, no contestes.

—¿Y si no se marchan?

Ben extendió la mano y sacó la pistola de reserva de su funda. Se puso de pie y le mostró el arma a Alex.

—¿Has usado alguna vez una de éstas?

—No —contestó Alex con los ojos abiertos de par en par.

—Es muy fácil. Es una Glock 26. Nueve milímetros, una bala relativamente pequeña pero también relativamente silenciosa. Aunque a ti te parecería un cañón. No

tienes que preocuparte del seguro, y ya hay una bala en la recámara. Apuntas al blanco y aprietas el gatillo. Mézetela en el bolsillo y no juegues con ella. Eso es todo.

Alex, incómodo, asintió de todas formas. La triste verdad era que, para cuando Alex, en caso de apuro, tuviera los cojones de usar la pistola, probablemente sería demasiado tarde. El entrenamiento adecuado consistía tanto en la preparación mental y emocional como en la habilidad física. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? No podía dejar a Alex indefenso.

—Hasta que no estés listo para disparar, mantén el dedo apartado del gatillo y del guardamonte —instruyó Ben—. Y ni siquiera apuntes a nada hasta que no estés preparado para disparar. Lo harás bien, ya verás.

—Pues yo no estoy nada bien —replicó Alex.

—Créeme, te sentirás mejor cuando veas que tienes algo con que defenderte.

Echó las cortinas, y luego se dirigió al escritorio donde arrancó una hoja del bloc de notas que había junto al teléfono. La dobló en cuatro y, con un trozo de cinta adhesiva de tela que sacó de su cartera, la pegó sobre la mirilla de la puerta, a modo de solapa.

—Así, si necesitas controlar la llegada de alguien por la mirilla —le explicó a Alex—, la persona de fuera no podrá saber que estás dentro. Con las persianas echadas, no se proyectará ninguna sombra por debajo de la puerta. Lo único, acércate mucho antes de levantar el papelito.

—Es verdad que vives así. Me parece increíble.

—Volveré dentro de una hora aproximadamente. Si pasa algo, me llamas al móvil.

Anotó el número y se marchó.

20 - Dentro de mil años

Ben se paró en el mostrador de recepción y preguntó si había habido alguna llamada desde la habitación que ocupaba Sarah. Tenía preparada un historia en caso de que el recepcionista preguntara, algo sobre su manirrota prima Sarah que tenía la mala costumbre de hacer un uso excesivo del teléfono y del servicio de habitaciones, lo que enfurecía a su abuelo, que era quien pagaba la cuenta, pero el recepcionista le dijo que no, que no se habían producido llamadas.

Bien. Ella no había tratado de llamar a nadie. Por lo menos de momento.

—Resulta que vamos a necesitar una habitación más —dijo—. A ser posible en el mismo piso.

—Claro, señor. Déjeme ver si hay alguna libre.

Tuvieron suerte, había una tercera habitación, justo enfrente de las suyas. Ben tomó dos tarjetas de acceso para esta habitación extra, y se las guardó en bolsillos separados, por orden alfabético y en el sentido de las agujas del reloj. Alex delante izquierda; Ben delante derecha; Sarah detrás. Una tontería, como doblar el extremo de un rollo de papel adhesivo, pero ahorrraba tiempo si era necesario.

Mientras salía, examinó el vestíbulo. Pequeño, sólo un par de rincones para sentarse, todo a la vista del portero y de los recepcionistas. No era el sitio más adecuado para instalarse y ponerse a esperar. Después de un corto tramo de escaleras de mármol, visible desde donde estaba, había un salón de té. Al fondo, una mujer tocaba el arpa, y el suave sonido que originaba no podía haber sido más incongruente.

Salió a la calle y miró en torno a él. Había algunos coches aparcados delante del hotel, todos ellos vacíos, y daba toda la impresión de que para encontrar un sitio en aquella calle hacía falta una paciencia de francotirador. No había ningún lugar donde uno pudiera quedarse esperando dentro de un vehículo. Y los edificios circundantes eran todos casas particulares. Tampoco allí era posible una emboscada premeditada. A juzgar por el vestíbulo y la calle, Alex había escogido un hotel que era un objetivo razonablemente difícil. Si bien lo había hecho sin ser consciente de ello.

Dio la vuelta a la manzana y, después de orientarse, se encaminó al norte. Los pináculos de la iglesia de San Pedro y San Pablo brillaban a la luz del sol de mediodía y, detrás de ellas, podía verse el azul de la bahía, la isla Ángel y, más allá, las verdes laderas de Tiburón. Bajó por la inhóspita escalera del túnel de la calle Stockton. Las paredes de cemento estaban repletas de grafitis y de manchas de meados. Un letrero advertía de que había videovigilancia. *Sí, Gracias por controlarnos.*

Cruzó la calle California y el sonido vibrante de los cables del tranvía deslizándose por sus raíles metálicos le recordó una excursión a la ciudad con sus padres, Alex y Katie. Su padre les había explicado que se llamaban tranvías porque de hecho rodaban arrastrados por unos cables metálicos. Ben y Katie se hicieron los

tontos y no dejaban de preguntar: *¿Qué? ¿Por qué se llaman tranvías?* Alex era demasiado pequeño para entender el juego y su padre demasiado serio, fiel a su papel de ingeniero. Alex y el padre siguieron dando diferentes versiones de la explicación obvia —*Los llaman tranvías porque son coches pero los impulsan unos cables*—, al tiempo que acompañaban sus palabras con gesticulaciones cada vez más exageradas, hasta que al final los otros no pudieron aguantar más la risa y se pusieron a gritar: *¡Ah! ¡Es por eso que se llaman tranvías!* El padre, después de comprender que le habían estado tomando el pelo, se unió a sus risas. Alex no quiso compartir la broma, seguramente, inseguro como era, sospechaba que había sido el origen de aquélla.

Continuó por la calle Stockton hasta Chinatown, donde se unió a una masa densa y lenta de transeúntes que se apretujaban entre los puestos de comida y las tiendas de regalos que había en una de las aceras, y las máquinas expendedoras de diarios, los carteles y los parquímetros en la otra. Le rodeaba una cacofonía más bien sorda: tenderos que pregonaban su mercancía en chino, bocinazos, la tradicional música de cuerda que sonaba sentimental desde los altavoces colgados de los brazos de los toldos. En el aire se entremezclaba el olor de elixires de hierbas con el gasoil que despedían los autobuses. Un viento frío barría las calles que iban de este a oeste, y la ropa que colgaba de las sombreadas ventanas de las casas de vecinos se retorció en todas las direcciones y parecía un ejército de fantasmas maniatados que forcejeasen para liberarse.

Cortó por la calle Clay y luego se metió a la izquierda en un callejón sin nombre cuyas paredes aparecían manchadas de oscuros borrones de pintura que querían cubrir los grafitis de debajo, y donde había varios contenedores de basura y *palets* de madera podrida. Unas cuantas palomas, en busca de restos de comida, abrían la marcha delante de él con paso espasmódico. El aire era húmedo y fétido. Se apoyó contra la pared y esperó tres minutos. Todos los rostros que cruzaban por el callejón eran asiáticos. Nadie le seguía y nadie le prestaba atención. Siguió su camino.

Cuando consideró que se sentía de nuevo familiarizado con la zona, volvió al hotel, pero sin dejar de mirar atrás ni comprobar los mejores puntos para una posible emboscada mientras caminaba. Volvió a preguntar en recepción. No había habido llamadas desde ninguna de las habitaciones. Bien.

Introdujo su tarjeta de acceso en el cuarto de Alex y no funcionó. Bien, Alex había puesto el seguro interior.

—Alex —dijo—. Soy yo. Abre la puerta.

Alex abrió la puerta y Ben entró. Sarah estaba de pie delante del televisor.

—Sales en el canal cuatro —informó Alex—. KRON, la nueva emisora de la bahía de San Francisco.

Ben miró. Un doble homicidio fuera del hotel Four Seasons de Palo Alto. Víctimas no identificadas. La policía investigando.

—No sé por qué pensáis que esto tiene nada que ver conmigo —dijo Ben.

Sarah lo miró pero no dijo nada. Ben cogió el mando y apagó el televisor.

—Vosotros dos estáis aquí para hacer un trabajo —manifestó, sin tomarse la molestia de evitar que la irritación se notase en su tono de voz—. Mirar la televisión no mejorará vuestra situación. Investigar Obsidian, sí.

Sarah se lo quedó mirando y él pensó que iba a salirle con alguna de las suyas. Pero no lo hizo. Se limitó a dirigirse al escritorio y a sentarse frente a uno de los dos ordenadores portátiles abiertos. Mierda, había considerado la posibilidad de que Sarah hiciera una llamada telefónica, pero ni siquiera se le había ocurrido comprobar la bolsa con el portátil. Cerró la puerta de entrada y corrió las cortinas.

—¿Es tu portátil? —preguntó Ben, conforme se acercaba y echaba una ojeada a la pantalla.

No tenía abierta ninguna página de correo electrónico, ni de chat, pero eso no quería decir nada. Le habrían bastado treinta segundos para mandar un mensaje, y él no tenía forma de saberlo.

—Acabábamos de empezar —explicó Sarah—. Hemos conectado los dos portátiles como si fueran una red local. Usaremos la LAN para codificar los archivos de Obsidian y enviárnoslos del uno al otro.

—¿Qué es esa música? —preguntó Ben.

De uno de los ordenadores salía una melodía. No lo había advertido antes a causa del televisor encendido.

—*Canto fúnebre*, de un grupo de Las Vegas llamado Death —explicó Sarah—. Hilzoy incluyó un archivo MP3 en Obsidian e introdujo una orden para que sonara cuando el programa estuviera abierto. Lo estábamos escuchando para ver si era algo más que únicamente una canción que le gustaba a Hilzoy.

—¿Y?

—Nada.

—Lo cierto es que escogió un título adecuado. Pongámonos a trabajar, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Sarah.

No había sombra alguna de la susceptibilidad a que lo tenía acostumbrado. Su tono neutro y grave le produjo otra desagradable sensación interior, como la que había tenido en la cafetería. Pero, pensándolo bien, tal vez no fuera tan malo que le tuviera un poco de miedo, que le asustara lo que pudiera pasar si cometía alguna estupidez como contactar con la policía para contarle lo que sabía sobre lo que había ocurrido junto al Four Seasons aquella mañana.

—Tengo que volver a salir —informó—. No sé cuánto voy a tardar. Llamadme si hay algún problema.

Se encaminó hacia el norte, luego tomó un taxi para ir a Baker Beach, en el extremo norte de la ciudad, donde se consideraba que daba comienzo la propia bahía de San Francisco. Se quitó los zapatos y se puso a caminar por la blanda arena que el sol había calentado agradablemente. Una fría brisa marina llenaba el aire, y desde algún lugar de la bahía sonó la sirena, larga y quejumbrosa, de un barco. Un hombre

paseaba con un *golden retriever* que corría por la orilla pero, aparte de ellos, la playa estaba desierta.

Se acercó al agua; a su derecha, a unos cuatrocientos metros, tenía el inmenso puente Golden Gate; a su izquierda, unos abruptos acantilados coronados de unas casas que gozaban de unas vistas espectaculares. Se quedó mirando el Pacífico un momento, y se dejó llevar por el ritmo eterno de las olas que chocaban contra las rocas y formaban montones de arena mojada; siguió la secuencia del bramido del impacto, seguido del rumor del agua acercándose y alejándose, y el bramido otra vez. Se preguntó cómo habría sido aquel lugar exacto hada mil años. Quitando el puente y las casas, seguramente era igual que ahora. El cielo y el agua; el sonido del viento y de las olas; un océano con otro nombre, olvidado mucho tiempo atrás. Sonrió, al pensar que dentro de mil años seguiría igual.

Cuando estaba en el instituto, iba allí muchas veces. Era un buen sitio para fumarse un porro, y todavía mejor para hacer el amor. Al pie de los acantilados había una formación rocosa sobre la que se podía saltar. Cuando la marea estaba baja, se podía llegar hasta el centro y permanecer aislado, escondido del mundo. Ben saltó ahora a las rocas, y le sorprendió con qué inmediata familiaridad encontró los puntos de apoyo, y todavía más la nostalgia que esto suscitaba en su memoria. Como la marea estaba alta, no podía llegar hasta el centro de la formación rocosa, pero tampoco era ese su propósito. Tomó la bolsa y sacó la Glock que había utilizado aquella mañana en el Four Seasons. Se quedó mirando el arma un momento, luego la desmontó y arrojó las piezas lo más lejos que pudo en el mar. Después, tiró también las matrículas. Difícil sería que se encontrara alguna vez algo de lo que había arrojado. Y aunque así fuera, no se podría descubrir la procedencia de la pistola, y el agua salada habría borrado hacía tiempo cualquier rastro de ADN.

Volvió a la carretera y tomó un taxi para volver a North Beach. En líneas generales el barrio seguía siendo el mismo, pero como hasta entonces había conocido la zona sólo de noche, le resultaba algo extraña a la luz del día. Era como ver a una prostituta que te había puesto caliente la noche anterior sin maquillaje a la mañana siguiente. Como beodos durmiendo una borrachera colectiva, se apiñaban clubes con nombres como Roaring Twenties, Garden of Eden, Condor Topless Bar y Hungry I. Sus letreros luminosos aparecían inertes, descoloridos a la luz del sol, y las muchas alfombras grises de caucho de las aceras constituían la única prueba del inquieto gentío que atraían por la noche. Un vagabundo vestido con una gabardina del color del liquen se detuvo ante un cubo de basura y empezó a rebuscar en su interior, ajeno a la presencia de Ben. Éste sacó un billete de veinte dólares de su cartera y, cuando el hombre levantó la vista, se lo entregó. El hombre miró primero el billete, luego le sonrió, con lo cual dejó al descubierto unas encías oscuras y dañadas. Ben lo vio alejarse arrastrando los pies y pensó: *De todas formas, eso no cambiará su vida.*

Encontró un cibercafé y sacó los billetteros de los rusos. Los permisos de conducir les identificaban como Grigory Solovyov y Yegor Gorsky. No consiguió nada en

Internet. Bien, tal vez alguna de esas agencias que formaban parte de la casi centenaria organización «Sopa de letras» tuviera algo sobre ellos.

Se le ocurrió una idea, una forma de poner a prueba a la muchacha. ¿Cómo se llamaba aquel club que había enfrente del bar Vesuvio... Pearl's o algo así? Buscó como Pearl's San Francisco y apareció a la primera: Jazz en el Pearl's. Una artista de nombre Kim Nalley iba a interpretar canciones de amor aquella noche a las ocho. *Bien, Kim, pensó. Canta una para mí.*

Salió a buscar una cabina telefónica y llamó a Hort, haciendo uso, como siempre, del dispositivo que distorsionaba las emisiones telefónicas.

—¿Alguna novedad sobre el ruso de Estambul? —preguntó.

—Nada. Nadie lo ha reclamado. En caso contrario, te lo habría dicho.

—Sí, ya lo sé. En realidad te llamo porque acabo de ver algo en las noticias y he pensado, demonios, tal vez haya alguna conexión.

—¿De qué se trata?

—Esta mañana en Palo Alto, han sido asesinados dos rusos. Bueno, lo referente a que eran rusos no salía en las noticias. Me he enterado por otro conducto.

Se hizo una pausa.

—No puedo evitar saber que estás llamando desde San Francisco —dijo luego Hort.

—Sólo de paso. Tengo que solucionar un par de asuntos personales.

—No voy a preguntarte si has tenido algo que ver con esos dos rusos asesinados.

—Bien, así no tendré que contestarte.

—¿Iban a por ti?

—No. A por mí no.

—¿Por qué crees entonces que puede haber una conexión?

—No lo sé. Sólo que... demasiados rusos últimamente. ¿Te digo sus nombres? Confío en que tú puedas decirme algo más sobre ellos. Creo que eran de la mafia rusa, pero no he encontrado nada más y supongo que la policía tardará en identificarlos.

—Adelante.

Ben le dio los nombres.

—En cuanto sepa algo, te llamo —dijo Hort—. Es posible que tarde un poco. Sigue siendo un calvario compartir información con el FBI y la CIA.

—Sí, ya lo sé.

—Por cierto, buen trabajo en Estambul. Me han dicho que los iraníes están hechos una furia. Creen que han sido los israelíes.

—Jo, eso está bien.

—Sí. Te haré saber sobre los rusos.

Ben colgó y echó a andar. De repente se sintió indeciso, para luego descubrir que se estaba dirigiendo a Kearny, una de las famosas calles empinadas de la ciudad. Había algo que le seguía inquietando, pero no era capaz de concretarlo. Se detuvo en

Filbert, justo debajo de Coit Tower, y contempló la parte oeste de la ciudad. Era otro lugar que les gustaba de pequeños. A diferencia de Columbus y Broadway, el corazón de North Beach, con sus restaurantes, clubes, tráfico y luces, los barrios superiores eran tranquilos y residenciales en su mayoría. Recordaba haber estado allí de noche, la pirámide Transamérica detrás de él y Coit Tower justo debajo, y escuchar el sonido del tráfico lejano y mirar el mar de faros atravesar el puente Golden Gate, y sentirse como si pudiera poseer todo aquello, no sólo aquella ciudad, sino cientos de otras como ella que en aquellos momentos apenas podía imaginar, poblaciones y lugares que sólo intuía, pero que las luminosas zonas debajo de él y la interminable oscuridad del Pacífico le prometían.

Y entonces comprendió qué era lo que le estaba inquietando desde que llegó a San Francisco. Cuando solía ir allí de niño, las visitas siempre eran divertidas y excitantes, cargadas de entusiasmo, inocencia y un estúpido optimismo. Había crecido en Península, allí abajo donde Alex seguía viviendo, y regresar allí no había tocado ninguna fibra emocional, tal vez porque se había creado una coraza al respecto. Parecía, en cambio, que con San Francisco era diferente. Sabía que él había cambiado desde que se había marchado de la bahía; eso había sido casi veinte años atrás, ¿y quién no cambia en veinte años? Y con toda la mierda que había visto y hecho, sabía que había cambiado más que la mayoría. Pero al volver allí había comprendido que la persona que solía ser no solamente había cambiado, sino que había desaparecido, y era la primera vez que se detenía a considerar si esa desaparición podía ser motivo de tristeza, tal vez incluso de dolor.

Se aclaró la garganta y escupió. Había sido una estupidez volver. Bien, ¿acaso Alex le había dejado elección?

Bajó de vuelta por Kearny y se encaminó a Molinari's, un establecimiento italiano de comidas preparadas que le gustaba, situado en la esquina de Columbus con Vallejo. Compró unos bocadillos y volvió al hotel, donde preguntó de nuevo en recepción cuando pasó por delante. Ninguna llamada. Pero eso no probaba nada. La muchacha era inteligente, él se había dado cuenta, y podía incluso haberse imaginado que él iba a comprobar si había utilizado el teléfono de la habitación. Si quería contactar con alguien, podía usar el ordenador.

Alex le abrió la puerta. Se fijó en la bolsa y dijo:

—Qué bien huele. Precisamente estábamos hablando de comida, parece increíble que sean casi las tres.

Ben sacó los bocadillos.

—¿Molinari's? —preguntó Sarah y, cuando Ben hubo asentido con la cabeza, añadió—: Un buen sitio.

A Ben no le hacía ninguna gracia que ella conociera tan bien la ciudad. Le daba ventaja sobre él.

—¿Habéis adelantado algo? —preguntó.

—Todavía no —contestó Alex.

Comieron sentados en el suelo. Cuando hubieron terminado, Ben se dirigió a Sarah.

—Sarah, ¿te importa si voy a echarme a tu habitación? Necesito descansar un rato, y aquí, con vosotros hablando...

—Tú mismo —le contestó Sarah.

Recogió su bolsa y cruzó la puerta de comunicación, que acto seguido cerró con llave. Había esperado que ella protestara, o que dijera que la dejara ir antes un momento, o que hiciera alguna otra cosa que despertara sus sospechas. Pero nada. A pesar de ello, aprovechó la ocasión para registrar rápida y furtivamente el cuarto. Tampoco nada.

Había previsto echar una siestecita de unos veinte minutos, pero cuando se despertó comprendió por la débil luz que entraba por la ventana que había dormido mucho más que eso. Consultó el reloj. Caray, eran casi las seis. Había dormido cerca de tres horas. Suponía que todavía se estaba rigiendo por el horario de Estambul. Pero se alegraba de haber descansado tanto rato. Era evidente que lo necesitaba.

Abrió la puerta de comunicación y miró lo que estaba pasando en la otra habitación. Alex y Sarah seguían sentados delante de sus respectivos ordenadores. Se acercó conforme se frotaba la cara.

—¿Alguna novedad?

—No —contestó Alex moviendo la cabeza—. Nada todavía.

Tras hacer un gesto de asentimiento con la cabeza, Ben se dirigió al cuarto de baño. Se duchó y se puso una camisa limpia de franela. Antes de salir del baño, escondió una de las tarjetas del tercer cuarto debajo de un cajón. Más tarde, cuando la muchacha no pudiera oírles, llamaría a Alex y se lo diría.

Regresó al cuarto. Ellos seguían trabajando con los ordenadores. Bien.

—A las ocho hay una actuación de *jazz* en el club Pearl's en Columbus —les explicó—. Voy a ir un rato y luego vuelvo.

—¿Desde cuándo te gusta el *jazz*? —quiso saber Alex.

—¿Cuándo fue la última vez que tú y yo hablamos de música? —replicó Ben mirándolo.

Recorrió la distancia de casi un kilómetro hasta la esquina de Columbus con Broadway en quince minutos. Habría podido hacerlo en cinco, pero había dado algún que otro rodeo para asegurarse de que no lo seguían. No entró en el club. Lo cierto era que no sabía nada de *jazz*, de Kim Nalley ni de nada similar, y si Sarah, a quien Ben consideraba cada vez más una astuta observadora, se hubiera molestado en sondearlo siquiera un poquito, habría encontrado una sospechosa falta de profundidad en sus conocimientos musicales. Pero no lo había hecho. Y él se había ido tranquilo.

Cruzó la calle, dando la espalda al club, y entró en el Vesuvio, el venerable bar de la generación *beat*, contiguo a otro icono *beat* igualmente famoso, la librería City Lights. El Vesuvio era uno de los bares donde, cuando estaban en el instituto, él y sus amigos se colaban de vez en cuando. Echó un vistazo y tuvo la extraña sensación de

haber retrocedido en el tiempo. El local no había cambiado nada en absoluto; allí estaban la larga barra de madera y las agradablemente apiñadas mesitas; así como la tenue luz de la araña y la iluminación de los apliques, que le daban a uno la sensación de entrar en una cueva secreta. Las paredes, del color del humo de tabaco, estaban cubiertas de reliquias de la época *beat*. El aire olía ligeramente a cerveza y a café. Igual que hacía veinte años y, por un momento, el contraste con el presente le dejó casi paralizado.

A una de las mesas estaba sentado un hombre mayor de pelo cano ataviado con una chaqueta gris de *tweed*. Bebía cerveza y leía el diario, y su presencia formaba parte integrante del lugar como las baldosas del suelo o las botellas amontonadas detrás de la barra. Como música de fondo, se oía una melodía de *jazz*, piano y saxofón, mezclada con los acordes disparejos de las conversaciones de los clientes sentados en la barra y en las mesas de alrededor. Ben pasó por delante de ellos y subió la estrecha escalera que había al fondo y que conducía al altillo tenuemente iluminado.

Estaba de suerte. Una de las mesas junto a la ventana que daba a la callejuela Kerouac y a la calle Columbus estaba libre. Se sentó y comprobó que tenía una vista perfecta de las puertas dobles y de la marquesina roja de la entrada del Pearl's. Miró el reloj. Las siete. Si algo debía de pasar, sería dentro de la siguiente hora, dos como máximo. Se acercó una camarera y pidió un café.

Si la muchacha se traía algo entre manos, le habría hecho saber a quien fuera dónde podían encontrar a Ben. A menos que se los hubiera cargado ya a todos, cosa que dudaba, Ben suponía que debían contar con otros recursos. Si no estaba equivocado, por el Pearl's iba a hacer su aparición un hombre, tal vez dos. En el caso de que fueran dos, uno esperaría fuera para que, a las malas, el objetivo sólo descubriera a uno de ellos. Si era uno, como es lógico entraría solo, para volver a salir después de haber comprobado que Ben no estaba dentro. Si aparecían, Ben se pondría en movimiento y los seguiría, y a partir de ahí, a improvisar.

Habría sido difícil de expresar lo que estaba buscando, pero —¿qué fue lo que dijo la Corte Suprema de Justicia sobre la obscenidad?—, lo reconocería apenas lo viera. Los hombres se mostrarían alerta y estarían vigilando el entorno. Tendrían una expresión deliberadamente despreocupada, si bien su actitud delataría su propósito. Irían vestidos con ropa oscura, anodina y sin marcas identificadoras. En sus ojos habría una mirada que él reconocería incluso desde el otro lado de la calle. La misma que brillaba en sus propios ojos.

Se fue tomando el café mientras observaba el tráfico que fluía arriba y abajo por Columbus y se fijaba en los peatones. El cielo, antes de color añil, se había vuelto negro; la calle había pasado de la luz del día a los neones. Hacia las siete y media, el Pearl's empezó a llenarse, sobre todo de parejas vestidas de forma informal pero elegante y que carecían de interés para él. Se hicieron las ocho, pero siguió sin ver lo que andaba buscando. Bien, iba a esperar hasta que acabara el espectáculo. De no

ocurrir nada, tampoco quedaría nada probado. Incluso así la chica podía estar involucrada; quizá su gente no había podido movilizarse tan deprisa. Al fin y al cabo, habían perdido a dos de sus hombres aquella mañana. Tal vez tuvieran dificultades para reunir un equipo.

Eran casi las ocho y media cuando vio a una atractiva mujer morena, vestida con una chaqueta corta de cuero negro que subía por Columbus. Él miró más detenidamente. Carajo, era Sarah.

Sin saber qué hacer, la vio entrar en el Pearl's. Carecía de sentido. Podía imaginar que fuera parte pasiva de la operación en la que se había metido Alex, alguien con acceso a información privilegiada, pero en absoluto que fuera una parte activa. Miró arriba y abajo de la calle, pero no vio nada fuera de lugar.

No tenía mucho tiempo para pensar. Iba a tener que improvisar sobre la marcha.

Sacó el teléfono móvil y llamó a Alex.

—Sólo quería comprobar que todo iba bien.

—Sí —le dijo Alex—. Nada nuevo. No hemos hecho grandes adelantos. Lo hemos dejado hasta mañana. Sarah ha salido a comprarse algo de ropa.

No le había dicho a Alex que iba al Pearl's. No sabía muy bien lo que podía significar.

—Quiero que hagas algo —dijo Ben, sin dejar de vigilar las puertas dobles a través de la ventana—. En el cuarto de baño, debajo del último cajón, hay una llave de hotel, una tarjeta de acceso. Es de una tercera habitación, la 758, al otro lado del pasillo. Vete allí. No te quedes donde estás.

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Nada, sólo precaución. Intento ser prudente, o llámalo paranoia si quieres. Pero no quiero que estés donde ella supone que estarás hasta mi regreso.

—Ben, yo trabajo con ella. La conozco. No está metida en esto.

—Sí, todo el mundo cree conocer a los demás. Pero entérate bien, he recorrido medio mundo para venir a ayudarte. Así que procura que no haya venido en balde, ¿de acuerdo?

Hubo una pausa, y Ben imaginó que Alex estaba echando chispas. Sí, bueno, al cuerno si no le gustaba oír la verdad.

—Sí, de acuerdo —convino Alex finalmente.

—Otra cosa. Cierra la puerta de comunicación y deja todas las luces encendidas. Y deja abiertas las puertas del armario y del baño.

—¿Algo más? —ironizó Alex.

Ben oyó el sarcasmo pero trató de que no le irritara. ¿Tan difícil era de entender que no quisiera volver a una habitación donde no pudiera comprobar fácilmente que estaba despejada?

—¿Por qué no te limitas a confirmar que vas a hacer lo que te he dicho? —dijo.

—Sí, lo haré.

—Bien. Te llamaré cuando vuelva.

Desconectó y se guardó el teléfono en el bolsillo.

Un minuto después, Sarah salía del Pearl's y echaba a andar en dirección sureste por Columbus, por donde había llegado.

Ben abrió una de las lunas de la ventana.

—¡Sarah! —llamó.

Ella se detuvo y miró alrededor. Pasó un autobús y se vio envuelta por un momento por el estruendo de un motor de gasoil.

—¡Sarah! —volvió a llamar—. Al otro lado de la calle. En la ventana.

Ella levantó la vista y lo vio. Le hizo un leve gesto de saludo con la mano.

Él miró arriba y abajo y no detectó problema alguno. ¿Qué pretendía? ¿Retenerle en el Pearl's mientras alguien visitaba a Alex? Podía ser. Bien, de momento Alex estaba a salvo.

No podía estar allí para cargárselo ella misma. No, imposible. Podía imaginar que fuera un agente de información, o algo por el estilo, pero no la mano que apretara el gatillo. No la veía así.

Claro que, si él se equivocaba, el precio del error podía ser alto.

—Sube —dijo.

21 - Mejor así

Alex había bostezado tres veces en una hora, y los dos últimos bostezos habían sido contagiosos.

—Estamos en un callejón sin salida —comentó Sarah mirándolo—. Yo propongo descansar por esta noche.

Alex se la quedó mirando con aquella mirada indescifrable propia de él, pero luego su expresión se suavizó.

—Tienes razón —concedió—. Debemos abordarlo desde ángulos diferentes para ver dónde nos estamos perdiendo, y eso no lo vamos a conseguir si no descansamos. ¿Tienes hambre?

Como ella había previsto la pregunta, tenía preparada la respuesta.

—No, ahora no. Voy a salir un momento para comprarme algo de ropa. ¿Nos vemos por la mañana?

—¿Las siete es demasiado temprano? —propuso él.

—No, está bien. De todas formas, dudo que pueda dormir bien esta noche. Todo esto es tan increíble.

Se dirigió a su habitación por la puerta de comunicación, se desnudó y se metió en la ducha. Durante todo el día, algo había estado rondándole la cabeza, y si no se ocupaba de ello, reventaría.

El día había empezado de forma extraña, para convertirse en una verdadera pesadilla. Habían desaparecido sus archivos. La inesperada llamada de Alex. Luego aquel tipo en el despacho de éste, que tenía toda la pinta de ser peligroso, pero que había resultado ser el hermano de Alex. Cuando le habían contado lo que estaba ocurriendo se había quedado preocupada, pero no se había asustado. Pensándolo bien, comprendía que si había hecho gala de una relativa sangre fría era porque no había captado bien la situación. No había creído que pudiera estar realmente en peligro. Sí, había comprendido que probablemente la policía no podía ayudar y había aceptado marcharse con Alex y Ben para intentar descubrir qué había de tan valioso o peligroso en Obsidian. Era casi como un juego, una especie de aventura, una ruptura de la rutina. Y luego Ben había vuelto del aparcamiento del Four Seasons con sangre en la cara, y ella había visto la noticia en la televisión, y había comprendido que el hermano de Alex era alguien capaz de matar a dos hombres, unos *gangsters* según parecía, con la misma facilidad con que la mayoría de la gente se servía una taza de café. ¿Capaz de matar? Peor, los había matado. No había otra explicación.

¿Y qué iba a hacer ahora? ¿La había convertido, o se había convertido ella solita, en cómplice? En el segundo curso de leyes, había optado por Derecho penal, pero, apenas transcurridos cinco minutos de la graduación y del examen final, lo había borrado todo de su mente. Por consiguiente, no sabía hasta qué punto todo aquello

podía perjudicarla legalmente. Y lo legal podía ser el menor de los problemas.

Sabía que él no se fiaba de ella. La forma de mirarla, cuando había pasado disimuladamente para ver lo que había en la pantalla de su ordenador portátil... ¿Tenía miedo de que ella se pusiera histérica y acudiese a la policía? ¿Y qué haría él si ella lo hacía?

Había dos formas de enfrentarse a la situación. Podía tener la boca cerrada y confiar en que todo saliera bien. O podía enfrentarse directamente con el problema.

Salió del hotel y se encaminó hacia el norte por la calle Stockton. La noche era fría y clara, y una luna creciente brillaba baja en el cielo. El barrio de Chinatown estaba tranquilo, pues casi todas las tiendas habían cerrado ya y se ocultaban tras unas rejas metálicas. Como algunas de éstas tenían puertas y muchas permanecían abiertas, podía vislumbrar a familias que cenaban y amigos que jugaban a cartas, y le llegaba el olor del arroz hervido y de los dulces, así como el sonido de risas y conversaciones en un idioma musical que le habría gustado comprender. Detrás de algunas puertas se veían unas escaleras empinadas y estrechas cuya parte superior desaparecía de su ángulo de visión. Y se preguntaba a qué habitaciones conducían, quién las bajaba cada mañana y cada noche, qué vidas se vivían en aquellos reductos ocultos.

Pasó por delante de un mural que honraba a los trabajadores chinos del ferrocarril. En su base, brillaban unos farolillos de papel que se estremecían con la brisa. Mientras observaba los viejos edificios de madera, con sus balcones pintados de verde y rojo y los aleros vueltos hacia arriba al modo asiático, dobló a la derecha por la calle Pacific. Un hombre mayor estaba cerrando su establecimiento, una tienda de hierbas en cuyo escaparate se exponían unos tarros de cristal llenos de especímenes asquerosos que sin duda procedían de la tierra, el mar o cualquier otro sitio posible. Cuando pasó por delante, él la saludó y le sonrió dejando al descubierto una boca desdentada; ella correspondió a su vez con una inclinación de cabeza y una sonrisa.

Salió a la calle Columbus, y la tranquilidad del atardecer en Chinatown se vio de pronto reemplazada por el tráfico y las luces de North Beach. Allí estaba, el club de jazz Pearl's, un local situado en la planta baja con ventanas que daban a la calle y una puerta bajo una marquesina roja. Cruzó la calle y, tras explicarle al portero que no tenía reserva pero que estaba buscando a un amigo y quería echar primero una ojeada, entró.

Era un local pequeño, tal vez treinta personas, estaba enmoquetado, iluminado tenuemente de rojo y contaba con unas mesitas redondas cubiertas de manteles blancos. Una voluptuosa mujer negra estaba cantando *Need My Sugar* con acompañamiento de piano y contrabajo, y el público iba marcando el ritmo con los pies. Ben no estaba allí. ¿Estaba quizá en el lavabo? Esperó cinco minutos y luego desistió, sorprendida de lo decepcionada que se sentía. Si no se enfrentaba a él, si no superaba aquella situación, seguro que no iba a poder dormir.

Acababa de doblar a la izquierda por la calle Columbus y estaba pensando si picar

algo en el Café Prague antes de buscar una tienda Walgreens o algo parecido que estuviera abierta, y donde pudiera comprarse una muda y un par de cosas más, cuando oyó que alguien la llamaba. Se dio la vuelta, pero no vio a nadie. Pasó un autobús. ¿Se lo había imaginado? Y luego volvió a oírlo. Levantó la vista y vio a Ben, asomado a una ventana del primer piso del Vesuvio.

—Sube —le había dicho.

Sintió una extraña sensación de placer que no supo definir, ¿excitación?, ¿alivio?, en cualquier caso cruzó la calle.

Cuando entró en el local éste le gustó de inmediato. Resultaba extraño que, viviendo en San Francisco, nunca hubiera estado en el Vesuvio, claro que tampoco había estado nunca en Alcatraz. Era uno de esos sitios, muy frecuentado por los turistas, que uno pensaba que siempre estaría allí y que algún día acabaría conociendo. Pero jamás había sentido una curiosidad especial. Para ella, el local era más un museo *beat* que un bar de verdad donde uno iba a tomar una copa, sin embargo apenas entró le impresionó su autenticidad y se alegró de haberse equivocado.

Subió al primer piso y caminó junto a una barandilla que daba abajo. El techo era muy bajo, tal vez dos metros de altura, y estaba pintado de marrón oscuro o negro. Entraba algo de luz procedente de la calle, pero aparte de esto estaba tan oscuro que tuvo que forzar la vista para ver algo. Distinguió un par de grupos que charlaban y reían alrededor de unas mesas. Vislumbró la silueta de Ben contra una ventana, perfilada por el letrero de neón del Tosca Café situado al otro lado de la calle. Él estaba algo apartado de su mesa y tenía los dos pies bien plantados en el suelo. Siempre parecía... preparado. Para qué, ella no lo sabía.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó él mientras ella se acercaba.

Ella se detuvo delante de la mesa pero no se sentó.

—Quería hablar contigo.

Él hizo un gesto de asentimiento, luego dirigió la vista a la calle y de nuevo hacia ella.

—¿Te importa si te paso las manos por encima? —preguntó en voz baja.

Ella movió la cabeza, sin estar segura de haber comprendido bien.

—¿Qué dices?

—No voy a estar tranquilo sentado aquí contigo si no te cacheo. Lo siento, pero funciona así.

Ella no supo cómo reaccionar. ¿Hablaban en serio?

En el intervalo, mientras ella trataba de hacerse una composición de lugar, él se levantó y se acercó a ella. Luego se inclinó hacia delante, y ella comprendió que lo hacía por si alguien estuviera observando, para ocultar lo que estaba haciendo realmente. Le llegó el olor del jabón del hotel, y también algo masculino que no fue capaz de situar. Notó que su mano izquierda se movía bajo su chaqueta y ascendía por el costado derecho, sintió la palma de su mano firme contra sus riñones, sus

costillas y el borde del pecho. Luego la mano derecha llevó a cabo la misma operación en el otro lado. La apretó contra sí y le pasó suavemente las manos por la parte inferior de la espalda y las caderas. Ella notó que el corazón le latía más deprisa y se dijo que era porque estaba furiosa.

Él dio un paso atrás y, después de echar una ojeada al bar, se arrodilló delante de ella y le pasó las manos por la parte interior de las piernas, desde los tobillos hasta las ingles. Ella oía su propia respiración entrando y saliendo ruidosamente de su nariz.

Él se incorporó y se la quedó mirando. Ella le devolvió la mirada.

—¿Satisfecho? —preguntó.

Él asintió y volvió a sentarse, pero sin indicarle que hiciera lo propio.

La insolencia de esta actitud, así como el no ser capaz de replicar más que con una mala expresión de sarcasmo, la pusieron tan furiosa que tuvo ganas de levantar una silla y darle con ella como si fuera un bate de béisbol.

—Levántate —dijo.

—¿Qué?

—Levántate —repitió ella.

Él obedeció. Ella se acercó más y lo miró directamente a los ojos.

—Será mejor que los dos nos andemos con cuidado, ¿no te parece? —observó ella.

Luego deslizó sus manos dentro de la chaqueta de él y recorrió lentamente sus costados. Notaba el calor de su piel a través de la camisa, los músculos bajo aquélla. En ningún momento apartó la vista de él. ¿Quería jugar a ser insolente y sarcástico? Ella también era capaz de jugar.

Se arrodilló delante de él y le tocó con la misma despreocupación clínica, la misma autoridad, que él había tenido con ella. Luego se puso en pie y le puso una mano en el estómago. Éste era duro y plano y ella notó que se contraía y relajaba ligeramente al ritmo de su respiración.

—Supongo que no vas armado —dijo ella, sin dejar de mirarle a los ojos.

Él puso su mano sobre la de ella y empezó a guiarla hacia abajo. Ella no daba crédito... ¿qué pretendía? Pero no pensaba ni parpadear.

Más abajo. El corazón le salía del pecho, pero no iba a apartar la mirada.

La mano de Sarah se detuvo ante una protuberancia dura justo por encima de la ingle de Ben, y comprendió de qué se trataba; un arma, dentro de una pistolera especial y secreta.

—Vaya, al final resultará que puedo confiar en ti —observó él.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Porque nadie, incluso con el entrenamiento más rudimentario, habría hecho un cacheo tan malo. Quizá seas tan sólo una abogada.

—Y quizás tú seas tan sólo un gilipollas.

—Uy, soy mucho más que eso.

Él tenía su mano todavía sobre las suyas. Sarah se soltó y fue a sentarse. Al cabo

de un momento Ben se sentó a su lado.

—¿Y bien? ¿De qué querías hablarme? —preguntó éste último, con tanta despreocupación en el tono y la expresión que dio la sensación de que en realidad le importaba un bledo.

Furiosa, ella se lo quedó mirando unos segundos.

—Olvídalo —replicó para, acto seguido, ponerse en pie.

Él se levantó con tal rapidez que ella se sobresaltó. Ben la tomó por el brazo.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Estás enfadada porque te he cacheado? ¿Porque no me he puesto cachondo cuando me lo has hecho tú?

—Ponerse cachondo es una condición humana. Cosa que tú no eres.

—Escucha. Como no te conozco, no confío en ti. No es nada personal.

—¡Al cuerno que no lo es! Te fiaste de mí hasta que oíste mi nombre. Así que no me vengas con que no es nada personal.

—¿Por qué no te sientas? Te invito a una copa.

—No necesito que nadie me invite, puedo pagarme mi copa.

—De acuerdo, pues entonces invítame tú —replicó Ben, que estaba mirando por encima del hombro de Sarah.

Sarah siguió la dirección de su mirada y vio que la camarera estaba detrás de ella.

—Un martini Sapphire con ginebra Bombay —pidió él—. Sin aceituna ni vermut. ¡Al cuerno! Sarah le hizo un gesto afirmativo a la camarera.

—Que sean dos.

Se sentaron.

—¿Vas a decirme por qué estás aquí? —preguntó Ben.

Sarah notó que el corazón le latía aceleradamente, y esto la enfureció de nuevo. Detestaba que él se mostrara tan frío con ella, y al mismo tiempo él la ponía nerviosa. Y le asustaba lo que iba a decir a continuación.

—Es... —empezó a decir, tras aclararse la garganta—, por lo del Four Seasons. Me pongo en tu lugar, como dijiste que debía hacerse, y pienso en lo que debes de estar pensando. Y, si yo estuviera en tu lugar, tendría miedo de que yo pudiera... ir a la policía o algo así. Tengo miedo de lo que puedas hacer para evitarlo.

Él se la quedó mirando un momento, y ella creyó ver, a la difusa luz de la calle, que algo pasaba por sus ojos. ¿Simpatía? ¿Arrepentimiento? Luego él apartó la mirada.

—Cuando acabe todo esto, mirarás atrás y te parecerá que nunca ha sucedido.

Ella no le captó. ¿Le estaba diciendo que no se preocupara? ¿Qué no iba a... hacerle daño alguno?

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé. Todo esto te resulta muy extraño. Como si fuera algo que le estuviera ocurriendo a otra persona. Cuando se haya acabado y vuelvas a tu vida normal, te parecerá que despiertas de un sueño.

Ella lo miró, en un intento de interpretar su expresión.

—Tienes razón —convino—. Es así, pero ¿tú cómo lo sabes?

Él sacudió la cabeza y apartó la mirada, y ella pensó: *Porque tú nunca te has despertado.*

La camarera les llevó las bebidas y Sarah pagó. Durante unos minutos, estuvieron bebiendo en silencio.

—¿Cómo es que hablas tan bien el persa? —preguntó Sarah en ese idioma.

—Ya sabes por qué —contestó Ben, igualmente en persa.

—No me gusta lo que haces —manifestó Sarah, volviendo al inglés.

—No pasa nada —dijo Ben riendo—. A mí me gusta.

—¿Te gusta la violencia?

—Es una herramienta de trabajo —contestó Ben acompañando sus palabras de un encogimiento de hombros—. ¿Acaso a los artesanos no les gustan sus herramientas? ¿Por qué estudiaste Derecho? ¿Porque te gustan los litigios?

Ella se lo quedó mirando, sorprendida por la forma en que la pregunta había llegado al corazón de sus propias dudas.

—En realidad, no lo sé. Tal vez porque se me daba bien. ¿Por qué te metiste en esta profesión?

Por un momento, el rostro de Ben se quedó sin expresión, luego desvió la mirada.

—Es una larga historia.

Volvió a reinar el silencio entre ellos.

—Cuéntame algo sobre ti —dijo Sarah al final.

—¿Cómo qué?

Ella no lo sabía en realidad. Las palabras habían salido sin pensar. No las había planeado, y no sabía qué estaba preguntando exactamente.

—No sé. Algo... que me puedas contar. No sobre el trabajo. Algo personal. Por lo menos así tendré la sensación de que te conozco un poco.

—Me gusta arrancarles las alas a las moscas —dijo él con un encogimiento de hombros—. No soy más que un simple aficionado, pero estoy pensando en hacerme profesional.

Ella movió la cabeza, consciente de que era una pérdida de tiempo y sintiéndose estúpida por haberlo siquiera intentado.

—¿Estás casado? —preguntó—. ¿Tienes familia?

Una pausa, y ella pensó que no iba a contestar. Pero al final dijo:

—Lo estuve.

—¿Qué pasó?

—No pasó nada. Ella era filipina. La conocí en Manila. Cuando nos vinimos para acá, me di cuenta de que no era la persona que yo había creído que era.

—Quizá a ella le pasó lo mismo contigo.

—Estoy seguro de que así fue.

—¿Hijos?

Transcurrió un largo momento.

—Una hija. Viven en Manila.

Sarah no pudo impedir sentirse intrigada ante aquella evidente reticencia, y todavía más por su buena disposición para contestar la última pregunta.

—¿No las ves?

—Está muy lejos —contestó él encogiéndose de hombros.

—Pero ese no es el motivo de que no os veáis.

Él tomó un largo trago de ginebra.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Algún novio?

—No —negó ella, según sacudía la cabeza—. Hubo alguien cuando estaba en la facultad de Derecho. Pero ahora nadie.

—¿Por qué no? Deben de ir locos detrás de ti en el bufete.

—¿Por qué lo dices?

—¿Pretendes que te haga un cumplido, o eres realmente tan ciega? —replicó él.

Sarah notó que se sonrojaba, mitad por contrariedad, mitad por vergüenza.

—Simplemente no he encontrado a nadie.

—No, no es eso.

—¿Qué quieres decir con «no es eso»? ¿Cómo lo puedes saber? No sabes nada sobre mí.

—Sé mucho sobre ti. Mi trabajo consiste en saber cosas de la gente.

—¿Ah sí? ¿Y qué sabes?

—Sé que cuando una mujer guapa como tú está libre no es porque no haya encontrado a nadie. Es porque no quiere encontrar a nadie.

—¿Y por qué, según tú, no quiero encontrar a nadie? —preguntó ella, al tiempo que reprimía la necesidad de cambiar de posición en su asiento.

—Por varias razones. Esta mañana has llegado al despacho a qué hora, a las siete creo, ¿no? Quieres hacer una carrera brillante dentro de la abogacía. Un novio sería una distracción. Y, además, si los hombres de la oficina supieran que tienes novio, perderían las esperanzas. Y si ellos pierden las esperanzas, tú no podrías manipularlos sutilmente.

Ella no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Estás muy seguro de ti mismo.

—Tú has preguntado.

—¿Y qué más?

Él tomó otro trago de ginebra.

—Tú sabes que si te enredas con alguien, el tipo no sabrá relativizar la situación. Lo sabes porque ya te ha ocurrido. Seguramente querría casarse de inmediato a fin de guardarte bajo llave mientras todavía lo pudiera hacer. Tú no puedes tolerar eso porque quieres dejarte las puertas abiertas. No con respecto a los hombres, sino a la vida. No sabes lo que quieres realmente. Lo que quieres ser cuando seas mayor.

—¿Ah sí? —exclamó ella, sin darle mayor importancia a la provocación—. ¿Y qué quiero ser?

—No lo sé. Pero no abogada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque si quisieras ser abogada, no habrías contestado tan deprisa.

Ella movió la cabeza, en silencio. Su descaro le estaba sacando de sus casillas... pero por mucho que le pesara, debía de reconocer que no iba tan desencaminado.

—¿Quieres saber por qué no tienes trato con tu familia? —contraatacó.

—Me lo vas a decir de todas formas.

—Porque no puedes soportar los apegos. No puedes soportar que alguien dependa de ti. ¿Por qué? ¿Has defraudado a alguien? ¿Has fallado a muchas personas?

—No tienes ni idea de lo que estás hablando.

—Claro que lo sé. De no ser así, no habrías sido tan rápido en replicar. Cambia un poco de tu habitual y engreído silencio.

Él sonrió. Y ella no supo decir si esa sonrisa seguía en la línea de su condescendencia habitual, o si significaba *touché*.

—¿Qué es? ¿Piensas que tu hija está mejor sin un padre que con uno inestable? ¿Qué es, una especie de vacuna? ¿Una desilusión preventiva?

Él tomó un sorbo de su vaso.

—Déjalo.

—¿Por qué? ¿Es más divertido meterse en las cabezas ajenas que en la propia?

—Tú no estás en mi cabeza.

—Repítetelo. Tal vez eso te ayude a creértelo.

Él se la quedó mirando con una expresión torva, y ella volvió a pensar en una tremenda presión y un tremendo control. ¿Qué tenía ese hombre que le daban ganas de saber lo que había detrás de aquel control, que le hacía tener ganas de aumentar la presión hasta el punto que el control se resquebrajase? ¿Por qué la había menospreciado? ¿Por qué había hecho unos comentarios tan racistas? Era un tipo mezquino, y ella se estaba poniendo a su altura.

Sarah sabía que las palabras eran las adecuadas. Sin embargo, no estaban teniendo ningún impacto en sus propios sentimientos.

—¿Otra? —propuso Ben tras apurar su copa.

Ella acabó la suya también, haciendo un esfuerzo para reprimir una mueca.

—Ahora te toca invitar a ti.

Ben pidió dos más. Ella se preguntó si era una buena idea. La primera ya le había dejado un poco tocada. Pero como había advertido cierto reto en la propuesta de él, no iba a dejarse amilanar.

¿Te das cuenta de lo estúpida que eres?, pensó. Pero una vez más, las palabras no surtieron efecto alguno.

Permanecieron en silencio unos cuantos minutos. La camarera les llevó las bebidas y se retiró. Sarah tomó un sorbo y miró por la ventana, meditabunda y disfrutando del rumor que le llegaba. Estaba a gusto en aquel bar. Estaba a gusto sentada en la penumbra, observando la calle como si fuera una especie de atalaya

secreta. El Pearl's estaba justo enfrente; veía perfectamente su entrada.

Y entonces lo pescó. El capullo. El condenado.

—No has estado en el Pearl's para nada —dijo—. Has anunciado que ibas a ir porque pensabas que tal vez te siguiera. Has venido aquí para vigilar y ver si venía.

—Algo así. —Ben se encogió de hombros.

—Algo así... ya entiendo, no era a mí a quien esperabas, ¿a quién esperabas, a los otros malos? ¿A los terroristas iraníes para los que trabajo?

—Soy suspicaz por naturaleza, ¿no lo recuerdas?

—¿Sabes una cosa? Eres una verdadera mierda. La gente no va por ahí sospechando de los otros, ni siquiera los tipejos como tú.

—Deberías salir más a menudo.

—Yo salgo muchísimo. Venías por aquí cuando eras pequeño, ¿verdad? Es por eso que querías quedarte en la ciudad en lugar de ir a un hotel cerca del aeropuerto. Y también querías estar cerca de North Beach, ¿me equivoco? Como conoces la zona, sabías que aquí podías montar algo como esto de ahora. ¿Esperas que me crea que esto es simple rutina para ti? ¿Lo haces con todo el mundo?

—Lo hago cuando es necesario.

—¿Lo habrías hecho igual si yo no fuera iraní?

—Como he dicho, lo hago cuando es necesario.

—¿Tanto te cuesta reconocer que es porque soy iraní, que eso te molesta?

—Yo no tengo que reconocer nada.

—¡Por supuesto que no! Ni siquiera tienes que reconocértelo a ti mismo. No tienes huevos para eso.

Ben colocó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—Escucha, cariño. Tú no vives en el mundo real. Tú vives en una fantasía. Y cuando algo se inmiscuye en tu pequeña y falsa ilusión, cuando tienes que dar las gracias a alguno de los grupos sociales que hacen posible tu estilo de vida, cuando llegas a tener la mínima idea de lo que se hace por ti para que puedas vivir de la forma que crees merecer, te entra un soponcio. Perdóname, pero me cuesta tomarte en serio.

Se reclinó en su asiento y se terminó la copa de ginebra de un solo trago.

—Es verdad —replicó ella—. Lo que yo realmente necesito es lanzarme al mundo sola y sin trabas, ir matando a la gente que debe morir, y regodearme con la nobleza trágica de mi sacrificio. Ah, y por supuesto, debo abandonar a mi familia. Esto último es obviamente parte de mi aprendizaje al progresismo.

Se reclinó a su vez y vació su copa como había hecho él. La ginebra le abrasó la garganta y todo lo demás a su paso hasta el estómago. Cerró los ojos y, haciendo un esfuerzo por no toser, se estremeció.

Cuando abrió los ojos, él la estaba mirando. Permanecía callado y ella no supo en qué estaría pensando. ¿Lo había ofendido? En realidad era lo que había pretendido, pero de pronto se arrepentía. Lo que él le había dicho había sido muy feo, cierto, pero

se preguntaba si lo que acababa de hacer ella no era muy cruel. Lo uno no justificaba lo otro. Tuvo ganas de excusarse pero presintió que eso no habría hecho más que empeorar las cosas. Poner de relieve que sabía que le había ofendido, e intentar luego hacerle sentir mejor, habría sido como retorcer el cuchillo ya clavado.

—Creo que he bebido demasiado —comentó ella, con la esperanza de que él lo interpretase como la excusa indirecta que ella pretendía.

—Volvamos al hotel —ordenó él.

Ella había esperado un insulto, algo como que no aguantaba el alcohol, tal vez, y el hecho de que él pareciera haber perdido todo interés, le hizo preguntarse de nuevo si habría ido demasiado lejos.

Bajaron por Columbus, luego se metieron en Chinatown. La luna estaba más alta que antes, y el viento también era más frío. Bajo el resplandor inútil y amarillento de las farolas, los objetos aparecían poco definidos, inconsistentes; los coches, los letreros y las fachadas de las tiendas se entremezclaban, tenebrosos elementos de los que se había apoderado la oscuridad.

Sarah advirtió que, mientras caminaban, él no dejaba de mover la cabeza, a derecha e izquierda, e incluso hacia atrás cuando atravesaban una calle o doblaban una esquina. *No intentes nunca abordarlo sigilosamente*, se dijo ella. *Debes atacarlo de frente*.

Dentro del hotel había un calor agradable, la luz que desprendían las lámparas del techo y los apliques se difuminaba en sus bordes y el sonido de sus pisadas en las alfombras recordaba latidos sordos en medio del silencio. En el ascensor no hablaron, y ella fue muy consciente de la cercanía de su acompañante. Ben la acompañó hasta su cuarto y esperó mientras ella sacaba la tarjeta de los vaqueros. Sarah abrió la puerta, luego se volvió.

—Quisiera preguntarte algo —dijo.

—Dime.

—¿Alex lo sabe?

—¿Si sabe el qué?

—Que tiene una sobrina.

Una pausa.

—No sé por qué debería saberlo.

—¿Quieres decir que nunca se lo has contado?

—No nos hablamos.

—¿Por qué no?

—¿Tú tienes hermanos o hermanas?

—No. —Sarah movió la cabeza.

—Bien, en ese caso, sería difícil de comprender.

—Inténtalo.

—Es una larga historia.

—¿No tenemos tiempo?

—No, no lo tenemos. Tú necesitas una buena noche de sueño para poder trabajar en Obsidian mañana. Y yo tengo todavía algo que hacer esta noche.

—¿El qué?

—Te lo contaré mañana.

Sarah quería añadir algo. Más que eso, quería que entrara en su habitación. Lo deseaba de verdad. Pero tenía miedo de pedírselo.

Permanecieron así un momento. Luego él apartó la mirada.

—¿Sabes que Alex está enamorado de ti? —dijo.

Ella se esperaba cualquier cosa menos aquello.

—¿Qué? ¡Qué va!

—Sí, está enamorado.

—¿Te lo ha dicho él?

—No, él jamás me lo diría.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

—Es mi hermano —contestó Ben, tras lanzar un suspiro.

¿Por qué le estaba contando esto? ¿Acaso le estaba diciendo que... tenía ganas de entrar pero que no quería hacerle daño a Alex? Estaban tan desconectados que Alex ni siquiera sabía que Ben tenía una hija. Entonces, ¿qué le podía importar? En cualquier caso, Alex no estaba enamorado de ella, era ridículo.

—No sé qué decir al respecto —dijo ella.

Él sonrió, pero sus ojos estaban tristes.

—Di buenas noches.

Acto seguido él ya se estaba alejando. Sus brazos se movieron y, de pronto, apareció una tarjeta de acceso en una mano y una pistola en la otra. Ella pensó: *¿Qué demonios?* Él abrió la puerta y, tras un movimiento fluido, desapareció, siendo el chasquido de la cerradura al cerrarse detrás de él la única prueba de que había estado allí un momento antes.

Ella no se movió, se sentía borracha, confusa y extrañamente desvalida. ¿Necesitaba una pistola para entrar en su habitación de hotel? Estaba loco. Tenía que estar loco.

Esperó un momento, pero él no volvió a salir.

Entró en el cuarto. No había pasado nada. Se dijo que mejor así.

22 - El círculo sin fin

Alex se había marchado de la habitación como le había dicho Ben, y éste apenas necesitó un minuto para confirmar que no había nadie más. Todo el mundo tenía sus rituales a la hora de acostarse. A algunos les gustaba darse un baño; a otros, tomar una taza de té. Había gente que le gustaba leer en la cama; a según quien, escuchar música. Ben prefería una barrida visual de la habitación con una Glock sujeta con las dos manos a la altura del pecho.

Se sentó en el borde de la cama y reflexionó sobre lo que iba a hacer. ¡Maldita sea! ¿En qué estaría pensando? Había estado a punto... Cristo, no sabía lo que había estado a punto de hacer.

Es la presión, tío. La mierda esa del Four Seasons esta mañana... No era más que la habitual erección retardada después del combate. Y los dos martinis de ginebra tomados casi de golpe.

Sí, quizá. Pero esto no cambiaba el hecho de que había estado a un nanosegundo de besarla. Besarla. Diablos, si no hubiera logrado alejarse a tiempo, lo más seguro es que ahora estuviera en su habitación, y que besarla fuera lo que menos le hiciese.

Dirigió la vista a la puerta de comunicación. Ella estaba allí mismito, al otro lado, probablemente mirando también la puerta. Si llamaba, ella abriría. Cómo lo había mirado...

Se frotó el rostro con una mano. Lo que estaba haciendo era estúpido y peligroso. Sabía de tíos que habían caído en ese tipo de trampas femeninas. Él siempre los había considerado unos estúpidos, y ahora él estaba a punto de convertirse en uno de ellos.

La tía se lo había camelado. Sí, en cierta forma sí. Y la mierda que había dicho sobre su familia... una parte de él tenía ganas de tirársela, otra parte de abofetearla. ¿Qué sabía ella? Si no se trataba con su hija... *¿Qué pasa, tienes miedo de decir su nombre? Ami. Tu hija se llama Ami...*, si no se trataba con Ami era porque, ¿qué clase de padre sería para ella? Las cosas que hacía sólo podían ser vividas en silencio y soledad. ¿Qué se suponía que debía hacer? Limpiarse las manos de sangre y llegar a casa: *Hola cariño, ¿qué tal te ha ido hoy? Bien, tesoro, me he cargado a dos conocidos terroristas argelinos, y yo he salido bien parado. Menos mal, porque si alguna vez la cago, el gobierno estadounidense negará estar al corriente de mis actividades y, si no he conseguido tragarme la cápsula de cianuro, seguro que acabaré en la cárcel, torturado hasta la muerte. ¿Qué hay para cenar?*

¡Por favor! Era lo mejor para ellas. No había servido para marido, y tampoco iba a servir para ser padre. No podía tener gente que dependiera de él. No tenía más remedio que estar solo.

¿Por qué entonces le preocupaba tanto que Sarah le tuviera miedo? Debería alegrarse de su temor; era su mejor baza para mantenerla a raya, para que tuviera la

boca cerrada sobre lo que había pasado en el Four Seasons aquella mañana. *Oderint dum metuant*. ¿Y por qué se había conmovido cuando ella había reconocido que le tenía miedo? Él habría debido de hacer algo para reforzar la sensación, y en cambio había acabado balbuceando una chorrada sobre que algún día pensaría que todo aquello no había pasado. Consolándola. ¡Por el amor de Dios! Había... sí, de hecho había intentado consolarla. Debía de haber perdido el juicio.

El balance era que seguía sin tener la más mínima idea sobre ella. En realidad no sabía nada. Era su polla y nada más, la que había estado hablando al tratarla sólo con escepticismo y recelo. Lo que necesitaba era hacerse una paja, dormir y olvidar lo que había estado a punto de suceder esa noche.

A punto de suceder. Ahí estaba el problema. Vale, la tentación había sido muy fuerte, ¿y a quién no le habría pasado? Era muy guapa, no tenía sentido negarlo. Y tenía algo que... no le dejaba indiferente; algo que le hacía, de pronto, tener ganas de protegerla; y, acto seguido, desear empujarla contra la pared, recorrer su cuerpo con las manos y hacerla callar tapándole la boca con la suya.

Recorrer su cuerpo con las manos. Cuando la había cacheado en el bar, no había sentido nada de eso, estaba demasiado concentrado en la posibilidad de que pudiera llevar un arma. Pero, apenas se quedó satisfecho al respecto, se relajó, y otra barrera desapareció también, sobre todo por la forma en que no dejó de mirarle a los ojos mientras le pasaba sus manos por los costados y las piernas...

Expiró profundamente pero no quiso ir más allá. Ningún daño, ninguna tontería.

Encima, se sentía culpable. Pero ¿por qué? No había nada entre Alex y Sarah e, incluso así, no le debía nada a su hermano.

¿Por qué entonces le había dicho aquello de Alex? Tal vez quisiera distraerla. Tal vez le estaba intentando explicar por qué, aunque tuviera ganas, no podía hacerlo.

Sonó el teléfono de la habitación.

Descolgó al tiempo que pensaba, ¿Sarah?

—Diga.

—Me preguntaba si habrías vuelto.

—Sí, acabo de llegar.

—¿Has visto a Sarah? Hace ya un buen rato que salió.

Ben titubeó.

—Sí, la he visto. Está en su habitación. Escucha, tengo que volver a salir, pero antes paso por ahí y hablamos.

Colgó, comprobó el pasillo por la mirilla y se dirigió a la tercera habitación.

—¿Qué tal en Pearl's? —preguntó Alex.

Por un momento, Ben olvidó que se suponía que había estado allí.

—Bien, bien —contestó—. ¿Y tú, has podido hacer algo?

—No mucho. Estábamos haciendo el experimento de usar Obsidian en diferentes entornos. Ningún adelanto. Y en las notas de Hilzoy no hay nada que nos pueda ayudar. Por lo menos nada que hayamos sido capaces de reconocer y usar. Voy a

seguir investigando un poco más.

—De acuerdo. Tengo que salir para hacer algo.

—¿El qué? —Alex, curioso, había levantado las cejas.

—Nada, una simple gestión —contestó Ben mientras movía la cabeza—. Rutina.

No desconfiaba de Alex, pero tampoco hacía falta que supiera nada, y la seguridad operativa era la seguridad operativa.

—Da igual —dijo Alex—. Por cierto, he estado pensando en una cosa. Se me ha ocurrido que, cuando todo esto acabe, podríamos... ir juntos al cementerio.

Ben frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Sólo para presentarles nuestros respetos. Hace mucho tiempo que no has ido. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste al cementerio a ver las tumbas de papá y mamá? ¿Y la de Katie?

—No he ido nunca.

—Es a eso a lo que me refiero.

Ya estamos otra vez, pensó Ben. Juzgándome. En esta ocasión por no compartir sus supersticiones de hacer la genuflexión delante de un montón de tierra.

—Yo no voy a los cementerios —manifestó, conforme trataba de contener el enfado—. Pero me parece muy bien que tú vayas. Es cosa tuya.

—Escucha, no creo que esté pidiendo demasiado...

—Sí, estás pidiendo demasiado. Como siempre.

—¿Qué has querido decir con esto?

—He querido decir que hoy he estado a punto de comerme una bala que era para ti, y no estoy de ánimo para sermones sobre si soy un mal hijo y un mal hermano porque no voy al cementerio, donde los cuerpos de mis padres y de mi hermana son pasto de los gusanos.

A Alex se le tensó la mandíbula.

—No hables así.

—¿Que no hable cómo? Están muertos, Alex. Se han marchado. Ya no existen.

—¿Ah sí? ¿Y qué hiciste tú cuando sí existían? ¡Estabas demasiado ocupado para estar con mamá cuando agonizaba!

Ben sintió una especie de asombro intenso y airado, y sacudió la cabeza en un intento de ahuyentarlo. ¿Cómo era posible que estuviera sucediendo aquello? Después de todos aquellos años, después de toda la tierra que había puesto de por medio, allí estaban de nuevo atrapados en una especie de círculo infinito.

—¿Qué has dicho?

Alex empezó a dar un paso atrás, pero luego se mantuvo en sus trece.

—Ya me has oído.

Ben, todavía haciendo un esfuerzo para contenerse, dejó transcurrir un momento.

—Si yo estaba donde estaba era por ella —observó al cabo de unos instantes—. Y ella lo sabía.

—Ella no sabía nada. Lo único que sabía era que tú estabas tan ocupado jugando al G. I. Joe por esos mundos de Dios que no podías estar con ella cuando enfermó.

—Alex, yo la llamaba cada jodido día, y ella comprendió por qué no podía regresar. Me dijo que no viniera.

—¿No sabes reconocer una mentira piadosa? ¿Qué querías que hiciera, que te pidiera de rodillas que vinieras? ¿Qué te lo implorara? ¡Y aunque te lo hubiera pedido tampoco habrías venido!

—¡Ah, en cambio tú sí que te ocupaste de ella! No supe que tuvieras que dejar de asistir un solo día a la facultad.

—¡No tuve necesidad de faltar a clase! ¡Yo iba a verla casi cada día!

—Alex, eres un verdadero capullo. Estabas allí porque podías estar, porque podías estudiar sentado con ella en la habitación del hospital. Si estabas con nuestra madre era sólo porque eso no interfería en tus maravillosos y cojonudos planes profesionales. No te quedaste en casa para cuidar de ella, te quedaste en casa porque tenías miedo de hacer algo distinto.

—¡Fui yo quien estuvo con ella cuando murió! —exclamó Alex con una voz que se había vuelto chillona—. Fui yo quien le estuve sosteniendo la mano, no durmiendo como un niño en otra franja horaria.

—Cayó en coma un mes antes de morir, y nadie sabía hasta cuándo iba a aguantar —observó Ben, cada vez más furioso pero tratando de convencer a su hermano—. Tampoco podía darse cuenta de si yo estaba o no.

—Se dio cuenta —murmuró Alex, acompañando sus palabras de un gesto afirmativo de la cabeza—. Se habría dado cuenta si te hubiera visto.

—¡No podía darse cuenta, mierda! —gritó Ben—. Tenía el cerebro plagado de tumores, estaba drogada hasta los ojos, ¡se habría podido incendiar el hospital sin que ella se hubiera dado maldita cuenta! ¿Por qué no reconoces de una vez por todas que si estabas aquí era por ti, no por ella, y que no habrías estado aquí si hubieras tenido los huevos para hacer otra cosa? ¡La enfermedad de mamá fue la mejor excusa que tuviste jamás para quedarte en casa y no moverte!

—¡Y habría estado igualmente con ella! Tuve la suerte de no tener que faltar a la facultad, pero lo habría hecho en caso necesario, y eso es más de lo que tú puedes decir.

—Si te hace sentir mejor, sigue pensando así.

—¡Vigila lo que dices de ella! —replicó Alex—. Ni siquiera la echas de menos, cerdo.

—Claro que la echo de menos —dijo Ben de forma automática.

Sin embargo, lo cierto era que no la echaba de menos. Ni siquiera pensaba en ella. O en ninguno de ellos. ¿De qué iba a servir?

—¡Ya! ¿Y echas de menos a papá?

—No sigas por ahí, Alex. No respondo de lo que pasará si insistes.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué lo hizo?

—Te he avisado, Alex.

¿Qué demonios? No recordaba la última vez que había avisado así a alguien. Detestaba las advertencias, fueran reales o un farol. Cuando hay que hacer algo, se hace. No se va avisando a la parte contraria para que tenga la oportunidad de prepararse. ¿Qué pasaba con su hermano que le hacía pensar y actuar como si volviera a ser un adolescente?

—¿Quieres saber lo que pienso? —prosiguió Alex.

—No. En absoluto, y ahora cierra el pico de una vez.

—Pienso que cuando tú te rendiste, él también lo hizo.

Ben notó que se quedaba sin sangre en el rostro. Se veía agarrando el cuello de Alex y golpeando su cara contra la pared una y otra vez. La necesidad imperiosa le tensó los músculos. *Hazlo y ya está, arráncale a puñetazos la arrogancia a ese capullo, enséñale de una vez por todas lo que pasa cuando juegas con las personas equivocadas, pero algo lo contuvo. Apenas.*

Necesitaba salir de allí. Si se quedaba acabaría haciéndole daño a Alex.

¿Y eso sería malo porque...?

Se dio media vuelta y salió de la habitación. Si Alex le llamó, no se enteró. El pasillo aparecía enmarcado en rojo y oía un zumbido en los oídos.

Jamás había tenido tantas ganas de matar a alguien como en aquel momento.

Bien, todavía quedaba mucha noche por delante.

23 - Superado mentalmente

Ben tomó el coche y, después de haber limitado la velocidad de crucero a 110 kilómetros por hora, porque con toda aquella rabia todavía corriéndole por el cuerpo tenía miedo de apretar demasiado el acelerador, se dirigió al sur por la 280. Las colinas brillaban ligeramente bajo una luna alta y creciente.

Había decidido hacer una cosa más aquella noche, e iba a hacerla. Seguramente no iba a descubrir nada, pero por Dios que iba a ceñirse a su plan por mucho que los sentimientos lo entorpecieran.

Se obligó a apartar todas aquellas sandeces de su cabeza y se concentró en las consideraciones tácticas. Empezó a sentirse mejor. Él era esto. Es lo que le gustaba.

Habían mandado a alguien al hotel en busca de Alex. Lo que significaba que sabían por dónde andaba. Lo que significaba que seguramente no se iban a molestar en hacer otra incursión a su casa. Pero había una probabilidad de que sí la hicieran, dependiendo de lo tocadas que se hubieran quedado sus fuerzas después de haber perdido a dos en el Four Seasons. Si no tenían otras pistas, podían funcionar con la única información a su alcance: la oficina durante el día; la casa por la noche. Se imaginó a sí mismo en su lugar. Sabría que era muy improbable que el objetivo volviera a aparecer, pero no imposible. Alex era un civil. Le debía de costar mucho romper con las pautas y los hábitos de su vida cotidiana. Además, seguro que se negaba a admitir el peligro. Al final, tal vez se combinaran los dos factores: un objeto dejado en casa y que de pronto necesitaba, un momento de relajación, y el objetivo podía reaparecer en un medio conocido. Ben había visto ocurrir estas cosas en el pasado, y él había estado allí para aprovecharse de ello.

Había observado en el Four Seasons que el objetivo de su operación había cambiado. Ya no era interrogar primero a Alex; ahora era eliminarlo directamente. Bajo estas circunstancias, la pregunta que se planteaba era: sabiendo lo que sabes de Alex, ¿dónde le tenderías una emboscada en su casa?

La respuesta era fácil. La casa y el garaje independiente formaban una L al final del camino de acceso, y los separaba una puerta de madera que daba a la parte de atrás del jardín. Acechar detrás de la puerta. Ahí tienes un escondite perfecto, y un campo visual sobre toda la entrada de coches. Cuando Alex llegue a casa, al margen de si aparca en el camino de acceso o en el garaje, no tendrás más que dar un salto desde tu escondite, saltarle los sesos con una pistola con silenciador y marcharte hasta la callejuela tranquila donde hayas dejado tu vehículo. Gracias por participar en el juego: siguiente concursante.

Si hubiera alguien esperando allí, su atención se centraría en el camino de acceso y, en menor medida, en la calle de detrás de él. No estaría pensando en el jardín posterior. No se le ocurriría que alguien pudiera conocer el terreno, y hacer uso de ese

conocimiento. Alguien que, digamos, solía atajar por ese jardín y por el del vecino para ir al colegio cada día.

Salió de la 280 por la salida Alpine Road de Portola Valley, y continuó al sur por Alpine, pasando por los edificios bajos de madera que constituían el centro comercial Ladera, donde su madre compraba la comida y su padre ponía gasolina a los coches y se aseguraba de que los neumáticos estuvieran convenientemente inflados. La casa de sus padres —la casa de Alex— estaba situada en una calle sin salida llamada Corona Way, una de las muchas callejuelas de un barrio compuesto por casas llenas de recovecos y terrenos amplios y escarpados. Dobló a la derecha en La Mesa Drive, luego a la izquierda en Erica Way, y se sintió incómodo ante la facilidad con que se orientaba, y lo familiar que le resultaba la zona.

En las calles flanqueadas de árboles había coches aparcados, Lexus, Mercedes y Volvos que parecían formar parte de las casas. Pasó por delante de ellos despacio y comprobó su interior. Estaban vacíos, y tanto los parabrisas como los techos estaban cubiertos de rocío nocturno.

Detuvo el coche, apagó los faros y, de su bolsa, sacó un par de gafas de visión nocturna. Unas Night Optics USA D-321G-A, que costaban unos seis mil dólares, si se podían encontrar fuera del circuito militar. Y tan pequeñas y ligeras que podían haber sido un perfecto regalo de Navidad para meter en el calcetín. Se ajustó el casco y se lo abrochó. Y de pronto vio el mundo definido y verde. Rock and roll.

Giró a la izquierda en Escanyo Way, una calle sin salida que corría casi paralela a Corona y separada de ésta por dos filas desiguales de casas, jardines y setos. En la calle no había un solo coche y tampoco farolas. Aparcó junto a una hilera de secuoyas que había entre dos casas, la de los Levin y la de los Andrew, recordó, aunque no sabía si todavía estarían vivos. Alex solía jugar allí al escondite con los hijos de ambas familias. Se aseguró de que la luz interior del coche estuviera en posición apagada y salió, para acto seguido cerrar la puerta.

Hacía frío y se notaba la humedad, y olía a coníferas y a abono. Cerró los ojos y permaneció un momento escuchando con la cabeza ladeada. El viento soplaba en la copa de los árboles, y llevaba un débil rumor de tráfico procedente de la 280. ¿Cuántas noches no había salido derrapando de esa mismísima carretera, noches que olían y tenían idénticos sonidos que ésta? Recordaba haber estado en ese mismo lugar, haciendo un pipí tras una borrachera, confiando en que sus padres estuvieran profundamente dormidos e ideando alguna historia en el caso de que no fuera así. Y luego fue cuando...

Basta. Céntrate.

Bien. Sacó la Glock y empezó a caminar por el límite de la parte anterior del jardín de los Levin. Se movía despacio, iba colocando cada pie con cuidado, primero planta, luego tacón, sobre el césped húmedo, y se detenía tras cada paso para mirar y escuchar.

Tardó cinco minutos en recorrer los 15 metros que le separaban de la valla de

madera que rodeaba el jardín de Alex por la parte posterior. No era una valla alta, no llegaba a los dos metros, construida menos por motivos de intimidad que para contener al perro de la familia, *Arlo*, un caniche ligeramente neurótico que su madre adoraba pero que Ben a duras penas había siquiera tolerado, y que, en cualquier caso, hacía tiempo que había pasado a mejor vida. Se puso de puntillas bajo un grupo de robles y miró por encima de la cerca. Veía el espacio entre la esquina de la casa y el garaje tan claramente como si hubiera un reflector en él. Estaba vacío. Miró alrededor del jardín. Estaba exactamente como lo recordaba. La cabaña que su padre había hecho construir cuando eran pequeños. El *jacuzzi* que nadie utilizó nunca. Parecía que Alex estuviera viviendo en un museo familiar. Resultaba patético.

Tras comprobar que no había nadie en el jardín, se guardó la Glock en la funda y se aupó con cuidado sobre la valla. Se puso de lado, pasó por encima la pierna derecha, luego la izquierda, y después se dejó caer al suelo. Volvió a sacar el arma y esperó, mirando y escuchando. Nada.

Como la mayor parte del jardín estaba cubierto de grava, evitó esas zonas y se limitó al césped y las sombras. Paso. Parada. Mirar y escuchar. Paso. Parada. Mirar y escuchar.

El lugar que había junto al garaje era tan perfecto para tender una emboscada que, cuando hubo confirmado que estaba vacío, le costó creer que no hubiera nadie allí. Probablemente en aquel momento se habían quedado cortos de personal. O no pensaban que Alex fuese a volver esa noche. O las dos cosas.

Sin embargo, mejor cerciorarse. El otro único punto que podía servir para cazar a alguien por sorpresa era la esquina opuesta de la casa, que daba a la calle al final de un estrecho parquecito para perros que tenía la casa a un lado y la valla al otro. Uno podía esperar junto a la esquina frontal en la oscuridad y ver la calle desde allí y, cuando se veía que un coche giraba, dirigirse hacia el garaje.

Fue avanzando sigilosamente hacia la casa, hasta llegar a una plataforma de madera con unos peldaños que daba a una puerta corredera y a la cocina. Paso. Parada. Mirar y escuchar. Se agachó muy bajo y, al abrigo y a cubierto de la plataforma, empezó a avanzar de lado.

Había casi llegado a la esquina izquierda de la casa, y se disponía a echar una rápida ojeada al otro lado, cuando oyó una voz detrás de él, baja pero que cortó con intención mortal el silencioso aire nocturno.

—No te des la vuelta. Yo también llevo gafas nocturnas. Estoy a cubierto y el láser apunta a tu columna vertebral.

Ben tenía un nanosegundo para decidir si se volvía de inmediato y atacaba, u obedecía. La tranquila confianza que se adivinaba en la voz, así como los detalles que acababa de enunciar, le convencieron de que era preferible la segunda opción. De momento.

Permaneció inmóvil. ¿Dónde estaba el tipo? A juzgar por donde había salido la voz, debía de estar detrás del *jacuzzi*.

—Suelta la pistola y quítate las gafas —ordenó la voz—. Muévete muy, muy despacio. El láser está conectado a un Taurus Judge.

Ben conocía el modelo, un revólver que se podía cargar con cartuchos de escopeta de calibre .410, con postas para dispersar el tiro y hacer un agujero del tamaño de un puño a una distancia de seis metros.

Mediante una especie de taquigrafía mental instantánea, su mente procesó la información de que disponía. El acento era norteamericano, la dicción elemental. Comprendía que Ben sabía de armas de fuego, pues en caso contrario no habría podido contar con que la mención del Taurus tuviera el efecto deseado. No quería matarlo, aún no, si no ya estaría muerto.

Por consiguiente, querían algo de él. No iba a tardar en enterarse. En el intervalo, contaba con alguna que otra ventaja. Pocas, dadas las circunstancias, pero mejor eso que nada. Cerró los ojos.

—Suelta la pistola y quítate las gafas —repitió la voz.

En la esperanza de que le concediera un último aviso, Ben esperó, y aprovechó esos segundos más para pensar, y proporcionar a sus ojos un poco más de tiempo, a fin de adaptarse a la oscuridad con la que iba a enfrentarse sin las gafas de visión nocturna.

Captó la envergadura de su error. Había supuesto que le iban a tender una trampa a Alex, un ciudadano normal y corriente. En cambio, se habían preparado para un profesional, él, y habían establecido tácticas y posición en concordancia. Estaba furioso consigo mismo por no haberlo previsto. Cuando por la mañana perdieron a dos de los suyos en el Four Seasons, debieron de comprender que la oposición era seria. Le habían superado mentalmente, y le habían superado en el juego.

Entonces lo comprendió. La chica. La muy... Y también él por haber bajado la guardia. Ella era muy lista, más lista de lo que él habría debido ser para comprender lo que estaba maquinando. Después de aquel ratito en el pasillo, ella había hecho una llamada. Y aquel cacheo torpe en el bar... jugaba a hacerse la tonta como una verdadera profesional.

—La última oportunidad para soltar la pistola y quitarte las gafas, luego acabo contigo.

Sin volverse, Ben apartó la Glock de su cuerpo, lo hizo muy despacio, como si quisiera convencer al tipo de su docilidad, pero de hecho les estaba proporcionando a sus ojos cerrados unos preciosos segundos más para adaptarse. La pistola cayó sobre la hierba húmeda haciendo un ruido sordo.

—Ahora las gafas. Despacio.

Tuvo la sensación de que la pistolera vacía era un hoyo en su barriga. Despacio, muy despacio, desabrochó la correa del casco y se sacó las gafas de visión nocturna. Abrió los ojos. Recuperó un poco de visión en la oscuridad. Pero no era suficiente. Todavía no. Extendió el brazo con las gafas y las dejó caer.

—¿Dónde está el que vive aquí? —preguntó la voz.

Menos mal que había puesto a Alex en la tercera habitación. Seguro que habían comprobado el cuarto donde la muchacha pensaba que estaba durmiendo. Era algo, pero no por mucho tiempo. En unas pocas horas, Alex se despertaría y sin duda llamaría a la habitación de Sarah. Y, sin Ben para avisarle, estaba frito.

No contestó. El tipo le había concedido tres avisos para la pistola y las gafas. Ahora que Ben estaba desarmado y ciego, se podía esperar que el tío tuviera como mínimo la misma paciencia.

—¿Dónde está? —preguntó la voz.

—No lo sé —contestó Ben.

—No queremos hacerle daño. Él tiene algo que nosotros necesitamos. Si nos lo entrega, se marcha. Así de simple.

De no haber estado a un punto de que le reventaran los sesos, es posible que Ben se hubiera reído. Sabía lo que estaba haciendo el tipo: ayudando a Ben a racionalizar la entrega de Alex. El cálculo implícito era: *Si no nos ayudas, morirás. Si nos ayudas, a tu hermano no le pasará nada.* Fácil, ¿verdad?

—De verdad que no lo sé —dijo Ben.

Movió los ojos a la izquierda, luego a la derecha. A la débil luz de la luna, empezaba ahora a distinguir algo. Y conocía el terreno, se lo conocía como la palma de su mano.

—Voy a explicarte lo que vamos a hacer —prosiguió la voz—. Tú me dices dónde está. Yo hago una llamada. Alguien va a hablar con él. Tú y yo nos quedamos esperando en esta casa tan bonita y calentita. Cuando me llamen para decirme que ya tienen lo que quieren, nos separamos, y cada uno a lo suyo. ¿Qué te parece?

En esta ocasión, Ben se rió.

—Sí. Y vivieron felices y comieron perdices.

Estaba a unos tres metros de la esquina de la casa, un espacio que en aquellas circunstancias parecía tan grande como el Gran Cañón. En el otro lado había algo que podía serle de utilidad. Suponiendo que estuviera todavía allí. Si no estaba, aunque consiguiera pasar la esquina, era hombre muerto. Pero Alex no había cambiado nada de todo lo demás. En cualquier caso, era su única oportunidad.

—Escucha, tío, estás en una posición muy mala, lo sé. Pero es lo que hay. Tal vez te esté engañando, tal vez no. Pero ahora hazme caso, ¿de acuerdo? Voy a volver a preguntártelo, por última vez. Si no me dices algo con sentido, lo que verás un segundo después, lo último que verás en tu vida, serán los restos de tus entrañas.

Sin dejar que indicio alguno saliera a la superficie, Ben se tensó para moverse más deprisa de lo que se había movido en la vida. Luego se echó a reír, con una carcajada larga y profunda que denotaba una seguridad que no sentía en absoluto. La risa era inapropiada e incongruente, y por muy bueno que fuera el tipo, el intento de procesarla iba a bloquearle momentáneamente unas cuantas y preciosas neuronas.

—¿Algo divertido? —dijo la voz.

—Para mí sí. Está en el árbol justo encima de ti.

Apenas salió la última palabra de su boca, Ben salió disparado hacia la esquina como si hubiera sido lanzado por un cañón. Y funcionó, la carcajada, el despiste momentáneo del tipo que le hizo desviar su atención para mirar arriba, y eso de que toda acción tiene su reacción, fueron suficientes. Golpeó la plataforma con el estómago como si se deslizara en la tercera base, oyó el *boom* del Taurus detrás de él y notó plomo volando por el aire encima de su cabeza. Rodó por el suelo pegado a la casa, se puso de pie y siguió adelante.

La leña. Siempre había media o una tonelada de leña cubierta con una tela plastificada. Estaba amontonada en paralelo con el lado de la casa y separada de ésta unos sesenta centímetros, porque su padre no quería que las termitas pudieran saltar fácilmente de la madera a los cimientos. Y, gracias a Dios, allí estaba aún; no había tanta como recordaba pero sí una pila que le llegaba a la altura del pecho. Trepó encima y, dando la espalda a la casa, se deslizó hacia abajo. Flexionó las rodillas, bajó las caderas y dejó cuerpo y cabeza por debajo de la altura de la pila. Luego colocó las palmas contra la madera, metió los codos hacia dentro y apoyó la frente contra los protuberantes troncos. Y entonces el tipo cometió un error. Por temor a que Ben pudiera saltar la valla y escaparse, y seguro de que Ben no estaba viendo nada, se apresuró a seguirlo demasiado deprisa. Ben se tensó, al tiempo que se obligaba a esperar un segundo más, para dejar que el tío acortase la distancia y, entonces, arremetió contra la pila de madera al modo de un jugador lanzándose sobre el aparato de entrenamiento para bloquear o placar. Se vino abajo todo un montón de recio roble blanco, es decir astillas, troncos y lo que había entremedio. Ben cargó detrás de ellos. Oyó un ruido pesado y sordo, oyó gritar al tipo, y luego se lanzó sobre él, le puso la mano izquierda sobre la culata del revólver y retorció fuerte a la izquierda, luego llevó la otra mano a la garganta del tío, lo empujó atrás y lo arrojó contra la valla. El arma volvió a dispararse pero la boca apuntaba en otra dirección, y luego notó que se aflojaba el dedo con el que el tipo apretaba el gatillo, y que la mano soltaba el arma. Ben invirtió de inmediato la dirección, agarró el Taurus fuertemente con la boca hacia delante y la apretó contra la sien del tipo como si estuviera atornillando un clavo. El hombre se revolvió y se dobló hacia atrás, y sus manos, claramente en busca de un arma de reserva, se hicieron invisibles. Ben tomó el Taurus con la mano derecha, colocó la mira frontal en la espalda del tipo y apretó el gatillo. De la boca salió un fogonazo y el arma rebotó en su mano. El cuerpo del tipo se sacudió como si estuviera sacándose algo de encima para luego caer de rodillas. Ben siguió apuntándole con la pistola, dividido entre el deseo de dispararle de nuevo y el temor de que el ruido de un cuarto disparo ya fuera demasiado.

No hacía falta. La bala calibre .410 había acabado con él y, a la pálida luz de la luna, Ben vio que le corría sangre por toda la espalda. El tipo alargó la mano a tientas hasta la sangre, luego se la llevó delante de la cara.

—Hijo de puta —susurró, en un tono de ligero asombro antes de desplomarse boca abajo.

Ben, sin soltar el arma del tipo, le dio la vuelta con un pie y le tocó el cuello para comprobar el pulso. Nada. Muerto.

Recogió las gafas nocturnas que había tirado al suelo y se las volvió a poner, luego también la Glock. Volvió junto al tipo y le apartó las gafas del desencajado rostro. Caucásico, cabello casi al cero, unos treinta años, tal vez menos. Todo esto no le decía nada. Si bien su táctica había sido buena, por lo menos hasta que le había seguido al otro lado de la casa. Pero se le podía excusar por ello, pues no tenía medio de saber hasta qué punto Ben conocía el terreno. Y su equipo también era bueno. El Taurus, cómo no; y las gafas de visión nocturna eran unas Night Optics, como las suyas.

Conforme tomaba aliento, trataba de despejarse y pensaba qué hacer a continuación, permaneció un momento junto al cadáver. En su cabeza se disparó una serie de instantáneas: lanzándole a su padre una pelota de béisbol; arrojándole un Frisbee a *Arlo*. Katie, riéndose, tirándole salsa de barbacoa después de que él la hubiera empapado con una pistola de agua. Bajó la vista al cuerpo del hombre y, por un momento, se quedó paralizado ante la colisión del pasado con el presente.

Venga, pensó. Céntrate. Tres disparos. Un buen estruendo. Sin embargo, en Ladera, las parcelas eran grandes y normalmente estaban separadas por vallas y árboles, los cuales habrían podido amortiguar algo el ruido. Tal vez la gente había seguido durmiendo a pesar de todo, o se había dicho que era otra cosa, o había pensado que podían ser disparos, pero imaginado que ya alguien haría algo al respecto. O un vecino había levantado el teléfono y llamado a la policía. No podía correr el riesgo de esperar para enterarse.

Registró de prisa los bolsillos del muerto, aunque no esperaba encontrar nada. Éste era mejor que los rusos. Era un profesional. No era muy probable que llevara encima una tarjeta de crédito.

Un puñado de balas del Taurus. Inútiles. Una minilinterna SureFire E1E. Lo mismo. Y...

Una llave de coche. No había llavero de una empresa de alquiler de coches u otra identificación, pero era de un Volvo. Había visto algunos Volvos aparcados en las calles próximas. Apostaba a que uno de ellos pertenecía a su nuevo amigo muerto. O si no, otro por las inmediaciones, digamos en un radio de más o menos un kilómetro y medio de la casa. Al fin y al cabo, el tipo no había llegado allí en paracaídas.

Arrastró el cuerpo hasta detrás del *jacuzzi*. Tomó las gafas y el Taurus —cuantas menos pruebas físicas en la escena del crimen, mejor—, y volvió a saltar la valla para llegar a su coche. Empezó a circular con las luces apagadas, que no encendió hasta que estuvo en Erica. Aparcó más lejos, en el aparcamiento de Ladera Center. Sólo había dos calles que llegaban y salían del centro comercial, y desde allí Ben controlaba las dos. Si llegaba la policía, podría marcharse en silencio.

Se puso a esperar, al tiempo que observaba y pensaba. ¿Dejar el cadáver o moverlo? Las dos opciones implicaban riesgos. Si lo dejaba, no pasaría mucho

tiempo antes de que alguien encontrase el cuerpo. Y un cadáver en el jardín de su hermano suponía una conexión demasiado estrecha con él. De acuerdo. El chico debía hacer un último viaje para ser encontrado en otro lugar, si lo encontraban.

Transcurrida media hora sin señales de la policía, regresó a Escanyo y aparcó donde lo había hecho antes. Atravesó el jardín, saltó la valla y se dirigió a la pila de leña. Agarró la tela que la había cubierto, colocó al tipo dentro y lo arrastró hasta la valla. Como la tela estaba plastificada se deslizaba bien por la hierba. Cuando llegó a la valla, envolvió al tipo en la tela, se cargó el bulto a la espalda y, con la ayuda de las dos manos y la cabeza, lo lanzó al otro lado. Desde allí no le costó arrastrarlo hasta el coche.

Cuando se marchaba, pasó por delante de dos Volvos. En cada ocasión apretó el control remoto de la llave que le había sacado al muerto con la esperanza de tener un poco de suerte. Ninguna en ambos casos. De acuerdo, haz lo que tienes que hacer y ya volverás más tarde. Era demasiado arriesgado pasearse por ahí en busca del coche llevando el cuerpo ya casi frío en el maletero.

Al cabo de dos minutos, volvía a estar en la 280, dirección norte. Hizo dos paradas: la primera en el lago San Andrés donde, después de hacerle al cuerpo los agujeros pertinentes para evitar que flotara, lo arrojó al agua, junto con el revólver y las gafas, también el cuchillo utilizado para la aireación; la segunda, en un contenedor de la Misión, donde arrojó la tela ensangrentada. A continuación, y después de sonreír tristemente ante la perspectiva de la muchacha, puso rumbo al hotel. Se iba a llevar una buena sorpresa al verle.

24 - Virus

Cuando Ben se hubo marchado, Alex volvió a abrir su ordenador portátil y siguió trabajando en Obsidian y las notas de Hilzoy. Pero había perdido la concentración.

Quizá no hubiera debido decir nada sobre el cementerio. Pero no era culpa suya que fuese un tema tabú para Ben. Una simple sugerencia, un ruego, de que su hermano fuese a presentar sus respetos, y don Duro se pone hecho un basilisco. ¿Qué se suponía que debía hacer Alex? ¿Andar con pies de plomo por miedo a que Ben saltase a la mínima provocación? Era ridículo.

Por una parte lo sentía, pero por la otra se alegraba. Lo sentía porque había dicho algunas cosas muy duras, cosas en las no había pensado más desde hacía tiempo y que nunca antes se había atrevido a expresar. Se alegraba porque iba siendo hora de que Ben las oyera. Principalmente, estaba enfadado, furioso de hecho, porque Ben, a quien no se le había visto el pelo mientras su madre estuvo enferma y luego en coma, le acusaba ahora de cuidarla sólo porque le había sido cómodo, porque era una excusa para no ir a ningún otro lado o hacer alguna otra cosa.

¿CÓmodo? Me gustaría que hubieras estado allí para sostenerle la cabeza cuando vomitaba hasta las tripas después de la quimioterapia. Para ver cómo se consumía hasta parecer una prisionera de guerra. Para inventar todo tipo de estratagemas y que comiera sólo un poco más. Venga, mamá, es bueno, una más, ¿no puedes? ¿No? ¿Quieres que te haga otra cosa? Te hago lo que quieras, no me importa. O puedo ir en un salto al centro comercial y comprarte algo que te apetezca. Lo que quieras, mamá. Pero come algo. Sólo un poco. Por favor. Por favor, mamá.

Habían contratado los servicios de una enfermera pero, como no estaba allí las veinticuatro horas del día, Alex había tenido que limpiar más de un desastre cuando su madre perdía el control de sus intestinos, y lo peor era que después tenía que consolarla, buscar la manera de apaciguar su vergüenza y afianzar su deteriorada dignidad.

Recordaba su débil sonrisa ante las bromas que él hacía. Venga, mamá, ¿de qué estás hablando? Tú solías hacer lo mismo por mí, ¿recuerdas? Recordaba cuánto sufrió al comprender que ella fingía que se sentía mejor sólo para que él se sintiera mejor, lo recordaba como uno de los momentos negros cuando comprendió, realmente comprendió, que ella se iba a morir.

La mayor parte del tiempo ella había mantenido la entereza, pero aún así, a veces la fachada se resquebrajaba y, de repente, se ponía a llorar: *Tesoro, tengo miedo. Tengo miedo. Mírame, mira a la ruina de tu madre.*

Alex cerró los ojos y se frotó las sienes. Era increíble, aquellos momentos,

aquellas imágenes vivían en su mente con una total nitidez. Transcurrían meses, incluso años, sin que nada de aquella época horrible aflorara a la superficie, pero luego allí estaba la memoria excelente y en alta definición, todo al apretar un botón.

Si hubieras intentado mirarla a los ojos mientras lloraba, mientras le mentías y le decías que se iba a poner mejor... Tú mismo habrías llorado hasta quedarte dormido, porque todos tus seres queridos se morían y ya no podías aguantarlo más. Salvo que debías aguantar. Porque ya no quedaba nadie. Esto también era comodidad, gilipollas.

Su pantalla cobró vida, una imagen de una galaxia o algo así, un negro infinito salpicado de estrellas lejanas y arremolinadas nebulosas color violeta.

Al cuerno con ello. No tenía la cabeza para hacer nada con Obsidian. Se levantó y se puso a pasear por la habitación.

Lo que le molestaba a Alex no era únicamente que Ben, bajo todas sus medallas de guerra, fuera un don nadie. Ni siquiera su hipocresía al sugerir que Alex había estado atendiendo a su madre sólo porque podía, mientras que él no había hecho nada. Era su negativa a reconocer, si no con una palabra de arrepentimiento por lo menos con sus actos, que él fue la causa de gran parte de lo que ocurrió. Si Ben fuese capaz de admitirlo, tal vez Alex se relajara un poco con respecto a él. Pero el hecho de que Ben actuara como si no hubiese hecho nada malo... empeoraba todavía más la situación.

Sus padres quedaron destrozados con la muerte de Katie. Daba la impresión de que la presencia de ésta, su vida, les había mantenido intactos a los dos, mientras que sin ella, empezó a ensancharse el abismo de sus personalidades, las pequeñas fracturas, previamente invisibles e irrelevantes, se convirtieron en grietas y fisuras profundas, hasta que toda la estructura se vino abajo.

Al principio, el cambio fue más evidente en su madre. Se lanzó a llevar a cabo actividades benéficas, como recoger fondos para el colegio, o trabajos en la iglesia aunque hasta entonces apenas asistía a misa los domingos. Empezó también a hablar mucho, y siempre necesitaba tener la televisión o la radio de fondo. No paraba. Parecía que ya no pudiera soportar el silencio, no pudiera soportar lo que podría brotar desde dentro sin una cacofonía de distracciones prefabricadas para oscurecerlo y anularlo.

Su padre tuvo la reacción contraria: cierto que nunca había sido un hombre dicharachero, pero se volvió cada vez más taciturno. Le salieron bolsas bajo los ojos y se fue encogiendo físicamente, iba con los hombros hundidos, encorvado y arrastraba los pies al andar, cuando antes sus pasos habían sido seguros y vivos. Se pasaba mucho tiempo en el trabajo y, cuando estaba en casa, siempre estaba ocupado en algún proyecto solitario: enceraba el coche o reparaba algo en el garaje; se entretenía haciendo de radioaficionado, actividad que llevaba a cabo en su despacho detrás de una puerta cerrada. Se comunicaba sobre todo mediante síes y noes, y «claro» y «de acuerdo». En aquella época Ben estaba casi siempre en casa, y lo único

que realmente animaba a su padre era la eterna pelea sobre que aquél, antes de alistarse en el ejército, terminara la carrera en Stanford. Aparte de esto, se mostraba apático e inestable; habría bastado un empujoncito equivocado para que se hubiera encerrado completamente en los oscuros lugares que su mente parecía albergar. Lo que más asustaba a Alex era que, a juzgar por las apariencias, a su padre no le hubiera importado que esto sucediera.

Y entonces, el estúpido, el egoísta Ben, cuando ni siquiera había transcurrido un año de la muerte de Katie, anunció que iba a dejar Stanford para enrolarse en el ejército. Al cabo de un mes, su padre se tragó un puñado de píldoras en el despacho de su lugar de trabajo. Alex nunca se enteró bien de todos los detalles, pero llegó a la conclusión de que su padre lo planeó todo cuidadosamente para que lo encontraran sus compañeros de trabajo y ahorrarle el trauma a su familia. Como si un detalle como ése pudiera cambiar las cosas.

Dejó una nota manuscrita. Su madre, después de enseñársela a Ben y a Alex, la quemó. En aquel momento a Alex le pareció extraño pero ¿cómo se podía juzgar? ¿Qué hace uno con una nota que deja alguien que se suicida?

La nota decía que lo sentía muchísimo. Muchísimo, pero que creía que era lo mejor para todos ellos. No podía soportar más el dolor. No podía dejar de pensar que tal vez Katie lo necesitaba y él no estaba allí para ayudarla. El resto de la familia se tenían los unos a los otros. No podía dejar sola a Katie.

En aquella época, Alex no estaba más que en el segundo año del instituto, pero haber experimentado la pérdida de Katie el año anterior le había hecho despabilar, más de lo que él hubiera querido, y había aprendido a diferenciar entre lo que la gente decía y lo que realmente pensaba. Y por consiguiente leyó entre líneas la nota de su padre. ¿Por qué su padre pensaba que su hija muerta le necesitaba más que su mujer e hijos vivos? ¿Podía ser que hubiera ocurrido algo, que alguien hubiera hecho algo que le hiciera sentir inútil? ¿Haberle quizá arrebatado de una patada la única pierna de apoyo que le quedaba todavía para mantenerse en pie, su deseo de que su hijo mayor acabara sus estudios universitarios antes de emprender su gran aventura de G. I. Joe? Habría sido pedir demasiado, ¿no es así? Sólo diferir tus grandes planes por una temporada, Ben. Tu padre es frágil; tu narcisismo, tu maldita manía de satisfacer tus deseos ante todo, están a punto de hacer añicos lo poco que queda de él.

Después, Ben se quedó en la casa unos cuantos meses más, pero Alex sabía que era para guardar las apariencias. Una noche, cuando estaban los tres compartiendo una cena «familiar», tan fúnebre que ni siquiera la cháchara constante e histérica de la madre podía alegrar, Ben lanzó la noticia de que no podía aplazar más su alistamiento. Dijo algo sobre programas de entrenamiento, plazas en aviones, y eso. Alex sabía que eran excusas.

Una vez se hubo marchado, el único contacto con Ben consistió en violentos momentos al teléfono cuando Alex cometía el error de contestar. O bien la madre, después de haber hablado con su hijo mayor, le transmitía alguna noticia con una

falsa alegría, y él fingía que se alegraba de oírlo. Desde que se alistó, Ben lo fue a ver, cuánto, ¿media docena de veces? Alex, dócilmente, participaba de esos embarazosos encuentros porque habría matado a su madre del disgusto si no lo hubiera hecho, pero forzaba tanto la sonrisa que a veces, al día siguiente, le dolían los músculos del rostro. Pero luego ella murió de todas formas, y Ben realizó el sacrificio supremo de aparecer para el funeral, y después se fue para siempre.

Y ahora, después de todos aquellos años de silencio, con todas las razones que tenía Alex para estar resentido, le daba al imbécil de su hermano una ocasión para mostrar algo de remordimiento, algún respeto por sus muertos, ¿y qué hace él? ¡Se lo echa en cara a Alex!

Se detuvo delante de la ventana y observó las luces, la ciudad y la bahía más allá, luego reanudó sus paseos. Y bien, ¿qué había esperado? Su hermano era una plaga, un maldito virus, y la enfermedad que transmitía era la miseria de los demás. Le había dicho a Osborne, aun adivinando que era su jefe, que era misionero. Insultaba a Alex cada vez que tenía ocasión. También estaba ofendiendo a Sarah, al sugerir que ella formaba parte del lío ese en el que estaban metidos. Todo lo que hacía acababa causando dolor a los demás.

Aquella noche, se alegró cuando supo que Ben se marchaba al club de *jazz*. Se sentía estúpido por tener que admitirlo, aunque fuera a sí mismo, pero... le había entusiasmado la perspectiva de pasar un poco de tiempo a solas con Sarah. Por qué, no lo sabía con exactitud. No porque pensara que fuera a pasar algo. No es que pudiera pasar algo. Sin embargo...

Sarah era, además, muy inteligente. Durante el día, había sugerido varios usos posibles para Obsidian y, si bien era cierto que ninguno se había traducido en el progreso que buscaban, todos hacían gala de una gran creatividad. Había visto algunas posibilidades en las notas de Hilzoy, algunas nociones para usar Obsidian no sólo para codificar una red sino para codificar mensajes enviados entre redes, e incluso había explicado cómo hacerlo. Pero había muchísimos programas disponibles en el mercado, como PGP, que ya llevaban a cabo esencialmente la misma función, e igual de bien. No habían podido descubrir que Obsidian ofreciese alguna ventaja susceptible de entusiasmar, por no decir de asesinar por ella.

Deseó, y no era la primera vez aquel día, tener acceso al código fuente. Resultaría de una enorme utilidad. Claro que, de haber tenido todavía el código fuente, lo habrían podido publicar como había sugerido Sarah y sus problemas se habrían acabado.

Regresó a su ordenador. Si una conspiración secreta había descubierto que existía un valioso, o peligroso, potencial oculto en Obsidian, ¿cómo era posible que al tipo que lo inventó se le pasara por alto? Tenía que haber algo en sus notas. Seguro.

25 - Una locura

Ben aparcó en la calle California y fue anclando al Ritz-Carlton. Eran casi las tres de la madrugada, y la zona estaba desierta. No pensaba que se presentara un problema fuera del hotel. A aquellas alturas de la situación, si alguien le acechaba, lo más probable era que estuviera dentro.

Rusos por la mañana, un estadounidense por la noche. Le despistaba. ¿Diferentes grupos interesados en Obsidian? ¿Podía tratarse de esto? También podía ser que, quien estuviera detrás del asunto, se hubiera quedado sin personal ruso y hubiese recurrido a otros.

Si había alguien esperándole dentro, era muy posible que le diera una sorpresa. El tipo que había matado en casa de Alex no llevaba teléfono móvil o radio. Lo que significaba que no esperarían que volviera al hotel, por lo menos no tan pronto.

Después del Vesuvio, y como había creído que la chica iba de buena fe, se había quedado tranquilo, con lo cual había fallado en lo táctico. Había tenido suerte. No tenía intención de volver a confiar en ella.

En el interior del hotel reinaba tal tranquilidad que podía oírse el silencio. Una mujer, sola detrás de la recepción, le saludó pero, aparte de esto, todo, el vestíbulo, el bar... todo estaba desierto.

Subió en ascensor hasta la sexta planta, luego bajó por las escaleras hasta la cuarta. Cuando llegó al hueco de la escalera, sacó la pistola. Cualquiera con quien se tropezase a aquellas horas sin una fregona y un cubo en ristre, no era seguramente un amigo.

Se arrimó a la pared conforme se acercaba a la habitación de Sarah, luego, al pasar por delante, se agachó ante la remota posibilidad de que alguien estuviera mirando por la mirilla. Se colocó las gafas de visión nocturna sobre la cabeza pero no se las puso todavía. A partir de ahí, debía tener en cuenta cualquier posibilidad. Cualquier cosa. No únicamente una emboscada humana, sino también algo como un control remoto.

Abrir su puerta supuso ya una prueba de nervios. Contrarrestar la amenaza de un artefacto explosivo improvisado (IED) requería unas tácticas completamente distintas a contrarrestar la amenaza de una emboscada humana, y al pararse delante de su puerta para examinar posibles señales en ésta, le dejaban el culo muy expuesto a la otra. Bien, las paredes eran gruesas; no era probable que alguien se arriesgase a disparar a través de ellas. Aún así.

No encontró ni cables ni otras señales de nada que hubiera cerrado un circuito si la puerta se hubiera abierto. La cerradura magnética no parecía haber sido manipulada. Deslizó por ella la tarjeta de acceso con la mano izquierda, mientras con la derecha sostenía la Glock a la altura del pecho. Abrió la puerta un palmo y apuntó

el arma hacia abajo. Nada en el otro lado. Ni cables o cualquier otra cosa fuera de lugar en la jamba de la puerta. Entró y desconectó el interruptor general. El cuarto quedó a oscuras.

Dejó la puerta cerrada, retrocedió al pasillo y se mantuvo a unos metros de distancia. Cabía la posibilidad de que alguien estuviera vigilando desde fuera. Al llegar, había dado la vuelta al hotel, claro, pero podía no haber advertido la presencia de alguien. Lo último que le hacía falta era que alguien viera las luces por los bordes de las cortinas de la habitación 767, esperase un minuto, y disparase a distancia un IED. O por lo menos no quería estar en la habitación cuando sucediera.

Esperó dos minutos. De acuerdo, si tenía que pasar de aquella forma, ya habría pasado. Regresó a la puerta, se colocó las gafas sobre los ojos y entró, luego puso el seguro de la puerta por dentro.

Tardó tres minutos en confirmar que estaba solo. Confirmar que nadie le hubiera dejado una carta de amor en forma de IED otros veinte minutos.

Se sentó en el suelo, apoyado en la cama, y se sacó las gafas. Respiró hondo. Cristo, vaya día. Se suponía que debía estar agotado, pero estaba aún demasiado excitado para notar lo.

Bien. Una cosa más, y luego podría descansar.

La muchacha.

Tenía tres formas de hacerlo. La primera, por la puerta de comunicación, si ella no la había cerrado por su lado. Segunda, podía hacer uso de su tarjeta de acceso de la puerta del pasillo, si ella no había puesto el seguro por dentro. No creía que fuera a funcionar ninguna de estas dos opciones. Por consiguiente, la tercera alternativa era la más prometedora: simplemente abrir la puerta de comunicación de una patada. Era de madera maciza, pero se abría hacia su habitación, y, para su propósito, la jamba metálica se deformaría y liberaría el marco que la rodeaba.

Abrió la puerta que daba a su lado, despacio, con cuidado, para asegurarse de que no había nada entre las dos puertas que pudiera cerrar un circuito. Se sorprendió al ver que la puerta del lado de ella no solamente no estaba cerrada con el seguro, sino que estaba abierta de par en par. Se alegró de haber dejado apagadas las luces de su habitación y llevar las gafas puestas. De no haberlo hecho, su silueta habría quedado enmarcada al instante.

Avanzó con mucho sigilo, sin gustarle que la puerta estuviera abierta, presintiendo una trampa. Al resplandor verde de la visión nocturna, la vio en la cama. Estaba tumbada de espaldas, tapada hasta el cuello por la colcha, y su largo y negro cabello se desparramaba por la almohada blanca. Su brazo derecho descansaba justo encima de su cabeza, el izquierdo estaba bajo la ropa de cama. Como él había advertido durante el día que ella era diestra, le tranquilizó ver que su mano fuerte estaba a la vista, y vacía. Parecía estar durmiendo, pero también se había hecho la despistada en el Vesuvio, y de forma convincente. Sin apartar demasiado la vista de ella, examinó la habitación. Estaba vacía.

Se acercó a la cama y se la quedó mirando un momento. Su respiración era lenta y regular. No se movió.

Se percató de que el seguro de la puerta estaba puesto. Lo cual convertía la puerta común en una especie de embudo. Esto no le hacía ninguna gracia. No le gustaba que nadie pudiera prever, y controlar, sus movimientos.

Sin dejar de apuntarla con la Glock, apartó la ropa y dejó su mano izquierda al descubierto. Estaba vacía.

Se quitó las gafas de visión nocturna, las dejó y encendió la lámpara de la mesilla de noche.

Ella abrió los ojos y empezó a parpadear, luego se sentó de un salto agarrada a la ropa de cama con la que se tapó.

—¿Qué demonios es esto? —exclamó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—No pareces muy contenta de verme —observó él, disfrutando a pesar de todo del momento.

—¡Pues claro que no estoy contenta de verte! No puedes presentarte así. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué quieres?

—No te hagas la tonta, corazón. Ya sé que eres buena, pero la escena está un poco pasada de moda.

Ella miró la Glock, dio la impresión de que la advertía por primera vez, y tal vez fuera así.

—¿Por qué me estás apuntando con un arma? ¿Te has vuelto loco?

Ben siguió apuntándola con la pistola. Y, por si acaso, y como él mismo tenía por costumbre dormir siempre con el arma al alcance de la mano, dijo:

—Sal de la cama.

—Ya estoy harta de esto. Sal de mi habitación.

Ben agarró toda la ropa de cama y tiró de ella. Voló hasta la pared opuesta y cayó al suelo.

Ella saltó al otro lado de la cama.

—¡Sal de aquí! —gritó.

No llevaba más que unas braguitas blancas y una camisola blanca también, y Ben dudó de sí mismo un momento. Pero ¿cuántos soldados habían cometido el mismo y fatal error con respecto a una mujer aparentemente dulce el instante antes de que ella hiciese explotar una bomba suicida?

Rodeó la cama, sin dejar de apuntar a la muchacha.

—Cállate —le dijo—. Y mantén las manos donde yo pueda verlas si no quieres que dispare.

—Estás loco —dijo ella mirándole fijamente y respirando con fuerza—. Estás completamente loco.

—Tienes razón —admitió él, que estaba ahora en el mismo lado de la cama que ella y se iba acercando—. Estoy tan desquiciado que soy capaz de hacer una locura, puedes estar segura. En un día, han intentado matarme tres personas. Una cosa así

enloquece a cualquiera.

Ella no contestó. No, claro que no. Él se acercó. Ella retrocedió hasta la esquina, una pared a un lado, la mesilla de noche en el otro.

—Me has engañado bien durante un rato —dijo él—. Te lo reconozco. Pero ahora se ha acabado. ¿El tipo que me esperaba en casa de Alex? Me lo ha contado todo antes de morir. Me ha costado un poco sacárselo, pero, al final, ha cantado.

—No quiero saber nada —replicó ella.

Él se acercó más.

—En ese caso no haberte metido en esto. Pero tengo una buena noticia para ti. Voy a hacerte una pregunta. Si contestas satisfactoriamente, no te pasará nada.

—¿Qué pregunta?

—¿Para quién trabajas?

—¡No sabes de qué hablas!

—Mira, la respuesta no me parece satisfactoria.

Y, de pronto, ella avanzó hacia él.

—¿Vas a dejar de considerarme una enemiga? —gritó al tiempo que le hundía un dedo en el pecho—. ¡Soy iraní, y eso es lo único que quieres ver! ¡A cada suceso, tú lo desvirtúas en tu mente para probar lo que estás ya inclinado a creer! ¿Por qué? ¿Por qué necesitas ver en mí a una enemiga? ¿Qué consigues con todo esto?

Él se quedó tan sorprendido que estuvo a punto de dar un paso atrás, pero se detuvo a tiempo. Cuando había irrumpido allí estaba tan seguro de sí mismo que había esperado que ella confesara de inmediato. O que lo negase de forma poco convincente, para acabar confesando. Lo que no había previsto era un contraataque. Especialmente con aquel vocerío que podía llamar la atención. Tenía que recuperar el control.

—Esta noche, alguien ha hecho una llamada —empezó a decir, a medida que se sentía estúpido apuntándola con la pistola. Con lo agitada que estaba ella, podía producirse un accidente. La guardó en la funda—. Una persona que sabía que yo iba a ir a casa de Alex. No ha podido ser nadie más que tú.

—¿De qué estás hablando? Yo no sabía que pensabas ir a su casa. No tenía idea de adónde demonios ibas. Lo único que has dicho es que tenías algo que hacer.

—Podías haberlo imaginado...

Apenas lo hubo dicho, sonó débil. Cielos. ¿No tenía nada más en qué basarse? Sí, el tipo había preguntado también dónde estaba Alex. Pero... ¿podía haber sido porque la chica no les importaba? Alex era el primero, esto era evidente. De hecho, es posible que ni siquiera supieran que la chica se había escondido. Quienesquiera que fueran, sus recursos no eran ilimitados. Debían de reservarse a Sarah para más adelante, si daban un pavo por ella.

—Y esa persona que dices haber torturado esta noche —dijo ella—, ¿qué te ha dicho? Nada, por eso te lo estás inventando. Te lo estás inventando para asustarme.

Él no había dicho exactamente que hubiera torturado a nadie, aunque había

confiado en que la idea la asustara. Pero al margen de esto, allí había algo que fallaba. O más bien, había algo que no fallaba. Ella estaba sola en el cuarto, desarmada, dormida o por lo menos haciendo un buen trabajo al fingirlo. No tenía sentido.

—¿Por qué has dejado abierta la puerta de comunicación? —preguntó.

—Porque me ha apetecido.

Sí, Ben supo que ella se traía algo entre manos.

—¿Por qué?

—¡No es asunto tuyo! —gritó ella.

Se dispuso a ponerle otra vez el dedo en el pecho, pero él se lo agarró con el puño.

—Te he hecho una pregunta —dijo, al tiempo que apretaba fuerte la mano y la empujaba contra la pared.

—Venga, sigue —replicó ella, haciendo una mueca—. Sigue. Rómpeme los dedos. Tortúrame. ¿No es eso lo que haces? Torturas a la gente hasta que te dicen lo que quieres escuchar.

¿Por qué había dejado la puerta abierta? Debía de ser para que él pudiera entrar fácilmente. Pero entonces, ¿por qué nadie le había tendido una emboscada?, ¿por qué no estaba armada? ¿Qué pasaba? ¿Por qué iba ella a querer que él pudiera...?

Oh, idiota.

Todo encajaba. Todo resultaba tan evidente. Era embarazosamente simple, y tú has debido de estar ciego o, reconócelo, predispuesto a no verlo.

Bajó la vista, consciente por primera vez de la poca ropa que llevaba encima, de lo poco que la cubría. La forma de sus pechos bajo la tela sutil de la camisola, la suave piel color caramelo de su barriga encima de las braguitas...

Soltó su dedo y puso la palma de la mano en la pared, junto a la cabeza de ella.

—¿Por qué has dejado la puerta abierta? —volvió a preguntar.

—Ya te lo he dicho, no es asunto tuyo.

Dios, qué guapa era. Pensaba haberlo advertido ya, pero no era así. No así.

—¿Por qué? —dijo de nuevo, en voz más baja.

—No voy a decírtelo —replicó ella.

Trató de zafarse y él puso su otra mano contra la pared junto a ella, con lo cual la bloqueaba por los dos lados.

—Quiero que me lo digas —dijo.

—No.

¿Respiraba ella más fuerte ahora? Él sí, lo sabía. Veía sus pezones, duros bajo la tela de la camisola.

Dio un paso y bajó la cabeza hasta que sus labios estuvieron a unos centímetros de su mejilla.

—Quizá yo lo sepa —dijo.

—No sabes nada sobre mí.

—Sé algo —prosiguió él, al tiempo que se acercaba más.

Ella levantó la vista hacia él, su mirada era airada, desafiante, tenía los labios separados y el aliento de su respiración silbaba entre ellos. Él notó los acelerados latidos de su corazón, los oía en sus oídos.

Se inclinó todavía más y ella volvió la cabeza con brusquedad. Sus mejillas se rozaron y él oyó el sonido de la respiración de ella en su oído. Le llegaba el olor de su pelo, de su piel. Se acercó más y se apretó contra ella, y la suave calidez de sus pechos contra él le produjo una especie de locura.

Apartó una mano de la pared y la puso sobre la cadera de la muchacha, luego dejó que se fuera deslizando hacia arriba, acariciando las costillas, la curva de los pechos, el cuello, la mejilla. Intentó moverle la cabeza hacia el centro. Ella se resistió un momento, pero luego se volvió y, tras emitir un sonido extraño, medio gruñido, medio grito, encontró sus labios, con la boca abierta y la lengua ya en la suya.

Él tomó su cabeza entre las dos manos y la besó furiosamente, y el corazón le latía con fuerza y los oídos le zumbaban. Se sentía desatado, como si hubiera perdido el control sobre algo y estuviera corriendo por la oscuridad. Estaba todavía apretado contra ella, pero ésta lo estaba rechazando. Era un hombre tan fuerte que hacía daño.

Él ya no podía ni pensar, sólo quería tenerla desnuda, lo necesitaba. Ninguna otra cosa importaba, ninguna otra cosa era real. Agarró la parte superior de la camisola con las dos manos y tiró de ella en direcciones opuestas.

En sus oídos resonó el ruido de la tela al desgarrarse, y luego tenía sus pechos entre sus manos, y eran preciosos, ella era preciosa.

Sarah introdujo los dedos por los huecos entre los botones de la camisa y estiró, y éstos saltaron con la cadencia de una ametralladora. Una parte de su mente pensaba: *No debería sorprenderte, fíjate cómo te ha cacheado en el Vesuvio, donde las dan las toman*, y acto seguido ella se inclinaba hacia delante y le besaba en el cuello según forcejeaba con la hebilla de su cinturón. Él dejó caer la pistolera mientras ella se lo sacaba. Fue luego a bajar la cremallera y él se sacó como pudo la chaqueta y la camisa, y después al cuerno, no aguantaba más, no podía esperar más, así que se desabrochó los pantalones y se los quitó. Los apartó de una patada y tomó a Sarah de nuevo en sus brazos. Ella lo rodeó con su mano y apretó, y él sintió una corriente por todo el abdomen.

Le puso los brazos bajo el trasero y la aupó. Ella lanzó un grito de sorpresa y enroscó las piernas alrededor de su cintura. Él se volvió, se apartó dos pasos de la pared y posó a Sarah en el suelo. Empezó a besarla de nuevo, en el cuello, en los pechos, luego se apartó. Las bragas se tensaban sobre sus caderas y él envolvió los dedos en la tela y tiró; desgarró un lado, luego el otro y las apartó de su cuerpo, y todo esto sin dejar de mirarla, de mirarla a los ojos, de ver el deseo en ellos, las ganas, y se puso a tocarla hasta hacerla gemir, hasta hacerla retorcer, y estaba tan mojada que debía de ser real, tenía que serlo, ninguna mujer podía ser una actriz tan buena. Adelantó las rodillas haciendo que ella extendiese las piernas y se puso sobre ella, y la deseaba con tanta intensidad que se le borró todo lo que tenía en la mente.

Y la penetró y, por Dios, no había ya nada más en el mundo, nada mejor, tuvo la sensación de ser un hombre que, estando a punto de ahogarse, se iba tragando una bocanada tras otra de aire vivificante. Ella jadeaba, se movía contra él, cruzaba los tobillos detrás de su espalda, le ponía las manos en la cara, lo tiraba hacia ella, lo besaba. Se movieron así un rato, él quería ir más despacio, ser más cariñoso, pero no aguantó más y, alargando las manos, la agarró por el culo y la atrajo contra él mientras se iba moviendo más profundamente dentro de ella, una y otra vez, una y otra vez. Él cerró los ojos y vio remolinos de colores, negro, violeta y verde, la oyó gemir y notó sus manos en su pelo y en su rostro, y el calor de su cuerpo por todas partes.

Ella tensó las piernas y empezó a moverse de forma más apremiante, y gritó en su boca y él comprendió que estaba a punto de correrse, de irse bajo y en torno a él, y luego él también se iba, y todo el peligro, la incertidumbre y la locura del día que le habían estado atenazando como un tornillo, desaparecieron milagrosamente y se quedó vacío.

Despacio, con sumo cuidado, él soltó su trasero y apoyó el peso sobre los codos.

—No, quiero sentir tu cuerpo —rogó ella.

Él se relajó entonces un poco. Sin apartar todavía las piernas de su espalda, ella le rodeó el cuello con los brazos, y él oyó que, con cada respiración jadeante, emitía una especie de ronroneo. Así permanecieron un rato, mientras el corazón de Ben se calmaba y su respiración recuperaba el ritmo normal.

Él se apartó de ella y se tumbó boca arriba, luego volvió la cabeza para mirarla a los ojos. Tuvo ganas de decir *Eres hermosa*, pero no lo hizo.

—Lo siento —dijo en cambio.

—Yo no —replicó ella riendo.

—No, me refiero a...

—Sé a lo que te refieres.

—He tenido una mala semana —observó él al tiempo que suspiraba.

Ella se puso de lado para mirarlo, con el codo apoyado en el suelo y la cabeza en la mano.

—Tengo la sensación de que ha sido más de una semana —comentó en un tono cariñoso.

—¿Qué quieres decir?

Ella titubeó un momento, luego contestó:

—Tienes una hija, una ex mujer y un hermano, pero no te tratas con ellos, ni siquiera hablas con ellos de vez en cuando. Eso es algo más que una mala semana.

—Es complicado.

—Ya sabes lo que se dice: «Métetelo en la cabeza. El común denominador de todas tus relaciones disfuncionales...»

—«Eres tú». Sí, ya lo había oído.

Cielos, la tía era dura. E imaginó lo que sería tener algún tipo de relación con ella.

No iba a ganar muchas discusiones, eso era seguro.

—Mira —empezó a decir—, es cierto lo que has dicho en el bar. No puedo... no puedo tener a alguien dependiendo de mí. Quiero decir, ¿qué es peor, ir a visitar a mi hija un par de veces al año, o haber desaparecido completamente? Con lo primero sólo conseguiría que fuera consciente de mi ausencia, que sintiera una especie de pérdida. Con lo segundo, como no hay nadie a quien echar de menos, no hay sentido de pérdida.

—No lo pesco. ¿Quieres decir que, si nadie depende de ti, ya no defraudas a nadie?

—No es eso lo que estoy diciendo.

—¿Quieres saber lo que pienso?

—Alex siempre me pregunta lo mismo. Y yo siempre le contesto que no.

—¿Te lo dice de todas formas?

—Pues claro.

—Pues yo voy a hacer lo mismo. Lo que estás diciendo es como robar. Robar la herencia a una persona que ni siquiera sabe que la tiene. ¿Echará de menos el dinero? ¿Sabrá siquiera que ha desaparecido, o se sentirá perjudicada por su falta? No. Pero el hecho de que la persona ignore el robo no impide que tú seas un ladrón.

—¿Os enseñan estas cosas en la facultad de Derecho?

—Y por cierto, ¿qué pasó entre tú y Alex?

—Nos distanciamos.

—¡Venga ya! Nadie se distancia de esa forma. Ni siquiera sabe que te casaste, o que tiene una sobrina.

Mientras él decidía qué contarle, o si contarle algo, apartó la vista un momento. No sabía por dónde empezar.

—Teníamos una hermana... —Es lo que le salió y, a partir de ahí, lo fue contando todo. No pretendía hablar mucho, pero una vez hubo empezado a hablar ya no pudo parar.

—Qué desgracia de familia —observó ella al final de su relato—. ¡Y yo que creía que la mía tenía problemas!

—¿De qué familia hablas? —replicó él acompañando sus palabras de una risa seca—. No queda nadie.

—Estáis tú y Alex.

—Alex me culpa de todo lo que pasó.

—¿Te lo ha dicho?

—No con estas palabras, pero sé que es así.

Permanecieron en silencio un momento.

—¿Te alistaste para huir después de lo que pasó con tu hermana?

—No. Ya lo tenía decidido antes del accidente. Mis padres no querían. Me presionaron mucho, pero yo tenía muy claro que era eso lo que quería. Desde que era un niño.

—Creo que está bien que entraras en el ejército.

Él se la quedó mirando, sorprendido.

—¿Hablas en serio? Yo pensaba que me tenías por un sádico, un pequeño torturador.

—Yo no pienso eso. Sólo intentaba meterme bajo tu piel. En cualquier caso, no me refería a esto. Creo que hiciste bien alistándote porque es lo que tú querías. Me gustaría haber tenido tu presencia de ánimo para hacer frente a mis padres. Pero... tú también has tenido razón en el bar. No sé lo que quiero. —Él no replicó—. ¿Por qué estás ayudando a Alex? —preguntó luego.

—¿Esto es ayudarlo? —exclamó él mirándola.

—No tiene por qué enterarse —observó ella conforme le sonreía.

—Sí, creo que es lo mejor.

—¿Por qué? Dime. Quiero decir, eres tan poco apegado y todo eso. Y, sin embargo, aquí estás.

Él reflexionó sobre ello un momento. El hecho era que ni él mismo lo sabía muy bien.

—Necesita mi ayuda —fue todo lo que se le ocurrió decir.

Ben tenía ganas de que ella siguiera preguntando. Tal vez así lo descubriría.

—¿De verdad piensas que le... intereso? —preguntó ella en cambio.

—Venga ya, mírate.

—¿Sólo te basas en eso?

—Créeme, ya es mucho. Pero no, como te he dicho, lo sé. ¿Y tú? ¿Nunca te ha gustado?

Hubo una pausa. Luego ella contestó:

—Es un tío muy guapo, y tiene grandes cualidades. Pero... no sé, me recuerda a los tíos con los que salía cuando estaba en la universidad. No quiero que se repita la misma historia.

—¿A qué te recuerdo yo?

—No me recuerdas a nada —contestó ella mirándolo—. Pero al mismo tiempo, me recuerdas a algo.

—No te sigo —le dijo él después de sacudir la cabeza.

—Tampoco tienes que hacerlo —replicó ella sonriendo.

—Sí, pero...

—Shhh. ¿Por qué no te limitas a pedirme perdón otra vez?

—Lo siento.

Ella pasó una pierna por encima de su cuerpo y, después de poner una mano a cada lado de su cabeza, se colocó a horcajadas. Dejó caer el pelo en cascada a cada lado de su rostro y así, envolviéndolo muy de cerca, lo miró a los ojos.

—Me parece una disculpa muy pobre —dijo ella.

—Deja que te lo diga de otra forma.

26 - Un sueño

Después de haber hecho el amor otra vez, Ben le dijo a Sarah que necesitaba dormir un rato, porque en caso contrario no serviría para nada al día siguiente. Subieron a la cama y él se quedó dormido al instante. Ella se quedó mirándolo, estaba agotada, pero demasiado excitada para conciliar el sueño.

Nunca había tenido un orgasmo así. Jamás. Y ahora dos veces en una noche. Con sus dos novios anteriores, consideraba que la relación sexual era una opción agradable, pero nada indispensable. Por fin comprendía todo aquel jaleo que armaba la gente con el sexo. Estaba dolorida, pero de una forma deliciosa, un recuerdo físico del mucho placer que había experimentado y, al pensar en él dentro de ella, le entraron ganas de despertarlo y hacerlo de nuevo. No habían usado protección alguna, era consciente de que eso había sido una completa estupidez. Sabía que, como mínimo, debía de estar preocupada, sin embargo no era así. Tal vez más adelante se arrepentiría, pero de momento simplemente no podía.

Se preguntó qué pasaría entre ellos cuando todo aquello hubiera acabado. No había estado más que con sus dos primeros novios. Los conocía antes de su relación, y había estructura y contexto para lo que pudiera ocurrir después. Al hombre que yacía desnudo junto a ella... no lo conocía, y lo poco que sabía era desconcertante, por no decir algo peor. Era un asesino. Representaba, de hecho personificaba, cosas que ella aborrecía. Estaba sonado, era violento, la antítesis de todo lo que hasta entonces había considerado conveniente. Entonces, ¿por qué? ¿Qué era?

Sonrió. ¿Por qué darle tantas vueltas? Cuando estuviera despierto, volvería a seducirlo. Esto sería suficiente de momento y, después, ya verían.

Había querido enterarse más sobre su relación con Alex. Pero él se había mostrado reticente y ella no había querido insistir.

Sin embargo, se hacía preguntas. No podía comprender por qué Alex culpaba a Ben. En primer lugar, porque a ella no le parecía que Ben tuviera la culpa de nada de lo que sucedió, no realmente. Y si había lo que los abogados califican como «no intencionado», ciertamente no había negligencia, el tipo de causa por la que se es legalmente culpable. E incluso así, ¿cómo podía alguien alimentar un rencor semejante? ¿Contra su propio hermano? Se recordó que sólo conocía un lado de la historia. Y tampoco Ben mostraba un gran amor fraternal por Alex.

Pero ¿por qué estaba aquí entonces? Si Alex le culpaba de lo que había sucedido en su familia, ¿era la presencia de Ben una especie de... disculpa? ¿Expiación? Y si era así, ¿por qué Alex no lo aceptaba como tal?

El pecho de Ben se movía arriba y abajo, y ella se lo quedó mirando. Al principio, había pensado que no era más que un Neandertal, un bruto, pero comprendía ahora que había estado alimentando esa imagen, y que su predisposición había sido la de

aceptarla. De hecho era muy inteligente. Lo que había dicho sobre ella en el bar... sí, cierto que pretendía ofenderla, pero había comprendido mucho.

Se preguntó a continuación si no le estaría dando demasiada importancia a su perspicacia. Claro que si un tonto había sido capaz de profundizar tanto en su personalidad, significaba que ella estaba vacía. Por consiguiente, mejor reconocer la clarividencia tipo láser de Ben, que echar la culpa a su transparente superficialidad.

¿O tal vez buscaba una forma de creer que él era inteligente porque, si era así, significaría que ella se había equivocado de medio a medio sobre él?

Se le escapó una risa ahogada. Era una estúpida al analizar tanto, cuando lo que realmente debía de hacer era no pensar más en ello y ponerse a dormir. El sol no tardaría en salir. Ella y Alex tenían mucho trabajo por delante si querían descubrir porqué Obsidian se había vuelto tan peligrosa para ellos.

Alex. ¿Estaba realmente enamorado de ella? Jamás había dejado entrever nada. Claro que, salvando las distancias, se controlaba tanto como su hermano. Y dadas las profundidades subterráneas de la historia de su familia, que ella antes no había visto, ni siquiera percibido, ¿cómo podía saberse si había otras corrientes que enturbiaban la tranquila superficie? Tal vez ella había dado por sentado muchas cosas sobre él. Por otra parte, ¿qué otra cosa podía hacer si él era tan introvertido?

Al pensar en todo esto, se sintió culpable. Si Ben tenía razón, y si Alex presentía lo que acababa de pasar, su situación se iba a volver todavía más complicada.

Bien, no tenía por qué enterarse. Ellos desde luego no iban a contárselo, y él solito no iba a descubrirlo.

Apoyó la cabeza en la almohada y dejó escapar un largo suspiro. Notó que, finalmente, conciliaba el sueño, y lo último que recordó antes de caer en los brazos de Morfeo fue algo que Ben le dijo en el bar: que todo aquello le iba a parecer un sueño.

27 - Hemos acabado

Alex estaba inclinado sobre su ordenador portátil y recorría la pantalla con los ojos; estaba leyendo, por lo que le parecía la milésima vez, las notas de Hilzoy. No se había acostado en toda la noche, pues las había estado repasando en todas las formas posibles, hada delante, luego hacia atrás, luego de forma aleatoria. Pensaba que si enfocaba las ideas de Hilzoy fuera del contexto podría localizar algo que se les había pasado por alto a él y a Sarah. Pero nada.

La barra de herramientas de Obsidian estaba diseñada como una aplicación típica de un software, con funciones dispuestas horizontalmente, que se podían seleccionar para dejar al descubierto un submenú desplegable de opciones relacionado con la función del menú principal. Se podía adaptar el menú para añadir funciones u ocultarlas, pero ninguna de las funciones le permitía hacer nada que no fueran las obvias variaciones de codificación. Probó todas las versiones del menú que se le ocurrieron. Lo adaptó. Ocultó funciones, luego las recuperó.

Funciones ocultas. Eso es lo que estaba buscando. Pero ¿dónde estaban? En las notas de Hilzoy no estaban, eso era seguro. A aquellas alturas, Alex las había prácticamente memorizado. Allí no había nada.

¿Existía quizá otra versión? ¿Algo que Hilzoy no hubiera siquiera confiado a su abogado?

Tal vez. Pero si había algo parecido a un secreto doble juego de notas, Hilzoy habría tenido que hacer también una copia de seguridad del mismo. ¿Por qué dejar que Alex guardara la copia de seguridad de uno pero no del otro? No tenía sentido. No había otra versión. Todo debía de estar allí.

Otra versión, pensó según se frotaba los ojos. *Otra versión*.

Llevó el cursor al menú y se desplazó por él. Archivo. Edición. Herramientas. Seleccionó Herramientas, luego se desplazó hacia abajo con el cursor. Macro, Personalizar... Buscar cambios.

Buscar cambios.

Buscar cambios... de versiones anteriores.

Maldita sea. ¿Podía ser tan simple?

Seleccionó Mostrar Versiones Anteriores. No pasó nada.

Mierda.

Se desplazó hacia abajo por las notas de Hilzoy. A media altura, los números del uno al diez aparecían en azul junto con una lista de funciones, todas ellas relacionadas con la creación de una macro. Los números no eran correlativos. Alex se los quedó mirando, sin comprender. Siguió desplazándose por el resto de las notas, pero no había otros cambios.

Volvió a los números. Parecía que, en una versión anterior, Hilzoy había

numerado estas funciones. Pero ¿por qué? ¿Y por qué los números estaban desordenados?

Seguro que era por algo. Si había habido alguna versión previa, Hilzoy había aceptado todos los cambios, borrándolos todos de forma efectiva. Salvo esos números. Quería que quedara constancia de ellos. Pero en un registro secreto, aparentemente. Esto no podía haber sido un accidente. Debía de tener algún significado.

Bien, ¿y si ejecutaba las funciones en el orden de los números ocultos? Valía la pena intentarlo.

Siguió los pasos, del uno al diez, luego seleccionó Entrar.

No pasó nada.

Maldita sea. Había confiado mucho en ello.

Se volvió a desplazar arriba a la barra del menú y comprobó todas las funciones. Archivo, nada nuevo. Edición, lo mismo. Herramientas...

Parpadeó y se inclinó hacia delante. En el menú Herramientas había tres entradas nuevas: Creación. Ocultación. Entrega.

—Joder —dijo en voz alta—. Esto es. Tiene que serlo.

Hilzoy había introducido un huevo de Pascua informático en Obsidian. Y no era el habitual, la versión *just-for-laughs* que uno podía encontrar en tantos DVD y tantos softwares comerciales. Nada de eso, éste parecía una nueva y completa aplicación para la tecnología.

Pero ¿una aplicación para qué?

El corazón empezó a palparle aceleradamente, se puso a trabajar con el teclado. Estuvo tan absorto que perdió la noción del tiempo y no recordaba siquiera dónde estaba hasta que vio una débil luz en el cielo al otro lado de la ventana. Le pareció increíble.

A las seis y media, se duchó y se vistió. Se metió la pistola que le había dado Ben en el bolsillo, pensando simultáneamente que pesaba mucho y hacía mucho bulto. No podía imaginarse llevando un arma, imagínate dos.

Se dirigió a la otra habitación para contárselo a Ben. El chico duro se había marchado la noche anterior al ver el ambiente caldeado, pero daba igual. Alex no se arrepentía de lo que había dicho. Una parte de él deseaba haber dicho más. Tal vez ahí radicara el problema. Ben era obtuso. No podía esperar que entendiese ciertas cosas, sobre todo cosas que no quería comprender, a menos que se las metiera a la fuerza en la cabeza.

Probó su tarjeta de acceso, pero no funcionó. Mierda, Ben había puesto el seguro por dentro. Debía de estar durmiendo todavía. Pero al cuerno, merecía la pena despertarlo.

Llamó con los nudillos y esperó. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar, más fuerte. Al cabo de un minuto, oyó la voz de Ben.

—Un segundo, que me pongo algo.

Medio minuto después, Ben abrió la puerta, iba con una toalla enrollada a la cintura.

—Has madrugado mucho —dijo.

—Sí —dijo Alex al tiempo que pasaba por delante de él—. Lo he descifrado. He descubierto qué es Obsidian en realidad.

Ben cerró la puerta y puso el seguro.

—Espera —le pidió—. Tengo que despejarme un poco.

Desapareció en el cuarto de baño por espacio de un minuto. Alex miró en torno al cuarto. Una de las camas estaba deshecha. Había un montón de ropa en el suelo. Parecía la chaqueta y la camisa que Ben llevaba la noche anterior.

Este último apareció con uno de los albornoces del hotel. Fue a sentarse en una de las camas.

—Cuéntame —dijo.

—Debemos avisar a Sarah. Tiene que oír esto también.

—¿No crees que debe de estar durmiendo?

Alex se sorprendió ante tanta deferencia por parte de Ben. Ayer apenas le dejaba usar el baño. ¿Hoy le preocupaba despertarla?

—Seguro que querrá oír lo que tengo, créeme —insistió Alex. Se dirigió a la puerta de comunicación y la abrió, luego llamó con los nudillos en la del otro lado—. Sarah, soy Alex. ¿Estás despierta? He encontrado lo que estábamos buscando.

—Enseguida voy —oyó del otro lado de la puerta.

Apareció un minuto después, vestida con un albornoz del hotel. Llevaba el pelo recogido en la nuca, no iba maquillada, tenía los ojos pegados de sueño... pero seguía estando preciosa.

Resultaba curioso que tanto ella como Ben fueran en albornoz.

—Parece que soy el único que ha hecho algo esta noche —comentó, pretendiendo que su comentario fuera gracioso, pero ninguno de los dos se rió, o dijo algo. De hecho, parecían algo incómodos. Normal, al fin y al cabo los acababa de despertar.

—¿Qué pasa? —quiso saber Sarah, que se había apoyado contra la pared contigua a la puerta.

—He encontrado un huevo de Pascua —anunció Alex—. En Obsidian.

—¿Un huevo de Pascua? —exclamó Ben.

—Es un conjunto de datos ocultos —empezó a explicar Alex tras haber hecho un gesto de asentimiento—. Algo que el programador introduce en la aplicación pero que no documenta, a lo que sólo se puede acceder mediante una extraña secuencia de órdenes. Hilzoy introdujo uno en Obsidian. Documentó la secuencia en sus notas, y ocultó esta documentación de forma que únicamente se pudiera ver si se cotejaban las notas actuales con una versión anterior.

—Me pierdo —intervino Ben—. ¿Qué son las funciones secretas? ¿Y por qué documentarlas si se supone que son secretas?

—La secuencia era complicada. Debía serlo, pues en caso contrario cualquiera

podía haber tropezado con ella por casualidad. Pero como Hilzoy tenía miedo de olvidarla, la incluyó en las notas con una especie de tinta invisible.

—¿No le preocupó que alguien la encontrara?

—En absoluto. Nadie más tenía las notas, simplemente formaban parte de una copia de seguridad del programa que guardaba su abogado, ¿y por qué iba éste a molestarse en leer las notas de su programa? Y aunque yo, o alguna otra persona, las hubiéramos leído, ¿para qué se nos habría ocurrido buscar versiones anteriores? E incluso buscando en una versión previa, las pistas que dejó no habrían significado nada. Habría que saber de antemano que había algo oculto, y entonces devanarse los sesos para descubrir de qué se trataba, como hicimos Sarah y yo. Y aun así, era fácil pasarlo por alto.

—Bien, ¿y de qué se trata? —preguntó Ben.

Alex se preguntó por qué Sarah estaba tan callada. Por regla general, se impacientaba cuando alguien empezaba a explicar algo y se apresuraba a intervenir.

—El conjunto del proyecto es un caballo troyano —explicó—. Por fuera, es un programa excelente y eficaz para encriptar, es decir, codificar datos. Sin embargo, para lo que es idóneo es para encriptar virus.

—Criptovirología —intervino Sarah, con la mirada fija en Alex.

Este último asintió con la cabeza, satisfecho de que ella lo hubiera entendido a la primera.

—Exacto. Criptografía malintencionada.

—Un momento, chicos —interrumpió Ben—, os estáis adelantando un poco con respecto a mí.

—Está bien —dijo Alex—. Sabes lo que es un virus informático, ¿no?

—Claro. Un código que alguien cuela en un sistema para desbaratarlo todo.

—Sí, más o menos. Pues bien, hay básicamente dos formas de detectar y bloquear los virus: firmas y heurísticas. Firmas significa básicamente que el software antivirus tiene una lista de virus conocidos con instrucciones para bloquearlos o aislarlos. Es comparable al nombre de un terrorista sospechoso. Va a parar a una lista negra de las compañías aéreas y, si surge el nombre, al tipo no le dejan subir al avión. Se trata del nombre que tecleas o, en el caso de virus, una especie de huella digital.

—Sí, entiendo...

—El segundo método es la heurística. Aquí, el virus es desconocido, y se intenta localizar mediante los comportamientos típicos de los virus. Siguiendo con el ejemplo del avión, esto sería como un perfil de pasajero. El nombre del tipo no desencadena alarma alguna, pero su comportamiento está asociado al de un terrorista. En ese caso, tampoco puede subir al avión.

—De acuerdo, lo voy pescando.

—Por consiguiente, el mayor problema con el que se enfrenta el creador del virus es evitar que sea detectado. Si se trata de un virus nuevo, sólo deberá preocuparse de los comportamientos propios de los virus, pero no de que su firma sea detectada. Pero

si se eliminan todos los comportamientos propios de los virus, queda algo que ya no funciona como un virus. Tal vez sea ilocalizable, pero también inútil.

—Así que estamos hablando de ocultación —observó Ben.

—En efecto. Aquí es donde entra la encriptación. Ésta se utiliza para crear un virus polimorfo.

Ben levantó las cejas, y Alex comprendió por el gesto que no había entendido. Se interrumpió un minuto para encontrar una forma de explicarlo.

—Polimorfo significa que cambia constantemente de forma —intervino Sarah—. Estamos hablando de un código que se transforma, pero mantiene intacto el algoritmo original. Que es, en términos generales, como funciona la encriptación. Si tú codificas un virus, el comportamiento como tal está escondido bajo una capa en continuo movimiento. El programa antivirus no sabe qué debe buscar.

—¿Por qué nadie lo había hecho antes? —quiso saber Ben.

—Se ha hecho —afirmó Alex—. Un búlgaro autor de un virus que se hacía llamar Dark Avenger creó un artefacto polimorfo hace algunos años. Y hubo un par de tipos, Adam Young y Moti Yung, que escribieron un libro entero sobre ello. Pero siempre ha habido una limitación intrínseca.

—No se puede codificar el virus por completo —empezó a explicar Sarah—. No se podría utilizar. Hay que dejar una parte no encriptada, que la parte encriptada descodificará y ejecutará. Y el software antivirus trata de captar esta parte no encriptada.

Alex sonrió, contento por la interrupción. Había estado tan callada todo ese rato... No era propio de ella.

—¿Y Obsidian lo encripta todo? —sugirió Ben—. ¿Cómo?

—Tal vez no funcione con todas las aplicaciones malintencionadas —contestó Alex—. No he tenido tiempo para probarlo adecuadamente. Pero para lo que funciona, y de manera brillante, es para un virus al que se le ordena realizar una codificación malintencionada.

—No lo cojo —interrumpió Ben—. ¿Un virus codificado para descodificar? ¿Para qué hacer una cosa así? Quiero decir, ¿el objetivo aparente de Obsidian no es la codificación?

Para Alex resultaba tan obvio que por un momento no supo qué contestar.

—Bien, sí —acabó diciendo—, pero el objetivo aparente es codificar tu información voluntariamente, y con tu propia clave para descodificarla. Míralo de esta forma. Imagínate que te pasara lo siguiente: no puedes acceder a tu información. Sería como llegar un día a tu casa, y descubrir que alguien ha instalado cerraduras nuevas en todas las puertas; unas cerraduras cuyas llaves tú no tienes. Aunque el autor de esa faena no haya logrado eliminar tus cerraduras y robarte tus pertenencias, te impide entrar en tu propia casa. Estás bloqueado fuera. Lo que, en la práctica, significa que te han robado la casa entera. Te has quedado sin casa.

—¿Y esto para qué se podría utilizar? ¿Extorsión? —preguntó Ben.

—Ésa puede ser una posibilidad —contestó Sarah—. O podría ser la destrucción pura y dura. Imagínate que se bloquea toda la información de un gran banco. O de la Bolsa de Nueva York. O del Departamento de Defensa. O...

—¿Estas instituciones no protegen su información con copias de seguridad?

—Por supuesto —afirmó Alex—. Pero puedes crear un virus que permanezca latente el tiempo suficiente para infectar también la información de las copias de seguridad. Y aunque éstas queden indemnes, piensa en los graves trastornos que se pueden causar al congelar su programa principal.

—De acuerdo, ya lo entiendo —manifestó Ben—. Maldita sea. ¿Tiene otras aplicaciones?

—Estoy tratando de descubrirlas. Quiero decir, bloquear una red informática ya es malo de por sí, ¿y si además se puede instalar un virus Obsidian para que éste transmita clandestinamente una información que los sistemas antiintrusión no puedan detectar? Imagínate. —Permanecieron en silencio un momento—. Entonces, ¿qué podemos deducir? Me refiero a quién está detrás.

—Es alguien con grandes recursos, de eso podéis estar seguros —observó Ben—. Alguien con una red capaz de localizar Obsidian, formarse un juicio sobre su potencial oculto, y actuar a gran escala geográfica para hacerse con él. Si tuviera que opinar, diría que son los chinos.

—¿Por qué los chinos? —preguntó Sarah.

—Porque, además de contar con muchos recursos, son muy activos en la guerra cibernética. Lograron introducir algún tipo de artefacto espía en el ordenador del canciller alemán que sustrajo algo así como ciento sesenta gigabytes de información cada día, hasta que alguien se enteró. Y no hace tanto, alguien se metió en el ordenador del despacho del secretario de Defensa. El Pentágono cree que fue el Ejército de Salvación del Pueblo Chino. Han utilizado juegos de guerra donde lanzan un ataque en toda regla a los ordenadores estadounidenses, siendo el objetivo el dominio electromagnético, es decir inutilizar nuestras operaciones militares y perturbar la vida de los civiles.

—Anda ya, Ben —intervino Sarah—. Pareces una presentación en Power Point del Pentágono.

—Créeme, esto es real. Los ordenadores del Departamento de Estado son explorados dos millones de veces al día. *Dos millones*. Y peor aún en lo que al Pentágono se refiere.

¡Jo! Era cierto que se mostraban muy simpáticos. Ayer, cuando discutían sobre estos asuntos, se había entablado prácticamente un combate a muerte.

—Lo único que digo es que no debemos descartar a los Estados Unidos —comentó Sarah—. Al gobierno también le interesa este campo.

—Y bien, ¿y ahora qué hacemos? —intervino Alex.

Sarah se encogió de hombros.

—¿Por qué no lo hacemos público? Me refiero a lo que se pueda ejecutar, como

las notas de Hilzoy y sus conclusiones.

—¿Estás loca? —exclamó Ben—. Acabáis de decir que quien sepa la forma de utilizar esta cosa podría causar una destrucción inmensa.

—Eso no lo sabemos a ciencia cierta. Alex ha encontrado una aplicación perjudicial, es cierto, pero según sabemos nunca ha sido probada sobre el terreno.

—Exactamente —dijo Ben al tiempo que sacudía la cabeza—. Lo único que habéis dicho es que sabemos que Obsidian puede ser destructivo, pero no sabemos hasta qué punto.

—La información quiere ser libre —manifestó Sarah.

—¡Y qué más! —exclamó Ben tras soltar una carcajada—. Esto es como decir que una silla quiere libertad. La información no quiere nada.

—Lo que yo quiero decir es que...

—Sé lo que quieres decir —la interrumpió Alex—, pero los virus también quieren libertad, y eso no es óbice para dejarlos a su aire. No podemos hacerlo público. Imagínate el perjuicio que puede ocasionar. No podemos correr ese riesgo.

—De acuerdo —admitió Sarah—. Pero seguro que la gente que persigue esto no va a desistir sólo porque piense que sabemos toda la verdad sobre Obsidian, o que quizá tengamos otra copia. En absoluto.

—No —empezó a decir Ben al tiempo que miraba a Alex—, no han desistido. Ayer estuve en nuestra casa. Te estaban esperando.

A Alex se le hizo un nudo en el estómago, pues el recuerdo de aquella noche en el cuarto de baño había cobrado vida tenebrosamente.

—¿Qué pasó?

—Como pensé que era posible que alguien te tendiera una trampa allí, yo monté una contraofensiva. Lo que pasó es que, la trampa estaba, pero no era para ti, sino para mí. O alguien como yo. Hubiera debido preverlo. Después de lo que había pasado en el aparcamiento del Four Seasons, sabían que contabas con algún tipo de ayuda profesional, un guardaespaldas, o algo por el estilo. Me superaron mentalmente. Tuve suerte de salir bien parado.

—Tú saliste bien parado. ¿Qué le pasó al tipo que estaba esperando?

—No salió tan bien parado.

Alex lo miró. Notó que en su interior no quería comprender las implicaciones de esta última frase. Pero no pudo impedir ser consciente de su alcance.

—¿Has... has matado a alguien, en nuestra casa? —balbució.

—Ya no hay rastro de nada, si es eso lo que te preocupa.

—Bien... pues sí, eso es lo que me preocupa.

—Estupendo. En ese caso, ya puedes dejar de preocuparte.

—Pero... coño, Ben, si fue en defensa propia, y estoy seguro de que fue así, ¡habríamos podido llamar a la policía! Nos habrían creído. Había... ya sabes, había un cadáver. Te habrían tomado en serio, habrían debido tomarte en serio.

—Alex, defensa propia no es más que eso, una defensa. No voy a dejar que me

acusen de homicidio, para luego confiar en que un buen abogado convenza a un jurado de que mi defensa es válida. Tú sueñas.

—¡Joder, Ben, la has pifiado!

Ben se levantó de la cama.

—La he pifiado, ¿eh? Me cargo a tres personas en dos días que intentaban matarte a ti, ¿y la estoy pifiando? No te parece bien lo que hago, ¿es eso, Alex? ¿Quieres que vaya a la cárcel por ti? ¡Dime de una vez qué demonios quieres!

Se quedaron mirando fijamente el uno al otro.

—Escuchad —intervino Sarah—. Ahora se trata de saber lo que vamos a hacer.

Alex la oyó sólo a medias. Estaba tan furioso que no sabía cómo reaccionar. Con el chulo de su hermano, el sabelotodo, que hacía siempre lo que le daba la gana, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo y sin medir las consecuencias.

—Sé la forma de descubrir algo más sobre el tipo que tan alterado tiene a Alex —dijo Ben—. Es decir, si Alex me da permiso.

Alex estuvo a punto de decirle: *¡A la mierda! ¡A la mierda contigo!* Y luego marcharse y asumir las consecuencias de lo que pudiera suceder después. Cualquier cosa antes que la ayuda de ese gilipollas que mejor habría hecho con no nacer.

—Chicos, os dejo hablar tranquilamente, yo me voy a mi habitación —dijo Sarah, antes de dirigirse a su cuarto y cerrar la puerta.

—¿Por qué has de ser tan capullo? —exclamó Alex mirándole.

—Eres increíble —dijo Ben al tiempo que movía la cabeza asqueado.

Alex se alejó furioso hasta la pared. ¿Por qué nunca podía comunicarse con él? ¿Por qué no escuchaba de vez en cuando?

Bajó la vista hacia la pila de ropa que había en el suelo. A la camisa le pasaba algo raro, pero no sabía de qué se trataba. Se inclinó un poco hacia delante. Los botones, era extraño. No había ninguno.

¿Qué demonios? Por qué la camisa de Ben estaba sin...

Y entonces se le encendió la luz.

Los albornoces. La extraña sensación cuando había entrado. Lo silenciosa que se había mostrado. La ausencia de animadversión entre ellos.

Se fijó en la cama. La almohada no estaba hundida. Las sábanas no estaban revueltas. La cama estaba simplemente abierta, deprisa y corriendo a fin de crear la rápida y superficial apariencia de que él había dormido allí.

De que había dormido solo. Miró a Ben.

—¿No... no te habrás...? —se oyó decir. Ben sostuvo su mirada un momento, luego la desvió—. Oh, Dios, lo has hecho.

—Escucha —empezó a decir Ben tras mojarse los labios con la lengua—. Después de la emboscada que sufrí en tu casa...

—¿Qué demonios tiene eso que ver?

—Se trata de un efecto *post* combate, se pierde la cabeza.

—¿Estás intentando decirme que, después de haber matado a un tipo, tuviste que

acostarte con Sarah? ¿No tenías otra alternativa? ¿Es algo propio de un soldado que yo no podría entender? ¿Es eso? ¿Lo he entendido bien?

—Alex, lo siento. —Ben suspiró.

Y Alex, al escuchar estas palabras huecas, lo odió. Lo odió más que nunca. Lo odió por todo lo que había causado, por hacer que él lo necesitara, por aprovecharse de la ocasión para...

—¡Tú que vas a sentir! —gritó Alex conforme le apuntaba con un dedo—. ¡Tú nunca sientes nada! ¡Hagas lo que hagas, provoques lo que provoques, a ti te importa todo un bledo!

—¿Pero qué te enrollas? Ya te he dicho que lo siento.

—Bah, chorradas.

—Entonces, ¿qué quieres de mí, Alex? Dime, dímelo ahora, ¿qué diablos quieres?

—Nada. No quiero nada de ti.

—Eso está bien. Porque yo no te debo nada. Y de todas formas, nunca me lo agradecerías. Lo único que sabes hacer es quejarte, suponiendo sobre todo que adviertas siquiera lo que hago por ti.

—¿Tú qué haces por mí? Dios santo, ¿cómo se puede estar tan ciego?

—¿Ciego? —exclamó Ben—. ¿Yo estoy ciego? Todo lo que hago es salvarte el culo cuando estás de mierda hasta el cuello. Igual que en el colegio, con la diferencia de que ahora los que quieren tu cabeza no se van a contentar con pegarte, te van a matar, y tú estás convencido de que tienes cierto derecho a mi protección, hasta el punto de que ni siquiera se te ocurre dar las gracias por ello. Mira, estoy harto de todo esto. Siempre la misma mierda, no puedo más.

—¿Quieres que te dé las gracias porque tumbaste a un par de matones en el instituto, Ben? Tú mataste a Katie. Tú la mataste. ¿Por qué no lo...?

Ben se movió tan deprisa que Alex no tuvo tiempo de reaccionar. Le golpeó en el pecho con las dos manos y Alex salió despedido hacia atrás, contra la pared que había detrás de él. Su cabeza rebotó en ella y vio las estrellas. Ben lo agarró por la camisa y lo empujó contra la pared al tiempo que le clavaba los nudillos en la garganta. Alex asió las muñecas de Ben y trató de apartarlas, pero en vano. No podía hablar. No podía respirar. Ben, con los dientes al descubierto, iba gruñendo algo incoherente y le lanzaba el aliento caliente en el rostro. Alex echó el brazo atrás con la intención de darle un puñetazo, pero como tenía la pared justo detrás le era imposible hacer fuerza. Golpeó a Ben en la mandíbula, pero esto y nada fue lo mismo. Notó que los pulmones se le contraían espasmódicamente en busca de aire y pensó: *Oh, Dios, quiere matarme, quiere matarme de verdad*, y fue presa del pánico. Levantó una rodilla pero Ben tenía las caderas ladeadas y, por consiguiente, la ingle estaba fuera de su alcance. Le arañó las manos, luego la cara. La fuerza de los nudillos en su garganta se intensificó.

Una parte recóndita de su mente susurró: *La pistola. La pistola. La pistola.*

Buscó a tientas el arma en su bolsillo. Los contornos de la habitación se

desvanecían detrás del rostro de Ben y unos borrones grises se apoderaban de los cantos de todos los objetos.

La pistola. La pistola. La pistola...

Ben le lanzó un rodillazo a los testículos. Sintió una explosión de dolor en el estómago y una irrupción de luz detrás de los ojos. Ben dio un paso atrás y él se desplomó. Se asfixiaba y tenía arcadas.

Ben se agachó y sacó la pistola del bolsillo de Alex, luego se apartó de él.

—¿Qué vas a hacer, Alex, vas a pegarme un tiro? ¿Es eso lo que quieres hacer?

Alex consiguió ponerse de rodillas. Se apretaba el cuello y el estómago con las manos y aspiraba, entre arcadas, bocanadas de aire.

—¿Quieres pegarme un tiro? —repitió Ben—. ¿Piensas que yo maté a Katie? ¿Y a papá? ¿Y a mamá? ¿Piensas que todo fue culpa mía? Bien, ahora tienes la ocasión de vengarte de ellos. Adelante.

Alex oyó un sonoro ruido sordo en la alfombra. Miró y vio que se trataba de la pistola que le había quitado Ben.

Respiraba con dificultad y reprimía la necesidad de vomitar. Te mataré, pensó.

—Anda, tío duro —dijo Ben—. ¿Y el valor de tus convicciones?

Alex se apoderó de la pistola y apuntó al rostro de Ben. Imaginó que apretaba el gatillo, imaginó que Ben se caía hacia atrás, despedido por la fuerza de la bala que le había alcanzado.

—Eso es —dijo Ben—. Así se hace. Adelante, Alex. Soy el tipo que mató a toda nuestra familia, ¿no es eso lo que crees? Fui yo quien lo hizo todo, todo es culpa mía. Adelante.

Aprieta el gatillo. Aprieta el gatillo. Borra esa sonrisa pedante de su cara para siempre. Ben sacudió la cabeza asqueado.

—No voy a estar esperando toda la vida, gilipollas. Aquí tienes tu oportunidad. Si quieres aprovecharla, hazlo.

Alex se puso de pie, aunque no había recuperado todavía el aliento. Detestaba que Ben no estuviera asustado. Es lo que más le molestaba.

Entonces, asústalo. Hazlo. Ha intentado matarte. Hazlo. Katie. Mamá. Papá. Hazlo, hazlo, hazlo, HAZLO.

Se abrió la puerta de comunicación. Miró en esa dirección. Era Sarah.

—¡Para! —gritó esta última.

Ben la miró a ella, luego de nuevo a Alex.

—La última oportunidad —dijo.

—Alex, ¿te has vuelto loco? —exclamó Sarah—. Suelta la pistola. ¡Suelta la pistola!

Dios, quería hacerlo. Y la idea de rendirse a su hermano que siempre lo había despreciado le provocó un nuevo acceso de náuseas.

Pero no podía. Era consciente de ello. También de que Ben lo sabía, y esto era exasperante.

Sin pensarlo más, levantó el brazo y arrojó la pistola a la cabeza de Ben. Le dio en la frente y Ben se desplomó al suelo.

—De acuerdo —dijo Alex—. Ahora te toca a ti. Adelante.

Ben se sentó. Un hilo de sangre rezumaba de un tajo en su frente. Tomó el arma.

—¿Quieres matarme? —gritó Alex conforme se apuntaba al pecho con los pulgares—. Has matado a todos los demás. Venga, adelante. Mátame a mí también.

Ben se pasó los dedos por la frente. Se miró la sangre en ellos y se limpió con el albornoz.

—Si me importaras algo —dijo—, lo haría. Pero me importas un carajo. Tú y yo hemos acabado. Ahí te quedas.

Se dirigió a la pila de ropa en el suelo, dejó caer el albornoz como si Alex y Sarah no estuvieran allí y se puso los pantalones, luego los zapatos, después la camisa sin botones y finalmente la chaqueta. Cogió su bolsa y sacó los teléfonos móviles de Alex y Sarah. Los arrojó sobre la cama y se puso la bolsa en bandolera.

—Ben... —murmuró Sarah.

Éste pasó por delante de ella para dirigirse al baño, sin prestarle atención. Al cabo de unos segundos salió con una toallita de papel pegada a la frente.

—Ben... —repitió Sarah.

Él se detuvo y la miró.

—Fue un error —dijo—. Olvídalo.

Acto seguido abrió la puerta y se fue. Ésta se cerró detrás de él. Se había ido.

Reinó un silencio extraño en el cuarto por un momento.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó.

—Nada —fue la respuesta de Alex.

De repente se sentía enfadado con ella. La había llevado con ellos para ayudarla, porque tal vez corriera peligro. Y ella se lo pagaba tirándose a su hermano. Él se había pasado toda la noche descifrando Obsidian mientras ellos follaban como conejos. Bien, al cuerno con ella. No la necesitaba. No necesitaba a nadie.

—Me voy a casa —informó—. Te veré en el despacho.

—¿Cómo vas a ir a tu casa? —replicó ella—. Ben acaba de contarte...

—¡No quiero oírlo! —exclamó él, con mayor brusquedad de la que había pretendido—. Por favor... como ha dicho él, olvídalo. Olvídalo.

Fue a recoger sus cosas a la tercera habitación al otro lado del pasillo. No le importaba que le estuvieran persiguiendo. No le importaba nada. Si le mataban, pesaría en la conciencia de Ben. Como todo lo demás.

28 - Déjalo

Ben fue caminando hasta el Chinese Hospital en la calle Jackson, a unas cuantas manzanas de distancia. Sí bien el sol estaba aún bajo en el cielo, su resplandor le hacía parpadear. Le dolía mucho la cabeza por la herida producida al volar la Glock, y notaba la mente embotada por las emociones que acaba de experimentar. Pero todo ello no impidió que tomara precauciones en el camino.

Cuando Alex le arrojó la pistola le cogió por sorpresa, un recordatorio de lo peligroso que puede ser un aficionado. Porque a ningún profesional del mundo se le habría ocurrido arrojar así una pistola, sobre todo una cargada y en buen estado de funcionamiento. Iba simplemente... contra el instinto.

Si bien Alex no lo sabía, por supuesto, el arma no estaba cargada. Mientras éste permanecía en el suelo recuperando el aliento, Ben había sacado el cargador y había vaciado la recámara. Sabía que Alex no iba a notar la diferencia. Y si bien él sólo trataba de avergonzar y humillar al pequeño cretino con sus provocaciones, y estaba seguro de que no iba a tener las agallas de apretar el gatillo, era más seguro y tranquilizador.

Hizo una mueca de dolor por la herida en la cabeza. Tenía algunas vendas hemostáticas QuikClot en la bolsa, que habría podido usar para tapar la herida y detener la hemorragia, pero como el hospital estaba tan cerca... mejor que se la desinfectasen y cerraran bien, y guardar las vendas para una emergencia de verdad.

Sí, había tenido razón sobre las agallas de Alex, o más bien la falta de ellas. Pero no lamentaba haber manipulado la suerte a su favor. ¿Cómo era aquello que se decía? Las últimas palabras más estúpidas que se han dicho jamás son: «No tienes las agallas para hacerlo». No tiene sentido correr este tipo de riesgo.

Lo realmente peligroso había sido ponerle las manos encima a Alex. Porque cuando Ben se enfurecía, empezar era muchísimo más fácil que parar.

Ya ni siquiera lo recordaba todo. Alex le había acusado de matar a Katie, lo había dicho en voz alta, como Ben sabía que había estado pensando todos aquellos años. Ben oyó las palabras y entonces... ¿qué había hecho? Había una neblina roja, y luego lo estaba estrangulando, ¡a que sí! Sí, lo estaba estrangulando.

¿Estrangulando? Dilo. Lo estabas matando. Lo sabías. Lo notabas. Lo deseabas.

Pero se detuvo a tiempo. No sabía cómo, pero había parado. Esto debía de contar para algo.

Entró en la sala de urgencias del hospital y rellenó un formulario con un nombre y un documento de identidad falsos. Estaba de suerte, pues no había nadie delante de él. Le hicieron pasar, le sentaron y empezaron a curarle la frente.

Increíble. Había vivido dos tiroteos en días consecutivos, más lo de Estambul unos días atrás, ¿por qué no incluirlo también?, y había salido de todo ello sin un solo

rasguño. Y había tenido que ser su hermano, que aparentemente no sabía diferenciar una Glock 26 de una jodida piedra, el que le causara algún daño físico.

La idea le dio ganas de reír. A pesar de lo furioso que estaba, debía concederle a Alex el mérito de haber tenido un par de huevos. Por lo menos se había defendido. Y había intentado hacer uso del arma, aunque Ben lo había visto venir de un kilómetro lejos y lo había parado sin problema.

Cuatro puntos y más tarde dos ibuprofenos. Salió del hospital y se fue caminando a buscar el coche donde lo había dejado la noche anterior. Pensó en lo que quería hacer. No había habido órdenes nuevas y, después de Estambul, no esperaba recibir ninguna antes de un par de semanas como mínimo. Quizá ir al Fort Bragg, hacer alguna salida en todoterreno, esperar. O volar a Cabo para unos días. Sí, Cabo, hacer un poco de submarinismo, ir a la playa, esperar allí. Esto estaría bien.

Pensó que, de camino fuera de la ciudad, iba a desviarse hacia el sur. Para ver si encontraba el Volvo. No por Alex, al cuerno con él. Sólo para satisfacer su curiosidad, eso era todo.

Cuarenta minutos más tarde atravesaba las calles de Ladera, tranquilas a aquella hora de la mañana. Tardó un buen rato en encontrar el coche; un Silver S80. Había aparcado en un sitio inteligente, Dos Loma Vista Drive, a menos de un kilómetro de la casa de Alex en línea recta, pero a varios kilómetros en coche. Estaba claro que el tipo había estudiado un mapa topográfico y había visto que, con la ayuda de las gafas de visión nocturna, no le costaría recorrer la corta distancia hasta la casa de Alex cortando por los jardines y que, al mismo tiempo, podía dejar el coche en un sitio donde, aunque alguien lo buscara, no se le ocurriría mirar en un primer momento.

Cuando vio que las luces del Volvo parpadeaban en respuesta a la llave con control remoto, aparcó y se bajó. Dos Loma Vista era una calle sin salida muy frondosa. No había nadie alrededor. Nadie iba a verlo.

Comprobó en el interior del coche que no hubiera algún artefacto explosivo. Estaba limpio. A continuación examinó una de las puertas posteriores. Si alguien había puesto una bomba trampa en el coche, lo más probable era que los cables estuvieran en la puerta del conductor, y como ya lo habían superado mentalmente una vez, no iba a permitir que volviera a suceder. La puerta trasera estaba bien. Entró en el coche e hizo una rápida búsqueda. No había nada. Ninguna documentación, ni siquiera los papeles de una compañía de alquiler de coches. Sólo un objeto, en la guantera. Un teléfono móvil.

Caramba.

Ben se lo metió en el bolsillo y se tomó el tiempo de anotar el número de identificación del vehículo que había en el salpicadero bajo el parabrisas. Era improbable que le llevara a otra cosa que no fuera el nombre que el tipo había usado para alquilar el coche, pero nunca se sabía.

Se alejó en su coche y aparcó en el centro comercial de Ladera. El teléfono era un Samsung T219, un modelo básico, de prepago. Comprobó el menú. Sólo había una

llamada entrante, una con un prefijo 650. La llamada había llegado hacía un cuarto de hora. El tipo debió de vaciar el teléfono antes de salir del coche para ir a casa de Alex. Inteligente. Pero no pudo impedir que alguien le llamara posteriormente.

Ben apretó el botón de Devolver Llamada y se acercó el teléfono al oído. Sonaron dos timbrazos al otro lado de la línea, y luego una voz masculina:

—Te he llamado, como habíamos quedado. Yo todavía no lo he visto.

El corazón de Ben empezó a latir aceleradamente. Maldita sea, la voz le sonaba, pero no conseguía situarla.

—Sé que has llamado —dijo, en un tono cercano a un susurro para disfrazar la voz.

—¿Dónde estás? ¿Por qué hablas tan bajo?

—Estoy en un lugar público. No quiero que nadie me oiga. ¿Dónde estás tú?

—Pues en la oficina, ¿dónde quieres que esté? Él no está aquí.

Hijo de puta. La oficina. Por eso le sonaba la voz. Era Osborne. Debía pensar deprisa, improvisar.

—Ha surgido un pequeño problema. Necesito verte —dijo.

—¿Ahora mismo?

—Sí. Sal al aparcamiento y espérame junto a tu coche. Estaré ahí dentro de cinco minutos.

Hubo un silencio.

—No creo que eso sea una buena idea —dijo Osborne finalmente.

—Cambiarás de opinión cuando oigas lo que acaba de pasar. Cinco minutos. Liquidamos el asunto y te marchas.

Ben colgó, sin darle la ocasión de replicar. Había ido improvisando sobre la marcha, y seguramente había incurrido en media docena de incongruencias, tal vez más. En aquellos momentos, el subconsciente de Osborne le estaba diciendo que había algo que no encajaba. El truco estaba en que se sintiera bajo presión, no darle tiempo a que escuchara a aquella vocecita diciéndole que había algo fuera de lugar. Y si aun así la escuchaba, si comprendía que algo iba mal, Ben no quería que tuviera la oportunidad de pedir refuerzos. Cinco minutos era perfecto para los dos.

Tomó la 280 hasta Page Mill y se metió en el aparcamiento de Sullivan, Greenwald. Si Osborne no estaba esperando todavía, lo localizaría de otra forma, no había problema.

Pero allí estaba, de pie junto a un reluciente Mercedes sedán negro, mirando impaciente a derecha e izquierda y vestido de forma absurda, con una camiseta y unas botas vaqueras. Ben se metió en el espacio que había junto a él. Osborne lo miró, y su expresión no pudo ser de mayor confusión. Antes de que tuviera la ocasión de procesar lo que estaba viendo, Ben ya había salido del coche con la Glock en la mano. Osborne vio el arma y se le desorbitaron los ojos.

—No abras la boca —ordenó Ben—. Abre tu coche y ponte detrás del volante. Si lo haces, supondré que quieres hablar conmigo. Si no lo haces, supondré que quieres

morir aquí mismo.

—Yo... Yo... —empezó a tartamudear Osborne.

Ben apuntó la Glock directamente a su ingle.

—Cierra el pico y abre el coche.

Osborne sacó sus llaves y apretó un botón. Se produjo una señal y los faros parpadearon. Ben entró detrás por el lado del pasajero. Luego se deslizó junto a una sillita de niño y se sentó detrás de Osborne.

—Ahora arranca —ordenó Ben—. Si eres listo, esto no será más que una charla. Pero si juegas conmigo, eres hombre muerto. ¿Nos entendemos?

—¿Dónde quieres que vaya? —dijo Osborne.

—Recto por Page Mill, hacia la 280.

Salieron del aparcamiento y se introdujeron en Page Mill.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Osborne.

—Las preguntas las hago yo. Tú límitate a conducir. Dobla a la izquierda en Coyote Hill Road.

—Coyote... ¿por qué quieres ir a un sitio tan solitario? ¿Por qué no hablamos mientras conduzco?

Buena intuición, pensó Ben. Y buena pregunta. Ben jamás dejaría que alguien le llevara a un posible escenario secundario del crimen. Lo que fuera que el malo quisiera hacer contigo, sería cien veces peor en un lugar aislado.

—Haz lo que te digo, o te meto una bala de nueve milímetros en el cogote. Te volará el cerebro, pero apenas saldrá sangre. Te pondré en el asiento del pasajero y llevaré tu cadáver de vuelta a tu bufete por el carril permitido para los coches con dos pasajeros. ¿Qué te parece la idea?

—Está bien, está bien, Coyote Hill Road.

Un minuto después, Osborne giraba como le había ordenado.

—Ese camino sin asfaltar —indicó Ben, según señalaba una hondonada oscura flanqueada de árboles que cortaba por unas colinas verdes para ir a Deer Creek Road y algunos edificios de oficinas que había al otro lado—. Gira ahí. —Osborne obedeció. Siguieron un trecho hacia abajo por el camino sin asfaltar, y cuando estuvieron fuera de la vista de Coyote Hill, Ben dijo—: Para. Apaga el motor.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Osborne.

Ben empujó la sillita al suelo y pasó por en medio al asiento del pasajero, así podía ver la cara de Osborne.

—Quiero conocer tu punto de vista sobre Obsidian —dijo.

—No sé de qué me estás hablando.

—Del invento que patentó Alex.

—Sí, ya sé de qué se trata, pero no sé de qué estás hablando tú.

Ben reflexionó. Había dos posibilidades. Una, que Osborne dirigiera todo el asunto con alguna importante conexión de mercenarios. Dos, que él fuera dirigido por terceras personas. Pero ¿cuál de las dos? Osborne tenía que creer que él sabía más de

lo que en realidad sabía, es así como le haría hablar, y para crear esa ilusión, Ben debía empezar en la dirección adecuada. Basándose en las respuestas de Osborne, sus suposiciones irían siendo cada vez más específicas. Toda la interpretación era una utopía, en gran medida lo que hacen los adivinos para engatusar a sus clientes, y al igual que aquéllos, la clave estaba en establecer credibilidad, una apariencia de conocimiento, e incluso de omnisciencia, ya desde el principio.

Osborne estaba asustado, eso era evidente. Cierto que le estaba apuntando con una pistola, pero su miedo olía a otra cosa.

—¿Por qué te contactaron?

—Nadie me ha contactado. Ya te lo he dicho, no tengo idea de qué me estás hablando.

Ben sonrió. Había advertido, por su mirada y por las gotas de sudor que de pronto perlaban su frente, que la pregunta le había aterrorizado. Bien, él no dirigía el cotarro. Había alguien que lo estaba presionando con algo. Pero ¿qué?

Echó una mirada a la sillita de niño que había en el suelo. ¿Habían amenazado a su familia? No, no le parecía que el miedo de Osborne fuera legal. Parecía algo más relacionado con... la vergüenza.

¿Qué sabía Ben de ese hombre? Su encuentro había sido muy breve. Había estado en su despacho unos minutos. Alex había mencionado Tailandia, creía. Y había también una fotografía. Osborne y algún alto dignatario tailandés.

—¿Fue en Tailandia, no? —aventuró Ben, consciente de que si se equivocaba el otro sabría que estaba dando palos de ciego y costaría mucho recuperar el momento adecuado.

Ben no se había equivocado. Osborne parpadeó varias veces y dijo:

—Qué bobada.

Nada de bobadas, pensó Ben. Ese parpadeo nervioso es mejor que un polígrafo.

—¿Fotografías? —sugirió—. ¿Un vídeo? ¿Qué fue?

Osborne sacudió la cabeza, pero no dijo nada. Las pestañas se le movían tan deprisa que era agotador mirarlo. A Ben le llegaba incluso el miedo que desprendía, un olor avinagrado que invadía todo el coche.

La sillita de niño, pensó Ben. Un tipo con una familia. Una reputación. Una posición en la sociedad.

Y un gusto por algo en Tailandia. ¿Prostitutas? Pudiera ser. ¿Homosexuales? ¿Niños? En Bangkok, se podía tener cualquier cosa que uno quisiera.

Bien, no importaba. Sabía bastante para trabajárselo.

—Hay algo que debes comprender —empezó a decir—. La gente que te ha estado chantajeando son también mis enemigos. ¿Puedes imaginarte lo que les hago a mis enemigos? —Osborne no replicó y Ben prosiguió—: Dime pues lo que necesito saber, y desaparecerá la gente que se ha metido en tu vida. Para siempre. Si no me dices nada, supondré que sigues queriendo matar a mi hermano. Lo cual te convertiría en... mi enemigo.

—¡Eso es mentira! —exclamó Osborne—. Yo no quiero que Alex muera. Yo no quiero hacer daño a nadie.

—Explícate entonces. Convénceme.

Osborne bajó la vista.

—Hace unos meses... —empezó a decir.

—No apartes la vista. Deja que te vea los ojos.

Osborne, en cuyo rostro se reflejaba el miedo y la rabia, levantó sin embargo la mirada.

Eso es, capullo. ¿Lo has notado? Estás conectado a un detector de mentiras humano.

—Hace unos meses, salía de la oficina una noche, y había un hombre esperándome junto a mi coche. Se dirigió a mí por mi nombre de pila. «David, —dijo—, me alegro de verte». Pero yo no tenía idea de quién era. Me... entregó un sobre de papel manila. Me dijo que tenía algo que era preferible que nadie supiera. Que él podía conseguir que nadie lo supiera.

—¿Qué había en el sobre?

Se hizo una larga pausa. Osborne se pasó la lengua por los labios antes de contestar:

—Unas fotos.

—¿Fotos de qué?

—Fotos de Tailandia.

De acuerdo, no estaba mal. Ben ya se hacía una idea de la situación. Alguien se enteró de Obsidian. Por el momento, dejó de lado cómo; sabía por su conversación con Alex que aquí había diversas posibilidades. Este alguien quiere hacer desaparecer el invento. ¿Cuáles son los nodulos que debes atacar? El inventor, el abogado, el perito de la patente. La oficina de patentes. El sistema de archivo de la anterior. El bufete.

—¿Qué querían de ti? —siguió preguntando.

—Querían saber cómo podían deshacerse de Obsidian. Yo les dije que no podrían, porque estaba en el sistema PAIR del gobierno, cielo santo, pero ellos me replicaron que no me preocupara de eso. ¿Cómo podían hacer desaparecer el invento en Sullivan, Greenwald? Querían saber cómo funcionaba nuestro sistema de archivo, los códigos de acceso, las copias de seguridad, todo.

—Y tú se lo explicaste.

—Tuve... tuve que hacerlo.

Parecía lógico. Se enteraron por la solicitud de que Alex se ocupaba de la patente. Pero a fin de obtener la información que necesitaban para que desapareciera el invento, necesitaban a alguien de dentro.

¿Cómo supieron que podían extorsionar a ese tipo precisamente? Se empieza por la página web de la empresa. Ahí se obtiene la lista de socios y empleados, someras biografías de ellos. Se identifica a los probables candidatos en base a la información

pública. Se requiere gente casada, gente con familia, gente con puntos de presión. Se consiguen unas cuantas cartas de la seguridad nacional y entras en sus vidas: se pinchan sus teléfonos, se examinan los extractos de sus tarjetas de crédito, se controlan sus correos electrónicos. ¿Quién defrauda a Hacienda? ¿Quién tiene una amante? ¿Quién tiene un armario homosexual del que no ha salido? ¿Quién lleva a cabo una actividad que requiere frecuentes viajes a la ciudad del sexo más famosa del mundo?

Después se entra en Sabre o en uno de los otros sistemas de reserva online para saber cuándo tiene previsto viajar. ¿Qué hotel? El tipo es socio de uno de los principales bufetes de abogados de San Francisco, por consiguiente se alojará en uno de los tres o cuatro mejores hoteles de la ciudad. Se fuerza su habitación. Se instala una cámara estenopeica. Un vídeo escondido. O se le sigue allí donde vaya. Se consigue la prueba. Se le muestra. Se le hace comprender lo que pasaría si su mujer viera esas fotos. O si el vídeo saltase a YouTube, o el URL se envía a toda su libreta de direcciones de correo electrónico. Ahora su vida está en nuestras manos, su reputación, todo. Nos pertenece.

—¿Quién era el tipo a cuyo teléfono móvil has llamado esta mañana?

—Es él. El mismo tipo que me esperaba en el aparcamiento la primera noche.

—¿Tiene un nombre?

—Me dijo que lo llamase Atrios.

—Está bien. ¿Por qué llamabas a Atrios esta mañana?

—Él me llamó ayer. Buscaba a Alex.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que Alex había estado en la oficina por la mañana, pero que no lo había vuelto a ver. Me dijo que lo llamara si había algún cambio, pero que de todas formas le fuese informando de forma periódica.

Esto concordaba con lo que había dicho antes por teléfono, y con lo que Ben se había tropezado en el jardín de Alex. ¿Pero quién era Atrios? ¿Para quién trabajaba?

—Atrios —dijo Ben—. ¿Cómo te comunicabas con él?

—Tengo este número de teléfono móvil. Eso es todo.

Ben reflexionó sobre lo que podía hacer al respecto. Seguir la pista hasta el dueño, claro, pero estaba claro que Atrios era un profesional y, por consiguiente, prácticamente imposible que hubiera registrado el teléfono, o alquilado un coche, bajo un nombre susceptible de dar alguna pista. Maldita sea, parecía que habiéndole matado se le había cerrado la única vía informativa. Claro que no había tenido mucha elección, pero aun así.

Sonó su teléfono en el bolsillo. Lo sacó y miró la pantalla. Estaba oscura. Pensó: ¿Qué demonios? Su bolsillo volvió a sonar.

Joder. El móvil de Atrios.

Sacó el teléfono que se había llevado del Volvo y miró la pantalla. Era un prefijo 202. Washington D. C.

—Voy a contestar —informó Ben—. Pon las manos en el volante, mira hacia el frente y mantén la boca cerrada.

Osborne obedeció. Ben apretó el botón de Contestar y se acercó el teléfono al oído.

—Misión cumplida —dijo, con la misma voz baja que había usado para Osborne un rato antes.

—¿Por qué demonios no has dado señales de vida? —preguntó la voz al otro lado de la línea.

Ben estaba preparado para improvisar de una docena de formas. Pero no estaba preparado para aquello. Se quedó helado, sin saber qué hacer o decir.

Aquella voz grave de barítono... aquel acento fuerte de Georgia...

—Hort —dijo—. ¿Qué carajo es esto?

Hubo una pausa.

—¿Quién es? —preguntó Hort.

—Soy Ben.

Otra pausa.

—¿Ben? Hijo, ¿qué diablos estás haciendo con ese teléfono?

—Hort, ¿qué está pasando aquí? ¿Quién era Atrios? ¿Tenéis a mi hermano como objetivo de alguna operación? ¿O a mí?

—¿Tu hermano... quién es tu hermano? ¡Dios todopoderoso! ¿Te estás refiriendo al abogado?

Ben trataba desesperadamente de tener claro si todo aquello no era una comedia. Si Hort no se estaría haciendo el tonto. ¿Cuántas posibilidades había de...?

—¿Qué le ha pasado a Atrios? —quiso saber Hort—. ¿Cómo has conseguido este teléfono?

—Atrios ya no está.

—¡Oh, maldita sea! Tú... oh, joder, Ben, no tienes ni idea del lío que estás armando.

—¿De qué lío hablas? Yo sí que estoy metido en un lío. Y estoy intentando arreglarlo de alguna forma.

—Escúchame bien. Tienes que dejarlo. Inmediatamente. ¿Has entendido? Déjalo.

—¿Dejar qué?

—¿Estás todavía en San Francisco?

Sonó un timbre de alarma en la mente de Ben.

—Sí. Estoy aquí todavía.

—Yo también. Tenemos que vernos.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Dirijo la operación que tú has estado jodiendo.

—Pues tu operación apunta a mi hermano.

—Creo que ahora lo voy entendiendo. Antes no lo sabía. Debemos aclarar la situación. ¡Dios todopoderoso!

—¿Qué quieres que haga?

—Estoy en el hotel Grand Hyatt en Stockton. Nos vemos en el vestíbulo dentro de un cuarto de hora.

La sugerencia provocó en Ben sentimientos encontrados. Por una parte, con quince minutos Hort no tenía tiempo de organizar nada. Por la otra, no le gustaba el cara a cara cuando eran otras personas quienes escogían el lugar del encuentro.

No. Necesitaba cambiar la situación, darse tiempo para pensar, para asegurarse de que no iba a capitular.

—Ahora mismo estoy al sur de donde tú estás —dijo—. Tardaré una hora en llegar. Digamos una hora y media para mayor seguridad.

A Hort esto le parecería correcto. Si Ben aceptaba el lugar y se sentía cómodo aplazando la hora, significaba que se sentía confiado. Aunque lo cierto era que no lo estaba demasiado.

—Está bien. Noventa minutos.

Ben colgó. Miró a Osborne. Éste seguía con las manos en el volante.

—Tú sabías lo del inventor, ¿no es así? —dijo Ben, al tiempo que la cabeza le volvía a retumbar—. Hilzoy. Sabías lo que le pasó.

Osborne miraba fijo hacia delante. Cuando habló, su voz era un octavo más alta de lo habitual.

—La policía dijo que lo mataron por un asunto de drogas.

—Sí, esto es lo que pensó la policía, es lo que se suponía que debían de pensar, pero yo te he preguntado qué puñetas sabías tú.

Osborne no contestó. Y fue suficiente respuesta.

La cabeza parecía estallarle. Ese capullo sabía lo que estaba pasando. Sabía que iban a matar a Alex. Lo que era lo mismo que haber intentado matarlo con sus propias manos.

Se maravilló de que él mismo fuera tan poco consecuente. Unas horas antes, había querido matar a Alex, en cierta medida lo había incluso deseado. Pero esto era diferente. Alex era su hermano. Tal vez fuera una paradoja, tal vez fuera una estupidez, pero así era.

Reflexionó sobre si Osborne suponía todavía alguna amenaza. Si sacándolo de la escena fuera a mejorar la situación, lo haría. Pero no se le ocurrió nada. No sabía qué pensar al respecto. Una parte de él quería hacerlo de todas formas. Y, de hecho, cuando obligó a Osborne a ir hasta aquel lugar desierto su intención era acabar con él. Pero al ver cómo se aferraba al volante, al ver e incluso oler su terror, se fue echando atrás. Había matado a muchas personas, en combate, en defensa propia y a sangre fría. Pero nunca había matado a alguien sin estar autorizado para ello, o si no era necesario. Había cruzado muchos límites durante su vida, y se sorprendió al comprender que no quería cruzar aquél.

—Sal del coche. Deja la puerta abierta.

Osborne lo miró, con una mirada repleta de súplica.

—No lo hagas. Por favor, no lo hagas.

—Si fuera a hacerlo, cretino, ya lo habría hecho. Y sin que te hubieras dado cuenta previamente.

Salieron los dos del coche. Osborne levantó las manos delante de él, medio en son de clemencia, medio en son de defensa.

—Deja las llaves y el teléfono en el asiento —ordenó Ben.

Osborne obedeció.

—Ahora márchate. Seguro que sabes cómo volver a tu aparcamiento. Que tengas un buen paseo.

Él por su parte, volvió a Sullivan, Greenwald, aparcó el coche y tomó el suyo. Quería confiar en Hort. Siempre lo había hecho. Le asqueaba empezar a dudar ahora.

Pero quizá hubiera una salida. Tal vez el asunto quedara esclarecido. Si podía sentarse con Hort, escuchar lo que tenía que decirle... Tal vez hubiera una explicación. Tal vez pudiera quedarse finalmente tranquilo. Tal vez.

Pero primero debía informar a Alex de los últimos acontecimientos.

29 - El pinchazo

Sarah tomó un taxi en el hotel y se dirigió a su casa situada en la Misión. Estaba exhausta y se sentía en cierta forma atontada. La noche anterior, con Ben... había sido increíble. No sabía si desembocaría en algo, o siquiera si ella quería que pasara algo más, pero algo había surgido entre ellos e, incluso en medio de toda aquella locura, le había afectado profundamente. Y luego por la mañana, él se había marchado sin mayor consideración por ella de la que hubiera tenido por un sillón que le hubiera proporcionado cierta comodidad. ¡Ah! ¿Por qué se había peleado con su hermano? La había dejado tirada como si fuera una basura.

O quizá la pelea con Alex había sido sólo una excusa. Sabía que iba a sufrir desde el primer momento en que lo vio, y lo único que habría debido hacer era mantenerlo a una distancia considerable. Estaba tan furiosa consigo misma por su ridícula falta de juicio, como con Ben por haberla tratado como si fuera un objeto desechable.

Alex. No había querido hacerle daño. Ni siquiera sabía que podía. ¿Qué iba a pasar ahora, cuando se vieran en la oficina? ¿Querría él seguir trabajando con ella? ¿O la iba a dejar de lado?

Se dio cuenta de que las preocupaciones laborales e incluso románticas eran mundanas, sin duda porque su mente trataba de ignorar la difícil y real situación que estaba viviendo. Porque quienes querían Obsidian a toda costa todavía andaban por ahí. Si antes estaba en peligro, seguramente lo seguía estando. Pero como no sabía qué hacer al respecto, se preocupaba por cosas menos trascendentales.

El taxi se detuvo en la calle Lexington delante de su casa, un *loft* en el sótano de una de las casas estrechas e independientes que flanqueaban la sombreada calle. Le gustaba Lexington porque como sólo tenía cuatro bloques de casas, había poco tráfico. Sus aceras estaban más amenazadas por los triciclos Big Wheels y las bicicletas de los muchos niños que vivían en el barrio que por coches o camiones.

Pagó al taxista y bajó. Llevaba fuera sólo veinticuatro horas y, sin embargo, la normalidad y la familiaridad del lugar le parecieron surrealistas.

Empezó a subir el camino enlosado que conducía a la parte frontal de la casa. Un hombre la abordó desde su derecha.

—Perdón, señorita.

Ella se volvió, sorprendida, pues no había advertido a nadie cuando salió del taxi. La sorpresa se convirtió en alarma. ¿Y si habían descubierto dónde vivía? Ben dijo que era fácil. Quizá la estaban esperando.

Pero el hombre, un asiático delgado que llevaba gafas de sol y un polar verde, mantenía una respetuosa distancia.

—Quiero ir a San José, y no sé si es mejor tomar la 101 o la 208.

Ella instintivamente, empezó a considerar las distintas opciones, a imaginar

posibilidades.

—Bien —empezó a decir—, depende de a qué parte de San José vaya.

De pronto algo le pareció incongruente. ¿Por qué alguien que iba a pie hacía una pregunta semejante?

Porque de esta forma tu mente estará ocupada momentáneamente. Y no te fijarás en...

Notó un pinchazo en el cuello y se llevó una mano atrás. Lanzó un grito. Tenía algo pegado al cuello. Trató de volverse, pero unas manos fuertes la sujetaron por los hombros. Ella forcejeó, pero el mundo empezó a moverse. Oyó procedente de algún punto que se abría una puerta corredera... ¿de una furgoneta? Y lo último que vio antes de que todo se enturbiara fue al hombre de las gafas de sol y el polar verde que se abalanzaba rápida y resueltamente sobre ella.

30 - Siempre igual

Alex estaba tumbado en su cama, pero tenía los ojos abiertos de par en par. Por regla general, no solía dormir durante el día, pero como no había pegado ojo en toda la noche, necesitaba dormir unas horas como fuera.

Había recorrido todo el jardín en busca de alguna señal de lo que había pasado la noche anterior. Y la encontró detrás: el montón de leña estaba volcado y, a corta distancia, la hierba chafada y manchada de algo oscuro y de aspecto pegajoso que inmediatamente identificó como sangre. Un sendero de hierba aplastada llevaba a la cerca, e imaginó a Ben arrastrando el cuerpo. Había ocurrido de verdad. Ben había matado realmente a un hombre en su jardín. Aparte de la violencia del hecho, las señales del acto le aterrizaron. Volvió a amontonar la leña y regó el césped ensangrentado, conforme imaginaba cómo se lo iba a explicar al inspector Gámez cuando éste lo volviera a llevar a aquella sala sin ventanas para interrogarlo. ¿Sangre? Yo no he visto sangre alguna. Simplemente hacía falta regar. Sí, hay aspersores, pero de vez en cuando riego a mano.

Al final, su agotamiento superó a su imaginación. Se le cerraron los ojos. Volvía a estar en el jardín, pero ahora era pequeño, y observaba a su padre regar el césped. Katie le lanzaba un Frisbee a Arlo. En algún lugar sonaba un teléfono...

Se despertó sobresaltado. El teléfono. No era un sueño. Mierda, hubiera debido descolgar ese trasto. Tomó el auricular.

—¿Diga?

—Alex, soy yo.

Ben. Le invadió una oleada nauseabunda de adrenalina. Dejó pasar unos segundos.

—Déjame en paz —dijo luego.

Colocó el auricular en el aparato y se tumbó. No había pasado un instante cuando el teléfono volvió a sonar. No lo atendió. Al cabo de tres llamadas, enmudeció.

Decidió que el truco radicaba en dar a Ben por muerto. Nada de odiarlo, nada de guardarle rencor, sino situarlo en la misma zona de su cerebro donde guardaba los recuerdos de mamá, papá y Katie. Incluso llorar por él. Así podría aceptar la pérdida, superarla y seguir con su vida. Eso es lo que tenía que hacer. Ben estaba muerto. Estaba bien. Sentaba bien.

Desapareció la agitación. El agotamiento volvió a apoderarse de él. Empezó a conciliar el sueño.

Alguien estaba llamando a la puerta principal.

Se incorporó de golpe, y a su mente acudió el recuerdo de aquella noche en el cuarto de baño.

—¡Alex! —Oyó que gritaba Ben—. ¡Alex!

Recordó la pistola que su hermano le había dado. Si todavía estaba en su poder, podía disparar a través de la puerta.

Se puso la almohada sobre la cabeza. *Está muerto. Esto es un mal sueño. Está muerto.*

Los golpes en la puerta eran cada vez más fuertes.

—¡Alex, abre la puerta o hago saltar la cerradura de un tiro! —gritó Ben—. ¿Quieres que todos los vecinos se enteren? ¿Los Levin? ¿Los Andrew? ¿La señora Selwyn?

Cristo. Alex saltó de la cama y se puso el batín. Bajó las escaleras y se quedó frente a la puerta.

—¡Lárgate! —dijo en voz alta.

—Abre la puerta.

—¡No! No quiero saber nada de ti. ¡Márchate!

—Alex, voy a contar hasta tres y luego voy a cargarme la cerradura de un disparo. Uno.

Dios bendito, parecía que volvían a ser unos niños. Salvo por las armas.

—Dos.

—¡Está bien, está bien! ¡No dispaes, idiota!

Abrió la puerta y, joder, era verdad que Ben había sacado la pistola. Llevaba la cabeza vendada, lo cual le produjo una gran satisfacción. Ben guardó el arma en su funda y entró. Alex cerró la puerta detrás de él.

Ben miró en torno. Alex cayó en la cuenta de que no había estado en la casa desde hacía, ¿cuánto? ¿ocho años? Algo así.

—Está igual —comentó Ben. Inhaló por la nariz—. Huele igual.

—¿Qué quieres decir que huele?

—En el buen sentido. Huele a...

—¿A qué huele?

—A hogar —contestó Ben al tiempo que se encogía de hombros.

Alex estuvo a punto de decir: *Pues no es tu hogar.*

—¿A qué has venido? —dijo en cambio.

—Tu jefe está metido en esto —le dijo, mirándole.

Alex estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Osborne?

—Le estaban chantajeando. Era su hombre dentro de tu empresa.

—Buen trabajo, Colombo. Pero es demasiado tarde. Ni siquiera me importa. Márchate, por favor.

—Alex...

—Hemos acabado, ¿recuerdas? De verdad. Vete.

—No lo entiendes.

—Claro que lo entiendo. Yo ahora voy por mi cuenta, y tú por la tuya. Vete. Vete, Ben. Sal de mi casa.

La había llamado «mi casa» deliberadamente, pero Ben no pareció advertirlo.

—Alex, necesitas mi ayuda —dijo.

—No, no necesito tu ayuda, no quiero tu ayuda.

—¡Claro que sí! —gritó Ben, de cuya boca salió volando un poco de saliva—. ¡Sí, Alex, la necesitas! ¡Y te vas a aguantar! Vas a escucharme, y si después decides que no quieres mi ayuda, de acuerdo. No quiero ser responsable de ninguna muerte más. Vas a escuchar lo que tengo que decirte, vas a hacer lo que yo te diga y, entonces, si no lo haces, será tu maldita culpa, habrás cavado tu propia tumba, te habrás suicidado, pero ¡no será mi culpa! ¡En absoluto! —Se quedaron mirándose. Ben jadeaba y se le habían tensado los músculos del cuello—. ¿Te crees que yo no sufro? —prosiguió—. ¿Te crees que no daría cualquier cosa por haber acompañado a Katie a casa aquella maldita noche? ¿Por qué quieres atormentarme? ¿Te crees que no me atormento ya bastante? ¿Qué quieres que haga, que diga que lo siento? ¿Que te implore perdón? ¿Que me quemé a lo bonzo? ¿Qué cojones quieres?

Se calló, con la voz quebrada. A continuación se dio media vuelta y golpeó la pared con la palma de la mano. Alex oyó un sonoro *¡crac!* y notó que el choque retumbaba a través de las tablas del suelo. En la pared apareció un agujero y de él saltó lentamente polvillo de yeso.

Ben permaneció en esta posición, los hombros hundidos y la respiración entrecortada. Luego, tras restregarse el rostro con la mano, se volvió y miró a Alex. Tenía los ojos rojos.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo.

Alex se lo quedó mirando. No daba crédito a lo que veía. ¿Ben... Ben estaba llorando?

—¿Y por qué simplemente no me lo dijiste? —preguntó Alex—. ¿Por qué nunca... dijiste nada?

—Porque tú me echas la culpa. Siempre lo has hecho.

Alex no pudo negar la verdad de esta afirmación. Y, de pronto, se sintió el imbécil mayor de todo el mundo. Él nunca había querido que Ben sufriera. O, en cualquier caso, no sólo eso. No, él había querido... había querido arrancarle algo. Castigarlo. Al ver las lágrimas de Ben, al ver la prueba innegable de su dolor, comprendió que toda aquella situación entre ellos era, como mínimo, tan culpa suya como lo era de Ben.

—Papá y mamá... me dijeron que no había sido culpa tuya.

—Sí —replicó Ben riéndose—, a mí me dijeron lo mismo. Pero no era lo que pensaban. Y tenían razón. Y tú también.

—Yo no pienso que tuvieran razón —manifestó Alex, sorprendido de sus propias palabras—. Pienso... no lo sé.

Había estado a punto de decir: *Pienso que necesitaba echarle la culpa a alguien.* ¿Qué estaba diciendo? Necesitaba pensar.

—Y con papá —prosiguió Ben—. Desearía haberlo hecho de otra forma. Tenía la

sensación de que, si no me alistaba, iba a arruinar toda mi vida, se me iban a cerrar las puertas, o algo así. Cuando miro atrás, comprendo que era una estupidez. Habría podido esperar. Habría debido esperar.

Alex no sabía qué decir. Jamás se había sentido tan confuso.

—Quizá... quizá no hubieras evitado nada —dijo tartamudeando, al cabo de un momento—. Creo que papá... lo que hizo, lo hubiera hecho igual pasara lo que pasara.

—Cristo —dijo Ben al tiempo que se frotaba las sienes—. Creo que podría dormir una semana seguida.

—¿Cómo tienes la cabeza? —se interesó Alex al tiempo que sonreía.

—Me duele. Te juro que no esperaba en absoluto que me arrojaras la pistola. Que me pegaras un tiro, tal vez, pero que me la tiraras...

—En ese momento parecía una buena salida.

—Supongo que así era.

Permanecieron en silencio un momento.

—¿De verdad está Osborne metido en esto?

—Así es. Sentémonos y te lo cuento.

Alex se sentó a la mesa de la cocina. Ben se dirigió a un armario, sacó un vaso y lo llenó de agua del grifo.

—¿Quieres un poco? —preguntó.

Alex movió la cabeza en sentido negativo, asombrado de la familiaridad del gesto. Una cosa tan simple como servirse un vaso de agua.

Ben se reunió con él a la mesa y le puso al corriente de los últimos acontecimientos. Habían chantajeado a Osborne. La unidad de Ben estaba en el ajo. Su comandante era una de las personas que estaban detrás de todo el asunto.

—¿Has quedado con él? —preguntó Alex—. ¿Cómo puedes fiarte? Quiero decir, ha intentado matarme.

—Es posible que no supiera que soy tu hermano.

—¿Te lo crees?

—Voy a enterarme.

—¿Cambiaría la cosa si lo hubiera sabido de antemano?

—No lo sé —dijo Ben, tras lanzar un suspiro—. Es una de las cosas que quiero saber. No voy a verme con él donde ha propuesto, puedes estar seguro.

—¿Dónde, pues?

—Ya se me ocurrirá algo. Hazme un favor, no te quedes aquí durante el par de horas que yo me ausente.

—Ben, yo no puedo vivir así.

—Eso es precisamente lo que estamos intentando solucionar. Para que puedas volver a tu vida y no tengas que preocuparte de si te siguen o no.

—No entiendo por qué piensas que puedes confiar en ese tipo. En mi opinión, no deberías ir a verlo.

—No confío en él. Soy muy prudente, créeme. Pero te diré lo que vamos a hacer. Supongo que tienes todavía las notas de Obsidian y Hilzoy en tu ordenador portátil, ¿no?

—En efecto.

—Vete a algún lugar y llévate el ordenador. Esto será una especie de seguro para mí, si las cosas salen torcidas.

—Ben, hablo en serio, no creo que sea una buena idea. Estás tan agotado como yo, es posible que no puedas pensar con claridad.

—Confía en mí, ¿de acuerdo?

—¿Y Sarah?

Por un instante, la expresión de Ben fue genuinamente triste.

—Te refieres a...

—No, eso no. Olvídalo. ¿Está en peligro?

—No más que tú, y probablemente menos. Pero dudo que me escuche...

—Seguro que a mí tampoco me escuchará —comentó Alex, y lanzó un suspiro.

Hubo una pausa.

—Lo siento, Alex —dijo luego Ben.

Alex sacudió la cabeza. En el hotel se había comportado como un imbécil. Al fin y al cabo Sarah no era su amiga, ni nada. Ni siquiera se había atrevido a tomar iniciativa alguna al respecto, y sabía que nunca lo haría. Se había puesto celoso, simplemente. Pero se le había pasado.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —insistió.

Ben hizo crujir los nudillos.

—No, pero resulta que no se me ocurre otra mejor. Ve a algún lugar. Descansa. Yo te llamaré dentro de un rato.

Ben se marchó y Alex empezó a vestirse. Se preguntaba adónde ir. ¿A otro hotel? Estaba harto de hoteles. Además, estaba tan cansado, que podría quedarse dormido por unas cuantas horas en la misma biblioteca.

Quería creer que Ben iba a poder solucionarlo todo, pero no podía. Habían matado a dos personas por Obsidian. Su propio jefe formaba parte del complot. Habían accedido a la base de datos de la oficina de patentes, y al sistema de archivo del bufete. No parecía ser el tipo de gente a quien se pudiera convencer para que desistiera de hacer algo. ¿Por qué pensaba Ben que por ser Alex su hermano fuera a cambiar algo? Aquella conexión parecía más susceptible de condenar a Ben que de salvar a Alex. ¿Por qué Ben no lo veía? ¿Y por qué Alex no podía convencerlo?

Se puso una camisa y empezó a pasear. Maldita sea, Ben estaba cometiendo un error. Estuvo a punto de llamarlo, pero luego decidió que sería en vano. Cuando a Ben se le metía algo en la cabeza, nada ni nadie podía disuadirlo.

Se dio cuenta de que estaba pensando sólo en lo que pudiera sucederle a Ben. Y entonces comprendió otra cosa: eso era lo que pretendía Ben. Éste no quería que Alex tuviera miedo por sí mismo. Recordó la forma en que Ben lo sacó cariñosamente del

cuarto de Katie en el hospital muchos años atrás, y se preguntó cómo habían llegado a estar tan mal.

Continuó caminando arriba y abajo. ¿Qué iba a hacer, quedarse sentado esperando estar equivocado, esperando que Ben sacara las castañas del fuego?

Era una locura. Tenía que hacer algo. Tenía que correr algún riesgo. Tomó el teléfono móvil y llamó a Sarah. Le salió el buzón de voz.

—Sarah —empezó a decir—, soy Alex. Siento lo de esta mañana. Escucha, acabo de estar con Ben y me ha contado un montón de cosas sobre el asunto que deberías saber. Y está a punto de hacer una tontería y necesito... pensar en la forma de ayudarlo. Llámame.

Agarró el ordenador portátil y salió de la casa.

31 - Condicionado

Ben se dirigió en coche a Palo Alto con el fin de reconocer la zona. Hacía casi diez años que no había estado allí y, aunque no hubiera cambiado el trazado, que seguro había cambiado, no se podía fiar de sus recuerdos. Cuando vivía allí, veía el mundo de forma diferente, y captaba cosas diferentes. Antes, veía el barrio. Ahora, tenía que ver el terreno.

Recorrió las calles del centro, mientras observaba sin sentimentalismo alguno las cosas que habían cambiado y las que no. Prestó especial atención a los callejones y adónde conducían, a las calles de un solo sentido, a la situación de bancos, joyerías y otros establecimientos con cámaras de seguridad. Una vez satisfecho con la nueva familiaridad que había adquirido sobre el trazado táctico de la ciudad, empezó a buscar el lugar apropiado para la reunión. Encontró un restaurante llamado Coupa Café. Tenía delante una terraza, que estaba apartada de la acera y protegida por un porche que sostenían unas gruesas columnas. Se colocó delante de una de las mesas de la terraza y advirtió que, desde allí, tenía una buena perspectiva de la entrada del Citibank al otro lado de la calle, y de dos tiendas más abajo y que, si él se colocaba detrás de una de las columnas, quedaría a cubierto y escondido de la calle. Todas las mesas estaban ocupadas, pero alguna se liberaría. Y si fuera necesario, ya miraría de que quedaran libres.

Entró en el local. El restaurante era un rectángulo largo, la ventana que daba a la calle estaba en uno de los lados cortos, la barra ocupaba uno de los lados largos y, enfrente, había una pared pintada. Las mesas estaban muy juntas y, aunque ya era casi media tarde, el lugar estaba abarrotado. Al fondo, había una sala a la que se accedía por una puerta grande que estaba abierta y que sólo se veía parcialmente desde la parte anterior. La cruzó y encontró lo que estaba buscando: una salida de emergencia, sin alarma y cerrada por dentro. Daba a un callejón que conectaba con otros que se separaban en tres direcciones diferentes. Si las cosas se complicaban delante del restaurante, podía salir zumbando hasta allí y desaparecer por las callejuelas.

Se puso en la cola para pedir un café y llamó a Hort desde su teléfono móvil.

—No puedo subir hasta ahí —le dijo—. Tienes que venir tú aquí abajo.

—¿Qué quieres decir? ¿Dónde es aquí abajo?

—Palo Alto.

—¿Qué pasa? ¿Estás nervioso?

—Yo siempre estoy nervioso, igual que tú. Te espero en el Citibank de la calle Ramona en Palo Alto, entre las calles University y Hamilton.

—Ya entiendo. Muchas cámaras y cajeros automáticos.

—Más o menos. Será mejor para los dos hasta que aclaremos esta mierda. ¿Vendrás solo?

—Yo y el conductor.

—Está bien. Dependiendo del tráfico, supongo que tardaréis unos tres cuartos de hora. Te estaré esperando.

Colgó y cerró la tapa del teléfono. Se quedó junto a la barra, empezó a tomarse el café, y esperó. Cuando los clientes sentados detrás de la columna empezaron a levantarse, él se apresuró y ocupó la mesa. Estaba bien situada. Él tenía la espalda contra la pared, veía la calle arriba y abajo, la gente en torno a él le servía de camuflaje, y veía bien el Citibank.

Fue dándole sorbitos al café mientras observaba la calle. Los transeúntes que pasaban parecían todos nacionales: seguros de sí mismos, prósperos e inconscientes. Ben no tenía nada en común con ninguno de ellos. Él parecía un emigrante que hubiera regresado de un país lejano a la tierra de su juventud, y hubiera descubierto que había olvidado la forma de hablar y de vestirse, las costumbres y los códigos de conducta. Él ya no pertenecía a aquel sitio, si alguna vez había pertenecido a él. Era un extraño para el lugar, y éste era extraño para él.

Un Hyundai verde se detuvo junto al bordillo al otro lado de la calle, frente al Citibank. Se abrió la puerta del pasajero, y salió un hombre negro que entró en el establecimiento. Aunque no le hubiera visto el rostro, Ben lo habría reconocido. Por la enorme cabeza rapada, los anchos hombros y los arrogantes andares, que rayaban el pavoneo.

Ben observó al conductor. Por la estructura de los huesos parecía asiático y debía de tener más o menos la edad de Ben; llevaba el pelo cortado al rape y escondía los ojos tras unas gafas de sol. Por los apenas perceptibles movimientos de su cabeza, Ben supo que el hombre estaba vigilando por los espejos retrovisores. No era alguien a quien se pudiera andar espiando. No era un simple chófer. Parecía que no había nadie en el asiento posterior, pero no habría resultado tan difícil que hubiera dos hombres agachados, imposibles de ver a través de los cristales. Sin embargo, Ben dudaba que hubiera más de lo que podía ver. Atrios había actuado solo. No creía que dispusieran de refuerzos inmediatos.

Esperó un minuto, luego llamó al teléfono móvil de Hort. Éste contestó al instante.

—¿Dónde estás?

—En el restaurante. Coupa Café. Enfrente.

—Espero que no estés jugando conmigo, Ben.

—Me limito a ser cauteloso, señor. Como tú me enseñaste.

La línea se cortó. Ben vio que salía del banco y cruzaba la calle según iba moviendo la cabeza y dirigiendo la mirada a los mismos puntos conflictivos que Ben habría comprobado también. Lo vio, lo saludó con un leve gesto de la cabeza y se dirigió hacia él. Corrió una silla de forma que los dos estuvieran formando un ángulo recto, pero Ben seguía teniendo una perspectiva mejor de la calle. La presencia del hombre, su aura autoritaria, era casi abrumadora. Ben reprimió la necesidad de

hablar, de explicarse, de preguntar y así poder comprender.

—¿Qué puedo decirte? —empezó a decir Hort en voz baja—. Ha sido una buena cagada. La pregunta ahora es ¿qué debo hacer para que te quedes tranquilo?

—Pues contármelo todo —contestó Ben, asombrado de su propia temeridad—. Conmigo siempre has ido con la verdad por delante.

Hort hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Lo primero que debes comprender es que nadie sabía que era tu hermano.

—Venga ya, Hort. ¿Cuántos Treven conoces?

—Hasta hace poquísimo, sólo a ti. Sin embargo, debes comprender que yo no era el único que manejaba la lista de los objetivos. Esto era trabajo de Atrios. Todo lo que yo supe es que él había determinado que la misión requería la desaparición de un inventor, un abogado y un perito de patentes. No me hacía falta saber más.

—No querías saber más.

Hort frunció los labios.

—Tal vez.

—Cuéntame el resto.

—Existe un programa informático de acceso especial —empezó a explicar Hort, después de mirar en tono a ellos e inclinarse hacia delante—, que se ejecuta directamente desde el Consejo de Seguridad Nacional. Se centra en la guerra cibernética.

—¿Cómo se llama el programa?

—No te hace ninguna falta saber cómo se llama. Ni siquiera deberías de conocer su existencia. Todo esto forma parte de una información muy reservada y me estoy arriesgando mucho introduciéndote en ella sin autorización.

—¿Cómo se llama, Hort?

Hort suspiró.

—¿No estarás haciéndome pagar por mis pecados?

—Simplemente no quiero tener la sensación de que me escondes algo.

—El programa se llama Genie.

—De acuerdo. ¿Qué hace Genie?

—Desconozco todos los detalles. Si estoy enterado de que existe ese programa es sólo por el invento que tu hermano intentaba patentar.

—Bien, cuéntame lo que sabes.

—Según parece, todas las solicitudes de patentes relacionadas con criptografía están sujetas a un estudio por parte de la Seguridad Nacional del Departamento de Defensa. La solicitud de tu hermano para Obsidian fue examinada de forma rutinaria. Pero algo con respecto al invento obligó a un segundo escrutinio. Para no cansarte, la solicitud fue subiendo y subiendo de escalón hasta llegar a la Casa Blanca. Y a los que trabajan con Genie en el Consejo de Seguridad Nacional no les gustó lo que vieron.

—¿Por qué no?

—Ni idea. Todo lo que sé, todo lo que se supone que sé, es que si Obsidian hubiera caído en malas manos habría supuesto una gran amenaza para toda la infraestructura de la red norteamericana.

—De acuerdo, ¿y entonces qué?

—Alguien en la Casa Blanca tomó una decisión. Por motivos de seguridad nacional, Obsidian debía desaparecer del mapa. Borrarse todo lo referente a él. La operación tenía dos vertientes: el mundo electrónico y el mundo real. A la Agencia de Seguridad Nacional le encargaron la parte electrónica. Nosotros nos ocupamos de los elementos del mundo real.

—Así que el inventor, el tipo de las patentes... ¿eran vuestros objetivos?

—Esas fueron las órdenes que recibí.

—Pero Hort, estos hombres eran... Quiero decir estos tipos eran ciudadanos norteamericanos.

—Ya sabes cómo funciona, Ben. No soy yo quien hace las reglas.

Ben tamborileó sobre la mesa con los dedos.

—Lo que estoy empezando a preguntarme es si en realidad hay reglas. No para el enemigo. Para nosotros.

—A mí tampoco me gusta. Pero el balance final es que se trata de salvar vidas. Y a veces para salvar vidas hay que incurrir en daños colaterales, tú ya lo sabes. Era una decisión del carajo, pero alguien la tomó. Y carece de importancia que tú o yo estemos de acuerdo con ella. Nuestro trabajo es llevarla a la práctica.

—Mira, Hort, sé muy bien lo que pasa. Pero una cosa es apresar a unas personas, mantenerlas incomunicadas en un buque de la marina, aislarlas, no permitirles que hablen con nadie. Pero... ¿ejecutarlas? ¿A norteamericanos? ¿Cuándo empezamos a hacerlo?

Hort lanzó un prologando suspiro.

—Estoy de acuerdo, es una situación muy delicada. Nadie querría alistarse para esto. Pero no estamos en el ejército porque sea fácil. Estamos porque es un trabajo que hay que hacer.

—Sí, pero...

—¿Qué vamos a hacer cuando alguno de nuestros enemigos se apodere de algo como Obsidian y lo utilice contra nosotros? ¿Cuando corten la energía nuclear, o el control del tráfico aéreo? ¿Vamos a pedir perdón a las familias de los que han muerto calcinados en esos accidentes, porque podíamos haber evitado que las herramientas que los han causado pasaran a manos enemigas, pero nos daba mucho reparo hacerlo?

Permanecieron en silencio un momento. Ben sabía que tenía razón, en un sentido, pero...

Pensó en Sarah, en lo que había dicho sobre transgredir un poco la ley. Ahuyentó el pensamiento.

—¿Y qué pasa con los rusos? —preguntó—. ¿Qué pintan en todo esto?

—Nada. Eso fue sólo una terrible coincidencia.

—¿Qué quieres decir?

—Hemos interceptado unas comunicaciones de su embajada en Ankara. Van detrás de ti por la operación de Estambul. Estamos intentando descubrir cómo, y hasta qué punto.

—¿Qué? ¿Cómo puede nadie saber quién se cargó a aquel tío en Estambul? No dejé nada detrás, Hort. Llegué y desaparecí como un fantasma.

—Bueno, dejaste cinco cuerpos detrás. Los fantasmas no hacen estas cosas.

—Iban a ser cuatro cuerpos de todas formas.

—Cuerpos iraníes. Un ruso muerto del FSB es un problema muy diferente.

—Esto sigue sin explicar cómo han podido señalarme a mí por aquel tipo.

—Como ya te he dicho, estamos tratando de descubrirlo.

—¿Y quiénes eran esos tíos del Four Seasons? No eran del FSB. No eran tan buenos.

—Eran de la mafia rusa, que opera fuera de Brooklyn. Hacen trabajos bajo contrato para el FSB.

Ben reflexionó sobre lo que había oído. Lo que Hort decía no era imposible. Pero...

—Mira —siguió hablando Hort—, puedo conseguir que dejen a tu hermano tranquilo. Necesito que me garantices, y tú serás responsable de ese compromiso, que no hay copias de Obsidian, de que nadie puede usarlo y de que tu hermano olvidará que esto ha sucedido nunca, y jamás hablará del asunto con nadie. Tú garantízame esto, y yo moveré algunos hilos en el Consejo de Seguridad Nacional y me aseguraré de que tu hermano deje de estar en su punto de mira para siempre.

Ben consideró la propuesta. En realidad era precisamente lo que él había esperado conseguir. Lo que, de hecho, tenía previsto proponer. Lo solucionaría todo. Le entregaba la copia de seguridad a Hort, le decía a Alex que mantuviera la boca cerrada. Al fin y al cabo, Alex había dejado de ser un desconocido para ellos. Su hermano era uno de ellos, un hermano que podía responder por él.

Se preguntó por un momento lo que haría Sarah si estuviera allí. Probablemente diría algo sobre lo conveniente que resultaba no formar parte de la plebe. Tener un pariente en el partido o en el politburó.

¿Y qué pasaba con Sarah? ¿Seguía también en el punto de mira? ¿Podía Hort hacer que la dejaran en paz?

—¿Y la chica? —dijo—. Sarah Hosseini, la abogada. ¿Está entre vuestros objetivos?

—Ella también trabajaba en la patente —contestó Hort—. En comparación con tu hermano, ella era terciaria, una mediadora, pero sí, especialmente ahora se ha convertido en una gran preocupación.

—¿No puedes sacarla de esta situación?

—¿Qué crees, que soy mago? —replicó Hort riéndose—. Sarah no es siquiera su nombre. Es Shaghayegh. Shaghayegh Hosseini. ¿Pretendes que vaya al Consejo de

Seguridad Nacional y les diga que no deben preocuparse por una mujer que se llama Shaghayegh y está al tanto de todo lo relativo a Obsidian?

—¿Me estás diciendo que vais a matarla por llamarse así?

—Era un riesgo para la seguridad, Ben.

Éste notó que se le encogía el estómago.

—¿Qué has querido decir con «era»?

—La hemos cogido esta mañana cuando llegaba a su casa.

Ben bajó la vista a la mesa para que Hort no pudiera verle los ojos. Trataba de pensar. *La hemos cogido*. Eso significaba que todavía estaba con vida, ¿no? Si se hubieran deshecho de ella, si ya la hubieran matado, Hort no se habría expresado así. Se habría limitado a decir: *Ya no está*.

Cielos, pero ¿qué iban a hacer para que hablara? Lo podía imaginar. Y sabía lo que harían cuando se pusieran a la labor.

Fragmentos de pensamientos entrecortados pasaron por su mente.

No, *él se está enrollando bien*.

De acuerdo. Luego ya veré.

NO, NO SE ENROLLA BIEN Y TÚ SABES PERFECTAMENTE CÓMO FUNCIONA ESTO.

Se apretó las sienes con los puños. Piensa. Piensa.

Pero lo único que se le ocurrió era que estaba allí para ayudar a Alex, y en cambio, estaba, estaba...

No. No iba a pasar de nuevo. Él no iba a dejar que pasara de nuevo. Miró a Hort.

—¿Qué vais a hacer con ella?

Hort hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Olvídalo.

—Te he hecho una pregunta —replicó Ben, con una voz tan baja como el gruñido de un perro.

—Y yo te he contestado. De la única forma que puedo hacerlo.

—¿Dónde la tenéis?

—Déjalo estar, hijo. Estás pisando terreno peligroso.

—No —dijo Ben tras sacudir la cabeza y en un tono más alto que antes—. No. No. No.

—Ben, yo te entrené. Hemos sangrado en los mismos lodos. Cargamos el mismo peso por nuestras acciones. Los hombres como nosotros...

—Dime dónde la tenéis, Hort. Dime que la vais a soltar.

Se hizo un largo y violento silencio.

—La última oportunidad —dijo Hort—. ¿Vas a responder por tu hermano? ¿Puedo confiar en ti?

Ben apretó los puños. Le sobresalieron los nudillos. Jamás se había sentido tan condicionado. Aquel efecto de presión, de estar oprimido, era casi físico.

Miró a su izquierda. Detrás de una de las columnas, se asomaba un hombre fornido; llevaba gafas de sol, una de sus manos descansaba dentro de una chaqueta

oscura y su atención estaba centrada en Ben y Hort.

Mierda. Miró a su derecha. Otro hombre se había acercado sigilosamente por la acera y los estaba observando con postura y enfoque idénticos.

Seguro que había un tercer hombre dentro del restaurante, o justo al otro lado de la salida de emergencia. Era evidente que había subestimado, y mucho, el volumen de personal con que contaba Hort. Y se habían aproximado a él, sea por instinto o deliberadamente, en el mismísimo momento en que su confusión interna más le había distraído.

En parte estaba furioso por su propia ingenuidad. Hubiera debido imaginarlo, pero en su fuero interno había confiado en Hort. Estúpido. Hort le enseñó que la misión está antes que el hombre. Pero también tenía ganas de reír. Cinco hombres armados a un tris de armar un tiroteo, y unos *yuppies* a su alrededor que degustaban sus cafés y charlaban sobre los últimos ejercicios de Pilates, sin la más mínima idea.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? —preguntó Hort en voz baja.

En la mente de Ben se barajaron varias posibilidades. Ninguna de ellas contaba con más de un diez por ciento de probabilidades de supervivencia. Si las únicas cartas en juego fueran las suyas, se habría arriesgado. Pero ¿qué le habría pasado a Sarah? ¿Y a Alex?

—¿Qué opciones tengo? —quiso saber, sin dejar de mirar a derecha e izquierda.

—Tienes dos. Puedes venir conmigo e intentar resolver el asunto, o podemos dejarte aquí. Yo, realmente, no quiero la segunda opción, Ben.

Ben tamborileó sobre la mesa con los dedos. Irse con ellos era lo mismo que ir a un escenario secundario del crimen. ¿Cuántas veces se había jurado que no iba a permitir que le ocurriera a él?

Sabía que podía cargarse a Hort antes de que nadie pudiera impedirselo. Pero él sería hombre muerto un segundo después.

Daremos esos pasos en otra ocasión, pensó. Cuando estemos solamente tú y yo en la pista de baile.

En su subconsciente sabía que esa idea no era más que una bravuconería. Pero era todo lo que tenía por el momento, y le bastaba para darle ánimos.

—Está bien —dijo—. Me voy contigo.

32 - Afrontarlo

Alex conducía sin rumbo, mientras iba pensando adónde podía ir. Al final se había desmoronado y había llamado a Ben, pero no obtuvo respuesta. Sabía que debía mantenerse alejado de los lugares habituales, y lo comprendía, pero como quería llevar consigo el teléfono móvil por si Ben o Sarah le llamaban, significaba que debía estar en movimiento por si alguien estaba intentando localizar la señal. Pero Dios, estaba cansado. Tenía ganas de pararse en algún lugar, el banco de un parque, cualquier sitio, y cerrar los ojos unos minutos.

Se preguntó qué iba a pasar con Osborne cuando aquel asunto se resolviera. ¿Cómo podría siquiera mirar a ese tipo, después de lo que había hecho?

Reflexionó sobre lo que le había contado Ben, que le habían tomado a Osborne unas fotos incriminatorias, o le habían filmado en vídeo, en Tailandia. Ben parecía convencido de que era tan sencillo como esto, pero... ¿podían realmente haber escogido a Osborne de entre todos los abogados de Sullivan, Greenwald, y haber identificado su vulnerabilidad para luego explotarla? Cuanto más pensaba en ello, más inverosímil le parecía.

Recordó la egolatría de Osborne, las fotos de todos aquellos magnates de la zona y de Washington. El hombre estaba muy bien relacionado. Bien, quizá fuera así como llegaron a centrarse en él. Era conocido en Washington, había incluso testificado en el Congreso alguna que otra vez, para cupos de visados, impuestos sobre plusvalías y otros asuntos próximos y apreciados en Silicon Valley. Quizá... quizá estuviera más involucrado en el asunto de lo que Ben quería reconocer. Este último era muy arrogante y se creía muy listo, y prácticamente le había dicho a Alex que consideraba que los abogados no eran más que un puñado de ovejas zampa cafés. Aquella arrogancia le convertía en un gallito que no veía más allá de sus narices y no entendía que las personas importantes como Osborne podían ser unas arpías y hacer gala de una habilidad política alucinante. Cuanto más reflexionaba sobre ello, más convencido estaba de que Ben había descuidado algo en lo referente a la participación de Osborne. Y cuanto más seguro estaba de que Ben se estaba equivocando con Osborne, más convencido estaba de que Ben se estaba equivocando también con su comandante.

Estaba metido en un callejón sin salida, literal y figuradamente. Basta. Lo iba a afrontar de frente.

Se dirigió a Sullivan, Greenwald, pero, siguiendo las admoniciones de Ben, aparcó en el complejo de oficinas y cines que había al otro lado de la calle. Cruzó Page Mill a pie, entró por la puerta posterior y se fue directamente al despacho de Osborne. Alejó todos los pensamientos que trataban de amontonarse, todas las razones por las que se estaba comportando como un estúpido, todos los motivos por

los que se estaba equivocando. Tragó saliva, pero siguió teniendo la garganta seca.

Osborne estaba hablando por teléfono, y tenía los pies, con sus botas de vaquero, sobre el escritorio. Alex entró sin más y cerró la puerta. Osborne le lanzó una mirada. —*¿Ni siquiera llamas?*— y siguió hablando. Las dudas paralizaron a Alex por un momento. Luego algo se desencadenó en su interior, y se fue hasta detrás de la mesa con pasos firmes para apretar la clavija del teléfono y cortar la comunicación.

Osborne retiró los pies de la mesa y los puso en el suelo.

—Pero ¿tú qué te crees? —exclamó.

Apartó la mano de Alex y empezó a marcar un número. Alex agarró todo el aparato y lo arrojó al otro lado de la habitación. Fue a estrellarse contra la pared y se hizo pedazos. Osborne se levantó de un salto.

—¿Te has vuelto loco? —dijo, con los ojos desorbitados.

Alex se lo quedó mirando. El corazón le latía aceleradamente, pero tenía la cabeza clarísima.

—¿Qué sabes de Obsidian? —preguntó.

—Yo no sé nada. Obsidian era tuyo, ¿lo has olvidado? Y tu hermanito el misionero ya me ha preguntado todo esto. A punta de pistola, por cierto.

—Has tenido suerte de que no te matara.

—Sí, vale, y tú tienes suerte de seguir con vida.

Y de pronto, Alex supo que Osborne había mentido a Ben. No había fotos. Estaba asustado, sí, tal vez de que lo descubrieran, pero no de aquello. En caso contrario no le estaría mirando como si no fuera más que un moscardón inoportuno. No se estaría mostrando tan chulo de buenas a primeras.

Sobre el escritorio, había un pisapapeles de la empresa Lucite. Sin pensarlo, Alex lo agarró como si fuera una piedra y golpeó a Osborne en la cabeza con él. Éste lanzó un grito y se desplomó pegándose un porrazo en la mesa al caer. Alex, blandiendo el pisapapeles y respirando sonoramente, se quedó mirándolo desde arriba.

Osborne se tambaleó a derecha e izquierda; le salía sangre de la nariz y se apretaba la cara con las manos.

—Pequeño imbécil —dijo jadeando.

Alex sonrió. Se sentía exultante. No sabía, ni le importaba, si estaba yendo hacia arriba o bajando en su excitación.

—He hecho una copia de Obsidian —empezó a decir, improvisando—. La he mandado por correo a la agencia de noticias Usenet, y he añadido los detalles de tu implicación y todo lo demás. Ahora está codificado. Pero si dentro de una hora no he introducido un código, se descodificará y se diseminará por una docena más de agencias. Así que será mejor que me cuentes lo que sabes.

Osborne trató de ponerse en pie.

—No te muevas de donde estás o te aplasto la cabeza.

—Estás acabado aquí, fanfarrón. Y no sólo en Sullivan, Greenwald. Cuando haya hecho unas cuantas llamadas, ninguna compañía del Valley te dará trabajo.

Alex se echó a reír. Reconocía la técnica: redoblar la apuesta, caldear la negociación. Nunca había negociado con la ayuda de un objeto pesado en la mano, pero aparentemente los principios eran los mismos.

—¿Sabes qué? —dijo—. ¿Por qué no se lo cuentas todo a la policía de San José? Hay allí un tal inspector Gámez que está investigando la muerte de Hilzoy. Y está en contacto con la policía de Arlington, la que se ocupa de la muerte del perito de patentes que se cargó tu gente. ¿Crees que tendré que contarles mucho para que se hagan con una orden judicial y examinen tus llamadas, tu correo electrónico? Te arrancarán las amígdalas para ver lo que escondes y, cuando apunten en la dirección adecuada, lo encontrarán. Te sacarán de aquí esposado y yo, por mi parte, ya me cuidaré de que el *Merc* y el *Chronicle* y *KRON* lleguen a tiempo para las noticias nocturnas. Así que no intentes venderme la moto de las fotos incriminatorias de Tailandia. Esto no es una toma de poder, David. Me has salido un socio silencioso. Pero no hace falta que me cuentes nada. Dejaré simplemente que llegue el correo de Usenet y entonces lo leeré todo en el *Merc*. Sí, será divertido.

Arrojó el pisapapeles a Osborne y se volvió para marcharse. El truco estaba en creerse de verdad el farol. Era lo mismo que abandonar en plena negociación. Había que desalojar la parte de la mente que sabía que era una táctica. Era verdad que uno se iba a marchar. Uno quería marcharse.

Caminó hasta la mismísima puerta e incluso tenía ya la mano en el picaporte cuando Osborne dijo:

—Espera.

Alex abrió la puerta y se volvió a mirarlo.

—Olvídalo. Has perdido tu oportunidad.

—Está bien, está bien. Tú ganas. Pero cierra esa maldita puerta y escúchame.

Alex cerró la puerta pero no soltó el picaporte, pues esta postura indicaba: *Tienes aproximadamente diez segundos para hacerme cambiar de opinión.*

—Conozco a ciertas personas en Washington —empezó a explicar Osborne, al tiempo que agarraba un puñado de pañuelos de una caja y se los llevaba a la nariz—. Gente de la Casa Blanca. Centrados en el contraterrorismo.

—¿Ah sí?

—Una de las áreas de las que se ocupan es la guerra cibernética. Seguridad de los sistemas. Así, cuando tú me hablaste de las prestaciones de Obsidian, hice una llamada. Sólo trataba de ayudar, nada más.

—Admiro tu patriotismo, David —se rió Alex—. Sé que no tenía nada que ver con compadreo político, creación de fondos de inversión o hacer la pelota a gente susceptible de ayudar gubernamentalmente a tus clientes. Siempre has sido demasiado desinteresado para haber imaginado nada semejante.

Osborne se apartó los pañuelos de la nariz, pero volvió a aplicárselos.

—Piensa lo que quieras.

—¿Y entonces qué te dijeron los de la Casa Blanca?

—Me comentaron que quizá había leído algo sobre un programa en los periódicos.

—¿Qué programa?

—No me lo dijeron. Yo imaginé que se trataba de algo de la FISA, lo que usa la Agencia de Seguridad Nacional para espiar dentro del país. Había visto algo al respecto en *The Wall Street Journal* y en *Wired*. El Quantico Circuit, donde algunos soplones dijeron que las compañías de telefonía proporcionaban al gobierno acceso a las llamadas de sus clientes.

—¿Qué más?

—Dijeron que hay muchas compañías privadas que cooperaban y que necesitaban nuestra ayuda para luchar contra el terrorismo. Y también es verdad. Es por esta razón que las compañías telefónicas ayudaron a escuchar a Al Qaeda...

—Para ya. Me importan un bledo la política o tus justificaciones. ¿Qué te dijeron sobre Obsidian?

—Que podía ayudar con ese programa.

Alex no lo captó. Lo que había visto de Obsidian podía ser utilizado para sabotaje, tal vez extorsión, pero no para eso otro. Le habría gustado que Sarah estuviera allí. Ella sabía mucho más sobre los tejemanajes del gobierno que él.

—¿Que les podría ayudar para espiar? —preguntó.

—Eso es lo que yo entendí.

Alex reflexionó. Cabía la posibilidad de que Obsidian tuviera otras utilidades. Él mismo había reconocido alguna más en el hotel cuando descifró las notas de Hilzoy por primera vez. Y el hecho de que el gobierno jugara a la defensiva para evitar que otros poseyeran Obsidian, no significaba que no estuviera simultáneamente interesado también en su potencial ofensivo. Cielo santo, y Ben se había marchado a su reunión sin tener conocimiento de esto. ¿Dónde estaba? ¿Y por qué no había llamado aún?

—¿Qué más? —preguntó Alex—. ¿Qué me dices de Hilzoy y de Hank Shiffman, el perito?

—Yo no sabía nada de eso. Bueno, me dijeron que querían interrogar a un par de personas, pero...

—¿Interrogar? —Alex se rió—. Asesinaron a dos personas cuya existencia tú conocías. ¿Y me voy a creer que imaginabas que a mí también sólo me querían «interrogar»? David, si no fueras tan patético, me harías gracia.

Osborne no contestó.

—¿Qué te dieron? —preguntó Alex—. ¿Qué podía hacerte...? —Y entonces cayó en la cuenta. Las fotos ególatras. El nuevo cliente de la empresa de telefonía—. ¿Negocios? —prosiguió—. Hiciste todo esto... para que ellos te consiguieran clientes.

—Yo sólo trataba de ayudar —dijo Osborne, sin mirarle a los ojos.

—Cuéntaselo a la policía.

Alex abrió la puerta y salió.

—¡Espera! —lo llamó Osborne al tiempo que iba tras él—. ¡Alex!

Alex era consciente de que las secretarias, con los ojos y las orejas abiertos de par en par, lo observaban al pasar. No se inmutó. Siguió caminando.

Osborne lo alcanzó y lo agarró por un brazo.

—Escúchame —susurró—. Te haré socio. Con el trabajo que he aportado, el comité de dirección hará lo que yo le diga. Este año, no hablemos más.

Alex se detuvo y bajó la vista a la mano de Osborne. Al cabo de un momento, éste lo soltó.

—¿Sabes? —dijo Alex—. No hace mucho, te habría creído si me hubieras dicho una cosa así.

—Créeme —rogó Osborne al tiempo que hacía violentos gestos de asentimiento con la cabeza—. Créeme. Es la verdad.

—Pero no se trata de eso —observó Alex conforme se volvía a poner en movimiento—. Se trata de que me da igual.

Continuó caminando pasillo abajo, seguido hasta la escalera por las súplicas de Osborne.

33 - Una simple negociación

Una vez en el coche, Alex volvió a llamar a Sarah y a Ben. Ninguno de los dos contestó. Llamó a la secretaria de Sarah. No sabía nada de ella. Empezaba a estar seriamente preocupado.

No sabía qué hacer. Tal vez si pudiera descubrir otras aplicaciones de Obsidian, esas que el gobierno parecía tan ansioso por explotar. Pero no tenía tiempo.

¿Y si habían cogido a Ben? Había comprobado que estaba dispuesto a confiar en su comandante, que quería confiar en él. Alex conocía aquella mirada. La había visto cientos de veces en los ojos de clientes que querían el trato con tanto empeño que cedían a condiciones críticas, pues se decían que las condiciones carecían de importancia porque todo iba a ir sobre ruedas, todo el mundo iba a ganar tanto dinero que no habría ni tiempo ni motivos para recriminaciones o arrepentimientos. Y era sin duda la misma mirada que lucía un hombre rico justo antes de su segundo matrimonio. *Qué demonios, no necesitamos un contrato prematrimonial. Estamos enamorados.*

Joder, ¿qué iba a hacer?

Sonó su teléfono. Miró y vio que se trataba de Ben. Gracias a Dios. Apretó el botón Contestar y acercó el aparato al oído.

—¿Ben? ¿Dónde estabas? Empezaba a preocuparme.

—Ben está bien —contestó una voz baja de barítono con acento sureño—. Tú debes de ser Alex.

El miedo se apoderó del corazón y la garganta de Alex. Lo percibió con una horripilante y excelente memoria. *Oh no. Oh Dios, por favor, no,* y empezó a temblar tan violentamente que tuvo que hacerse a un lado y detenerse en el arcén.

—¿Quién es? —Logró preguntar.

—Soy una persona que conoce bien a tu hermano y no quiere que le ocurra nada malo. Y tú puedes contribuir a ello.

—¿Cómo?

—Entréganos Obsidian, hijo. Es todo lo que queremos. Y todos se podrán ir a casa. Ben, Sarah, todo el mundo.

Jesús, ¿tenían también a Sarah? Apretó el teléfono contra la boca con una mano y, con la otra, se abrazó y empezó a mecerse delante y atrás, al tiempo que luchaba por contener las lágrimas. Era hombre muerto. Todos estaban muertos. Si esa gente había logrado burlar a Ben, con todo su entrenamiento y experiencia, ¿qué probabilidades podía tener Alex?

Para. Piensa. Usa el cerebro.

De acuerdo. ¿Acaso no seguía teniendo Obsidian? Y si tenía algo que ellos querían, quedaba la negociación.

Se tranquilizó un poco al haberlo formulado así. Le devolvía a un terreno más familiar.

Aspiró hondo y exhaló el aire. Otra vez. Luego volvió a llevarse el teléfono al oído.

—No veo dónde está el problema —declaró—. Ustedes quieren Obsidian, y yo quiero a Ben y Sarah.

—Eso es, exactamente —dijo la voz—. No hay razón para complicarlo. Ya se ha complicado demasiado.

¿Lo ves? Una simple negociación. Puedes hacerlo.

Alex volvió a aspirar hondo y dejó salir el aire muy despacio.

—¿Qué propone?

—Hay un garaje en la calle Bryant de Palo Alto, entre University y Lytton. Espérame en el cuarto piso dentro de una hora.

—Déjeme hablar con Ben.

—Lo siento, hijo, pero no puedo correr ese riesgo. No quiero que os andéis pasando recaditos.

Un buen negociador sabe que no debe confundir medios con objetivos. El objetivo allí era asegurarse de que Ben estaba vivo. Hablar con él era sólo una forma de conseguirlo.

—Pregúntele cómo se llamaba el perro que teníamos cuando éramos pequeños —dijo.

—¿Perdón?

—Quiero estar seguro de que está bien. Comprendo sus razones para que no hable directamente con él, pero sin duda aceptará otra forma de asegurarme de que está bien.

Una pausa.

—Sí, de acuerdo —dijo la voz. Otra pausa, y luego—: *Arló.*

—De acuerdo, bien. Y ahora... —Se interrumpió. No se le ocurría ninguna cosa personal que pudiera preguntar sobre Sarah. Cosa extraña, consideró: *¿Qué le ha pasado a la camisa de Ben esta noche?* Por suerte, imaginó algo mejor—. Pregúntele a Sarah de qué marca es la ropa que usa en el gimnasio —dijo.

Se hizo otra pausa, en esta ocasión más larga. Alex creyó oír algo de fondo... ¿un susurro ahogado? No estaba seguro.

—Under Armour —contestó la voz.

Bien. Estaba viva.

—Voy a ir —declaró Alex—. Pero antes quiero que entienda algo. —Le dio al tono de voz el mismo deje de farol que había usado con Osborne. Y añadió que Obsidian estaba encriptado y dispuesto para mandarse a una docena de agencias Usenet. Si algo le ocurría a alguno de ellos, tanto Obsidian como todo lo demás pasaría a ser del dominio público.

—Eres muy cauto —observó la voz—. Lo entiendo, y lo respeto. Tú tráeme lo

que yo quiero y te prometo que todo el mundo saldrá bien parado.

Se cortó la comunicación.

Alex cruzó los brazos y, en un intento de ahuyentar el pánico, empezó a mecerse adelante y atrás.

Piensa. Piensa. Piensa.

Pero no se le ocurrió nada. Si hubieran tenido otra copia del código fuente, habrían podido publicarla.

Espera. Tenía que haber otra copia. Hilzoy no debió entregar a la Oficina de Patentes y Marcas el código fuente con las funciones ocultas. Había en efecto dos versiones del ejecutable, lo que significaba que debía haber dos versiones del código fuente subyacente. Hilzoy tenía mucho cuidado en hacer copias de seguridad del ejecutable; en algún lugar debió de guardar también una copia de seguridad de la segunda versión del código fuente.

Pero ¿dónde? No había nada más en las notas de Hilzoy o, si lo había, no lo iba a encontrar nunca. Y no había nada más en el disco. Alex le había estado dando vueltas y más vueltas, y lo único extraño era aquel MP3. ¿Cómo se llamaba la canción? Sarah la había reconocido. *Canto fúnebre*, exacto. Cristo, Hilzoy no podía haber escogido un título más apropiado.

Pero en la canción no había nada. La había repasado de arriba abajo. Sólo que...

Y entonces tuvo una idea. Era una posibilidad muy, muy remota. Pero era lo único que tenía y, estando como estaba al borde del terror y la desesperación, se aferró a ella con una devoción feroz.

Consultó la hora. Había tiempo. Podía hacerlo. Lo que necesitaba era una conexión a Internet.

Y suerte a raudales.

34 - La difusión

A medida que Ben escuchaba a Hort desde la parte trasera de la furgoneta, se iban acrecentando tanto su rabia como su frustración. Alex no tenía idea de lo que estaba haciendo. Iba al encuentro de Hort como una mosca a un panal de rica miel.

Se hallaban en una furgoneta con cabida para siete pasajeros. Sarah y Ben estaban en el asiento central, Sarah detrás del conductor, Ben detrás del pasajero, y ambos con las manos esposadas a la espalda. Conducía el asiático y Hort ocupaba el asiento del pasajero. En la última fila, los dos tipos que habían flanqueado a Ben cuando salieron del Coupa Café.

Cuando Hort le preguntó cómo se llamaba su perro, Ben comprendió de inmediato la idea de Alex. Desde un punto de vista táctico, era inteligente. Estratégicamente, un desastre. ¿De qué le iba a servir la confirmación de que Ben y Sarah estaban vivos, si eso le llevaba a hacer algo que tendría como resultado la muerte de todos ellos media hora más tarde?

De todas formas, había dado el nombre de *Arlo*. Habría podido incorporarse y gritar algo para que Alex no les hiciera caso, pero consideró que eso no habría servido de nada. Al final lo matarían y encontrarían a Alex de todas formas. Tenía que llevar todo el asunto a un punto crítico.

Cuando Hort le preguntó a Sarah sobre su ropa de gimnasia, ella había contestado «SourceForge». Ben reconoció el nombre de la página web técnica que había salido en la conversación cuando estaban en el hotel. Trataba de decirle a Alex que, al cuerno, divulga el ejecutable de Obsidian, mejor eso que nada. Su instinto había sido bueno, pero Hort no tragó. Le hizo un gesto al tipo que estaba detrás de Ben, que le apretó la yugular y empezó a estrangularlo. A Sarah le bastó con mirar apenas un segundo para revisar su respuesta.

Sí, la chica tenía buen instinto. No sólo para la táctica, también para el objetivo. Porque ninguno de ellos se iba a salvar mientras Hort tuviera todavía una posibilidad de recuperar Obsidian. Cristo, ojalá hubiera sabido lo que en realidad ocurría cuando estaban en el hotel. Alex y Sarah habrían llevado a cabo su trabajo, y la operación de Hort habría llegado a su fin.

Miró a Sarah. Ésta le miró a su vez y le lanzó una sonrisa débil y triste. La sonrisa no consiguió ocultar que estaba muerta de miedo. No había dicho nada desde que lo habían desarmado y metido en la furgoneta junto a ella. Era inteligente, y probablemente sabía que todos iban a morir. Probablemente tenía razón.

Iban en aquel momento dirección sureste por la vía rápida Foothill. Ben no lo entendía, pues habían quedado con Alex en Palo Alto, en la dirección opuesta, y según había comprendido, Alex había aceptado.

Como había tenido tiempo para pensar, comprendía una parte de lo que había

sucedido. Hort debía de haberle entregado a los rusos. Pero ¿por qué? Vivo o muerto, iba a intentar descubrirlo.

—¿Cómo supiste que era yo? —preguntó—. Sabías que era mi hermano pero ¿cómo lo relacionaste?

La pausa que siguió fue tan larga que Ben pensó que Hort no iba a contestar. Pero entonces éste se volvió.

—Yo quería mantenerte fuera de todo esto, por el bien de todos, incluido el tuyo. Pero entonces presentaste aquella solicitud para que te entregaran armas en San Francisco, cuando yo te había dicho que no te movieras de Ankara. Era un problema. Sólo por precaución, intervinimos algunas comunicaciones de Alex. Llamó al programa Military OneSource, y al Centro de Recursos Humanos del ejército, y entonces comprobamos su correo electrónico y supimos que había estado en contacto contigo. ¿Y por qué ibas a venir aquí si no era para ayudarlo?

—No me quedó otra elección.

—Ahí está el quid de la cuestión. No te quedaba otra elección. La sangre es la sangre. Pero a mí tampoco me quedó otra elección. Era el responsable de una misión. Y por mucho que tu conducta fuera comprensible y obligada, te convertiste en una amenaza para llevarla a cabo. Si te sirve de consuelo, fue la llamada telefónica más difícil de toda mi vida.

—¿Así que me entregaste a los rusos?

—¿Qué importa cómo decidí que se hiciera? Pero sí, saqué provecho de la sospecha generalizada de que tú habías matado a aquel maldito ruso en Estambul. Había gente que te lo quería hacer pagar.

—¿Y tú les allanaste el camino?

—Como ya te he dicho, ¿eso qué cambia?

Ben se lo imaginó. Hort se ponía en contacto con algún homólogo ruso y le decía: *Eh, hemos encontrado al granuja que mató a vuestro chico en Estambul. No era una operación autorizada. Si lo queréis, es vuestro. Y aquí tenéis dónde podéis encontrarlo.*

Aunque rebuscado, tenía sentido. Se aplacaba a los rusos, se apaciguaba a los contables, se eliminaba la protección de Alex y se creaba un cortocircuito y una distracción de lo que realmente estaba ocurriendo con una operación que se estaba descontrolando de forma vertiginosa.

—Supongo que tienes razón —admitió Ben, al tiempo que contenía una amargura que rayaba en la desesperación—. Pero yo hubiera debido imaginarlo. ¿Sabes por qué razón ni se me pasó por la imaginación? Porque yo creía que tú eras tan leal conmigo como yo lo soy contigo.

Hort bajó la vista un momento, luego volvió a mirar a Ben.

—Te soy leal, hijo. Soy leal con todos mis hombres. Pero mi primera lealtad es siempre la misión. Y tú los sabes.

—Bien, ahora lo sé.

—Me gustaría haberlo podido hacer de otra forma, Ben. Créeme que me gustaría. Llegaron a San Antonio Road en Los Altos.

—Gira aquí —dijo uno de los tipos de atrás.

Doblaron a la izquierda. ¿Qué hacían en Los Altos? Y entonces lo comprendió.

Estaban localizando la señal del teléfono de Alex. Debían de llevar el equipo detrás. *Alex, maldita sea, te dije que podían seguirte la pista así.*

—Aquí es —anunció el hombre detrás de él—. El último lugar antes de que se perdiera la señal.

—Da una vuelta —ordenó Hort—. Tal vez veamos su coche.

Ben respiró hondo. Gracias a Dios, Alex había pensado en desconectar el maldito aparato al caer en la cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Pero sólo significaba que Hort no le iba a coger desprevenido. Era muy probable sin embargo que Alex fuera a la cita en el garaje.

Recorrieron las calles de Los Altos, entrando y saliendo de los aparcamientos. Cada vez que aminoraban la marcha delante de un M3 oscuro, a Ben se le retorcían las tripas de puro miedo, pero no era el coche de Alex en ninguna de las ocasiones.

Al cabo de veinte minutos, habló de nuevo el tipo de detrás.

—Espera, vuelve a estar conectado. En... Mountain View. Baja por San Antonio y entra en El Camino.

¿Qué demonios estaba haciendo? Había apagado el teléfono, ¿por qué lo había vuelto a encender?

—Espera, se está moviendo —prosiguió el de detrás—. Quédate en San Antonio. Ve a la 101.

—¿Adónde se dirige? —preguntó Hort.

—Yo diría que a Palo Alto —contestó el tipo—. Al garaje. Parece que se dirige hacia la 101.

Sonó el teléfono de Ben. Hort contestó.

—Hola. —Una pausa—. Bien, nosotros también estamos llegando. Gracias por llamar. Dentro de media hora habremos resuelto todo este asunto y todos podréis marcharos.

Colgó. Alex debía de haberse puesto nervioso al haber perdido el contacto, y había vuelto a conectar el teléfono para asegurarse de que todo seguía como estaba previsto.

—No, espera, está tomando Alma —informó el de detrás—. Siempre en dirección a Palo Alto.

Salieron de San Antonio para introducirse en la rampa de entrada.

¿Qué demonios? ¿Por qué Alex no había vuelto a desconectar el teléfono?

Porque está conduciendo. Jesús, ¿pensaba que no podían seguir su pista si estaba en movimiento? Ben trató de contener su rabia. No podía esperar que su hermano lo supiera. No era su mundo. Pero puñeta, lo iban a sorprender, le iban a obligar a pararse junto a la carretera, y le iban a meter en la furgoneta... Si Alex había

planeado algo, alguna acción táctica en el garaje, ellos no iban a dejar que la pusiera en práctica.

Siguieron hacia el oeste por Alma, dos carriles en cada dirección. Al no ser hora punta, el tráfico era fluido, pero había suficientes coches para ocultarse y vigilar, incluso a alguien consciente de que le seguían, cosa que no era en absoluto el caso de Alex.

—¿Es él? —preguntó el conductor.

Ben se inclinó a la izquierda y, con el corazón en un puño, miró por la ventanilla. Parecía el coche de Alex, pero no estaba seguro.

—Acércate un poco más —ordenó Hort—. Sólo un poco de momento.

Pudo ver la matrícula. Ben la reconoció en el mismo momento que Hort decía:

—Es él. Aminora un poco ahora. Deja unos cuantos coches en medio.

Los latidos del pecho de Ben se aceleraron todavía más. La adrenalina se apoderaba de su sistema. Apretó los puños, las pantorrillas, los tobillos. Miró a derecha, izquierda, delante, midió distancias, calculó posibilidades. Quería volverse pero no lo hizo. No quería aparentar otra cosa que no fuera resignación.

La única esperanza que veía era desbaratarles el plan cuando trataran de coger a Alex. Si éste comprendía que no tenían intención de negociar, tal vez se diera cuenta de que la única esperanza era divulgar Obsidian. Si pudiera librarse, si comprendiera la situación, si lo divulgara... *Jesús*, pensó. Jamás había ejecutado un plan tan enteramente compuesto de condicionales.

Siguieron a Alex hasta Addison, una calle bucólica con cuidados chalés. Alex redujo velocidad para cruzar la rotonda de Bryant.

—A por él —ordenó Hort.

El conductor se metió en la rotonda en el sentido de las agujas del reloj y aceleró para introducirse en la calle del otro lado por delante de Alex. Giró el volante a la derecha y se empotró en el coche de Alex. En medio de un chirrido metálico, Alex subió a la acera y fue a chocar contra un árbol. El conductor frenó y fueron a detenerse justo un poco más allá de donde se había parado el coche de Alex.

El conductor apretó un interruptor y se abrió la puerta corredera lateral de la derecha. El que estaba detrás de Ben pasó junto a éste y se dispuso a salir del vehículo. Mediante un movimiento suave, Ben se volvió un poco en el asiento, apoyó la cabeza y el cuello en el respaldo, dobló las rodillas delante del rostro y lanzó los talones contra la rabadilla del tipo. Éste gritó y, después de golpearse la cara con el borde superior de la puerta, salió volando.

Ben aprovechó el impulso de la patada para ponerse en pie. Se lanzó por la puerta, aterrizó en el suelo sobre el hombro y rodó de lado. Levantó las rodillas, empujó los brazos hacia abajo y pasó las esposas por el trasero. Encogió las piernas y tiró más hacia abajo, consiguió pasar la cadena por detrás de las rodillas, las pantorrillas...

Se oían gritos procedentes de la furgoneta. Oyó que se abría una puerta. *Venga*,

venga...

La cadena se enganchó en los tacones. Retorció frenéticamente los pies e impulsó las muñecas hacia delante con todas sus fuerzas. Las esposas se le clavaron en las muñecas y cuando creía que no iba a conseguirlo, la cadena pasó por debajo de las botas.

Empezó a levantarse y alguien le agarró del pelo. Vio llegar la rodilla a tiempo para volver la cabeza y frenar su trayectoria con las manos. El golpe llegó, pero había evitado peores consecuencias. Trató de incorporarse, pero el tipo le tenía agarrado por un mechón de cabello que retorció al tiempo que empujaba la cabeza hacia abajo. Sólo veía el suelo y un par de piernas. Una de éstas, en preparación para otro rodillazo, se levantó. Ya verás. Ben levantó los brazos, apuntó hacia arriba con los nudillos de los pulgares, y lanzó un fortísimo puñetazo a los testículos del interfecto.

Este último gruñó y aflojó el puño que tiraba del pelo de Ben, el cual giró la cabeza y se soltó. Era el otro tipo del asiento posterior. Trató de agarrarlo de nuevo, y Ben adelantó los brazos para un doble codazo, con la idea de pasar la cadena por el cuello del tipo, pero golpeándole en cambio en los dientes.

Sarah, con las manos esposadas a su espalda, salió de la furgoneta. Miró a Ben.

—¡Corre! —le gritó él.

El tipo apartó los brazos de Ben a un lado y se deslizó detrás de él. Le volvió a agarrar del pelo y le pasó un brazo alrededor del cuello. Ben lanzó los puños hacia arriba justo a tiempo para frenar otro intento de estrangulación.

—¡Corre! —volvió a gritar.

Sarah salió corriendo y, un segundo más tarde, Ben oyó gritar al tipo que tenía detrás y notó que se aflojaba la presión en su cuello. Se volvió y comprendió la razón; Sarah había corrido hasta detrás de él y le había mordido en el brazo. Colgaba de él como un terrier. El hombre echó atrás el otro brazo para golpearla. Ben cruzó los brazos y metió las manos detrás de la cabeza del tipo, con lo cual el cuello de éste quedó atrapado en el triángulo formado por las muñecas y la cadena. Ben, a modo de palanca, echó las muñecas hacia atrás y los codos hacia delante. Al tipo se le desorbitaron los ojos y le salió la lengua de la boca. Ben notó el crujir del cartílago y apretó más fuerte, a pesar de que la cadena se le clavaba en las muñecas.

Se produjo una explosión de luz blanca y, de repente, estaba mirando hacia el cielo, incapaz de comprender lo que había pasado. Estaba estrangulando al tipo, lo estaba matando, y entonces...

Notó que le estallaba la cabeza. Alguien... alguien debió de golpearlo con una pistola desde detrás. Dirigió la vista a la furgoneta. El asiático empujaba a Sarah a su interior. Y Hort... Hort tenía a Alex agarrado por el cabello, y apoyaba un arma en su sien.

Ato, pensó, pero las palabras no salieron. *No.*

Alex sostenía un ordenador portátil en las manos. Cielo santo, ¿se había llevado Obsidian con él? Todo estaba perdido.

—Entra en la furgoneta, Ben —ordenó Hort—. O te adornaré con los sesos de tu hermano.

Ben se puso en pie y se dirigió con pasos tambaleantes al vehículo. Tenía la impresión de que alguien le hubiera clavado un cincel vibrador en la parte posterior del cráneo.

—Todo va bien —dijo Alex—. Les he traído lo que querían.

—Alex —dijo Ben, y se detuvo. No sabía qué decir. Estaban los tres muertos.

En esta ocasión le sujetaron a él y a Sarah con las mismas esposas.

—Un jodido intento —le dijo, porque quería que ella tuviera algo con que sentirse bien—. Para una abogada.

Pero posiblemente ella ni le oyó. Tenía ganas de decirle algo también a Alex, pero ¿qué? Alex había entregado Obsidian en bandeja. El juego había terminado.

Se pusieron en marcha. El tipo a quien Ben le había dado una patada en la espalda gemía como si le hubieran clavado la punta de una ballesta, y el otro al que casi estrangula tosía tanto que parecía a punto de vomitar tejido pulmonar. Lo único que esperaba era que el daño fuera permanente.

Hort se volvió y apuntó a Ben con una pistola.

—Está bien, hijo —le dijo a Alex—. No te lo diré dos veces. Quiero que detengas la difusión que has montado.

La difusión. ¿Qué había hecho Alex, montar una especie de programa de difusión que sólo él podía detener? Cielos, lo que había conseguido era asegurarse de que iban a torturarlo antes de matarlo.

—Necesito una conexión a Internet —replicó Alex.

—Alex, no lo hagas —dijo Ben—. Nos matarán apenas tú...

—Os mataré a los tres si no lo hace —declaró Hort sin levantar la voz—. Como ya te he dicho, Ben, yo no quería haber llegado a esto. Pero la misión es lo primero.

—Vayamos a Mountain View —dijo Alex—. Google ha instalado Wi-Fi en todo el pueblo.

—Al cuerno con eso, Alex... —dijo Ben, con una mueca en la cara.

—Ben, sé lo que estoy haciendo.

—Basta de charla —conminó Hort.

Ben cerró los ojos. Le estallaba la cabeza, le dolían las muñecas, y estaban a cero de probabilidades de salir de aquello.

Siguieron circulando en silencio. Ben trató de concentrarse en el dolor, porque lo que sentía en el cuerpo era muchísimo más fácil que lo que pasaba por su mente. Había sido un estúpido. Todo aquello que había imaginado sobre que no había reglas... que eso contaba para la *otra* parte. Bien. Era así como funcionaba. Hort era simplemente más implacable. Lo que explicaba por qué él blandía un arma mientras que Ben iba esposado. Por qué Hort se iba a ir de rositas, mientras que ellos tres iban a acabar en una tumba poco profunda. Siempre se había tenido por realista, presumía de ello. Y ahora, cuando le quedaban ya pocos minutos en la tierra, había tenido la

revelación, y se había visto obligado a enfrentarse a la verdad. Que consistía en que no era más que un estúpido, un ingenuo de mierda, y que los realistas de verdad le habían dado mil vueltas y estaban a punto de ganar la partida.

Cuando llegaron a Shoreline Road en Mountain View, Alex abrió el ordenador.

—Está bien —informó—. Tengo conexión.

Se metieron en una calle lateral y se detuvieron.

—Hazlo —ordenó Hort—. Y muéstrame que está hecho.

—Ya está hecho —declaró Alex.

Hort frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con que ya está hecho? Me has dicho que debías descodificarlo e introducir una contraseña para detener la secuencia de difusión.

—Lo he dicho únicamente porque tenía miedo de lo que pudiera pasarles a Ben o a Sarah antes de poder enseñarle lo que he hecho en realidad.

Le expresión de Hort se volvió tan hermética que se hubiera podido decir que estaba congelada.

—¿Quieres decir que has hecho algo más?

Alex asintió. Aunque disparatado, durante un segundo, recordó al niño repelente que había sido de pequeño. Ben vio un ridículo rayo de esperanza.

Hort movió la dirección de la pistola, de forma que la boca apuntaba al rostro de Alex. Ben contuvo la respiración.

—¿Qué? —preguntó Hort—. ¿Qué has hecho?

Alex le alargó el ordenador.

—Aquí está. Puede comprobarlo por sí mismo.

Hort no le hizo caso. El arma no se movió. Miraba a Alex con unos ojos tan gélidos que Ben tuvo la certeza de que iba a disparar, y siguió sin poder respirar.

Luego Hort bajó el arma. Tomó el ordenador y se quedó mirando en silencio la pantalla.

—¿Qué significa esto? —exclamó—. ¿StatCounter? No entiendo.

—Oh, no es más que una página web que hace el seguimiento y la estadística de descargas y visitas a otras webs —explicó Alex, tras lo cual se inclinó hacia delante y señaló la pantalla—. Mire, aquí puede ver cuánta gente ha descargado el programa de SourceForge. Y aquí, esto es Slashdot, ¡uy, cien descargas en media hora! Impresionante. Se lo he mandado también a McAfee y Norton.

Las punzadas que sentía Ben en la cabeza eran tan agudas que casi las notaba también en el estómago. No sabía si reír, llorar o vomitar. Por qué no las tres cosas.

Hort apretaba tanto la mandíbula que los músculos de sus mejillas parecían de mármol.

—Ay, pobre estúpido hijo de perra —dijo conforme sacudía la cabeza pero sin apartar los ojos de la pantalla—. No tienes ni idea de lo que acabas de hacer.

—Sé lo que he hecho.

—Has desencadenado la anarquía, hijo. La anarquía. Estados Unidos de América

es el país mejor conectado de la Tierra. Esa cosa va a circular como un virus, y nadie es más vulnerable a ello que nosotros.

—No, creo que no lo ha entendido. No he divulgado sólo el ejecutable. He difundido también el código fuente.

—Nosotros teníamos todas las...

—No, no es así. Hilzoy tenía otra copia. Escondida a plena vista, en la copia de una canción que le gustaba y que estaba en una página web pública con ficheros compartidos. Me ha costado bastante encontrar el archivo bueno, era sólo un poco mayor que el resto. Pero estaba allí. Lo descodifiqué con Obsidian y ahora todo el mundo tiene una copia.

—Entonces estamos jodidos. Has jodido a todo nuestro país.

—No niego que se pueda producir algún que otro trastorno. Pero ¿sabe qué? En este mismísimo momento, en cientos de sótanos y garajes, hay más piratas informáticos y aficionados, muchos de ellos imberbes, de los que puede usted imaginar, que están despanzurrando el programa. Algunos estarán tratando de descubrir la forma de explotarlo, sí. Otros encontrarán formas de defenderse contra él. La red es como un organismo. La gente es su célula T. No se puede parar algo así, por mucha gente que se elimine. Son bits. Es información. Y...

—Y la información quiere ser libre —añadió Sarah.

—En cualquier caso —prosiguió Alex—. El aspecto anárquico es sólo una parte. O tal vez ni siquiera eso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hort mirándolo.

—Según su hombre en el bufete, Osborne, el Consejo de Seguridad Nacional no se interesaba por Obsidian porque pudiera crear problemas en las redes. Lo querían para un programa de espionaje nacional.

—¿Osborne te lo dijo?

—Pregúnteselo usted mismo.

Se hizo una larga pausa.

—Creo que lo voy a hacer —dijo Hort con expresión sombría.

—Te han utilizado, Hort —observó Ben—. Has hecho el primo. ¿Te gusta cómo sienta? —No era racional, pero le hizo sentir un poquito mejor saber que habían jodido a Hort como éste le había jodido a él.

Hort volvió a mirar la pantalla. Sacudió lentamente la cabeza.

—Mire esto —prosiguió Alex—. Veinte descargas más desde que estamos hablando. Se está extendiendo el rumor. Esto va a toda pastilla.

—Genie está muerto —intervino Ben—. Vuelve a Washington y diles que ya no lo pueden recuperar. Diles que todo lo que has hecho no ha servido para nada, tonto del culo.

Hort respiró hondo. Cerró el ordenador y miró a Alex, luego a Ben, y finalmente a Sarah.

—Esta operación ha terminado —dijo—. La misión ha fracasado. Yo he

fracasado.

Dirigió la mirada a uno de los hombres sentados en el asiento posterior.

—Quítales las esposas. Déjalas marchar.

—Pero... —protestó el hombre.

—Haz lo que te digo.

El hombre vaciló, pero luego se inclinó y abrió las esposas. Acercó la cabeza al oído de Ben.

—Esto no ha terminado —susurró sibilinamente.

—Tal vez no me hayas oído bien —intervino Hort, y el interior de la furgoneta resonó con su voz de barítono—. Esta. Misión. Ha. Terminado.

Ben dobló las manos. Estaban entumecidas. Y tenía las muñecas en carne viva.

Salieron los tres del vehículo. Hort bajó su ventanilla y los miró.

—Quizá Genie esté muerto —dijo—. Pero es posible que haya personas que sigan pensando que, después de todo lo sucedido, ciertos individuos suponen un riesgo para la seguridad. Les diré que no es vuestro caso. Creo que os lo debo. No hagáis nada que me haga quedar como un estúpido. Lo lamentaríais. —Miró a Ben—. Era una misión, Ben. Y por mi parte quisiera que siempre lo consideraras así. Ahora eres tú el que debe decidir si estos parámetros son válidos para ti. Yo no influiré en tu decisión.

Ben, que se estaba frotando las muñecas, hizo un gesto de asentimiento. Lo cierto era que no sabía lo que iba a hacer. Hacía un minuto, habría dado cualquier cosa por haberle disparado un último tiro a Hort. Ahora no estaba seguro.

—En marcha —dijo Hort, y el coche arrancó.

Ben se volvió a Sarah.

—¿Estás bien?

—Debo irme —contestó, conforme sacudía la cabeza.

—Sí, por supuesto, te...

Ella levantó las manos y dio un paso atrás.

—No, necesito... sólo quiero estar sola.

—Sarah, espera —insistió Ben.

—Como muy bien dijiste, fue un error.

—Sarah, no te vayas —intervino Alex—. Tenemos que...

—Nada —replicó ella antes de volverse y echar a correr, sin siquiera mirar atrás.

Caltrain estaba a sólo unas manzanas de distancia. Ben imaginó que se iba a casa.

—Deja que se vaya —dijo.

—¿Crees que no le pasará nada estando sola?

—Creo que si Hort fuera a hacer algo, ya lo habría hecho, mientras nos tenía a los tres.

—¿No le preocupará que te tomes la revancha con él?

Ben movió la cabeza, según reflexionaba sobre ello, y sin saber muy bien qué pensar.

—Es posible, pero... no, no nos habría dejado marchar. No nos habría dejado

marchar sabiendo que yo podía querer vengarme. Ha sido un modo de disculparse.

—Yo no diría tanto —observó Alex haciendo una mueca.

—Sí, bueno, pero supera alguna de las alternativas que yo me temía. Mira, por lo que me ha dicho, él no quería esta misión. Creo... que quizá en parte se ha sentido aliviado al tener un motivo para abandonarla.

—No lo puedes saber con certeza. ¿Cómo puedes confiar en un tipo como ése?

Ben pensó un momento. Todas las respuestas que acudían a su mente le parecían trasnochadas e inútiles.

—No puedo. —Fue su respuesta, y las palabras surgieron acompañadas de una nueva oleada de dolor y náuseas—. No puedo.

Permanecieron en silencio un momento.

—Cuéntame lo que has hecho —dijo Ben—. ¿Has publicado Obsidian?

—Sí. Pero sólo en páginas técnicas. No he contactado con ninguno de los blogs políticos que nos dijo Sarah. No había tiempo.

—Mejor así. Al difundirlo como lo has hecho has neutralizado la operación de Hort. Llevarlo al terreno político habría implicado una investigación que le hubiera hecho sentir amenazado. Y con un tipo como Hort, es preferible que no te considere una amenaza. Pero dime, ¿cómo encontraste el código fuente? No he seguido muy bien tus explicaciones.

—Con una cerveza delante te lo explicaría mejor —dijo Alex sonriendo—. ¿Quieres que vayamos a tomar algo?

Ben reflexionó sobre ello. Tomar algo... ¿con Alex?

—¿Y qué pasa con tu coche?

—Seguramente ya se lo ha llevado la grúa. Diré que me lo han robado.

—Perfecto, entonces. Vamos a tomar una cerveza. —Echaron a andar—. Y después de la cerveza —añadió Ben—, si quieres, podríamos... podríamos ir al cementerio.

Alex le lanzó una mirada, luego apartó la vista.

—No te sientas obligado.

—No, quiero ir. Me gustaría ir contigo.

Siguieron caminando, mientras el sol vespertino les calentaba el rostro.

—¿Sabes una cosa? —dijo Alex—. Sabía que era una trampa.

—¿Una trampa? —Ben se echó a reír—. Pero ¿qué tipo de películas ves tú?

—Bien, yo sabía que tú querías confiar en ese tipo y que te equivocabas. Debía encontrar alguna forma de poner fin a esa situación.

Sin pensarlo, Ben pasó un brazo por los hombros de su hermano.

—Lo has hecho muy bien.

Alex no contestó. Ben tardó unos segundos en comprender que su hermano pequeño se había emocionado.

—Gracias —dijo al cabo de un momento.

Ben le dio un apretón en el hombro y no dijo nada. Tal vez se sintiera también un

poco emocionado.

35 - Un cambio en la rutina

Sarah llegó al Ritual a las seis y media, poco después de amanecer. No había vuelto allí desde que todo aquello había sucedido, y hubiera debido alegrarse de volver a su rutina. Sin embargo, en lugar de vivirla como un alivio, le parecía... insulsa.

La sensación de volver al trabajo había sido rarísima. Osborne había desaparecido. Era la comidilla de la oficina. Ella había ido al despacho de Alex y le había preguntado si sabía lo que estaba pasando.

—Creo que ha sido un castigo para Osborne, y una advertencia para nosotros.

—¿No crees que deberíamos contarlo?

—Pienso que estaríamos locos si lo hiciéramos.

—¿Qué dice tu hermano?

—Lo mismo.

Pensó que debería sentirse asustada, en cambio se sentía deprimida. Había tenido ganas de decirle que sentía lo que había pasado con Ben. En medio de todo lo demás, podía parecer intrascendente, pero no lo era. Pero tal vez mencionarlo hubiera empeorado su relación, habría sido todavía más violento de lo que ya era. Así que, tras un ligero gesto de asentimiento, había abandonado el despacho.

Entró en el local y vio a Gabe detrás del mostrador, como todas las mañanas.

—Hola Sarah —saludó el camarero—. Te hemos echado de menos estos días.

—Sí, he tenido que hacer unas gestiones.

—Espero que lo hayas podido solucionar todo.

—Creo que sí, sí.

—Estupendo. ¿Te preparo lo de siempre?

—Lo de siempre, gracias —dijo Sarah suspirando.

—Que sean dos, por favor —dijo una voz detrás de ella.

Ella se volvió, aunque ya sabía.

—Quería verte —dijo Ben.

—Muy bien. Pues ya me has visto. Ahora puedes marcharte.

Ben alargó unos billetes a Gabe.

—Yo me pago mi café —protestó Sarah.

—Te pagas el siguiente.

Ella sacudió la cabeza. Quería estar enfadada. Y lo estaba, pero, más que por cualquier otra cosa, sobre todo consigo misma por haberse puesto nerviosa al verlo.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó él—. Llevo esperando media hora ahí fuera pelándome de frío. Un café me sentaría de maravilla. Por cierto, ¿tú qué has pedido?

—Un Black Eye.

—Sueno peligroso. ¿Qué es?

—Una taza de café largo con dos chorros de expreso.

—¡Joder! ¿Te tomas uno de esos todos los días? Yo diría que uno a la semana sería más que suficiente.

Ahora se hace el simpático. Será cabrón.

Se dirigieron al fondo de la barra mientras esperaban los cafés.

—No te he dado las gracias por lo que hiciste el otro día —dijo Ben—. Tenías que haber echado a correr, pero bueno. Tuviste muchas agallas.

—Ni siquiera lo pensé.

—Bien, pero aun así. —Ella no replicó—. ¿Pasa algo?

Sarah apartó la mirada.

—Quisiera hacer algo —observó al cabo de un momento.

—¿El qué?

—Hacerlo público. Contactar con los blogs. Decirles lo que sé.

—¿Qué sabes?

—No digas tonterías. Sé muchas cosas. Y tú lo sabes.

Él le sonrió amablemente, muy distinto de aquella sonrisa de suficiencia que esgrimía cuando quería tomarle el pelo.

—Sí, es cierto, sabes algunas cosas. Pero ¿crees que es la primera vez que mi unidad se ve envuelta en un lío público? Reconozco que esta vez es uno muy grave, pero ha habido otros. Y puedo asegurarte que, en este mismísimo momento, mientras tú y yo estamos aquí tomando los Black Eyes... se están destruyendo documentos, cambiando nombres falsos y estableciéndose coartadas... Es prácticamente una rutina. Esa gente sabe la forma de protegerse, Sarah. Son buenos para esto. Jugadores más importantes que tú y que yo han intentado derrotarlos, pero ellos siguen ahí.

—¿Y eso te alegra?

—Ni me alegra ni me deja de alegrar. Simplemente es así. Quizá la información quiera ser libre, pero la libertad... la libertad quiere una unidad como la mía.

—Es lo que tú quieres crear.

Él sacudió la cabeza, y a ella se le ocurrió que parecía increíblemente triste.

—Escucha —dijo él—. Por ahora, hemos conseguido un equilibrio. Delicado sí, pero equilibrio al fin. Pienso que a eso se refirió Hort cuando dijo que iba a retirarse del caso.

—¿Qué pasa con Osborne?

—Ya sabes lo que le ha pasado.

—Y podría pasarme a mí, ¿no es eso?

—Si le dieras motivos a Hort, pues sí, podría pasarte lo mismo.

—¿Me estás amenazando?

La tristeza volvió a aparecer en su rostro.

—No. No quiero que me tengas miedo. Es lo último que quisiera.

Ella apartó la mirada. Sabía que él tenía razón. Sabía perfectamente que el gobierno solía salir impune; cielos, llevaba años viendo cómo sucedía. Debía

confesar que, si quería divulgar el programa, era más por su propia dignidad que porque esperase un cambio real.

Y había otra razón para su reticencia. No quería perjudicar a Ben. Este motivo le daba más vergüenza que cualquier otro, y esta vergüenza la ponía furiosa.

—Ya, pues tienes una extraña manera de mostrarlo —replicó—. Te metes a hurtadillas en mi habitación del hotel, y ahora me abordas aquí.

Luego apartó la mirada. Al cabo de un momento, sin embargo, volvió a mirarlo. Le dio la impresión de que él hacía un esfuerzo para no sonreír. Tal vez la alusión al hotel. Debía reconocer que resultaba difícil dejar de pensar en ello.

—Quieres que me arrastre, ¿verdad? —comentó él.

—¿No crees que es lo propio? —replicó ella tras un momento de reflexión.

—Escucha —empezó a decir él con expresión seria—, lo que ocurrió la otra noche, no podía haber pasado en un peor momento de mi vida. Y no podía haber sido nada mejor.

—¿Y bien?

—Pues no sé. No estoy acostumbrado a arrastrarme.

Fue ella entonces la que contuvo una sonrisa.

—Pues no te iría mal practicar un poco.

—Está bien, ¿qué tal esto? Quiero volver a verte.

Ella sacudió la cabeza.

—Esto no puede funcionar. Yo detesto todo lo que tú representas. —Él apartó la mirada y movió la cabeza. Sarah comprendió que ella había esperado una de sus típicas respuestas cortantes, y que le había fascinado que no lo hiciera, o que no quisiera hacerlo—. Quiero decir... —prosiguió—, ni siquiera sé dónde vives. ¿Dónde vives? ¿Vives en alguna parte?

—Me muevo mucho, es cierto. Pero... estaba pensando en quedarme en San Francisco una temporada. Cerca de casa.

—¿Ah sí? ¿Y cuánto tiempo es eso?

—No lo sé. ¿Cuánto tiempo podrás aguantarme?

—No estoy segura.

—No sería necesariamente enseguida. Primero quiero ir a Manila. Cerciorarme de que mi hija sabe que tiene un padre. Pero después, si quieres...

Ella no contestó. No sabía muy bien lo que estaba pasando. Tenía una sensación de irrealidad.

Llegaron los cafés. Ella se puso leche y azúcar. Ben le dio un sorbo al suyo.

—¡Uau! ¿Es así como consigues trabajar todas esas horas?

—No sé cómo lo consigo —replicó ella, tras un movimiento de cabeza.

—No eres realmente tú, ¿verdad? —observó él mirándola.

—No lo sé.

—¿Qué es lo que te gustaría hacer?

Ella tomó un sorbo de café antes de contestar.

—Estoy en ello.

—Tómate algún tiempo para ti. Viaja. Descubre cosas. —Sugirió él, para luego encogerse de hombros.

—Haces que suene sencillo.

—Lo es.

—¿Ah sí? —exclamó ella—. ¿Es por eso que vas a Manila?

—Tengo que aclarar algunas cosas dentro de mí, sí.

—¿Cómo qué?

Ben entornó los ojos, y ella se preguntó si no estaría yendo demasiado lejos. Pero qué caray, no iba a hacerla callar.

—Como lo que ha pasado esta semana —contestó finalmente con voz pastosa—. Si soy uno de los chicos buenos, como siempre he creído ser.

Ella se lo quedó mirando.

—Bien, ¿por qué simplemente no lo admites, en lugar de actuar como si los consejos no fueran contigo?

—No estoy acostumbrado a admitir nada —contestó él, cuya expresión se había suavizado—. Es como lo de arrastrarse. Pero estoy dispuesto a aprender.

Ella no pudo reprimir una sonrisa. Permanecieron en silencio un momento.

—Tenías razón —dijo ella—. Después, me pareció despertar de un sueño. Lo demás, también.

—Siempre pasa —replicó él, al tiempo que hacía un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Y luego apareces por aquí. ¿Estoy soñando otra vez?

—No estás soñando.

—¿Me lo puedes demostrar?

—Bien, si quieres te pellizco.

—Mi casa está a dos manzanas de aquí —dijo ella—. ¿Por qué no me pellizas allí?

Allí se encaminaron sin pérdida de tiempo. Ella sabía que era una mala idea, pero no le importaba. Y tal vez no volviera a verlo nunca más, pero eso tampoco le importaba. Ya se aclararía las ideas más tarde. Y lo iba a conseguir. Estaba segura de ello.

Agradecimientos

Una vez más, he escrito un libro que ha resultado mejor gracias a la generosa contribución de familia y amigos.

Doy las gracias a:

Mis agentes, Dan Conaway y Simon Lipskar de Writers House, y al editor, Mark Tavani de Ballantine, por haber visto lo que prometía esta historia cuando era apenas una idea, y por ayudarme a llegar donde estoy actualmente.

El agente James Randol y el teniente J. R. Gámez del Departamento de Policía de San José, por haber contestado a todas mis preguntas, por proporcionarme algunas ideas estupendas, por dejarme visitar el SJPD y, sobre todo, por hacer ese trabajo tan importante que llevan a cabo.

Emie Tibaldi, por continuar de manera generosa aplicando sus treinta y un años de trabajo de campo con el FBI en los temas de cumplimiento de la ley que aparecen en este libro, y por los útiles comentarios al manuscrito.

Warren Wolfeld de Haynes Beffel & Wolfeld LLP, por la valiosa información sobre el trabajo interno de la Oficina de Patentes y Marcas de los Estados Unidos y sobre todo el proceso para registrar una patente, y por los útiles comentarios al manuscrito.

Ashraf Hosseini, por compartir la historia de su familia y contestar a mis preguntas sobre la experiencia de la inmigración iraní en Norteamérica, y por equiparme con unas glamurosas gafas de sol, procedentes de la maravillosa tienda que ella regenta en Palo Alto, *A Site for Sore Eyes*.

Hank Shiffman, por contestar a todas mis preguntas sobre tecnología y aportar también unas cuantas y excelentes ideas propias; por moderar de forma experta las discusiones en mi página web; y por los útiles comentarios al manuscrito. Ven al lado oscuro, Hank...

Dennos Volpano y Dave McAllister, por la valiosa información sobre seguridad en la red y virus informáticos, Adam Young y Moti Yung por su excelente libro *Malicious Cryptography: Exposing Cryptovirology*.

El extraordinario y ecléctico grupo de «gastrónomos aficionados con un problema de violencia» presente en la página www.nononsenseselfdefense.com, de Marc «Animal» MacYoung y Dianna Gordon, por el buen humor, el sentido de fraternidad y un montón de perspicacia. Un agradecimiento especial al propio Marc, por su continuo estudio de la violencia, su comportamiento y visión de operador, y de lo que hace moverse a la gente, y por los útiles comentarios al manuscrito.

Vivian Brown, Alan Eisler, Judith Eisler, Montie Guthrie, Tom Hayes, Mike Killman, Lori Kupfer, el novelista J. A. Konrath, Naomi Andrews y Dan Levin, Doug Patteson, Matt Powers, Owen Rennert, Ted Schlein, y el hombre llamado Slugg, por

los útiles comentarios al manuscrito y las muchas sugerencias y puntos de vista mientras se escribía.

Mi esposa, Laura, principalmente, por su habitual aportación a la historia y por sus geniales comentarios al manuscrito, pero todavía más por soportar mi obsesión esporádica («¿esporádica?» diría ella aquí), con amor y buena voluntad.

El agravio es mi séptima novela y mi primer *thriller* independiente. Me encantó escribir este libro, y por eso me gustaría contarte brevemente qué hay detrás de él.

Mis libros anteriores, protagonizados por el asesino John Rain, estaban inspirados en mis experiencias como agente encubierto de la CIA. También *El agravio* se basa en ellas, pero, además, incorpora las que viví posteriormente como abogado en el sector de nuevas tecnologías y como ejecutivo en Silicon Valley. Fue una gran satisfacción recurrir al tiempo pasado en los servicios de inteligencia para crear el personaje de Ben Treven, un agente militar de operaciones especiales que tiene como tarea «encontrar, neutralizar y eliminar» objetivos en la guerra global contra el terrorismo. Y fue igualmente un placer aprovechar mi experiencia en derecho y tecnología para dar forma al hermano pequeño de Ben, Alex, que es un ambicioso y prometedor abogado de Silicon Valley. Y justo lo opuesto de Ben en cuanto a experiencia, temperamento y visión del mundo se refiere.

Aunque disfruté enormemente escribiendo los libros de Rain, ha sido especialmente enriquecedor crear todo un universo nuevo de personajes para *El agravio*. Y no pienso sólo en Ben y Alex; también está Sarah Hosseini, abogada irano-americana, cuya presencia no sólo acentúa el amargo resentimiento entre los hermanos, sino que acaba convirtiéndose en el revulsivo a partir del cual todos deberán cambiar si quieren sobrevivir a las fuerzas a las que se enfrentan, y a sí mismos.

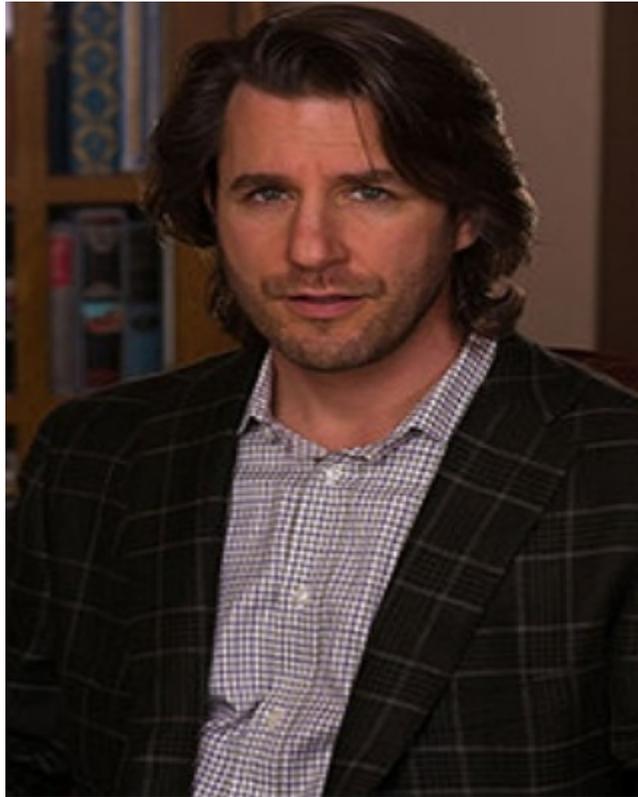
Destacaría especialmente la presencia de diversos elementos tradicionales del género en esta historia: juegos tácticos y de acción realistas (inspiradas una vez más en mi propia experiencia en la CIA); localizaciones exóticas (el mundo de los inversores y de las nuevas tecnologías de Silicon Valley, o Estambul, adonde viajé para poder documentarme *in situ*, como siempre he hecho con todas mis novelas); la tensión sexual y su clímax entre uno de los hermanos y Sarah.

Pero justamente lo que más me gusta de este libro son los elementos que van más allá del género: la torturada relación entre los hermanos, los efectos de un estado de guerra permanente en una cultura, los acontecimientos que destrozan a las familias y los lazos que las unen.

El agravio es mi libro más ambicioso, y creo que el más logrado.

Espero sinceramente que lo disfrutes.

Barry Eisler



Barry Eisler nació en 1964 en Nueva Jersey, Estados Unidos. Licenciado en Derecho por la Cornell Law School, trabajó para la CIA durante tres años y posteriormente ejerció como abogado especializado en tecnología antes de dedicarse exclusivamente a escribir.

Eisler saltó a la fama de la mano de su peculiar personaje John Rain, un asesino a sueldo de padre japonés y madre americana, protagonista de sus cuatro primeras novelas: *Rain Fall* (2003), *Hard Rain* (2004), *Rain Storm* (con la que ganó el Premio a la Mejor Novela de Suspense del Año 2005) y *Killing Rain* (2006). Fiel al género policiaco y de espionaje, en 2007 publicó *The Last Assassin* y en 2008 *Requiem For an Assassin*.

Su última novela, *Fault Line*, publicada en España bajo el título *El agravio*, ha vuelto a situarlo en la lista de los más vendidos en EE. UU.

Sus novelas han sido traducidas a cerca de veinte idiomas y han sido escogidas para ser llevadas a la pantalla por Barrie Osborne, el oscarizado productor de la trilogía *El Señor de los anillos*.

Actualmente Eisler vive y trabaja entre la bahía de San Francisco y Tokio.